

**EN SUS PROPIOS TÉRMINOS: NEGROS Y MULATOS Y SUS LUCHAS POR LA
IGUALDAD EN COLOMBIA, 1885-1947**

by

Francisco Javier Flórez-Bolívar

BA, Universidad de Cartagena, Colombia, 2004

MA, University of Pittsburgh, 2011

Submitted to the Graduate Faculty of

The Kenneth P. Dietrich School of Arts and Sciences in partial fulfillment

of the requirements for the degree of

PhD in History

University of Pittsburgh

2016

UNIVERSITY OF PITTSBURGH
THE KENNETH P. DIETRICH SCHOOL OF ARTS AND SCIENCES

This dissertation was presented

by

Francisco Javier Flórez-Bolívar

It was defended on

July 28, 2016

and approved by

Alejandro de la Fuente, Robert Woods Bliss Professor of Latin American History and
Economics, Harvard University

Laurence Glasco, Associate Professor, Department of History

Lara Putnam, Professor and Chair, Department of History

Gayle Rogers, Associate Professor, Department of English

Committee Chair: George Reid Andrews, Distinguished Professor, Department of History

Copyright © by Francisco Javier Flórez-Bolívar

2016

EN SUS PROPIOS TÉRMINOS: NEGROS Y MULATOS Y SUS LUCHAS POR LA IGUALDAD EN COLOMBIA, 1885-1947

Francisco Javier Flórez-Bolívar, PhD

University of Pittsburgh, 2016

This dissertation explores the struggles of several groups of labor leaders, students and professionals of African descent, as they worked to achieve the unfulfilled promise of political, civil and social equality in Colombia between 1885 and 1947. It traces the individual and collective actions that black and mulatto people of Colombia's Caribbean and Pacific coasts used to navigate a racial order and political regime dominated by the ideas of racial harmony in an age in which the ideology of "black renaissance" emerged in the Americas. Following their life histories and political trajectories, this work also reconstructs Afro Colombian efforts to get access to land, education, and housing as well as their political initiatives to assert control of their working conditions during the export boom and industrialization that took place in Colombia between 1885 and 1947. Integrating intellectual, social and political history, my dissertation seeks to place marginalized people and regions at the center of the political, social, racial and economic transformations of Colombia during the transition from nineteenth to twentieth century, with attention to broader histories of citizenship, *mestizaje*, national identities, and black internationalism.

TABLA DE CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS.....	VIII
1.0 INTRODUCCIÓN	1
1.1 LOS AFRO-LATINOAMERICANOS Y SUS LUCHAS MULTIRRACIALES	6
1.2 LA RAZA CÓSMICA EN CLAVE NEGRA	8
1.3 ORGULLO RACIAL EN TIERRAS MESTIZAS	12
1.4 NEGROS Y MULATOS EN LA HISTORIOGRAFÍA COLOMBIANA....	18
1.5 MARGINADOS, PERO NO MARGINALES	23
1.6 RE-VISITANDO EL ARCHIVO AFROCOLOMBIANO	25
2.0 “EN NUESTRO CARÁCTER DE CIUDADANOS COLOMBIANOS”: NEGROS Y MULATOS Y SU LUGAR EN LA <i>REPÚBLICA DE LOS BLANCOS</i> (1885- 1930)	29
2.1 NEGROS Y MULATOS EN COLOMBIA	31
2.2 ENTRE EL SILENCIO RACIAL Y EL CULTO A ESPAÑA.....	36
2.3 DEL SILENCIO A LA DIFERENCIACIÓN RACIAL.....	46
2.4 BLANQUEAMIENTO, INMIGRANTES AFROANTILLANOS Y EL “PELIGRO” GARVEYISTA	55
2.5 ¿NEGROS, MESTIZOS O CIUDADANOS?	64

3.0	CIUDADANÍA EN DISPUTA: NEGROS Y MULATOS Y SUS LUCHAS POR LA IGUALDAD POLÍTICA, 1885-1930	76
3.1	PAGANDO EL PRECIO DE LA CIUDADANÍA.....	79
3.2	EJERCIENDO LOS DERECHOS CIUDADANOS.....	93
3.3	“TODOS SOMOS HERMANOS EN EL DOLOR Y LA MISERIA”	99
3.4	CIUDADANOS DE UNA GEOGRAFÍA TROPICAL	105
3.5	DEFENDIENDO LAS BONDADES DE LA CIUDADANÍA	110
4.0	DEFENDIENDO Y RECLAMANDO DERECHOS: NEGROS Y MULATOS Y SUS LUCHAS POR LA IGUALDAD SOCIAL Y CIVIL, 1885-1930.....	120
4.1	CRISIS Y RECUPERACIÓN ECONÓMICA DE DOS ANTIGUAS SOCIEDADES ESCLAVISTAS	124
4.2	LAS DISPUTAS POR LA TIERRA Y LOS DERECHOS DE PROPIEDAD.	129
4.3	“EL CONCERTAJE EXPRESA UNA MODALIDAD DE LA ESCLAVITUD”	137
4.4	“A NOSOTROS SE NOS CONSIDERA COMO PARIAS”	141
4.5	VIVIENDA	149
4.6	EDUCACIÓN Y MOVILIDAD SOCIAL	155
5.0	CELEBRANDO Y REDEFINIENDO EL MESTIZAJE: LAS ESTÉTICAS DE BASE AFRICANA DURANTE EL ASCENSO DE LA RAZA CÓSMICA, 1930-1947.....	168
5.1	LA REPÚBLICA LIBERAL Y EL RETORNO AL MESTIZAJE COMO DISCURSO FUNDACIONAL DE LA NACIÓN	171
5.2	UNA NUEVA CONCIENCIA RACIAL	179

5.3	“LA POESÍA, LA MÚSICA Y EL ARTE NEGRO ANDAN SUELTOS DE REGLAMENTOS DE TRÁNSITO”	184
5.4	JOSÉ VASCONCELOS EN CLAVE NEGRA.....	193
5.5	“NEGROS DE NUESTRO MUNDO...SOMOS UNA CONCIENCIA EN AMÉRICA”.....	205
6.0	PERFECCIONANDO LA DEMOCRACIA: RADICALISMO NEGRO, GUERRA DE RAZAS, Y NACIÓN, 1930-1947.....	215
6.1	EL IDEAL DE DEMOCRACIA RACIAL Y SUS LÍMITES	218
6.2	NEGROS RADICALES.....	224
6.3	GUERRA DE RAZAS.....	231
6.4	UNA GENUINA REPRESENTATIVIDAD POLÍTICA.....	240
6.5	HACIA UN NUEVO ORDEN SOCIO-RACIAL	248
6.6	NEGROS NACIONALISTAS Y ANTI-IMPERIALISTAS.....	253
	BIBLIOGRAFÍA.....	262

AGRADECIMIENTOS

Esta disertación fue soñada en Cascajal, pensada en Cartagena, investigada en esa maravillosa ciudad y Bogotá, conceptualizada en Pittsburgh, y escrita en varios de estos espacios y Santa Marta. En cada uno de esos lugares residen y he compartido con personas cuya presencia ha sido definitiva para que mis ojos nunca hayan dejado de estar puestos en los grandes sueños. En Cascajal, el pequeño pueblo donde nací y crecí, residen mis padres (Alicia Mercedes y Donaldo Enrique), quienes han dedicado su existencia a hacer de mí y de mis hermanos (Donaldo, Roicer, Yuleis, Deybis) personas decentes, con los pies en la tierra, y las manos siempre dispuestas a trabajar de manera honrada. Desde sus saberes artesanales y campesinos cultivaron en nosotros el gusto por la educación y nos inculcaron la disciplina que requiere la vida académica. Mis hermanos me han protegido, han soñado conmigo, y nunca han dudado en ofrecerme su total e incondicional apoyo. Ha sido un privilegio ser parte de una familia en la que los obstáculos se superan conjuntamente y, a la vez, cada triunfo se celebra de manera colectiva. Espero que tanto mis padres como mis hermanos lean estas páginas como un tributo a los esfuerzos que en múltiples momentos han realizado para hacer más placentero y seguro el camino que he recorrido hasta ahora.

En Cartagena, donde junto a mi hermano Roicer hice el pregrado en Historia, conocí múltiples dimensiones de la palabra generosidad. La señora Edelfa Jiménez y sus hijas (Ludís, Yenny, Milena), al igual que Carlos Domínguez (Q.E.P.D) y su esposa Ida Luz, nos abrieron las

puertas de sus casas y creyeron en nuestros sueños. Mi gran amigo Alberto Montiel, quizá la persona con el corazón más amplio que he conocido, se convirtió en un ángel terrenal y asumió como tuyas mis ilusiones provincianas. Mile, gran mujer, excelente esposa y ágil historiadora, creyó en mis sueños, les dio alas y trabajó a mi lado para verlos materializados. Manuela, nuestra pequeña hija, debe estar orgullosa del tipo de madre con la que la vida la privilegió. Igual de privilegiada debe sentirse por tener como una de sus abuelas a la señora Doris, quien desde que me conoció me acogió como un hijo. El “profe” Sergio Paolo Solano, además de ser un gran mentor, ha compartido con nosotros su biblioteca, sus conocimientos y, sobre todo, su amistad. Alfonso Múnera, figura central en los estudios sobre raza en Colombia, ha sido una fuente de estímulo constante, y siempre estuvo presto a secundar mis aspiraciones de realizar mis estudios de postgrado en los Estados Unidos. La profesora Neysa Cuello, desde los primeros semestres del pregrado hablando de becas para estudiar en el exterior, mostró el camino a seguir. Los activistas Miguel Obeso y Rubén Hernández, líderes de las luchas afrocolombianas en la costa Caribe, abrieron puertas y caminos cuando una primera beca Fulbright se me fue de las manos. En Bogotá, durante mis pesquisas en los archivos, Ronny Rodríguez fue un excelente anfitrión. Y en Santa Marta, cuando los momentos difíciles llegaron, encontré la tranquilidad para repensar la disertación. A mi tía Deisy infinitas gracias por su decidido apoyo, y a Lily por todo lo vivido y compartido.

Pittsburgh, ciudad que me permitió crecer a nivel profesional y personal, tiene en la historiadora Sharika Crawford a una gran embajadora. Tuve la fortuna de conocerla en año 2007 en Cartagena. En medio de nuestros respectivos trabajos de archivo, Sharika, quién obtuvo su doctorado en la Universidad de Pittsburgh, me habló de las bondades de la apacible ciudad de Pittsburgh para realizar estudios de postgrado y, sobre todo, resaltó las calidades académicas y

personales de un trío de figuras líderes en los estudios afro-latinoamericanos: Alejandro de la Fuente, Lara Putnam y George Reid Andrews. En agosto de 2009, ya en Pittsburgh, ratifiqué los comentarios de Sharika; los tres no sólo son grandes académicos, sino personas dispuestas a potenciar las habilidades de cada uno de los estudiantes del programa de historia de Pitt. Alejandro, insistiendo en la necesidad de fijarse en las “big questions”, y Lara, reclamando atención al diseño de las investigaciones, han plantado una semilla que de germinar seguramente ha de llevarme a ejercer el oficio de historiador bajo los más altos estándares académicos. El profe Reid, aparte de ser el consejero idóneo para llevar este proyecto doctoral a feliz puerto, ha sido -ante todo- un modelo a seguir a nivel académico y personal. Riguroso en sus clases e investigaciones, y poseedor de la humildad que caracteriza a aquellos que realmente saben para que esta hecho el conocimiento. Gracias eternas profe Reid. Los profesores Laurence Glasco y Gayle Rodgers gustosamente aceptaron integrar, junto a Lara, Alejandro y Reid, mi comité de disertación. Sus observaciones e interrogantes ayudaron a mejorar el documento y contribuirán a desarrollar en el futuro varios de los argumentos expuestos en la disertación.

Mis amigos de toda la vida y los que he ido cultivando en mi recorrido por cada uno de estos lugares han sido solidarios en los momentos difíciles y han celebrado los logros alcanzados. Fue grato conocer, compartir y entablar amistad en Pittsburgh con Orlando Rivero-Valdés; su camaradería y amistad hicieron posible que este provinciano navegara con mayor tranquilidad las complejas aguas del mundo académico americano. George Palacios, Gioconda Snyder y Jesse Horst, también compañeros transformados en amigos, hicieron mucho más agradable mi estadía en Pittsburgh. Profesores y colegas, que han conocido y leído mi propuesta de investigación, gentilmente han hecho comentarios y preguntas. El Dr. Jerome Branche, con quien adelanté varios cursos de literatura latinoamericana, despertó mi interés en las fuentes

literarias y ofreció herramientas para leerlas de forma adecuada. La geógrafa e historiadora Claudia Leal, estudiosa de las relaciones raciales de la costa Pacífica, revisó la propuesta doctoral en sus inicios e hizo acertados comentarios para analizar de manera conjunta las realidades de ese territorio y la región Caribe. Los participantes del workshop *La Esclavitud y sus legados en Colombia*, organizado por Claudia en la Universidad de los Andes (2015), también me ayudaron a precisar de mejor forma algunas de mis intuiciones. Por ejemplo, los agudos comentarios de Rebecca Scott sobre las diferencias entre ser marginal y ser marginado y las apreciaciones de Marixa Lasso sobre modernidad y tropicalización fueron de utilidad para interpretar las visiones y comportamiento político de sectores negros y mulatos de las costas Pacífica y Caribe. Participantes del primer Mark Cluster Mamolen Dissertation Workshop (2016), realizado en el Afro-Latin American Research Institute de Harvard University, también alimentaron con ideas este proyecto. De manera particular, los comentarios de Katherine Bonile en torno a las realidades raciales de Colombia, las observaciones de Adriana Chira sobre la aceptación de algunas estéticas de base africana por parte de las élites colombianas y las visiones de Alejandro Campo-García sobre la genealogía del orgullo racial en Afro-Latinoamérica aún siguen dando vueltas en mi cabeza.

Varias instituciones, con apoyo financiero y asesoría académica, también han hecho posible este recorrido desde Cascajal hasta Pittsburgh. La Universidad de Cartagena, a través del Programa de Historia, el Instituto Internacional de Estudios del Caribe y el Doctorado en Ciencias de la Educación, me abrieron las puertas para formarme e iniciar mi carrera como historiador. COLCIENCIAS, entidad que dirige y supervisa la investigación en Colombia, en varias oportunidades también ha apoyado mi proceso de formación. En 2006, a través del programa Jóvenes Investigadores, recibí fondos para iniciar una investigación sobre las

relaciones raciales en Cartagena. En 2011, mediante sus becas para doctorados en el exterior, pude dedicarme durante cinco años a terminar los cursos doctorales, investigar, escribir y revisar la disertación. La maestría, realizada entre 2009 y 2011, fue financiada por Fulbright-Colombia. A su exdirectora, Ann Mason, mi eterna gratitud por permitir que voces y rostros de las diversas regiones colombianas tuvieran acceso a estas prestigiosas becas. El Centro de Estudios Latinoamericanos y el Departamento de Historia de la Universidad de Pittsburgh otorgaron fondos para adelantar trabajo de archivo en Colombia. Lo propio hizo LASPAU, entidad afiliada a Harvard University, que además administró la beca doctoral de COLCIENCIAS. A Carlos Solórzano, mi asesor en LASPAU, sinceros agradecimientos por la forma diligente y amable con la que siempre resolvió los interrogantes que surgieron durante la realización del doctorado. A todas las personas e instituciones aquí mencionadas mi más profundo respeto y admiración por seguir creyendo en el esfuerzo y el mérito.

A mis padres Donaldo Enrique y Alicia Mercedes,
y a mi linda hija Manuela

1.0 INTRODUCCIÓN

La materialización efectiva de la igualdad siguió siendo una aspiración central de los afro-latinoamericanos en el tránsito del siglo XIX al XX. La reclamaron habitantes negros y mulatos de países como Argentina, Uruguay o Colombia que -ad portas de conmemorar sus cien años de vida republicana- estaban caracterizados por jerarquías raciales, sociales, económicas y políticas¹. Lo hicieron los afro-cubanos y los afro-brasileros tras la abolición de la esclavitud y la instauración de la República². Los afro-latinoamericanos adelantaron estas disputas por la igualdad en el marco de la irrupción de discursos de auto-reconocimiento y orgullo racial en algunos contextos en las Américas. En Estados Unidos, desde finales del siglo XIX, y en países del área circuncaribe, a partir de las primeras décadas del XX, emergieron líderes negros interesados en construir una nueva representación racial sobre sí mismos y sobre la forma como eran visualizados³. Esta nueva conciencia racial irrumpió en un contexto dominado por las narrativas de armonía racial que los afro-latinoamericanos habían privilegiado como términos de inclusión desde las guerras por la independencia.

¹ George Reid Andrews, *Afro-Latin America, 1800-2000* (New York: Oxford University Press, 2004), 117-151.

² Sobre las respectivas disputas por la igualdad de los afro-cubanos y afro-brasileros en el siglo XX ver Alejandro de La Fuente, *A Nation for All: Race, Inequality and Politics in Twentieth Century Cuba* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001); Paulina Alberto, *Terms of Inclusion: Black Intellectuals in Twentieth-Century Brazil* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2011).

³ Análisis sobre la irrupción de discursos de orgullo racial en las Américas se encuentran en Davarian Baldwin y Minkah Makalani, Eds., *Escape from New York: The New Negro Renaissance beyond Harlem* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 2013); Henry Louis Gates, Jr. y Gene Andrew Jarret, Eds., *The New Negro: Readings on Race, Representation, and African American Culture, 1892-1938* (Princeton: Princeton University Press, 2007).

Mientras hay numerosos trabajos que, por separado, han analizado la relevancia que han tenido los discursos de armonía racial y las narrativas de orgullo racial en la construcción de imaginarios y en las disputas por la igualdad⁴, pocos han sido los esfuerzos por establecer qué implicaciones tuvo la interconexión entre ambos discursos en los términos de inclusión utilizados por los afro-latinoamericanos a la hora de reclamar la incumplida promesa de la igualdad⁵. Esta disertación, utilizando como trasfondo el ascenso de la previamente citada conciencia racial en las Américas, reconstruye las múltiples disputas por la igualdad adelantadas por grupos de artesanos, obreros, estudiantes y profesionales negros y mulatos que emergieron en uno de los primeros países latinoamericanos que incorporó los discursos de armonía racial dentro de su retórica nacionalista: Colombia⁶. Centrada en dos períodos políticos que en la historiografía colombiana se conocen como la Hegemonía Conservadora (1885-1930) y la República Liberal (1930-1946), busca resolver cuatro preguntas centrales: ¿Qué significados y contenidos le imprimieron estos grupos de artesanos, obreros, estudiantes y profesionales a las nociones de igualdad en el período comprendido entre 1885 y 1947? ¿Qué incidencia tuvo la intersección entre los discursos de armonía racial y la retórica de auto-reconocimiento racial en los patrones de identificación y en el lenguaje que utilizaron para reclamar las diversas dimensiones de la

⁴ Recientes interpretaciones sobre los contenidos de estas narrativas pueden verse en Brian Roberts, *Artistic Ambassadors: Literary and International Representation of the New Negro Era* (Charlottesville: University of Virginia Press, 2013); Minkah Makalani, *In the Cause of Freedom: Radical Black Internationalism from Harlem to London, 1917-1939* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2011); Brent Hayes Edwards, *The Practice of Diaspora: Literature, Translation, and the Rise of Black Internationalism* (Cambridge: Harvard University Press, 2003); Ada Ferrer, *Insurgent Cuba: Race, Nation and Revolution, 1868-1898* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999); De la Fuente, *A Nation for All*; Rebecca Scott, *Degrees of Freedom: Louisiana and Cuba after Slavery* (Cambridge: Harvard University Press, 2005); Marixa Lasso, *Myths of Harmony: Race and Republicanism during the Age of Revolution, Colombia 1795-1831* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2007).

⁵ Una notable excepción se encuentra en Frank Andre Guridy, *Forging Diaspora: Afro-Cubans and African Americans in a World of Empire and Jim Crow* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2010).

⁶ “Gran Colombia was not only one of the first Latin American regions where racial equality became government policy but one of the first to elaborate a nationalist rhetoric of racial harmony and equality”. Lasso, *Myth of Harmony*, 11.

igualdad? ¿Cómo intentaron superar las constricciones discursivas y materiales que dificultaban la consecución de ese ideal igualitario? ¿Qué efectos tuvieron los discursos raciales de estos sectores y sus acciones políticas en las relaciones raciales y las nociones de ciudadanía que se desarrollaron en Colombia entre 1885 y 1947?

En esta disertación argumento que entre 1885 y 1947 sectores negros y mulatos, en su condición de artesanos, obreros, estudiantes y profesionales, adquirieron visibilidad política y jugaron un papel central en la definición de los significados y contenidos que adquirió la noción de igualdad en Colombia durante ese período. Estos actores sociales, producto del legado colonial y de dinámicas económicas, políticas y raciales que tuvieron lugar durante las décadas en estudio, enfrentaron una serie de constricciones discursivas y materiales que los llevaron a considerar que el ideal de igualdad, aunque garantizado a nivel legal, experimentaba limitaciones cuando trataban de ejercer en su vida cotidiana sus derechos como ciudadanos y miembros de una comunidad de iguales.

Entre 1885 y 1930, época en la que las élites colombianas desarrollaron un culto por las tradiciones hispánicas y por las teorías del racismo científico, las manifestaciones culturales de base africana fueron marginadas de los elementos constitutivos de lo que debía ser la *colombianidad*. Y de 1930 a 1946, cuando Colombia retornó al mestizaje como discurso fundacional de la nación, celebraron el pasado de las comunidades indígenas y, al hacerlo, nuevamente excluyeron las manifestaciones culturales de base africana de las narrativas e imágenes con las que se representaba la identidad nacional. Tanto en la Hegemonía Conservadora como en la República Liberal, élites locales y nacionales, renuentes a ceder espacios políticos, apelaron a los insultos raciales y a los rumores de lucha de razas para restarle legitimidad a las aspiraciones de igualdad política de los habitantes negros y mulatos. En el

marco del boom exportador y el proceso de industrialización que experimentó el país entre 1885 y 1950, empresarios nacionales y fuerzas económicas transnacionales, a través de la apropiación de tierras, formas coercitivas de trabajo y mecanismos de proletarización, limitaron los alcances de los derechos sociales y económicos de los trabajadores rurales y urbanos, entre ellos los de origen afrodescendiente.

Entre 1885 y 1930, a la hora de contrarrestar la marginalidad impuesta durante la Hegemonía Conservadora, el grueso de los líderes de origen afrodescendiente privilegió un lenguaje multirracial que eclipsó el discurso de orgullo racial que para entonces emergía en algunos lugares de las Américas. Aunque en las costas colombianas a través de los inmigrantes afroantillanos se sintieron los ecos del proyecto de Marcus Garvey y varios de sus habitantes negros y mulatos se movieron al ritmo del jazz, el grupo de líderes en estudio apeló al carácter mestizo de la nación e invocó su estatus de ciudadanos colombianos. Asociaron la igualdad a la eliminación de los insultos raciales que sufrían en su interacción diaria con miembros de las élites locales y nacionales. También vincularon este concepto a la consecución de mayor representatividad política, mejores condiciones laborales, y la superación de barreras raciales informales que enfrentaban a la hora de acceder a la educación y desempeñarse profesionalmente. Entre 1930 y 1947, en el marco de un nuevo proyecto de nación impulsado por los gobiernos liberales, se produce la intersección entre los discursos de armonía racial y la narrativa de orgullo racial. Poetas, profesionales y estudiantes negros y mulatos desarrollaron un sentimiento de auto-reconocimiento racial y le imprimieron nuevos contenidos a la noción de igualdad. Ahora, reclamaron la incorporación de las estéticas de base africana en las representaciones que sobre la identidad nacional se hicieron durante ese período, al tiempo que realizaron debates para demostrar que las desigualdades sociales enfrentadas por los habitantes

negros de Colombia en materia laboral, educativa y de acceso a la tierra implicaban algo más que un problema de clase.

En nombre de los contenidos que deseaban imprimirle a la noción de igualdad, exploraron alternativas que incluyeron la participación en guerras civiles, la vinculación y creación de facciones al interior de los Partidos Liberal y Conservador, así como la organización de ligas y centros obreros. Otros consideraron que la verdadera igualdad sólo la lograrían a través de los movimientos de izquierda, abrazando las ideas socialistas y comunistas que irrumpieron en Colombia en la primera mitad del siglo XX. Y unos pocos vieron en los centros culturales racialmente definidos el camino a seguir. A través de las organizaciones multirraciales y las racialmente definidas accedieron a espacios de representación política y académica por medio de los cuales intentaron materializar las múltiples y cambiantes connotaciones que le otorgaron a la idea de igualdad entre 1885 y 1947.

Artisanos, obreros, estudiantes y profesionales negros y mulatos, en la sostenida búsqueda por la igualdad que protagonizaron a través de las alternativas previamente mencionadas, contribuyeron a moldear las nociones de raza y ciudadanía. Entre 1885 y 1930, a partir del lenguaje multirracial que privilegiaron, contrarrestaron los alcances de regímenes raciales nacionales y locales en los que miembros de la élite blanca se auto-proclamaban los llamados a ocupar los espacios políticos y académicos, al tiempo que cuestionaron las descripciones de sus territorios y habitantes como incivilizados e inferiores. La ausencia de una retórica que exaltara las prácticas culturales de base africana, sin embargo, reforzó la marginalidad que tuvieron las mismas en las narrativas sobre identidad regional y nacional que se construyeron a lo largo de las cinco décadas de dominio conservador. Entre 1930 y 1945, en el marco del orgullo racial que desarrollaron y expresaron públicamente algunos negros y

mulatos, no sólo lograron posicionar manifestaciones culturales de raigambre africana en las esferas locales, nacionales y transnacionales, sino que le dieron un tono más inclusivo a la visión de mestizaje impulsada por el gobierno colombiano que circunscribía la representación de la nación al pasado de las comunidades indígenas de los Andes.

1.1 LOS AFRO-LATINOAMERICANOS Y SUS LUCHAS MULTIRRACIALES

En los últimos treinta años, ha surgido una abundante literatura sobre los mecanismos de participación y movilización política de los afrodescendientes en América Latina. Esta literatura ha demostrado que los afro-latinoamericanos han desempeñado un papel central en la definición de los límites y alcances de la ciudadanía, así como en el desarrollo político y económico de las naciones latinoamericanas. De manera particular, la literatura existente sobre el comportamiento político de los afro-latinoamericanos durante el siglo XX ha explorado temas como las ideas raciales que defendieron, las organizaciones políticas y culturales a las que se vincularon o crearon y sus estrategias de movilidad social, al tiempo que ha reconstruido las luchas que han llevado a cabo con el fin de desafiar las desigualdades sociales y raciales⁷.

Las investigaciones iniciales sobre el comportamiento político afrodescendiente en Latinoamérica durante el siglo XX se centraron en los movimientos racialmente definidos que se formaron en esta región. Influenciados por las experiencias de los poderosos movimientos negros que surgieron en los Estados Unidos y Sudáfrica en los años cincuenta y sesenta, diversos

⁷ Balances historiográficos sobre esta creciente literatura se encuentran en Peter Wade, “Afro-Latin American Studies: Reflections on the Field”, *Latin American and Caribbean Ethnic Studies* 1, 1 (2006), 105-24; George Reid Andrews, “Afro-Latin America: Five Questions”, *Latin American and Caribbean Ethnic Studies* 4, 2 (2009), 191-210.

investigadores intentaron rastrear la existencia de este tipo de movimientos en América Latina. La experiencia del Partido Independiente de Color (1908-1912) y el Frente Negra Brasileira (1931-1938), creados en Cuba y Brasil respectivamente, fueron el centro de atención de esas investigaciones. Sin embargo, a diferencia de los movimientos que lucharon contra la segregación racial en Estados Unidos y el Apartheid en Sudáfrica, los que surgieron en Cuba y Brasil no contaron con una amplia base de apoyo por parte de los sectores afrodescendientes⁸.

La escasa vinculación de los afro-latinoamericanos a organizaciones racialmente definidas dio origen a una segunda tendencia historiográfica preocupada por investigar la participación de líderes y grupos sociales de este origen racial en organizaciones multirraciales. Estas nuevas investigaciones han demostrado que los afro-cubanos y los afro-brasileros, por ejemplo, fueron mucho más propensos a apoyar el Partido Liberal de Cuba que el Partido Independiente de Color, o el Partido Trabalhista Brasileiro en vez del Frente Negra Brasileira. Dicho de otra forma, durante buena parte del siglo XX la gran mayoría de los afro-latinoamericanos, en vez de vincularse a movimientos racialmente definidos, prefirieron luchar por su inclusión racial y política a través de su participación en los ejércitos nacionales, los partidos políticos, organizaciones obreras y centros culturales que surgieron en sus respectivas naciones⁹.

En sus propios términos, al centrarse en un país donde no surgieron partidos políticos racialmente definidos durante la primera mitad del siglo XX, contribuye a ampliar los hallazgos

⁸ George Reid Andrews, *Blacks and Whites in Sao Paulo, Brazil, 1888-1988* (Madison: University of Wisconsin Press, 1991); Aline Helg, *Our Rightful Share: The Afro-Cuban Struggle for Equality 1866-1912* (Chapel Hill and London: University of North Carolina Press, 1995); Michael Hanchard, *Orpheus and Power: The Movimento Negro of Rio de Janeiro and Sao Paulo, Brazil, 1945-1988* (Princeton: Princeton University Press, 1994); Kim Butler, *Freedoms Given, Freedoms Won: Afro-Brazilians in Post-Abolition São Paulo and Salvador* (New Brunswick: Rutgers University Press, 1998).

⁹ Ejemplos de libros que siguen esta perspectiva son George Reid Andrews, *Blackness in the White Nation: A History of Afro-Uruguay* (University of North Carolina Press, 2010); Scott, *Degrees of Freedom*; Andrews, *Afro-Latin America*; De La Fuente, *A Nation for All*.

que esta segunda perspectiva ha venido realizando sobre las disputas que adelantaron los afro-latinoamericanos por la democracia social y política desde organizaciones multirraciales. De manera particular, los capítulos dos, tres y cinco resaltan el rol de habitantes negros y mulatos en organizaciones obreras, reconstruyendo la intersección entre los discursos republicanos y las ideas socialistas y comunistas que impactaron en Colombia a partir de 1910. Igualmente, al explorar su participación en los principales partidos políticos de Colombia, rastrea los espacios de poder político que conquistaron a nivel local y nacional, y el uso que hicieron de los mismos para eliminar relaciones de trabajos semi-serviles, reglamentar el acceso y uso de la tierra, garantizar la expansión de la educación, y la construcción de viviendas. Precisamente, la centralidad que tuvieron en el mundo laboral y la significativa representatividad política que lograron explicar en parte la predilección por las organizaciones multirraciales y la ausencia de partidos políticos racialmente definidos en Colombia.

1.2 LA RAZA CÓSMICA EN CLAVE NEGRA

Mi disertación complementa las visiones que los recientes estudios afro-latinoamericanos han realizado sobre la noción de democracia racial. La historiografía que ha explorado el tema de las relaciones raciales en Latinoamérica ha estudiado con detenimiento esta narrativa que se basa en la idea de que las sociedades deben ser armónicas e igualitarias racialmente hablando¹⁰. Las aproximaciones iniciales a este tema, realizadas entre los años 70 e inicios de los 90, se caracterizaron por señalar que las retóricas de armonía racial no eran más que una herramienta

¹⁰Alberto, *Terms of Inclusion*, 13-20; Edward Telles, *Race in Another America: The Significance of Skin Color in Brazil* (Princeton: Princeton University Press, 2006), 1-10; Alejandro de la Fuente, “Myths of Racial Democracy: Cuba, 1900-1912”, *Latin American Research Review* 34, 3 (1999), 39-73.

ideológica creada por la élite para ocultar las marcadas lógicas de desigualdad social que tipificaban a sus países. Al mismo tiempo, estos estudios argumentaron que las nociones de democracia racial y mestizaje eran los principales impedimentos para que los afro-latinoamericanos, al igual que lo hicieron sus pares afro-americanos o sudafricanos, organizaran poderosos movimientos raciales y se movilizaran colectivamente en contra de las desigualdades sociales y alcanzaran la igualdad racial¹¹.

Estas aproximaciones iniciales permitieron entender de qué forma se articuló ese discurso racial, mostraron las dinámicas de desigualdad y discriminación que caracterizaban a Brasil, Cuba o Colombia, reconstruyeron los procesos históricos (inmigración, industrialización) que durante la república crearon y/o agudizaron esas lógicas de desigualdad, y rastrearon los mecanismos utilizados por los sectores populares para cuestionar este nuevo orden socio-racial. Sin embargo, al explorar únicamente los efectos desmovilizadores de la noción de democracia racial, dejaron de lado las oportunidades y espacios que esta ideología pudo abrir para los sectores que estaban experimentando las desigualdades sociales.

Los cuestionamientos a este marco interpretativo provinieron de los análisis que se hicieron sobre las relaciones raciales en Cuba a finales de los años 90. El trabajo de Alejandro de la Fuente sobre la lucha de los afro-cubanos por la igualdad durante la primera república fue central para lograr esta variación historiográfica. De la Fuente planteó la posibilidad de visualizar esta retórica como una herramienta central para estos sectores en su intento de reclamar la incumplida promesa de igualdad racial. Los activistas y políticos afro-cubanos no sólo invocaron, instrumentalizaron e hicieron uso del discurso de la democracia racial, sino que

¹¹ Sidney Kronus y Mauricio Solaún, *Discrimination without Violence: Miscegenation and Racial Conflict in Latin America* (New York: John Wiley and Sons, 1973); Andrews, *Blacks and Whites*; Wade, *Blackness*; Hanchard, *Orpheus and Power*; Helg, *Our Rightful Share*; Butler, *Freedoms Given*.

participaron activamente en la elaboración y creación del mismo¹². Los trabajos de Ada Ferrer y Rebecca Scott sobre la participación de los afro-cubanos en las luchas por la independencia, terminaron reafirmando el rol definitivo que tuvieron estos sectores en la creación y uso de esta poderosa retórica de igualdad racial en Cuba¹³.

Trabajos recientes sobre el discurso de democracia racial en Brasil también han cuestionado los efectos desmovilizadores de esta retórica, y con ello han reconocido las posibilidades que la misma abrió para los sectores afro-brasileros y el papel de éstos en la creación del citado discurso. El análisis de Bryan McCann sobre el ascenso de la música popular brasileira durante la consolidación del populismo, y el estudio de Paulina Alberto sobre los cambiantes discursos de democracia racial a lo largo del siglo XX, ejemplifican lo anotado. McCann, quien analizó el uso que Getulio Vargas en sus distintas administraciones hizo de la cultura popular para cimentar una cultura nacional que venciera las diferencias regionales y de clases, demostró que la exaltación oficial de los ritmos y prácticas culturales populares fue instrumentalizada por los artistas y grupos musicales. Lejos de ser cooptados o manipulados, sostiene McCann, estos actores sociales aprovecharon la retórica oficial para posicionar estilos musicales regionales y marginales en la esfera nacional¹⁴. Alberto, al rastrear los discursos a través de los cuales pequeños grupos de intelectuales afro-brasileros exigieron su inclusión en Sao Paulo, Río de Janeiro y Salvador de Bahía, le otorgó un papel aun más activo a estos grupos sociales. Haciendo eco de los citados hallazgos de Alejandro de la Fuente y Ada Ferrer, esta autora demuestra que los intelectuales afro-brasileros, ya fuera condenando públicamente la

¹² De la Fuente, "Myths of Racial Democracy", 39-73

¹³ Ferrer, *Insurgent Cuba*; Scott, *Degrees of Freedom*.

¹⁴ McCann, *Hello, Hello Brazil: Popular Music in the Making of Modern Brazil* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004).

discriminación racial de que eran objeto, o respaldando las ideologías nacionales de armonía racial, jugaron un rol central en la construcción de la idea de democracia racial¹⁵.

En sus propios términos, a partir del caso de Colombia, complejiza el análisis de los discursos de armonía racial realizados por la historiografía latinoamericana. Los avances que se han realizado sobre este tema, como vemos, se han concentrado en las experiencias de los habitantes negros de países como Brasil y Cuba, donde sus respectivos gobiernos ubicaron las manifestaciones culturales de base africana en el centro de lo que debía ser la *brasileñidad* y la *cubanidad*. Recientemente, el historiador George Reid Andrews estudió el caso de comunidades afrodescendientes en Uruguay, espacio en el que lo blanco terminó siendo parte del discurso fundacional de la nación¹⁶. Menos conocido es el caso de sus pares en países como Colombia donde, a pesar de la importante proporción de habitantes negros, el pasado indígena ocupó el lugar central en las representaciones oficiales que se hicieron sobre la identidad nacional entre 1930 y 1945¹⁷.

La experiencia de Colombia también ofrece una ventana de análisis para estudiar algunas de las razones que explican la larga longevidad de los discursos de armonía racial. En los años treinta, cuando la joven nación cubana y Brasil estaban institucionalizando sus respectivas ideas de democracia racial, Colombia retornaba a un discurso que emergió en las guerras por la independencia que tuvieron lugar a comienzos del siglo XIX. Esta diferencia en el momento en que emerge el discurso de armonía racial en Colombia ofrece la posibilidad de indagar ya no por el rol que jugaron negros y mulatos en la creación del mismo, sino por el papel que desempeñaron en la supervivencia que ha tenido ese ya bicentenario discurso.

¹⁵ Alberto, *Terms of Inclusion*, 4.

¹⁶ Andrews, *Blackness*.

¹⁷ Sobre el lugar de sectores negros e indígenas en el orden racial colombiano ver Wade, *Blackness*, 29-50.

El capítulo uno de la disertación, centrado en los términos utilizados por sectores negros y mulatos para reclamar su pertenencia a la nación, muestra que invocaron el mestizaje como lenguaje de igualdad ante el culto por las tradiciones hispánicas y las teorías del racismo científico que desarrollaron miembros de las élites políticas e intelectuales entre 1880 y 1930. El capítulo cuatro, dedicado a los esfuerzos de sectores negros y mulatos por exaltar algunas manifestaciones culturales de base africana, indica que estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente redefinieron la noción de mestizaje que Colombia acogió como discurso fundacional de la nación entre 1930 y 1946. Hicieron una lectura en clave negra de la idea de “raza cósmica” propuesta por el intelectual mexicano José Vasconcelos: Si Colombia era una nación mestiza, caracterizada por la mezcla de indígenas, europeos y negros, las manifestaciones culturales de cada uno de estos tres componentes debían ser incorporadas en igualdad de condiciones en la construcción de la identidad nacional colombiana.

1.3 ORGULLO RACIAL EN TIERRAS MESTIZAS

En sus propios términos, a través del caso de Colombia, contribuye a ampliar el conocimiento que recientes trabajos han venido realizando sobre la genealogía de los discursos de orgullo racial que irrumpen en Latinoamérica y el Caribe en el tránsito del siglo XIX al XX. Particular atención, entre los movimientos que desarrollaron esta retórica, ha merecido la experiencia de los *Nuevos Negros*. Incorporada por el reverendo W. E. C Wright en 1894 y retomada por los afroamericanos Booker T. Washington, Norman Barton Wood y Fannie Barrier Williams en su libro *A New Negro for a New Century (1900)*, la noción de *Nuevos Negros* se asocia a un conjunto de afroamericanos que desde finales del siglo XIX aspiraron a construir una nueva

representación sobre los sectores afroamericanos y su rol en la sociedad. En contra de las imágenes que se habían forjado sobre estos sectores durante la esclavitud y el período conocido como la Reconstrucción, figuras como Wright y Washington remarcaron que los *Nuevos Negros* debían ser educados, refinados, patriotas y orgullosos de su origen racial¹⁸.

En la primera mitad del siglo XX, poetas, artistas, intelectuales, líderes y activistas negros, procedentes de diversos lugares de los Estados Unidos y algunos países de Latinoamérica y el Caribe, se dieron cita en el barrio neoyorkino de Harlem para seguir explorando nuevas formas de representar lo negro y fortalecer el orgullo racial.¹⁹ El Harlem Renaissance, en palabras de Alain Locke, uno de sus más reconocidos integrantes, fue “the first concentration in history of so many diverse elements of Negro life”. Harlem y lo que representaba -decía- había atraído “the African, the West Indian, the Negro American; has brought together the Negro of the North and the Negro of the South”²⁰.

Esta característica de aglutinar a sectores provenientes de distintos lugares de la *diáspora* africana se vio reflejada en las diversas formas que sus integrantes tenían de concebir el problema racial. Para intelectuales afroamericanos como el mismo Alain Locke, inmersos en un contexto marcado por la segregación racial, el camino a seguir era la integración plena a la sociedad estadounidense a partir de los medios que las instituciones legales y democráticas de este país ofrecían. “They are none other than the ideals of American institutions and democracy,” concluía Locke al referirse a los objetivos y medios que debían perseguir los sectores

¹⁸ Jeannette Eilleen Jones, “‘Brightest Africa’ in the New Negro Imagination”, en: Baldwin y Makalani, Eds., *Escape from New York*, 31.

¹⁹ Nathan Irvin Huggins, *Harlem Renaissance* (New York: Oxford University Press, 1973).

²⁰ Alain Locke, “The New Negro”, en: Alain Locke, Ed., *Introduction to The New Negro* (New York: Atheneum, 1968), 3.

afroamericanos para romper con la ficción de que “the life of the races is separate”²¹. Langston Hughes, otra figura destacada de este movimiento cultural, centró su atención en los prejuicios y visiones que distanciaban a las élites afroamericanas de la clase trabajadora negra. Buena parte de la propuesta intelectual de Hughes quedó consignada en su famoso texto *The Negro Artist and the Racial Mountain*. En este conocido artículo, el poeta criticaba el comportamiento de las clases medias afroamericanas, quienes –decía– vivían en una carrera constante por renunciar a sus orígenes raciales y en busca de un deseado blanqueamiento. “This urge within the race toward whiteness”, contribuía a que la palabra “blanco” representara todo lo positivo. “A word white comes to be unconsciously a symbol of all virtues”, aseguraba en uno de los pasajes del citado artículo. La idea era romper con esos temores raciales y valorar las manifestaciones culturales practicadas por los sectores afroamericanos comunes y corrientes. “These common people will give to the world its truly great Negro artist, the one who is not afraid to be himself”. Dejando atrás esos temores y valorando el ser negro, Hughes concluía que los poetas y afroamericanos en general podían expresarse de manera más libre, conscientes de su identidad y sin avergonzarse de la misma. En sus propias palabras: “We younger Negro Artists who create now intend to express our individual dark-skinned selves without fear or shame”²².

Otro fue el camino pensado y señalado por Marcus Garvey quien, luego de fundar la Universal Negro Improvement Association (UNIA) en su natal Jamaica, se radicó en Harlem en 1916. Un año después abrió capítulos de la UNIA en New York y varias ciudades de los Estados Unidos con el propósito de fortalecer el orgullo racial de los sectores negros y de unirlos y trabajar por el avance económico de los mismos de manera independiente y autosuficiente. En la

²¹ Locke, “The New Negro”, 5.

²² Langston Hughes, “The Negro Artist and the Racial Mountain”. Documento consultado el 20 de noviembre de 2011, http://www.english.illinois.edu/maps/poets/g_l/hughes/mountain.htm.

década de 1920, el garveyismo se convirtió en un gran movimiento cívico internacional que se opuso al colonialismo y exigió a las potencias europeas, especialmente Gran Bretaña, salir de África. Sin las preocupaciones de los afroamericanos por lograr su plena articulación a la nación americana, Garvey visualizaba el retorno a África como condición sine qua non para llegar a conformar una verdadera y respetada nación. En su clásico estudio sobre el Harlem Renaissance, Nathan Irving Huggins sintetiza el proyecto que Garvey intentó materializar en los siguientes términos: “Black men re-establishing themselves in Africa, being a real people, becoming a real nation”²³.

El desarrollo de una tendencia historiográfica que privilegia el estudio de los intercambios culturales transnacionales ha facilitado la proliferación de investigaciones que han contribuido a la reconstrucción de las conexiones existentes entre integrantes del Harlem Renaissance y movimientos culturales que surgieron en otros países del hemisferio occidental. Recientemente, Brent Hayes Edwards y Minkah Makalani analizaron los vínculos que forjaron miembros de la diáspora africana en New York con sus pares residentes en París y Londres²⁴. Los trabajos de Frank Guridy y George Reid Andrews reconstruyeron los vínculos de miembros del Harlem Renaissance con escritores y periodistas afro-latinoamericanos. Guridy, en su estudio sobre las interacciones culturales y políticas entre los afro-cubanos y afro-americanos entre 1898 y 1959, sugiere que los primeros no concibieron su lucha por la igualdad sólo como un problema nacional. Estos sectores, en su esfuerzo por defender su igualdad, vieron la necesidad de establecer un mayor contacto con los líderes afroamericanos, considerándose a sí mismos como miembros de una colectividad transnacional²⁵. Andrews, en su estudio sobre las acciones

²³ Huggins, *Harlem*, 22.

²⁴ Edwards, *The Practice of Diaspora*; Makalani, *In the Cause of Freedom*.

²⁵ Guridy, *Forging Diaspora*.

políticas y discursos raciales expuestos por los afro-uruguayos a lo largo del período republicano, muestra que algunos escritores e intelectuales de este origen racial prestaron particular atención a las relaciones raciales de los Estados Unidos, reportando, entre otras cosas, los esfuerzos de los afro-americanos por movilizarse en contra del régimen de segregación racial imperante para entonces en ese país, y recogiendo las ideas de las figuras destacadas del Harlem Renaissance, entre ellas Langston Hughes²⁶.

El reciente trabajo de la profesora Lara Putnam, *Radical Moves: Caribbean Migrants and the Politics of Race in the Jazz Age*, ha complejizado el marco de análisis previamente mencionado. Putnam, desplazando el foco de atención de Harlem hacia el Caribe, plantea que los orígenes de los movimientos internacionalistas negros que sacudieron el siglo XX no sólo se encuentran en el cosmopolita barrio neoyorquino, sino también en los puertos bananeros y los salones de baile de la zona tropical del área circuncaribe²⁷. En “Provincializing Harlem”, uno de sus más recientes artículos sobre el tema, sugiere que ese cambio de óptica permite ver que los migrantes de países como Panamá, Costa Rica, Jamaica, Puerto Rico, Cuba y otras zonas del Caribe estaban globalmente conectados e incidieron en los debates que se estaban dando sobre raza, clase e imperialismo en el hemisferio occidental²⁸.

En ninguno de estos casos —Cuba, Uruguay, el Caribe Británico— los sectores que abiertamente reconocieron su pertenencia a la raza negra adoptaron el término *Nuevos Negros* para auto-identificarse. Sin embargo, en sus esfuerzos por redefinir la comprensión de lo racial en sus respectivas sociedades, jugaron roles análogos a los desempeñados por los *Nuevos Negros* en los Estados Unidos. Al hacerlo, no sólo entraron en conversación con escritores, líderes y

²⁶ Andrews, *Blackness*, 85-111.

²⁷ Putnam, *Radical Moves*, 230.

²⁸ Lara Putnam, “Provincializing Harlem: The ‘Negro Metropolis’ as Northern Frontier of a Connected Caribbean”, *Modernism/modernity* 20, 3 (September 2013), 470.

activistas asociados con ese movimiento en los Estados Unidos, sino que también dieron forma a movimientos que exploraron nuevas representaciones sobre lo racial y desarrollaron narrativas que reafirmaron el orgullo racial.

Colombia, aunque también contó con grupos significativos de personas de origen afrodescendiente que tomaron parte en todo estos debates raciales, ha sido uno de los países ausentes en la reconstrucción que estas perspectivas han realizado. Mi disertación, al incluir esta inexplorada experiencia, amplía el conocimiento que estos recientes trabajos han realizado sobre el ascenso de los discursos de orgullo racial en Latinoamérica. Entre 1885 y 1930, aunque el grueso de los líderes de origen afrodescendiente de las costas Pacífica y Caribe colombiana privilegió un lenguaje nacional y multirracial, ecos de la plataforma ideológica pregonada por Marcus Garvey se diseminaron por algunos puertos colombianos a través de inmigrantes afroantillanos. El jazz, cultivado por músicos afroamericanos, despertó el interés de artesanos negros y mulatos de la ciudad de Cartagena, quienes en los años 20 dieron forma a orquestas inspiradas en ese género musical²⁹. Y entre 1930 y 1945, ahora sí en una deseada y buscada sintonía, varios estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente se identificaron con las propuestas estéticas y políticas de escritores, músicos e intelectuales asociados al *Harlem Renaissance*, al negrismo y al afrocubanismo. Políticos y obreros, simpatizantes del socialismo y/o vinculados al Partido Comunista, dieron forma a un lenguaje internacionalista que les permitió participar de manera activa en las discusiones y luchas que sobre democracia, nacionalismo, antifascismo e imperialismo estaban adelantando otros sectores afrodescendientes en las Américas.

²⁹ Enrique Muñoz, *Jazz en Colombia: Desde los alegres años 20 hasta nuestros días* (Barranquilla: La Iguana Ciega, 2007).

1.4 NEGROS Y MULATOS EN LA HISTORIOGRAFÍA COLOMBIANA

Esta disertación, al ubicar los habitantes negros de Colombia en el centro de los debates que sobre raza y ciudadanía tuvieron lugar en las Américas en el tránsito del siglo XIX al XX, también contribuye a ampliar los hallazgos que la historiografía colombiana ha realizado sobre estos sectores en los últimos treinta años. Los trabajos existentes, aparte de su inicial predilección por encontrar *huellas de africanía* y su marcado énfasis en el tema de la esclavitud³⁰, han tendido a concentrarse en los esfuerzos de los sectores negros y mulatos por materializar la idea de igualdad en el período que va desde las guerras de la independencia (1810) hasta la caída de los gobiernos liberales en la segunda mitad del siglo XIX (1880)³¹. Otros, a raíz del surgimiento de organizaciones racialmente definidas a partir de los años sesenta y su posterior auge en los setenta y ochenta, han considerado esa temporalidad como el momento fundacional de las luchas de las personas de origen afrodescendiente por la igualdad, y por tanto el preciso para analizar los liderazgos negros³². El período comprendido entre 1885 y 1947, a pesar de estar marcado por la irrupción de un grupo visible de militares, artesanos, obreros, estudiantes y profesionales negros y mulatos, sigue siendo uno de los menos estudiados por la

³⁰ Al respecto ver el balance de Eduardo Restrepo, *Poblaciones negras en Colombia* (Compilación bibliográfica). Documento de trabajo 43 (Cali: Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, 1999).

³¹ Alfonso Múnera, *El fracaso de la nación: Región, clase y raza en el Caribe colombiano, 1717-1810* (Bogotá: Banco de la República, 1998); Aline Helg, *Liberty and Equality in Caribbean Colombia, 1770-1835* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004); Lasso, *Myths of Harmony*; Jorge Conde; *Buscando la nación: Ciudadanía, clase y tensión racial en el Caribe colombiano, 1821-1855* (Medellín: La Carreta Histórica/Universidad del Atlántico, 2009); Margarita Pacheco, *La fiesta liberal en Cali* (Cali: Universidad del Valle, 1992); James Sanders, *Contentious Republicans: Popular Politics, Race, and Class in Nineteenth-Century Colombia* (Durham and London: Duke University Press, 2004); Jason McGraw, *The Work of Recognition: Caribbean Colombia and the Postemancipation Struggle for Citizenship* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2014).

³² Elisabeth Cunin, *Identidades a flor de piel: Lo negro entre apariencias y pertenencias. Categorías raciales y mestizaje en Cartagena* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2003); Carlos Agudelo, *Retos del multiculturalismo en Colombia: Política y poblaciones negras* (Medellín: La Carreta Social, 2005); Kiran Asher, *Black and Green: Afro-Colombians, Development, and Nature in the Pacific Lowlands* (Durham: Duke University Press, 2009); Arturo Escobar, *Territories of Difference: Place, Movements, Life, Redes* (Durham: Duke University Press, 2008).

historiografía centrada en la diáspora afrocolombiana. Esta disertación, al ubicarse en ese marco temporal, contribuye a completar el cuadro que tenemos sobre el comportamiento político de los habitantes negros y mulatos en los doscientos años de vida republicana.

Los pocos trabajos existentes sobre este período, escritos mayoritariamente por antropólogos, sociólogos y geógrafos, han privilegiado las narrativas y representaciones que elaboraron las élites nacionales para construir un orden social y racial que favorecía el blanqueamiento³³. Esta perspectiva, aunque clave para reconstruir el régimen de representación racial que las élites políticas e intelectuales estuvieron interesadas en estructurar, ha prestado poca atención a los términos a través de los cuales los representados reclamaron su propio lugar en el orden racial y político nacional. Interpretaciones históricas recientes, como las realizadas por Sharika Crawford, Jason McGraw y Pietro Pisano, asumieron ese reto. En un sistemático y bien pensado estudio sobre las respuestas de los habitantes de las islas de San Andrés y Providencia a los esfuerzos que hicieron los gobiernos conservadores entre 1880 y 1930 por *continentalizar* estos espacios, Crawford destaca la existencia de una élite de isleños de origen afrodescendiente, cuyo liderazgo fue central en la construcción de unas visiones propias de ciudadanía e identidad. En vez de definir su identidad en términos de una lengua (español), una religión (catolicismo) y un ancestro común (hispanico), como lo propusieron los gobiernos conservadores, miembros de la élite afrodescendiente de San Andrés la construyeron a través de la reafirmación de su pertenencia y lealtad a Colombia, así como su deseo de participar y tomar

³³ Wade, *Blackness*; Peter Wade, *Music, Race, and Nation: Música Tropical in Colombia* (Chicago: University of Chicago Press, 2000); Margarita Serje, *El revés de la nación: Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2005); Julio Arias, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano: Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2005); Claudia Leal, “Black Forests: The Pacific Lowlands of Colombia, 1850-1930” (Ph.D. diss., University of California, 2004).

parte activa en los asuntos de la vida política nacional³⁴. Jason McGraw, en un reciente trabajo sobre las disputas de los habitantes negros y mulatos por la ciudadanía en el Caribe colombiano durante la segunda mitad del siglo XIX, reconstruye los significados que estos sectores le otorgaron a este concepto tras la abolición definitiva de la esclavitud en 1851. McGraw argumenta que las personas de origen afrodescendiente de esta región cuando invocaban su estatus de ciudadanos lo hacían con el propósito de que los restantes grupos sociales los reconocieran como tales y respetaran los concomitantes derechos asociados a ese estatus³⁵.

Si los trabajos de Crawford y McGraw ofrecen nuevas visiones sobre la forma en que habitantes negros y mulatos definieron su pertenencia a la nación y reclamaron su estatus de ciudadanos durante los gobiernos de orientación conservadora que dominaron en Colombia entre 1880 y 1930, el de Pietro Pisano arroja luces sobre el comportamiento político y el discurso racial de sectores negros y mulatos en el contexto de los gobiernos liberales que controlaron el poder desde 1930 hasta 1946. Pisano, mediante el estudio de cuatro líderes negros del Chocó y el norte del Cauca, documenta y analiza la creación de centros culturales integrados por habitantes negros que migraron desde estos espacios a Bogotá, al tiempo que destaca el liderazgo político que ejercieron en organizaciones multirraciales con miras a lograr la autonomía de sus territorios e impulsar políticas públicas orientadas a fomentar la educación en sus respectivos espacios³⁶.

Esta serie de trabajos superaron algunas de las limitaciones que enfrentaron las aproximaciones realizadas por los antropólogos, sociólogos y geógrafos. Resaltaron los esfuerzos

³⁴ Sharika Crawford, “‘Under the Colombian *Flag*’: Nation-Building on San Andres and Providence Islands, 1886-1930” (Ph.D. diss., University of Pittsburgh, 2009).

³⁵ McGraw, *The Work of Recognition*, 6.

³⁶ Pietro Pisano, *Liderazgo político “negro” en Colombia, 1943-1964* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012).

realizados por generaciones previas a las que emergieron en los años setenta y, al hacerlo, mostraron la incidencia de su liderazgo en la vida política colombiana. Igualmente, arrojaron luces sobre el tema de la participación y representatividad política alcanzada por los habitantes negros y mulatos a través de su vinculación a organizaciones multirraciales. Sin embargo, ninguno de ellos ofrece un cubrimiento simultáneo sobre el accionar de las personas de origen afrodescendiente entre 1880 y 1947. Tampoco estos estudios analizan de manera conjunta el impacto nacional que tuvieron los debates y acciones de artesanos, obreros, estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente provenientes de las regiones Pacífica y Caribe³⁷. Las interpretaciones históricas aquí reseñadas, a diferencia de recientes trabajos adelantados sobre el siglo XIX y las últimas décadas del XX³⁸, han estado circunscritas a realidades regionales o nacionales, y pasan por alto las conexiones y diálogos transnacionales que sostuvieron sectores de origen afrodescendiente con sus pares en las Américas. *En sus propios términos*, precisamente, abarca las siete décadas comprendidas entre el ascenso de los gobiernos conservadores en 1885 y la caída de las administraciones liberales en 1946, y con ello analiza los cambios y continuidades que experimentaron las nociones de raza y ciudadanía durante esas décadas. Igualmente, rastrea la trayectoria de estudiantes, profesionales, artesanos y obreros negros y mulatos provenientes de las costas Pacífica y Caribe, explora su llegada a Bogotá, y

³⁷ Mientras Crawford, Green y McGraw se concentran en la costa Caribe colombiana, Pisano explora los liderazgos negros a partir de la región Pacífica, concretamente en la Intendencia del Chocó y el norte del Cauca.

³⁸ Trabajos recientes han estudiado la familiaridad que tuvieron negros y mulatos de los actuales territorios de Colombia con los sucesos e ideas que emanaron de la revolución haitiana. Otros han reconstruido el rol que jugaron estos sectores en la redefinición de conceptos como democracia, libertad e igualdad en la segunda mitad del siglo XIX, al tiempo que se ha explorado la relevancia que los movimientos racialmente definidos que surgieron en los años ochenta y noventa del siglo XX le otorgaron a las conexiones internacionales dentro de sus luchas por la defensa de sus territorios ancestrales. Edgardo Pérez, *El diablo hecho barco: Corsarios, esclavos y revolución en Cartagena y el Gran Caribe. 1791-1817* (Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2012); Marixa Lasso, “Haití como símbolo republicano popular en el Caribe colombiano: Provincia de Cartagena (1811-1828)”, *Historia Caribe* 3,8 (2003), 5-18. James E. Sanders, “Atlantic Republicanism in Nineteenth-Century Colombia: Spanish America’s Challenge to the Contours of Atlantic History”, *Journal of World History* 20, 1 (2009), 131-150; Asher, *Black and Green*; Escobar, *Territories of Difference*.

ofrece una aproximación inicial a los vínculos que forjaron con figuras destacadas de la diáspora africana en las Américas.

La disertación también ofrece nuevos elementos de análisis para superar el peso que la idea del mestizaje como mito sigue teniendo en la historiografía colombiana. Antropólogos como Jaime Arocha, Peter Wade y Elisabeth Cunin o historiadores como Alfonso Múnera y Aline Helg analizaron el mestizaje únicamente como un proyecto racista de las élites andinas y sus pares regionales encaminado a eliminar la diversidad étnica³⁹. En *Myths of Harmony*, Marixa Lasso, repensando esta perspectiva de análisis, demostró que sectores negros y mulatos de la costa Caribe colombiana jugaron un rol definitivo en la definición de los contenidos y significados que adquirieron los discursos de armonía racial en el marco de las luchas por la independencia de la corona española⁴⁰. Sin embargo, trabajos posteriores, como el del mismo Pietro Pisano, insisten en analizar el mestizaje como un mito, y consideran la identificación de algunos sectores negros y mulatos con ese discurso como una posición idílica⁴¹. Mi disertación, en sintonía con lo propuesto por Lasso y a tono con los avances que la historiografía latinoamericana ha realizado sobre este tema, muestra que a finales del siglo XIX y durante la primera mitad del XX algunos líderes obreros, estudiantes y profesionales negros y mulatos percibieron el mestizaje como un discurso liberador e, incluso, lo celebraron en nombre de la igualdad. Allí radica parte de la explicación de la longevidad del discurso del mestizaje en Colombia.

Esta disertación también contribuye a resaltar el lugar de la raza en los movimientos artesanales y obreros que surgen en Colombia durante la primera mitad del siglo XX. En el

³⁹ Jaime Arocha, “La inclusión de los Afrocolombianos ¿Meta inalcanzable?”, en: Adriana Maya, Ed., *Los Afrocolombianos: Geografía humana de Colombia*, vol. 6 (Bogotá: Instituto de Cultura Hispánica), 333–395; Wade, *Blackness*; Cunin, *Identidades*; Helg, *Liberty and Equality*; Alfonso Múnera, *Fronteras imaginadas: La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano* (Bogotá: Planeta, 2005).

⁴⁰ Lasso, *Myths of Harmony*, 13.

⁴¹ Pisano, *Liderazgo*, 44-46.

epílogo de *The Work of Recognition*, McGraw tangencialmente menciona la relevancia de los habitantes de ascendencia africana en las protestas obreras que tuvieron lugar entre 1910 y 1918 en centros urbanos de la Costa Caribe⁴². El rol destacado de líderes obreros negros y mulatos en esas protestas y en el ciclo huelguístico que se desarrolla tras la fundación del Partido Socialista en Colombia (1919) sigue prácticamente inexplorado⁴³. Lo mismo ocurre con los debates, acciones y propuestas impulsadas por líderes obreros negros en las organizaciones obreras que surgieron en los años treinta y cuarenta en Chocó⁴⁴. Mi disertación no sólo explora las interacciones entre estos líderes obreros y estudiantes y profesionales negros, sino que analiza la forma en que organizaciones obreras -compuestas y dirigidas por personas de ascendencia africana- conceptualizaron el tema de las desigualdades raciales y expresaron sus aspiraciones de igualdad. Se trata, entonces, de una apuesta por narrar - en sus propios términos- las disputas por la igualdad que adelantaron sectores negros y mulatos entre 1885 y 1947.

1.5 MARGINADOS, PERO NO MARGINALES

Esta disertación reconstruye estas múltiples disputas por la igualdad a partir de las trayectorias laborales, políticas e intelectuales de artesanos, obreros, estudiantes y profesionales provenientes de Cartagena y la Intendencia del Chocó. Durante el período colonial, ambos espacios, el

⁴² McGraw, *The Work of Recognition*, 220-222.

⁴³ Un análisis sobre la influencia de las ideas socialistas en las organizaciones obreras y campesinas del Caribe colombiano en los años 20 y 40 se encuentra en Orlando Fals Borda, *Historia doble de la Costa* (Tomo IV): *Retorno a la tierra* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia/Banco de la República/El Áncora Editores, 2002), 141-161.

⁴⁴ Referencias sobre algunas de estas organizaciones obreras se pueden ver en Luis Fernando González, *Quibdó: contexto histórico, desarrollo urbano y patrimonio arquitectónico* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2003), 186.

primero como puerto y el segundo como centro minero, tuvieron el carácter de sociedades esclavistas y, al hacerlo, terminaron convertidos en territorios de mayorías negras y mulatas⁴⁵. Las regiones a las que pertenecen, Caribe y Pacífica respectivamente, experimentaron lo que las historiadoras Marixa Lasso y Lara Putnam en sus estudios sobre Panamá y el Caribe, conceptualizaron como una desconexión de las nociones de modernidad⁴⁶. Élités intelectuales y políticas del mundo andino, amparados en la composición racial de estas regiones, las describieron como espacios sin rastros de civilización y cultura⁴⁷. En el marco de la relación centro/periferia que ha caracterizado la interacción entre estas regiones y Bogotá, el inveterado manejo centralista del poder por parte de las élites colombianas, además, terminó marginándolas política y económicamente⁴⁸.

La marginalidad que se ha intentado imponer desde el mundo andino sobre estas regiones y sus habitantes en el orden racial, político y económico nacional no se corresponde con el rol central que históricamente han jugado las mismas y sus habitantes. En el período en estudio, el territorio chocoano alcanzó a ocupar el primer lugar como productor de platino a nivel mundial, mientras Cartagena –después de su vecina Barranquilla- fue el segundo puerto en importancia en el marco del boom exportador que vivió Colombia entre 1880 y 1930⁴⁹. La posición estratégica

⁴⁵ Sobre el carácter esclavista de Cartagena y Chocó ver Germán Colmenares, “El tránsito a sociedades campesinas de dos sociedades esclavistas en la Nueva Granada: Cartagena y Popayán, 1780-1850”, *Revista Huellas* 29 (1990), 8-24.

⁴⁶ Marixa Lasso, “Nationalism and Immigrant Labor in a Tropical Enclave: the West Indians of Colon City, 1850-1936,” *Citizenship Studies* 17, 5 (2013), 556; Putnam, “Provincializing Harlem”, 470.

⁴⁷ Wade, *Blackness*, 20; Leal, “Black Forests”, 199; Francisco Flórez Bolívar, “Representaciones sobre el Caribe colombiano en los debates sobre la degeneración de las razas”, *Historia y Espacio* 31 (2008), 35-59.

⁴⁸ Sobre el manejo centralista del poder y sus efectos en las costas Caribe y Pacífica ver Claudia Leal, “La compañía minera Chocó-Pacífico y el auge del platino en Colombia, 1897-1930”, *Historia Crítica*, edición especial (2009), 150-164; Adolfo Meisel, “¿Por qué se disipó el dinamismo industrial de Barranquilla?”, *Lecturas de Economía* 23 (1987), 57-84.

⁴⁹ Leal, “La compañía minera”, 150; Adolfo Meisel, “Cartagena, 1900-1950: A remolque de la economía nacional”, *Cuadernos de Historia Económica y Empresarial* 4 (1999), 20-23.

de Cartagena en el Caribe y la cercanía de Chocó a Panamá, además, interconectó estos espacios con centros metropolitanos europeos y puertos en el Caribe y Estados Unidos.

Los debates y acciones que adelantaron habitantes negros y mulatos de Cartagena y la Intendencia del Chocó por defender y alcanzar la igualdad efectiva también muestra que, pese a ser marginados desde el centro del país, no fueron sectores que se sintieran marginales. Lejos de ser los bárbaros e incivilizados descritos por las élites del mundo andino y sus pares regionales, se vieron como ciudadanos que a través de su participación en las guerras civiles de finales del siglo XIX contribuyeron a la construcción de la nación. Artesanos y obreros integraron la fuerza laboral que hizo posible las transformaciones económicas que experimentaron Cartagena y Chocó entre 1885 y 1945. En ambos territorios, estos sectores y estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente editaron y dirigieron periódicos y ocuparon posiciones de liderazgos en los movimientos obreros y en los partidos políticos. Desde cada uno de estos vehículos de participación ciudadana, precisamente, debatieron la marginalidad que estaban intentando imponerle a sus territorios. Algunos, lo hicieron en espacios locales y regionales; otros migraron y lo hicieron desde el mismo Bogotá o Medellín; y unos pocos viajaron al exterior y las experiencias que tuvieron en países como Panamá, México o Estados Unidos incidieron en las visiones raciales y políticas que defendieron en Colombia.

1.6 RE-VISITANDO EL *ARCHIVO* AFROCOLOMBIANO

El rol central que jugaron habitantes negros y mulatos en la vida económica, política, cultural, social y racial en espacios locales, regionales, nacionales y, en algunos casos, transnacionales, dio forma a un *archivo* mucho más amplio del usualmente utilizado para narrar la historia del

accionar de estos sujetos históricos en Colombia. Los estudios antropológicos y sociológicos que inicialmente dominaron las aproximaciones sobre los habitantes negros, dado su interés por la presencia de las llamadas *huellas de africanías* o por la recuperación de la(s) memoria(s) de las comunidades negras, desarrollaron una predilección por el uso de fuentes orales⁵⁰.

Recientes aproximaciones, al analizar la participación de sectores negros y mulatos en organizaciones multirraciales en el siglo XX, han recuperado algunos de los debates que políticos negros y mulatos hicieron en calidad de concejales y congresistas, al tiempo que han hecho uso de artículos publicados en la prensa regional y nacional. Sin embargo, ciertos historiadores en Colombia aún siguen siendo presos de una tendencia a asociar de manera natural el mundo letrado a lo blanco. “La gente negra parecía no tener voz” o “comunidades que no han producido documentos escritos”, son algunas de las caracterizaciones que siguen haciendo ciertos historiadores a la hora de hablar de las fuentes primarias para reconstruir la historia de los habitantes negros y mulatos⁵¹.

Estas caracterizaciones pasan por alto la histórica participación que habitantes negros y mulatos han tenido en la construcción de una cultura letrada en Colombia. Excepcional a lo largo del siglo XIX⁵², pero de forma profusa y creciente durante la primera mitad del siglo XX, rostros y voces de origen afrodescendiente estuvieron detrás de varios periódicos locales y regionales. En Cartagena y Chocó, como veremos, profesionales negros y mulatos, además de editar sus

⁵⁰ Un balance sobre esos iniciales trabajos y el uso de las fuentes orales se encuentra en Nina. S. de Friedemann, “Estudios de negros en la antropología colombiana: presencia e invisibilidad”, en: Jaime Arocha y Nina S. de Friedemann, Eds., *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia* (Bogotá: Etno, 1984), 507-572.

⁵¹ Pisano, *Liderazgo*, 24, 25.

⁵² McGraw realiza un análisis del mundo letrado en el siglo XIX colombiano y la participación que el escritor negro Candelario Obeso tuvo en el mismo. McGraw, *The Work of Recognition*, 99-130. Sobre este mismo proceso en otros países ver Lea Geler, *Andares negros, caminos blancos: Afroporteños, estado y nación. Argentina a fines del siglo XIX* (Rosario: Prohistoria ediciones, 2010); William G. Acree and Alex Borucki, Eds., *Jacinto Ventura de Molina y los caminos de la escritura negra en el Río de la Plata* (Montevideo: Librería Linardi y Risso, 2008); Marvin Lewis, *Afro-Uruguayan Literature: Postcolonial Perspectives* (Lewisburg: Bucknell University Press, 2003); *Afro-Argentine Discourse: Another Dimension of the Black Diaspora* (Missouri: University of Missouri Press, 1995).

propios órganos de opinión, publicaban en los principales diarios de esta ciudad, eran corresponsales de diarios nacionales y, en algunos casos, contaban con espacios de opinión en los principales diarios de Bogotá. Algunos artesanos y obreros editaron y dirigieron una gran variedad de periódicos que, aunque de corta duración, contienen información significativa sobre la forma en que estos sectores se aproximaron a los debates sobre raza y ciudadanía que tuvieron lugar en el tránsito del siglo XIX al XX. Entre 1920 y 1945, además, escritores negros y mulatos publicaron poesías, ensayos y libros sobre las realidades sociales, económicas, políticas y raciales de sus regiones. Aparte de escritores relativamente estudiados como Jorge Artel o Manuel Zapata Olivella, en la costa Caribe, o Rogerio Velásquez y Arnoldo Palacios⁵³, en la Pacífica, la disertación incluye relatos de escritores menos conocidos y estudiados cuyas publicaciones aparecieron en las páginas literarias de periódicos locales y regionales.

Algunos habitantes analfabetas, inmersos en este contexto de circulación de periódicos y documentos, comprendieron la relevancia que el texto escrito tenía en su sociedad. De manera que acudieron a las oficinas de los periódicos para dar a conocer los problemas que enfrentaban en materia de tierras o condiciones laborales. Igualmente, a través de abogados, elevaron memoriales a autoridades locales y nacionales para exigir la expedición de normas del Congreso de la República, proteger sus tierras y, en general, reclamar sus derechos como ciudadanos. En la disertación hago uso de algunas de las entrevistas realizadas a esos obreros analfabetas y utilizo varios de los memoriales que pude recuperar. Este conjunto de documentos, revisados en fondos del Archivo Histórico de Cartagena, la Biblioteca Nacional de Bogotá y el Archivo General de la Nación, han sido útiles para reconstruir en los cinco capítulos que integran esta disertación los esfuerzos de habitantes negros y mulatos por lograr la materialización efectiva de la igualdad en

⁵³ Una reciente colección de ensayos en la que se analizan a varios de estos autores aparece en Lucía Ortiz, Ed., *Chambacú, La historia la escribes tú: ensayos sobre cultura afrocolombiana* (Madrid: Iberoamericana, 2007).

Colombia en el marco de la intersección entre los discursos de armonía y orgullo racial en las Américas.

2.0 “EN NUESTRO CARÁCTER DE CIUDADANOS COLOMBIANOS”: NEGROS Y MULATOS Y SU LUGAR EN LA *REPÚBLICA DE LOS BLANCOS* (1885-1930)

“Del esclavo surgió el siervo y el ciudadano bien pronto y a su lado la unidad de leyes, la igualdad de deberes y derechos”, expresaba un editorial del diario *El Verbo* en la ciudad de Cartagena el 26 de septiembre de 1913⁵⁴. Esta editorial, acompañada de una fotografía del político liberal Manuel Francisco Obregón Flórez, no era un mero recuento histórico de las transformaciones que habían ocurrido con el fin del orden colonial y el advenimiento de la República. Se trataba de la respuesta del citado diario a los insultos raciales que sufrió ese médico negro por parte del líder conservador Laureano Gómez. En 1912, en medio de un debate en el congreso de la República, en Bogotá, Gómez describió a Obregón como un parlamentario que actuaba con la “insolencia de la ignorancia” y “sin ningún rastro de nobleza”. Ese comportamiento, según Gómez, se explicaba por “temperamento de RAZA”⁵⁵. Los insultos raciales de Gómez a Obregón y los términos utilizados por *El Verbo* para reaccionar a los mismos reflejan las tensiones raciales que caracterizaron la interacción entre miembros de las élites blancas colombianas y sectores negros y mulatos en el tránsito del siglo XIX al XX. Durante este período, artesanos, agricultores, obreros, estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente actuaron en un orden racial que exaltó las tradiciones culturales españolas e

⁵⁴ “Lo que se estanca se pudre”, *El Verbo*, Cartagena, 26 de septiembre de 1912.

⁵⁵ Las mayúsculas son del original. “La ley de milicias”, *La Época*, Cartagena, 28 de septiembre de 1912.

hizo uso de las ideas del racismo científico que circularon en el mundo Atlántico. Las élites blancas, a través del culto a España que desarrollaron desde 1880, marginaron las prácticas culturales de los sectores negros de la representación de la *colombianidad*, y mediante la apropiación que a partir de 1910 hicieron de los conceptos provenientes del racismo científico terminaron otorgándole un lugar de inferioridad a los mismos en el proyecto de nación⁵⁶.

Investigaciones previas han reconstruido el uso que las élites intelectuales y políticas hicieron de estas ideas y las representaciones raciales que construyeron sobre los sectores negros e indígenas entre 1880 y 1930⁵⁷. Otros trabajos, como el de Nancy Appelbaum sobre las comunidades indígenas de Río Sucio (Caldas), han centrado su atención en los esfuerzos realizados por este grupo étnico para defender sus terrenos comunales y reafirmar sus patrones de identificación e identidad⁵⁸. Menos conocidos son los debates que realizaron y las acciones que protagonizaron habitantes de origen afrodescendiente para definir su espacio en el proyecto de nación liderado por los gobiernos de orientación conservadora que dominaron entre 1880 y 1930⁵⁹.

Este capítulo, aparte de analizar los procesos históricos, ideas y actores sociales que dieron forma a la identidad nacional que se construyó durante la *República de los Blancos*, explora los términos de inclusión utilizados por personas de origen afrodescendiente de las costas Caribe y Pacífica para navegar este orden racial y defender su lugar en la nación

⁵⁶ Claudia Leal, “Usos del concepto ‘raza’ en Colombia”, en: Claudia Mosquera, Agustín Lao Montes y Cesar Mauricio Rodríguez, Eds., *Debates sobre ciudadanía y políticas raciales en las Américas negras* (Cali: Universidad del Valle, 2010), 401-416; Eduardo Restrepo, “Imágenes del ‘negro’ y nociones de raza en Colombia a principios del siglo XX”, *Estudios Sociales* 27 (2007), 48-54.

⁵⁷ Análisis recientes sobre el orden racial que intentaron construir las élites colombianas durante este período se encuentran en Claudia Leal, “Black Forests: The *Pacific Lowlands* of Colombia, 1850-1930” (Ph.D. diss., Berkeley University, 2004); Nancy Appelbaum, *Muddied Waters: Race, Region, and Local History in Colombia* (Durham: Duke University Press, 2003).

⁵⁸ Appelbaum, *Muddied Waters*, 107-141.

⁵⁹ Una reciente excepción es el texto de Jason McGraw, *The Work of Recognition: Caribbean Colombia and the Postemancipation Struggle for Citizenship* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2014).

colombiana. Me interesa desarrollar tres argumentos complementarios: primero, artesanos, obreros, estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente, en el marco del posicionamiento de la narrativa de orgullo racial que tuvo lugar en el tránsito del siglo XIX al XX, reclamaron su inclusión efectiva a la nación sin acudir a una retórica que reivindicara su pertenencia a un grupo racial específico. Segundo, la ausencia de una narrativa cimentada en el orgullo racial se vio reflejada en las diferencias de estatus establecidas por las clases medias negras con sus pares pobres y no educados, el rechazo de trabajadores negros a inmigrantes afroantillanos, y el distanciamiento que establecieron con propuestas como las desarrolladas por Marcus Garvey. Tercero, la retórica de armonía racial, con la ciudadanía y el mestizaje como sus máximos correlatos, les permitió articular un marco discursivo común a partir del cual defendieron su pertenencia a la nación. En su carácter de ciudadanos colombianos reclamaron el goce efectivo de una igualdad que, a diferencia de lo planteado por miembros de la élite blanca, consideraban sin materializar cien años después de la consecución de la independencia de Colombia de la corona española.

2.1 NEGROS Y MULATOS EN COLOMBIA

Manuel Francisco Obregón Flórez era uno de los 14.788 hombres negros y mulatos con los que contaba Cartagena en 1912. Esta alta cifra de personas de origen afrodescendiente, equivalente el 86% de la población masculina cartagenera, era el reflejo del lugar central que jugó esta ciudad en el tráfico de esclavos durante el período colonial. Situada al noroeste de la región Caribe colombiana sobre el mar del mismo nombre, y conectada a través del Canal del Dique a la principal arteria comercial de Colombia, el río Magdalena, fue el centro del comercio de los

esclavos que circularon en y a través de los territorios de la actual Colombia entre el siglo XVII y las primeras décadas del XIX⁶⁰.

Al iniciarse el siglo XX, las huellas de ese pasado esclavista se evidenciaban en la composición demográfica del país. Colombia, que para 1912 contaba con 5.472.604 habitantes, era mayoritariamente mestiza (49.2 %), con una significativa cantidad de blancos (34.4), y una población de negros e indígenas que representaban el 10 y el 6.3 % del total de habitantes respectivamente. La mayor parte de la población negra residía en los Departamentos de las costas Caribe (Atlántico, Bolívar, Magdalena) y Pacífica (Cauca, Valle, Nariño)⁶¹. Bolívar, cuya población ascendía a 420.730 habitantes, era el departamento que en términos porcentuales (21%) tenía mayor población negra en Colombia. Le seguía Cauca, espacio en el que, luego de su mayoritaria población indígena (34.5%), los negros representaban el 19.8% del total de sus habitantes. El significativo número de personas negras de Cartagena, capital de Bolívar, era determinante para que este departamento tuviera esa posición. En Cauca ese rol lo jugó Chocó, un territorio fundado en el siglo XVI e integrado por las provincias de San Juan y el Atrato. Esta última provincia se formó y creció a la margen derecha del Atrato, un río de unos 700 kilómetros que desemboca en el Golfo de Urabá en el Mar Caribe. Esta conexión con el Caribe hizo que Chocó desde el período colonial desarrollara una estrecha relación comercial con el puerto de Cartagena⁶². Los centros mineros que se encontraban en sus dos provincias fueron el destino final de muchos de los esclavos que ingresaron a través del citado puerto. Este número de esclavos transformó un lugar habitado originariamente por indígenas en un espacio de mayorías

⁶⁰ Alfonso Múnera, *El fracaso de la nación: Región, raza y clase en el Caribe colombiano, 1717-1810* (Bogotá: Planeta, 2008), 92.

⁶¹ En este censo el Departamento del Magdalena, ubicado en la costa Caribe, no envió información relativa a la raza. Pedro María Carreño, *Censo general de la República de Colombia* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1912).

⁶² Ana Milena Rhenals, "Del ideal europeo a la realidad árabe: Inmigrantes sirio-libaneses en el circuito comercial entre Cartagena, el Sinú y el Atrato" (Disertación doctoral, Universidad Pablo de Olavide, 2013), 65-66.

negras y mulatas. En 1912, las provincias de San Juan y el Atrato contaban con 57.606 habitantes, de los cuales el 70.6% (40.661) eran negros y 15.6 % (8.989) mezclados. El restante 13.8% de la población lo integraban, en su orden, indígenas (5.237) y blancos (2.719).

Estas personas de origen afrodescendiente jugaban un papel central en el mundo laboral de Cartagena y Chocó. En 1912, Cartagena tenía una población económicamente activa (PEA) de 11.479 trabajadores, incluyendo niños a partir de ocho años de edad y sin englobar a las mujeres cuyos datos ocupacionales no figuran en el censo. Los dos sectores más significativos eran los artesanos (4.840) y los jornaleros (2.718) que agrupados representaban el 65.8% del total de la PEA. Otro porcentaje importante (27.1%) lo integraban las personas dedicadas a actividades agrícolas (1.932), los sirvientes domésticos (471), los militares y policías (413), y los empleados públicos (296), mientras que quienes desarrollaban actividades relacionadas con el comercio (217), las profesiones liberales (184), el transporte (149), las bellas artes (119), la ganadería (118) y los cultos religiosos (32) representaban el restante 7.1%.

Aunque el referenciado censo no permite establecer con precisión el peso que la población negra y mulata tenía en cada uno de estas ocupaciones, es claro que el grueso de la PEA, dada la configuración racial de Cartagena, era de origen afrodescendiente. Asumiendo que toda la población masculina de blancos (1.701) e indios (721) con la que contaba Cartagena trabajara para la época, se puede asegurar que no menos del 78.9% (9.057) de la PEA de hombres eran negros y mulatos⁶³.

La realidad laboral de Chocó permite calibrar de forma más precisa el peso que las personas de orígenes afrodescendiente tenían en el mundo laboral. El censo de 1918, que también incluyó variables raciales, muestra que las provincias del Atrato y San Juan tenían una

⁶³ Este porcentaje es superior porque del total de blancos e indígenas utilizados en ese cálculo arbitrario hay que restar la población menor de ocho años de edad que no era parte de la PEA.

PEA de 43.478 personas. En contraste con Cartagena, donde los artesanos eran mayoría en la estructura socio-ocupacional, en Chocó las personas dedicadas a la industria agrícola eran el grupo más representativo. De los 24.543 individuos que estaban vinculados a la explotación de materias primas, entre ellas tagua y caucho, 14.163 eran negros⁶⁴.

Los habitantes negros y mulatos del Chocó también tenían un peso importante en la explotación de platino y oro. El citado censo mostró que en ambas provincias había 6.153 hombres y 4.234 mujeres vinculadas a la minería. De esas 10.387 personas, 9.167 eran negras, 1.148 mezcladas, y 252 blancas. Después de la agricultura y la minería, el servicio doméstico era otra actividad desempeñada mayoritariamente por negros. El referenciado censo registró 3.441 personas como sirvientes, siendo las mujeres (1.550) y hombres (935) de origen afrodescendiente quienes mayoritariamente se dedicaban a esta actividad. Luego seguían los bogas encargados de movilizar las embarcaciones que surcaban las aguas del circuito comercial conformado por la Intendencia, Cartagena y la Provincia del Sinú. De los 2.519 bogas con que contaba el Chocó y que movían 1.760 eran negros, 528 mulatos, 321 indígenas, y ninguno era blanco⁶⁵.

En ambos contextos, sin embargo, eran perceptibles unas clases medias integradas por negros y mulatos. En Chocó, en torno a la explotación de platino, se fue formando una comunidad local de pequeños propietarios de minas y de comerciantes de oro y platino⁶⁶. A este grupo de mineros y comerciantes negros, se sumaban un minúsculo grupo de profesionales (cinco) y un creciente número de estudiantes universitarios que para la década del veinte, como veremos en el capítulo dos, jugaron un rol central en la vida política del Chocó.

⁶⁴ “Censo levantado el 14 de octubre de 1918”, *ABC*, Quibdó, 15 de noviembre de 1926.

⁶⁵ “Censo levantado el 14 de octubre de 1918”, *Gaceta de la Intendencia*, Quibdó, 9 de julio de 1920.

⁶⁶ Claudia Leal, “La compañía minera Chocó Pacífico y el auge del platino en Colombia, 1897-1930”, *Historia Crítica*, edición especial (noviembre 2009), 162.

Las clases medias negras y mulatas de Cartagena compartían el origen humilde de las de Chocó, pero estaban integradas por artesanos y profesionales cuyas familias habían adquirido cierta prestancia social en el tránsito del siglo XIX al XX. En las tres primeras décadas del siglo XX, los tipógrafos, encargados de la edición y dirección de periódicos, eran el gremio artesanal que había obtenido mayor estatus y distinción⁶⁷. Pero el sector más representativo de estas clases medias negras y mulatas, sin duda alguna, lo integraban los profesionales. La existencia de una institución de educación superior (Universidad de Cartagena) desde las primeras décadas de la República (1827), permitió la movilidad social de varios de los hijos de las familias humildes de la ciudad y de los distintos centros urbanos de la costa Caribe colombiana. Datos anecdóticos permiten sustentar que de los 184 hombres que el censo de 1912 incluyó en las profesiones liberales varios eran de origen afrodescendiente. Por ejemplo, el escritor Julián Devis Echandía en su libro *La ciudad vencida*, donde describe la realidad social de Cartagena en las primeras décadas del siglo XX, afirmó que “las clases negras y mulatas...se concretaron al estudio, invadieron las universidades, los colegios, se apartaron de los vicios y han quemado durante un siglo sus pestañas con el fuego de la esperma que alumbra el libro”. Incluso, este escritor consideraba que las clases medias negras y mulatas conformaban “la vanguardia intelectual de la juventud pujante de Cartagena”⁶⁸.

Echandía sustentaba esa aseveración, entre otras cosas, a partir de la marcada vocación comercial de la élite de Cartagena. La élite económica de esta ciudad –con inversiones en agricultura, ganadería, comercio, transporte, petróleo- estaba conformada mayoritariamente por blancos. Se trataba de una élite integrada por familias (por ejemplo, los Román, Pombo, Del

⁶⁷ Al respecto puede verse Sergio Solano De las Aguas, “Imprentas, tipógrafos y estilos de vida en el Caribe colombiano”, *Palobra* 9 (2008), 125-144.

⁶⁸ Julián Devis Echandía, *La ciudad vencida: La Cartagena de ayer, la Cartagena de hoy* (Bucaramanga: Gómez y Páez, 1937), 167.

Castillo) cuyo estatus social tenía sus raíces en el período colonial. Otros (Lemaitre, Irisarri, Martínez, Vélez Daníes) eran ricos comerciantes nacionales y extranjeros que llegaron a Cartagena en el siglo XIX. Sin embargo, blancos pobres, que a través de su participación en las guerras civiles (Lacides Segovia), la formación profesional (Gabriel Porras Troconis) o el ejercicio del periodismo (Gabriel Eduardo Obyrne) lograron ascender socialmente, también se integraron a esta élite⁶⁹. En Chocó, los descendientes de las antiguas familias esclavistas (Contos, Castros, Valdés, Rey, Barbosa, Carrasco, Abadía, Valencia, Ferrer), así como un variado número de empresarios extranjeros eran quienes integraban la élite⁷⁰. En el tránsito del siglo XIX al XX, estas élites, al igual que sus predecesoras, seguían expresando sus ansiedades raciales por la presencia de sectores de origen afrodescendiente en sus respectivas sociedades. Definir el lugar que debían ocupar los mismos y sus prácticas culturales en el orden nacional fue una de las preocupaciones centrales de las élites que gobernaron entre 1885 y 1930.

2.2 ENTRE EL SILENCIO RACIAL Y EL CULTO A ESPAÑA

En 1880, luego de siete décadas de vida republicana, la élite política e intelectual seguía sin encontrar una retórica nacionalista que le diera homogeneidad a la heterogénea población colombiana y cimentara de manera efectiva la unidad nacional. La apuesta de los primeros gobiernos republicanos se centró en la idea de que Colombia era una nación donde reinaba la armonía racial. Según Marixa Lasso, este país, al igual que otros territorios hispanoamericanos,

⁶⁹ Sobre la composición de la élite blanca de Cartagena ver Jorge Restrepo y Manuel Rodríguez, “La actividad comercial y el grupo de comerciantes de Cartagena a fines del siglo XIX”, *Estudios Sociales* 1,1 (1986), 43-109; María Teresa Ripoll, *Empresarios centenaristas en Cartagena* (Cartagena: Universidad Tecnológica de Bolívar/Universidad de los Andes, 2008).

⁷⁰ Leal, “Black Forests”, 82.

se caracterizó por el desarrollo temprano de una retórica que insistió en la existencia de una armonía entre los diferentes grupos étnicos. Lasso encuentra los orígenes de esta narrativa en los debates sobre representación política y ciudadanía que tuvieron lugar durante la reunión de las cortes de Cádiz (1810-1812). Las élites criollas, interesadas en obtener un mayor número de diputados, defendieron la ciudadanía para los negros y mulatos libres, y para ello argumentaron que antes que ser unas sociedades marcadas por divisiones se caracterizaban por ser armónicas racialmente hablando. Igualmente, expone esta autora, la necesidad que tenían las élites de contar con el apoyo de sectores negros y mulatos para la consecución de la independencia, además del temor a una “guerra de razas” similar a la vivida en Haití, terminaron de dar forma a la citada retórica⁷¹.

El establecimiento de la igualdad de todos los ciudadanos frente a la ley en las primeras constituciones empezó a darle base a lo que para entonces era mera retórica. Este discurso también fue privilegiado por los gobiernos liberales que ascendieron al poder durante la segunda mitad del siglo XIX. Entre 1848 y 1879, estos gobiernos, liderados por admiradores de los ideales de igualdad, libertad y fraternidad que emanaron de la Revolución Francesa, eliminaron las categorías raciales del lenguaje oficial y hablaron de la igualdad de todos los ciudadanos frente a la ley⁷². Junto al discurso de la ciudadanía, las élites políticas vieron en el mestizaje el otro componente fundamental para lograr la armonía racial. Los arquitectos de la nueva nación consideraron que la mezcla de la población negra e indígenas con blancos era el antídoto preciso para contrarrestar cualquier asomo de guerra racial. En la segunda mitad de esa centuria,

⁷¹ Lasso, *Myths of Harmony*, 41-46.

⁷² Estudios sobre la ideología racial de los gobiernos liberales para las costas Caribe y Pacífica se pueden ver en McGraw, *The Work of Recognition*, 20-46; James Sanders, *Contentious Republicans: Popular Politics, Race, and Class in Nineteenth-Century Colombia* (Durham and London: Duke University Press, 2004).

escritores liberales como José María Samper lo contemplaron como herramienta para producir una “casta vigorosa...notablemente blanca”⁷³.

Los prejuicios provenientes del recién destruido orden colonial y el desarrollo temprano de una narrativa que establecía jerarquías raciales a partir de los climas y la geografía militaron en contra de los intentos de los primeros gobiernos republicanos por lograr la deseada armonía racial⁷⁴. El sistema federal que implantaron los liberales fortaleció aun más este lenguaje que establecía jerarquías culturales y raciales a partir de la ubicación geográfica de los habitantes. Durante este período se consolidó lo que la antropóloga Nancy Appelbaum llamó “the racialized discourse of regional differentiation in Colombia”. Según Appelbaum, entre 1850 y 1880 algunos intelectuales construyeron una geografía racializada de la nación a partir de la identificación de ciertas regiones como moral y racialmente superiores a otras⁷⁵. Este discurso, entonces, fragmentó cultural y racialmente a la ya política y geográficamente dividida sociedad colombiana.

Miembros de la élite colombiana, pese a esta tozuda realidad o tal vez por ella, siguieron en busca de los elementos que permitieran lograr la deseada unidad nacional. La raza nuevamente fue proscrita del lenguaje nacionalista. El ejemplo trágico de otras naciones que habían implementado modelos de identidad nacional basados en la segregación racial reafirmó este convencimiento. A finales del siglo XIX, quien mejor dio cuenta de lo importante que era evitar la elaboración de proyectos nacionales basados en retóricas raciales fue Rafael Núñez, un abogado cartagenero que llegó a ser cuatro veces presidente de Colombia. En 1880, en su primer

⁷³ Sobre el pensamiento racial de José María Samper y otros escritores de ese período, ver Alfonso Múnera, *Fronteras imaginadas: La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano* (Bogotá: Planeta, 2005).

⁷⁴ Alfonso Múnera reconstruye los tempranos esfuerzos realizados por las élites colombianas para articular una geografía racializada de la nación en *Fronteras imaginadas*, 22-24.

⁷⁵ Appelbaum, *Muddied Waters*, 16, 36.

período presidencial, Núñez habló de los efectos nocivos que los odios raciales habían producido en otras latitudes. El motivo de su reflexión fueron los insultos raciales que sufrió un abogado mulato, Manuel Ezequiel Corrales, tras ser nombrado rector del Colegio Mayor del Rosario de Bogotá. Núñez, usando como espejo a los Estados Unidos, le preguntó a quienes se opusieron a ese nombramiento si habían “olvidado la historia trágica de los plantadores del sur de los Estados Unidos. ¿Qué queda hoy a esos hombres infatuados, de su dominación ominosa de otro tiempo? Ellos también sembraron imprudentemente la cizaña en el suelo americano”. Y luego concluyó: “La raza proscrita por ellos ha ascendido a las alturas de la ciudadanía; y los cuatro mil millones de pesos que representaban el valor de los esclavos y la fortuna de los soberbios, quedaron reducidos a cero por un decreto inmortal del presidente Lincoln...”⁷⁶.

La solución para evitar que se repitiera la historia del sur de los Estados Unidos y, a la vez, lograr la unidad nacional la encontró Núñez en el discurso de uno de sus adversarios político: Miguel Antonio Caro. Desde los años setenta, Caro, un gramático y político conservador, venía proclamando que la religión católica y la lengua española eran los elementos que permitirían superar la fragmentación racial y regional que los liberales radicales habían dejado como uno de sus legados fatídico a los Estados Unidos de Colombia⁷⁷. El desencanto de Núñez con el liberalismo radical fue precisamente uno de los elementos que facilitó su posterior alianza con Caro y el Partido Conservador. Desde 1875, el político cartagenero empezó a moderar su discurso y lideró una disidencia integrada por los llamados Liberales Independientes que lo llevó al poder en 1880. Tres años después, luego de hacer coalición con los conservadores, fue electo por segunda vez a la presidencia de la República. Los Liberales

⁷⁶ Rafael Núñez, *La reforma política* (Cartagena: Universidad de Cartagena, 1994), 59.

⁷⁷ Sobre el pensamiento de Miguel Antonio Caro, ver Malcolm Deas, “Miguel Antonio Caro and Friends: Grammar and Power in Colombia”, *History Workshop Journal* 34 (1992), 47-70.

Radicales, previendo la futura entrega del poder a los conservadores por parte de Núñez, se lanzaron a la guerra civil de 1885 y fueron fácilmente derrotados. La coalición de liberales independientes y conservadores, ahora agrupada bajo el llamado Partido Nacional, declaró inexistente la constitución federal de 1863 y promulgó la de 1886 para la ahora centralista República de Colombia⁷⁸.

Las palabras con las que inicia la constitución de 1886 (*En nombre de Dios, fuente suprema de toda autoridad*), revelan el rol que adquiriría la iglesia católica en los asuntos del Estado. “El que le hace la guerra a la religión es enemigo de la patria”, sentenció Miguel Antonio Caro meses antes de la aprobación del nuevo texto constitucional⁷⁹. Antipatriota, también, fueron considerados aquellos territorios y habitantes que no practicaran el español como lengua oficial. Este proyecto de identidad nacional ha sido tipificado por algunos historiadores como la *República de los Blancos*⁸⁰. No porque las élites colombianas hayan diseñado un proyecto de nación que hiciera de lo blanco la razón de ser del alma nacional, como ocurrió en los Estados Unidos, Uruguay o Argentina. Este apelativo deviene, más bien, del culto que desarrollaron las élites colombianas por las tradiciones culturales españolas a partir de 1883. “Somos una nación porque somos españoles, por un idioma y una religión”, fue el lema que, según el historiador Jorge Orlando Melo, defendieron los miembros del Partido Nacional para darle homogeneidad a la nación colombiana⁸¹.

⁷⁸ Eduardo Posada Carbó, “Limits of Power: Elections under the Conservative Hegemony in Colombia, 1886-1930”, *Hispanic American Historical Review* 77, 2 (1997), 245-279.

⁷⁹ Miguel Antonio Caro, *Obras*, Tomo I (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1962), 734-737.

⁸⁰ El término fue acuñado por el historiador Jorge Orlando Melo en los años ochenta del siglo XX y Nancy Appelbaum lo aplicó recientemente en su trabajo sobre raza e indígenas en Colombia entre 1880 y 1930. Al respecto ver Jorge Orlando Melo, “Etnia, región y nación: el fluctuante discurso de la identidad (notas para un debate)”, en: Myriam Jimeno et al, *Identidad: Memorias del simposio identidad étnica, identidad regional, identidad nacional* (Bogotá: ICANH/Colciencias/FAES, 1989); Appelbaum, *Muddied Waters*, 107-108.

⁸¹ Melo, “Etnia, región y nación”, 37-38.

Buena parte de los historiadores que han abordado este período han descrito esta representación de la identidad nacional como abiertamente excluyente. El imaginario nacional que construyen se acerca más al que dio base al sistema segregacionista de los Estados Unidos, y no a uno que, en vez de la raza, privilegió atributos culturales (lengua, religión) para lograr la unidad nacional⁸². La mirada excluyente sobre el citado período los hace perder de vista que la *República de los Blancos* partía de un elemento relativamente incluyente: la mayor parte de la población en Colombia era hispanoparlante y profesaba la religión católica. A partir de estos dos criterios, los sectores que directamente quedaban excluidos de esa idea de nación eran las comunidades indígenas (sobre todo las que la constitución de 1886 catalogó como “salvajes”) y los habitantes de origen afrodescendiente de las islas San Andrés y Providencia que practicaban una religión bautista y hablaban una lengua de base inglesa⁸³. El grueso de la población negra y mulata, al igual que el resto de los habitantes de Colombia, encajaba en el ideal de ciudadano practicante del catolicismo y hablantes del castellano.

¿Cómo un proyecto ideado sobre unas bases culturales mayoritariamente incluyentes derivó, entonces, en una marginación de las personas de origen afrodescendiente de la esfera representacional de la nación? La respuesta a este interrogante se encuentra en la relevancia que los gobiernos de orientación conservadora le otorgaron a España en la nueva retórica nacional. Desde los debates sobre ciudadanía en las cortes de Cádiz hasta el fin del dominio liberal, la élite colombiana había construido esta retórica teniendo a España como símbolo de despotismo,

⁸² Alfredo Gómez Muller, en un reciente análisis sobre el lugar de la raza en el pensamiento de Rafael Núñez, complejiza estas visiones y sostiene que el político cartagenero terminó privilegiando los elementos culturales frente a los raciales. Alfredo Gómez Muller, “Imaginarios de la “raza” y la “nación” en Rafael Núñez”, en: Leopoldo Múnera y Edwin Cruz, Eds., *La regeneración revisitada: Pluriverso y hegemonía en la construcción del Estado-nación en Colombia* (Medellín: La Carreta Editores/Universidad Nacional, 2011), 125-154.

⁸³ Sobre el lugar de los indígenas en la *República de los Blancos* ver Appelbaum, *Muddied Waters*, 107-141. Y sobre el de los habitantes de San Andrés y Providencia, Sharika Crawford, “‘Under the Colombian Flag’: Nation-Building on San Andres and Providence Islands, 1886-1930” (Ph.D. diss., University of Pittsburgh, 2009).

oscurantismo y opresión⁸⁴. A partir de 1883, con la alianza entre liberales independientes y miembros del Partido Conservador, la España opresora se convirtió en el “caudal de herencia” adecuado para articular la nueva identidad nacional. Las élites colombianas llegaron al convencimiento de que era posible hablar de soberanía, República e independencia y, a la vez, reconciliarse con la “madre patria”.

En ningún otro momento se puso mejor en escena este contradictorio convencimiento que en la conmemoración del primer centenario de la independencia de Colombia el 20 de julio de 1910. Esta efeméride fue utilizada por las élites para rendirle homenaje a España por el legado de civilización que había dejado a las repúblicas hispanoamericanas. La idea de España como “madre patria”, a la cual había que expresarle agradecimiento por haber “civilizado” estos territorios con su sangre, religión e idioma, apareció una y otra vez en la retórica oficial que las élites del mundo andino construyeron en el marco de esta fiesta centenaria⁸⁵.

El retorno a las tradiciones de origen hispánico fue música para los oídos de las élites blancas regionales y locales. “Si la obra de los próceres fue sublime, también perdura en bien de la nacionalidad, la obra de los españoles”, expresó Heliodoro Rodríguez desde Chocó el 20 de julio de 1907. Este militar y político consideraba que sin España, que “nos legó idioma, religión, espíritu caballeresco y tradiciones heroicas”, Colombia existiría como nación, pero “la civilización apenas tocaría a nuestras fronteras”⁸⁶. Esta línea argumentativa también caracterizó la narrativa de varios diarios de Cartagena. “Somos de raza no ya latina sino netamente hispana. Nuestras cualidades, nuestros defectos son herencia española...”, expresó el editor del diario *El*

⁸⁴ Lasso, *Myths of Harmony*, 57.

⁸⁵ Un análisis sistemático sobre las narrativas desplegadas por las élites colombianas sobre la conmemoración del primer centenario de la independencia puede verse en Raúl Román, *Celebraciones centenarias: La construcción de una memoria nacional* (Cartagena: IPCC/IEEC/ Universidad de Cartagena/Alcaldía Mayor de Cartagena, 2011).

⁸⁶ “20 de julio”, *El Chocó*, Quibdó, 7 de septiembre de 1907.

Porvenir en junio de 1911⁸⁷. El 11 de noviembre de ese año, en el marco de la conmemoración del centenario de la independencia de Cartagena, el secretario de gobierno departamental José Antonio Gómez insistió en “el magnífico e imperecedero legado” de España a Colombia. En su discurso, publicado en la *Gaceta Departamental de Bolívar*, Gómez recordó que fue esa nación la que “nos transmitió con su preciosa sangre el valor legendario de los conquistadores castellanos”⁸⁸.

Una cosa llevó a la otra. Si los elementos que debían dar forma a la nacionalidad colombiana había que buscarlos en el legado español, las costumbres y tradiciones culturales que se alejaron de ese tronco común, por antonomasia, quedaban excluidas de las posibles fuentes identitarias. En países como Argentina, Uruguay o Cuba, también antiguas colonias españolas, la existencia de manifestaciones culturales que se distanciaban de las tradiciones hispánicas eran perceptibles en bailes y ritmos musicales (rumba, son, candombe), o religiones con amplios contenidos africanos (santería). Igual situación se registraba en Brasil. En la otrora colonia portuguesa la presencia de África no solo era palpable en su mayoritaria población *preta* y parda, sino en prácticas como el candomblé, el capoeira y la samba⁸⁹.

En Colombia, particularmente en sus costas Pacífica y Caribe, persistían ritmos musicales y bailes de amplias bases africanas. Los bailes de marimba (región Pacífica) y la cumbia y el mapalé (región Caribe), con el tambor de origen africano como uno de sus instrumentos principales, eran protagonistas en las festividades religiosas, celebraciones populares, y

⁸⁷ “Cuestión de raza”, *El Porvenir*, Cartagena, 13 de junio de 1911.

⁸⁸ “Discurso pronunciado por el doctor J.A Gómez Recuero”, *Gaceta Departamental de Bolívar*, Cartagena, 13 de noviembre de 1911.

⁸⁹ George Reid Andrews, *Afro-Latin America, 1800-2000* (New York: Oxford University Press, 2004), 121-124.

carnavales que tenían lugar en los centros urbanos de estos territorios⁹⁰. En Cartagena, puerto que cada noviembre se entregaba durante una semana a conmemorar de manera festiva su independencia de la corona española, agrupaciones locales cultivaban varios de los ritmos y aires previamente mencionados. Músicos provenientes de las provincias del Departamento de Bolívar, entre ellos José Pianeta Pitalúa, se radicaron en Cartagena atraídos por el ambiente de carnaval que se respiraba en los barrios populares de la ciudad. Oriundo de Ciénaga de Oro, Pianeta Pitalúa, músico negro, dio forma y dirigió la Orquesta A Numero Uno, reconocida ya en los años veinte por grabar porros y cumbias⁹¹.

Las élites colombianas, al igual que las latinoamericanas, consideraron que los contenidos africanos de todas estas manifestaciones alejaban a sus respectivos países del ideal de nación que querían forjar. Mientras bailaban polka, vals y mazurca en sus selectos clubes sociales, insistieron en que estas expresiones aproximaban a sus naciones y regiones al “salvaje” África. “La marimba, instrumento de los pueblos salvajes nos hace pensar que estamos en algún pueblo de África”, anotaba en 1913 un periodista de un pequeño poblado de la costa Pacífica⁹². O, como aseguraban quince años después desde El Porvenir de Cartagena, esos bailes eran “hábitos de bestias humanas...que dan cierto aire de danza salvaje a las celebraciones... (y) transporta la imaginación...a las selvas de Etiopía”⁹³. Al igual que en varias ciudades latinoamericanas, en esta última ciudad, miembros de la élite blanca prohibieron los citados bailes en 1921⁹⁴. En Chocó, por su parte, se publicaron artículos llamando a “civilizar” los

⁹⁰ Sobre estos bailes y ritmos en la costa Pacífica véase Nina de Friedemann y Jaime Arocha, *De sol a sol: Génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia* (Bogotá: 1986), 415-420. Y para la costa Caribe ver Edgar Gutiérrez, *Fiestas: once de noviembre en Cartagena de Indias* (Cartagena: Universidad de Cartagena, 2004).

⁹¹ Sobre este músico y su orquesta ver Peter Wade, *Music, Race and Nation: Música Tropical in Colombia* (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 47-50.

⁹² *El Microfago*, Tumaco, 27 de septiembre de 1913. Citado en Leal, “Black Forests”, 252.

⁹³ “El tamborito indígena”, *El Porvenir*, Cartagena, 17 de noviembre de 1928.

⁹⁴ Gutiérrez, *Fiestas*, 170.

carnavales. “¿No será ya tiempo de que acabáramos en Quibdó con la costumbre de celebrar cada fin de año los santos inocentes con actos que van reñidos con la civilización?” expresaron desde las páginas del ABC en 1924⁹⁵.

Las manifestaciones artísticas de integrantes del *Harlem Renaissance*, en este contexto, fueron visualizadas como una amenaza para el proyecto de retorno a las tradiciones de origen hispánico. De manera particular el jazz, introducido en Colombia por orquestas provenientes de Panamá, generó ansiedades al interior de las élites nacionales y regionales⁹⁶. Las valoraciones que un cronista de Cartagena hizo de las actuaciones en Europa de la artista afroamericana Josephine Baker ilustran lo anotado. En el marco de la conmemoración del día de la raza (12 de octubre), el cronista, en un tono de lamento, señalaba que el citado día estaba adquiriendo un contenido particular: la raza protagonista no era “la descendencia de aquella que viniera con Colón a clavar las insignias de Castilla, a civilizar indios, dejándoles su sangre, su lengua, su religión y sus costumbres...”. La verdadera raza del día, anotaba, era “la raza del jazz band y la del charleston”. Y por supuesto, ya se sabía cuál era su origen y cuál su grado de civilización: se trataba de aquella que “salió de África a conquistar el mundo con su arte bárbaro, su música selvática, su sensualismo semi-salvaje, sus danzas estranguladas y su primitivismo a medio afeitar”⁹⁷.

Durante las tres primeras décadas del siglo XX, entonces, los mismos miembros de la élite que pontificaron sobre la armonía existente entre los distintos grupos raciales fueron quienes se encargaron de marginar las prácticas culturales de los sectores negros del nuevo proyecto de identidad nacional. Esta marginación, al menos en la esfera representacional, puso

⁹⁵ “Los carnavales”, *ABC*, Quibdó, 27 de diciembre de 1924.

⁹⁶ Enrique Muñoz, *Jazz en Colombia: Desde los alegres años 20 hasta nuestros días* (Barranquilla: La Iguana Ciega, 1930), 38-39.

⁹⁷ “La raza del día”, *El Mercurio*, Cartagena, 13 de octubre de 1928.

en evidencia los límites que las élites colombianas, en su intento por reconciliar el pasado colonial español con el lenguaje republicano, impusieron a la noción de igualdad. La apropiación que hicieron de las ideas del racismo científico que circularon por el mundo Atlántico en el tránsito del siglo XIX al XX los distanció aun más del ideal de armonía racial que decían defender.

2.3 DEL SILENCIO A LA DIFERENCIACIÓN RACIAL

El ascenso de la *República de los Blancos* coincidió con el impacto en Latinoamérica del racismo científico. Estas ideas, desarrolladas con un supuesto grado de cientificidad desde los países europeos y los Estados Unidos, hablaban de la natural inferioridad de los negros e indígenas y del inevitable destino de atraso que acompañaría a las naciones mestizas si no poblaban sus territorios con inmigrantes de raza blanca. Miembros de las élites latinoamericanas, entre ellas la colombiana, hicieron de ellas una suerte de mantra para avanzar hacia la civilización y el progreso⁹⁸.

Aunque desde finales del siglo XIX se encuentra en la prensa colombiana una que otra referencia sobre Gustave Le Bon, Georges Vacher de Lapouge, Joseph Arthur de Gobineau y otros exponentes del racismo científico, sus conceptos adquirieron relevancia con los debates que sobre raza y nación tuvieron lugar en Colombia durante las tres primeras décadas del siglo XX⁹⁹.

El Tercer Congreso Médico Nacional que se realizó en 1918 fue el escenario donde se debatieron

⁹⁸ Richard Graham, Ed., *The Idea of Race in Latin America, 1870-1940* (Austin: University of Texas Press, 1990).

⁹⁹ Sharika Crawford sugiere que la élite colombiana a finales del siglo XIX “ignored North American and European pseudo-scientific understandings of race in order to incorporate ethnically and racially diverse populations into their homogenizing agenda, which promoted the Spanish language, Hispanic culture, Roman Catholicism”. Crawford, “Under the Colombian *Flag*”, iv.

de manera sistemática varios de estos temas. En este congreso, que tuvo lugar en Cartagena, el médico Miguel Jiménez presentó su conferencia “Nuestras razas decaen” en la que aseguró que Colombia estaba mostrando “signos de degeneración colectiva, degeneración física, intelectual y moral”¹⁰⁰. Jiménez, distinguido miembro del Partido Conservador, concluyó que la presencia de negros, mulatos e indígenas en diferentes áreas del país estaba causando el citado proceso de degeneración racial. Dos años más tarde, el Teatro Municipal de Bogotá fue el escenario escogido para seguir el debate. En esta oportunidad, Jiménez defendió su hipótesis de la degeneración racial colombiana y explicó con detalles las posibles soluciones para contrarrestarla. El gobierno, argumentaba, podía implementar políticas educativas, económicas y de higiene para detener la degeneración racial. Sin embargo, tales programas eran “paliativos” frente a una raza que había nacido fatalmente marcada con el signo de la inferioridad biológica. Siguiendo a Gustave Le Bon, Jiménez recomendó un plan intensivo de introducción de inmigrantes europeos. Sus supuestas altas cualidades morales, concluía el prestigioso médico, mitigarían los “defectos raciales ancestrales” de la población colombiana¹⁰¹.

El Tercer Congreso Médico Nacional y los debates sobre los problemas raciales en Colombia, desarrollados en Cartagena y Bogotá respectivamente, dieron pie a una discusión nacional sobre la supuesta degeneración de la raza colombiana. Apoyándose en ideas neo-Lamarckianas sobre la influencia del medio ambiente sobre la herencia, sociólogos, economistas y educadores argumentaron que las explicaciones de la degeneración debían buscarse en factores sociales y económicos. Lo razonable, señalaron, era implementar programas sociales y campañas

¹⁰⁰ Miguel Jiménez, *Nuestras razas decaen: Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares* (Bogotá: Imprenta y Litografía de Juan Casis, 1920), 8.

¹⁰¹ Miguel Jiménez, “Primera conferencia”, en: Luis López de Mesa, Ed., *Los problemas de la raza en Colombia* (Bogotá: El Espectador, 1920), 74.

de salud pública que conducirían a Colombia hacia el camino de la civilización¹⁰². Miguel Jiménez, una y otra vez, insistió en que se trataba de un tema de orden biológico: “El mal es más profundo: no es económico, psicológico, educativo; es biológico”. Estamos tratando con razas exhaustas que “deben ser rejuvenecida con sangre fresca”, concluyó Jiménez en su famosa conferencia¹⁰³.

En Argentina, Cuba, Brasil y otros países de Latinoamérica el impacto del racismo científico se vió reflejado en la implementación de dispositivos estatales que permitieran alcanzar el ideal europeo de civilización. Planes selectivos de inmigración para diferenciar entre extranjeros deseables e indeseables, diseño de políticas de salud pública e higiene, elaboración de perfiles criminológicos a partir de criterios raciales, y represión de prácticas religiosas y culturales de origen africano fueron algunas de las acciones que se adelantaron en estos países¹⁰⁴. Estas acciones, que hicieron parte del “soft style of eugenics” del que habló Nancy Leys Stepan¹⁰⁵, también estuvieron presentes en Colombia. Congresistas, a tono con las ideas en boga, autorizaron fondos para contratar instructores europeos que capacitaran a la policía nacional en técnicas antropométricas. Campañas contra el alcoholismo o la propagación de enfermedades y, en general, medidas de higiene y salubridad pública fueron implementadas a en varios centros urbanos del territorio nacional¹⁰⁶.

¹⁰² Restrepo, “Imágenes”, 65-66.

¹⁰³ Jiménez, *Nuestras razas*, 34.

¹⁰⁴ Para el impacto de estas teorías en Argentina, Cuba y Brasil ver, entre otros, Julia Rodríguez, *Civilizing Argentina: Science, Medicine, and the Modern State* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004); Alejandra Bronfman, *Measures of Equality: Social Science, Citizenship and Race in Cuba, 1902-1940* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004); Thomas Skidmore, “Racial Ideas and Racial Policy in Brazil, 1870-1940”, en: Graham, Ed., *The Idea of Race*.

¹⁰⁵ Nancy Leys Stepan, *The Hour of Eugenics: Race, Gender and Nation in Latin America* (Ithaca: Cornell University Press, 1991).

¹⁰⁶ Jason McGraw, “Purificar la nación: eugenesia, higiene y renovación moral-racial de la periferia del Caribe colombiano, 1900-1930”, *Revista de Estudios Sociales* 27 (2007), 62-75.

El impacto más significativo que derivó de la apropiación que miembros de la élite colombiana hicieron de los conceptos provenientes del racismo científico guarda relación con las variaciones que produjo en el lenguaje racial oficial. Desde los inicios de la República, las élites colombianas, como vimos, deliberadamente habían evitado incentivar desde las esferas gubernamentales discursos raciales que fraccionaran aun más a la nación. Los censos nacionales jugaron un rol central en ese intento. Los gobiernos liberales, buscando consolidar la idea de ciudadanía, no hicieron uso de criterios raciales en los censos que realizaron en 1864 y 1870. Los conservadores, preocupados por superar la fragmentación regional y consolidar la unidad nacional, tampoco lo hicieron en el que se llevó a cabo durante el mandato del general Rafael Reyes en 1905¹⁰⁷. En efecto, cronistas colombianos que iniciaron su actividad literaria a comienzos del siglo XX señalarían posteriormente que Reyes durante su mandato (1905-1909) ordenaba controlar la publicación de escritos cuyos contenidos promovieran luchas de razas¹⁰⁸.

El impacto del racismo científico en Colombia terminó con esa suerte de silencio en el lenguaje racial del gobierno. Los censos de 1912 y 1918, diferenciaron entre *blancos*, *indios*, *negros* y *mezclados*. En el Congreso de la República, además, se aprobaron leyes que ordenaron incluir en las estadísticas criminológicas las características raciales y el clima de donde provenían los individuos que cometieran los crímenes¹⁰⁹. Quienes antes se definían o eran definidos como ciudadanos colombianos, ahora eran oficialmente, además de ciudadanos, negros, indios, blancos o mezclados. Esta variación incidió en la configuración de lo que la historiadora Alejandra Bronfman, refiriéndose a la primera República cubana (1902-1933),

¹⁰⁷ Elsa Rodríguez, Astrid Hernández, A.L., *Colombia una nación multicultural. Su diversidad étnica* (Bogotá: DANE, 2007), 24-29.

¹⁰⁸ El cronista Libardo López recordaría años después que durante el gobierno de Rafael Reyes algunos de sus escritos sobre la raza antioqueña “fueron publicados...bajo un apercibimiento oficial que ordenaba no provocar luchas de razas en el país”. Libardo López, “La Raza”, *El Bodegón* (1936), 4.

¹⁰⁹ McGraw, “Purificar la nación”, 68.

describió como una clara tensión entre las nociones de ciudadanía y las visiones de orden y civilización a las que aspiraba el Estado en el marco de la construcción de la nueva identidad nacional¹¹⁰.

El resultado de esa tensión fue la coexistencia de las retóricas de igualdad e inferioridad racial en el lenguaje utilizado por algunos representantes del gobierno colombiano entre 1910 y 1930. Por un lado, en el marco del primer centenario de la independencia de Colombia, representantes del gobierno nacional pontificaban sobre igualdad racial. Frente a los monumentos que inmortalizaron las figuras de los “padres fundadores” de la patria Colombiana (Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander, José Acebedo y Gómez, Antonio Nariño, Camilo Torres, entre otros), voces representativas del conservatismo hablaron de los ideales de libertad e igualdad que emanaron de la independencia¹¹¹. Subrayaron, en las conmemoraciones de la independencia de Colombia, que en lo corrido de vida republicana se habían logrado implantar “todas las libertades necesarias al desenvolvimiento político y económico de la comunidad”. Al hablar de la naturaleza de las relaciones raciales, no dudaron en señalar que todos los grupos sociales, independientemente de su origen social y racial, gozaban de plena igualdad: “Hemos abolido las diferencias raciales, los privilegios de castas y todo prejuicio atávico, porque el blanco y el negro, el pobre y el rico, el de noble abolengo y el siervo de la gleba, todas son iguales ante la ley en la República de Colombia”¹¹².

Pero, por otro lado, el ejercicio de establecer diferenciaciones regionales a partir de categorías raciales que se había consolidado durante el liberalismo, y que Núñez, Caro y Reyes infructuosamente intentaron acallar, nuevamente tomaba fuerza en las esferas académicas y

¹¹⁰ Bronfman, *Measures of Equality*, 4.

¹¹¹ Eduardo Posada Carbó, “1910: La celebración del primer centenario en Colombia”, *Revista de Indias* 73, 258 (2013), 579-590.

¹¹² “Alocución del intendente de San Andrés y Providencia”, *El Porvenir*, Cartagena, 21 de julio de 1924.

gubernamentales. En el marco de los debates sobre la degeneración de la raza, discursos que insistieron en un altiplano habitado por culturas superiores y los trópicos por negros inferiores emergieron una y otra vez. Apartes de la conferencia presentada por Miguel Jiménez así lo ratifican. Luego de recordar como diversas culturas sucumbieron bajo la “acción del clima devorador del África Septentrional”, Jiménez subrayó las influencias ambientales y los obstáculos del trópico en los procesos evolutivos de las regiones y sus habitantes: “parece demostrado que las razas superiores, aquellas que están llamadas a una cultura intensa no pueden hallar aclimatación ni son capaces de florecimiento en las zonas templadas; bajo el trópico, decaen y desaparecen en breve”¹¹³.

Funcionarios que hicieron presencia en las costas Pacífica y Caribe remarcaron la supuesta inferioridad de los sectores negros que habitaban en estos territorios. La caracterización que un ingeniero bogotano, Jorge Álvarez Lleras, hizo sobre los habitantes de Chocó permite sustentar lo anotado. Álvarez Lleras, comisionado por el gobierno nacional para hacer un estudio de las vías de comunicaciones de este territorio, visitó algunos de sus distritos en el año de 1923. A su regreso a Bogotá, dio una entrevista al *Diario Nacional* en la que describió las clases sociales que era posible distinguir. En esta entrevista, reproducida con indignación por el periódico *ABC*, sostuvo que la clase mayoritaria era la de los negros, a quienes describió como “pobres bestias humanas, desamparadas de toda educación, en la pobreza más punzante, en una insipiente mental que más se avecina al animal irracional que a este otro que llaman civilizado”¹¹⁴.

El senador Laureano Gómez abrió una de sus conferencias en el Teatro Municipal de Bogotá, en 1928, con una anécdota sobre un sobrevuelo que realizó por la costa Caribe. En ella,

¹¹³ Jiménez, *Nuestras razas*, 35.

¹¹⁴ “Entrevista con el doctor Jorge Álvarez Lleras”, *ABC*, Quibdó, 1 de agosto de 1923, 2-3.

básicamente sostuvo que por grandes trayectos no logró ver “huella alguna de vida civilizada”, pues esta región estaba compuesta y se había formado exclusivamente por elementos negros, y no eran precisamente en ellos donde se encontraban las cualidades morales e intelectuales que necesitaba la nación para superar la degeneración que la caracterizaba. Los negros, consideraba Gómez, eran “estigmas de inferioridad”¹¹⁵.

Para algunos miembros de las élites intelectuales y políticas del mundo andino, los habitantes negros de las costas Pacífica y Caribe eran un peligro para la idea de nación homogénea que deseaban construir. La sangre negra con todas las connotaciones negativas que le eran asignadas iba ascendiendo del trópico hacia el altiplano para interrumpir su progreso: “Hoy sube, lenta e indetenible, la sangre africana por las venas de nuestros ríos hacia las venas de nuestra raza” concluyó López de Mesa en una de sus conferencias en Bogotá.¹¹⁶ Su contertulio Miguel Jiménez, amparado en el poder fisiológico de la raza negra, no dudó en pronosticar el oscurecimiento del país. “Una ola de sangre de color oscurece de día en día nuestra población, imprimiéndole a la vez sus rasgos morfológicos y sus reacciones morales”¹¹⁷, señaló Jiménez.

Estas interpretaciones pesimistas, que incluso afirmaban que la degeneración de la raza colombiana obedecía a su carácter mestizo, eclipsaron las voces de otros escritores que desde los Andes ya empezaban a aproximarse a la idea de “raza cósmica” del escritor mexicano José Vasconcelos¹¹⁸. En *La raza cósmica* (1925), haciendo de la hibridez un atributo y no el signo que según los cánones europeos y estadounidenses condenaba al atraso a las naciones latinoamericanas, Vasconcelos sostuvo que la mezcla entre blancos, indígenas y negros, que tuvo

¹¹⁵ Laureano Gómez, *Interrogantes sobre el progreso de Colombia* (Bogotá: Editorial Revista Colombiana, 1970 [1928]), 44.

¹¹⁶ López de Mesa, *Los problemas de la raza*, 129.

¹¹⁷ Jiménez, “Novena conferencia”, en: Luis López de Mesa, Ed., *Los problemas de la raza en Colombia* (Bogotá: El Espectador, 1920), 353.

¹¹⁸ Aline Helg, “Los intelectuales frente a la cuestión racial en el decenio de 1920: Colombia entre México y Argentina”, *Estudios Sociales* 4 (1989), 39-51.

lugar durante período colonial y a lo largo de la República, dio forma a una síntesis racial, la *raza cósmica*, que sería la encargada de forjar una sociedad en la que, a diferencia de la entonces imperante segregación en el sur de los Estados Unidos, reinaba la armonía racial¹¹⁹.

Esas eclipsadas voces tendrían resonancia a partir de los años treinta. Entre tanto, las élites regionales, interesadas en minimizar la presencia de personas negras en las costas, fueron quienes con mayor devoción se aferraron al discurso del mestizaje entre 1910 y 1930. Antes que negros, argumentaron, sus territorios y sus habitantes eran mayoritariamente mestizos. En Chocó, quien mejor dejó constancia de este tipo de argumentación fue el periodista Reinaldo Valencia. En el marco de las caracterizaciones que Jorge Álvarez Vargas hizo sobre este territorio y sus habitantes como “bestias humanas”, este político liberal aludió al avanzado proceso de mestizaje que se había producido entre los distintos grupos raciales que habitaban en el territorio colombiano y por extensión en el chocoano. “En Chocó, como en toda la República, hay dos elementos: uno nacional y otro extranjero”. El primero, continuaba el también propietario del diario de mayor circulación en la región, *ABC*, estaba “formado por una mezcla de razas”. Según Valencia, los indígenas, negros y blancos que hacían parte de la población chocoana habían logrado un grado de mezcla tal que era imposible hablar de componentes puros. “Estas razas con el transcurso del tiempo se han cruzado de tal modo que hoy nadie tiene un atarme (sic) de la sangre primitiva pura”¹²⁰, concluía.

En la costa Caribe, concretamente en Cartagena, un columnista del diario conservador *El Luchador* también ponderó las “bondades” del mestizaje. Gracias a la mezcla de indígenas y negros con blancos en la región, exponía, las “tribus Caribe-africanas” por la que se sabía “que

¹¹⁹ Un completo y reciente análisis sobre esta ideología se encuentra en Marilyn Grace Miller, *Rise and Fall of the Cosmic Race: The Cult of Mestizaje in Latin America* (Austin: University of Texas Press, 2004).

¹²⁰ “El problema del Chocó”, *ABC*, Quibdó, 4 de agosto de 1923.

existíamos como porción ciudadana” eran cosa del pasado. La razón, según su argumento, era clara: “mutaciones en las modalidades de la herencia, que son claros fenómenos de la evolución de la mezcla de las razas negra e indígena con la blanca, que a larga conduce a la selección o a la formación de un tipo superior...”¹²¹.

Ahora bien, como lo aclaraba Valencia, el mestizaje en las regiones afrontaba un problema significativo: había avanzado en los principales centros urbanos, mas no en los territorios apartados de las capitales. Según esta lógica, similar a la de los Andes civilizados y costas bárbaras, espacios como Quibdó encarnaban un centro, habitado por negros y mulatos educados, mientras que las zonas apartadas hacían parte de una periferia que no representaba la educación y progreso del Chocó. “El cronista tal vez conoció y trató a los primates de la selva y nos cuenta las impresiones de ese trato. Si hubiera estado en Quibdó, Itsmina, Condoto, Tadó y otros centros importantes, habría visto que el 75% de los cuatro mil alumnos que concurren a las escuelas públicas son negros y mulatos...”, afirmó Reinaldo Valencia¹²².

De manera que los gobiernos de orientación conservadora que entre 1880 y 1910 mayoritariamente habían ignorado los conceptos provenientes del racismo científico terminaron apropiándose de ellos y los incorporaron en el lenguaje oficial gubernamental. A través de esos conceptos, las élites llegaron al convencimiento de que el proyecto de nación estaba en peligro por la presencia de negros en las costas Caribe y Pacífica. Sus pares en estas regiones, ante estas caracterizaciones, describieron parte de sus territorios como mestizos, pero consideraban que el mestizaje debía avanzar más allá de Quibdó o Itsmina, en Chocó, y Cartagena, Barranquilla y Santa Marta, en la costa Caribe. Esta doble necesidad llevó a que unos y otros confiaran en una

¹²¹ “Candidatura popular y necesaria”, *El Luchador*, Cartagena, 5 de agosto de 1927.

¹²² “El problema del Chocó”, *ABC*, Quibdó, 4 de agosto de 1923.

solución que reforzó aun más el lenguaje racial que iba en contravía del concepto de ciudadanía y de la igualdad como su máximo correlato: el blanqueamiento.

2.4 BLANQUEAMIENTO, INMIGRANTES AFROANTILLANOS Y EL “PELIGRO” GARVEYISTA

La introducción de inmigrantes europeos fue un componente central del proyecto de armonía racial que las élites colombianas idearon desde los inicios de la República. La llegada de europeos y su posterior mezcla con los habitantes negros fue visualizada como la herramienta precisa para lograr el mestizaje con tendencia al blanqueamiento que deseaban las élites colombianas. Estos proyectos inmigratorios, a lo largo del siglo XIX, se caracterizaron por su ineficacia. El precario respaldo estatal, aunado a las constantes guerras civiles, la falta de vías de comunicación adecuadas, y una geografía de la inmigración que privilegió países como Estados Unidos, Argentina y Brasil, incidieron en la escasa llegada de inmigrantes de este origen a Colombia¹²³.

Al iniciarse la siguiente centuria, ante esta inocultable realidad, miembros de la élite manifestaron su preocupación por la inexistencia de una clara política inmigratoria. Era inconcebible que el país –decían desde Cartagena en 1911- no contara con una legislación precisa en esta materia. Argentina, Uruguay y Estados Unidos estaban demostrando la correlación que existía entre la elaboración de una buena política inmigratoria y el progreso de una nación. “La inmigración ha sido la causa primordial de todo el admirable progreso de la gran

¹²³ Una detallada discusión sobre la inmigración en Colombia se encuentra en Frederic Martínez, “Apogeo y decadencia del ideal de la inmigración europea en Colombia siglo XIX, *Boletín Cultural y Bibliográfico* 34,44 (1997), 3-45.

República del sur, la República Argentina, a la inmigración debe Estados Unidos sus ochenta millones de habitantes y su riqueza material”, señaló en 1911 Gabriel Porras Troconis, editor del diario *La Época*¹²⁴. Dos años más tarde, otro editorial del citado periódico, aseguró que en Argentina “lo mucho bueno que hay se debe al poder inmenso de la inmigración que ha terciado la sangre morbosa de la raza y le ha dado paz contra su natural índole”¹²⁵.

Pero Colombia no era Argentina ni Uruguay. Estas dos últimas naciones desarrollaron una sólida política inmigratoria, tuvieron condiciones económicas estables durante el boom exportador que vivieron los países latinoamericanos entre 1880 y 1930, y contaban con escasa presencia de población de origen afrodescendiente¹²⁶. Colombia, en contraste, aunque a finales del siglo XIX encontró en el café un producto que la conectó de forma estable al mercado mundial, sufrió los efectos devastadores de la Guerra de los Mil Días (1899-1902). Y sobre todo, su población negra era superior al uno o dos por ciento de habitantes de este origen racial que para comienzos del siglo XX residían en Argentina y Uruguay respectivamente.

Esta significativa población negra, además de su población mulata, contrastó con el número de inmigrantes que recibió Colombia. Sus cifras, comparadas con los millones que recibieron Brasil, Argentina o Uruguay, indican que Colombia durante las tres primeras décadas del siglo XX tampoco perteneció al club de países que los inmigrantes europeos privilegiaron como su destino. Según el censo de 1928, la deseada llegada de europeos se redujo a la presencia de 2.465 españoles, 1.916 italianos, 1.682 alemanes, y 1.436 ingleses. En total, incluyendo los

¹²⁴ “Ley de inmigración”, *La Época*, Cartagena, 9 de agosto de 1911.

¹²⁵ “¿Efectos de la educación o de la raza?”, *La Época*, Cartagena, 23 de diciembre de 1913.

¹²⁶ Sobre los afro-argentinos y afro-uruguayos ver George Reid Andrews, *The Afro-Argentines of Buenos Aires, 1800-1900* (Madison: University of Wisconsin Press, 1980); *Blackness in the White Nation: A History of Afro-Uruguay* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2010).

1.607 inmigrantes procedentes de los Estados Unidos registrados en el citado censo, los para entonces considerados que llegaron a Colombia escasamente sumaron 9.106¹²⁷.

Los inmigrantes que sí hicieron presencia en el territorio colombiano fueron los que terminaron siendo considerados indeseables. Desde mediados de siglo XIX, afroantillanos y chinos integraron dos de las principales corrientes inmigratorias que llegaron a Colombia. Los afroantillanos, ante todo, se ubicaron en los territorios del actual Panamá. La construcción de un ferrocarril (1850-1855), el proyecto francés de construir un canal interoceánico (1880-1889) y la expansión de la economía bananera produjeron la llegada masiva de mano de obra procedente de Jamaica y Barbados al entonces territorio colombiano. Se estima que durante los nueve años que duró el fracasado proyecto francés la cifra de inmigrantes de este origen ascendió a no menos de 50.000¹²⁸. El número de trabajadores chinos que ingresaron al país, también mayoritariamente ubicados en Panamá para laborar en estos proyectos, se calcula en no menos de 25.000 en el período comprendido entre 1852 y 1890¹²⁹. Sirios y libaneses dieron forma a la otra corriente inmigratoria significativa que llegó a los territorios colombianos. Integrados en su mayoría por inmigrantes que buscaron escapar de las persecuciones que el imperio otomano estaba ejerciendo contra los cristianos y por quienes decidieron explorar mejores oportunidades en el marco de una fuerte crisis económica que azotó a Siria y el Líbano, llegaron de manera sistemática a partir de 1880 y se dedicaron inicialmente a las actividades comerciales en puertos fluviales y marítimos de la costa Caribe y Pacífica colombiana¹³⁰.

¹²⁷ Contraloría General de la República, *Memoria y cuadros del censo de 1928* (Bogotá: Contraloría General de la República, 1930), 36.

¹²⁸ Conniff, *Black Labor*, 3.

¹²⁹ Friederike Fleischer, “La diáspora China: un acercamiento a la migración China en Colombia”, *Revista de Estudios Sociales* 42 (abril 2012), 75.

¹³⁰ Rhenals, “Del ideal europeo”.

La elaboración de leyes restrictivas fue la respuesta de los gobiernos de finales del siglo XIX al ingreso de inmigrantes extra europeos. Una de las primeras corrientes inmigratorias objeto de estas restricciones fue la conformada por los inmigrantes asiáticos. En 1887, a tono con el movimiento de exclusión en contra de los inmigrantes de origen asiático que tuvo lugar durante este período en las Américas, el Congreso aprobó una ley que prohibió el ingreso de chinos a su territorio. Diecisiete años más tarde, el gobierno nacional autorizó a los gobernadores de los diversos departamentos de Colombia para que evitaran la entrada al territorio nacional a individuos de origen sirio¹³¹.

Los afroantillanos escaparon a esta fase inicial de leyes restrictivas. Amparados en consideraciones que esencializaban las características físicas de los descendientes de africanos (por ejemplo, mayor resistencia física, adaptación al trópico), hubo quienes defendieron el ingreso de inmigrantes de las Antillas inglesas, francesas y holandesas durante el siglo XIX.¹³² Los procesos inmigratorios que vivió Panamá entre 1903 y 1930, sin embargo, pusieron en el centro de la agenda legislativa inmigratoria a los afroantillanos. Se calcula que durante este período, para las obras de construcción y puesta en marcha del canal de Panamá, llegaron entre 150.000 y 200.000 trabajadores procedentes de Jamaica, Trinidad o Barbados¹³³. Estos inmigrantes, como advirtió recientemente Lara Putnam, en vez de ser considerados como “commodities imported by employers, deben ser analizados como trabajadores que se movieron por el área circuncaribe dependiendo de las oportunidades laborales y salariales que surgían. Ese carácter itinerante les permitió dar forma a un circuito migratorio integrado por espacios como Kingston (Jamaica), Bluefields (Nicaragua), Colón (Panamá), Habana (Cuba), Limón (Costa

¹³¹ Rhenals, “Del ideal europeo”, 45.

¹³² Leal, “Black Forests”, 202-203.

¹³³ Conniff, *Black Labor*, 29.

Rica), Puerto Príncipe (Haití), Curazao, St. Thomas, Barbados y puertos en Estados Unidos y Europa.¹³⁴ Colombia, a través de los puertos de San Andrés, Providencia, Cartagena, Barranquilla y Santa Marta, en la costa Caribe, y Buenaventura, en la Pacífica, hizo parte de este circuito migratorio¹³⁵. En la década del diez y la del veinte, diarios colombianos hicieron alusión a la entrada legal e ilegal de inmigrantes de este origen a los distintos puntos que integraban el circuito migratorio previamente descrito¹³⁶.

El ingreso y movimiento de estos inmigrantes por sus costas, en el marco de la circulación de ideas que hablaban de la inferioridad racial negra, hizo que representantes del gobierno alzaran su voz de alarma. En 1922, el Ministro de Gobierno manifestó su preocupación por la inexistencia de una legislación que otorgara facultades para “rechazar todos esos elementos extranjeros”, especialmente los chinos y los negros, “quienes por sus condiciones étnicas y morales no encontrarían hogar en otros países civilizados”. Los reclamos del ministro tuvieron eco en los legisladores colombianos, pues ese mismo año el Congreso introdujo la ley 114 de 1922, que en uno de sus apartes prohibió “la entrada al país de elementos que por sus condiciones étnicas, orgánicas y sociales sean inconvenientes para la nacionalidad y el mejor desarrollo de la raza”¹³⁷.

Aunque no lo decía de manera explícita, la nueva ley estaba dirigida –ante todo- a evitar la llegada masiva de inmigrantes afroantillanos. Así se deduce de unas declaraciones que hizo el Ministro de Relaciones Exteriores a raíz del “asedio” que estaba experimentando el agente postal

¹³⁴ Putnam, *Radical Moves*, 22.

¹³⁵ Los vapores de la United Fruit Company, por ejemplo, llegaban a Cartagena todos los sábados, procedente de New York, Kingston y Colón. Ese mismo día, en las horas de la tarde, salían hacia Puerto Colombia y luego Santa Marta. De esta última ciudad, donde quedaban las oficinas de la UFC, retornaban a Cartagena, luego pasaban a Colón y Kingston, y finalmente llegaban a New York.

¹³⁶ “La inmigración de Antillanos”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 1 de agosto de 1923, “Sobre inmigración y revisión de pasaportes”, *El Porvenir*, 24 de marzo de 1925, “La United no ha importado negros para sus trabajos”, *ABC*, Quibdó, 23 de febrero de 1926.

¹³⁷ Eduardo Rodríguez, *Constitución y leyes usuales de Colombia* (Bogotá: Librería Colombiana, 1939), 429.

de Colombia en Panamá. El “asedio” obedecía a que los “negros quieren que les visen sus pasaportes para venir a trabajar en la obra de apertura de las Bocas de Cenizas” (punto donde desemboca el río Magdalena). El agente postal, amparado en la ley 114 de 1922, se negaba a otorgarle las citadas visas. El ministro, aclarando la actitud de su agente en Panamá, expresó que las dificultades que se venían presentando “provenían de lo que sobre la materia estatuye la ley 114 de 1922 que prohíbe expedir pasaportes a los individuos de raza negra..., permitiendo su entrada al país en grupo que no pasen de cuatro individuos”¹³⁸.

El uso que la élite de Cartagena hizo de esta ley también permite sustentar que los afroantillanos eran el principal target. Comerciantes, periodistas y médicos apelaron a la implementación de la ley 114 de 1922 para evitar el ingreso de afroantillanos. Cada vez que se habló de la posibilidad de contratar mano de obra proveniente de países como Jamaica, Trinidad, o Barbados, iniciaron campañas de prensa en contra de tales intenciones. Por ejemplo, en 1923, Domingo López y Gabriel Jiménez, director y editor del periódico liberal *La Patria*, expresaron que “no sólo a los extranjeros perniciosos, a los condenados por crímenes comunes y a los afectados con enfermedades contagiosas, debemos cerrarles las puertas”. Era necesario, agregaron, prohibir la entrada a aquellos individuos de “condiciones étnicas inferiores” porque su libre entrada al territorio colombiano “complicaría el proceso de degeneración que el ilustrado sociólogo Doctor Miguel Jiménez López identificó en el pueblo colombiano”¹³⁹. Este mismo año, la Compañía Rafael Del Castillo envió una carta a Antonio Rivadeneira, Médico de Sanidad del Puerto de Cartagena. En la carta, expresaron su preocupación porque el consulado colombiano en Panamá le estaba otorgando visas a inmigrantes negros. Rivadeneira respondió

¹³⁸ “El agente postal en Panamá opone dificultades a la inmigración negra”, *La Patria*, Cartagena, 16 de marzo de 1923.

¹³⁹ “Inmigración”, *La Patria*, Cartagena, 25 de enero de 1923. Ver también “Inmigración de rechazo”, “Sobre el mismo tema” y “Atrás la mala inmigración”, *La Patria*, Cartagena, 31 de enero, 1 de febrero y 21 de mayo de 1923.

que, de acuerdo a la ley 114, los inmigrantes negros –así tuvieran sus visas- no se les permitiría la entrada a Colombia. “Los negros a que ustedes se refieren serán rechazados aun cuando llenen todas las condiciones exigidas y aun cuando traigan sus pasaportes visados por los respectivos agentes consulares colombianos”. Y la razón, concluía Rivadeneira, era clara: “por considerárseles comprendidos en el artículo 11 de la ley 114 de 1922”¹⁴⁰.

Al igual que en cualquier otra parte del mundo Atlántico, en Colombia esta corriente inmigratoria, descrita como salvaje e inferior, fue visualizada como un peligro para la vida cultural y política del país. “Estamos amenazados por el peligro negro, pues de permitir que entren estos al país se vería muy pronto invadido por millones”, decían —con voz de alarma— desde el periódico cartagenero *Diario de la Costa*¹⁴¹. Ante la posible introducción de inmigrantes de este origen racial, el diario *La Patria* advirtió que había que pensar “en los hábitos de los negros de Jamaica que no son deseables para ser difundidos en Colombia”¹⁴².

Las élites, además, temían que los afroantillanos vinieran a propagar las ideas de Marcus Garvey en Colombia. Garvey, impresor de oficio, fue uno de los activistas que incidió en la configuración del internacionalismo negro que sacudió la realidad racial de París, New York, Londres y distintos centros urbanos de Latinoamérica y el Caribe en la primera mitad del siglo XX¹⁴³. En Colombia, donde las élites estaban haciendo esfuerzos quijotescos para blanquear a la población, el proyecto garveyista era una amenaza mucho más preocupante que el “sensualismo semi-salvaje” de Josephine Baker al que hizo alusión un cronista en Cartagena. Así se deduce de

¹⁴⁰ “La inmigración negra no será aceptada”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 25 de mayo de 1923.

¹⁴¹ “La Asociación Universal de la Raza Negra quiere que se permita la entrada al país de sus cofrades”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 24 de enero de 1923.

¹⁴² “Atrás las mala inmigración”, *La Patria*, Cartagena, 21 de mayo de 1923.

¹⁴³ Putnam, *Radical Moves*; Minkah Makalani, *In the Cause of Freedom: Radical Black Internationalism from Harlem to London, 1917-1939* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2011); Frank Andre Guridy, *Forging Diaspora: Afro-Cubans and African Americans in a World of Empire and Jim Crow* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2010).

la visceral reacción que expresaron varios diarios colombianos ante la posible llegada de comisiones de la UNIA en 1923. En febrero de ese año, desde Bogotá, el diario *El Espectador* dio a conocer los contactos realizados por un habitante de una pequeña población de la costa Pacífica, Palmira, para introducir trabajadores procedentes de Jamaica y Barbados. Según informaba este periódico, un grupo de obreros colombianos residentes en Panamá enviaron una circular al Ministerio de Relaciones Exteriores denunciando que desde Colombia se venían adelantando gestiones para que llegaran comisionados de la UNIA al país. La prueba de la denuncia fue una carta enviada por un ciudadano de nombre Luis Carlos Pizarro que fue reproducida por *The Negro World*, periódico que Garvey fundó en Harlem. En la carta, escrita en representación de varios vecinos de Palmira, Pizarro expresó su admiración por Garvey y la labor que venía realizando a través de su movimiento. “Los sentimientos ofrecidos por mí al ilustre señor Marcus Garvey, son también para vosotros, colaboradores suyos en la augusta notabilísima misión; acéptalos, pues, en testimonio de mi profundo afecto y de la irresistible atracción ejercida sobre mi espíritu”¹⁴⁴, señaló.

No dispongo de evidencias que permitan establecer si las mencionadas comisiones llegaron a Palmira, si Luis Carlos Pizarro era de origen afrodescendiente, o si se trataba de un hacendado que necesitaba de inmigrantes negros para laborar en los cultivos de caña de azúcar que se producían en el Departamento del Valle. Lo cierto es que sus acciones generaron ansiedades raciales en miembros de la élite colombiana. La posible presencia en Colombia de una asociación como la UNIA que pretendía “conseguir el predominio de la raza negra en el

¹⁴⁴ El texto publicado por *El Espectador* fue reproducido por *La Patria* de Cartagena. “La Asociación universal de la raza negra envía comisiones a Colombia”, *La Patria*, Cartagena, 13 de febrero de 1923.

mundo”, aseguraban desde *El Espectador*, era inaceptable. Peor aún, aseguraba el diario, era que “ya tal sociedad tenga representante en el país, y que ese representante sea Colombiano”¹⁴⁵.

En Cartagena, diarios –liberales y conservadores- se sumaron a la campaña de rechazo en contra de la presencia de representantes de la UNIA en Colombia. Desde el *Diario de la Costa*, por ejemplo, afirmaban que “la Asociación Universal de la Raza Negra se propone enviar a Colombia una comisión que gestione de nuestro gobierno el permiso para que entre al país un contingente de trabajadores negros jamaicanos y barbadenses”. La actitud de Pizarro, no les quedaba duda, configuraba una clara muestra antipatriótica: “Esta iniciativa dicese que la ha tomado la Asociación Universal de la Raza Negra en virtud de una insinuación antipatriótica que hicieron ante ella varios colombianos vecinos de Palmira, encabezadas por Luis Carlos Pizarro”¹⁴⁶. En Chocó, también expresaron el distanciamiento con el movimiento de Marcus Garvey. En 1926, desde el *ABC*, reprodujeron un artículo en el que su autor reconstruyó el proceso judicial que Garvey enfrentó por fraude en los Estados Unidos. Su título, “África para los africanos”, sintetiza el rechazo hacia el proyecto garveyista¹⁴⁷.

Si las élites colombianas a través del culto a España marginaron las prácticas culturales de las personas de origen afrodescendiente de la esfera representacional de la nación, a través de los conceptos provenientes del racismo científico le establecieron un lugar a estos sectores en la misma. Ese lugar, sin embargo, no era uno donde gozaran efectivamente de la igualdad racial a la que tenían derecho todos los ciudadanos colombianos. Era uno en el que su supuesta inferioridad los ubicaba en el último lugar en la jerárquica escala racial colombiana. Entre 1910 y

¹⁴⁵ “La Asociación Universal de la Raza Negra envía comisiones a Colombia”, *La Patria*, Cartagena, 13 de febrero de 1923.

¹⁴⁶ “La Asociación Universal de la Raza Negra quiere que se permita la entrada al país de sus cofrades”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 24 de enero de 1923.

¹⁴⁷ “África para los africanos”, *ABC*, Quibdó, 1 de mayo de 1926.

1930, los habitantes negros de las costas Pacífica y Caribe experimentaron lo que la historiadora Marixa Lasso recientemente conceptualizó como “the disconnection of tropical spaces and populations therein from notions of modernity”¹⁴⁸. Pero los sectores negros y mulatos, a través de sus términos de inclusión, probarían que si existían algunos colombianos interesados en estar conectados con algunos conceptos propios de la modernidad, esos eran los que habitaban en sus costas.

2.5 ¿NEGROS, MESTIZOS O CIUDADANOS?

Entre 1885 y 1930, los grupos de artesanos, obreros, estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente que adquirieron visibilidad política en Colombia reclamaron su lugar en *la República de los Blancos* sin acudir a una retórica que reclamara su pertenencia a un grupo étnico. Al igual que la gran mayoría de sus pares afro-uruguayos, afro-argentinos, afro-cubanos y afro-brasileros, se trataba de negros y mulatos que no se identificaba como tales y no reclamaban la diversidad étnica que intentaban eliminar las élites blancas a través del proyecto de mestizaje con tendencia al blanqueamiento. A lo sumo usaban términos como “los de la piel bronceada”, “los del plumaje pardo”, “los de color humilde”, los de “orígenes oscuros” para describirse racialmente. Estos términos, aunque indicaban que no eran blancos, les permitía establecer cierta distancia con la estigmatizada categoría de negros.

Lejos de integrar una comunidad de afrodescendientes, estaban divididos por amplias diferencias de estatus. Al igual que las clases medias afro-cubanas y afro-brasileras, algunos

¹⁴⁸ Marixa Lasso, “Nationalism and Immigrant Labor in a Tropical Enclave: The West Indians of Colon City, 1850-1936”, *Citizenship Studies* 17, 5 (2013), 556.

profesionales afrodescendientes buscaron distanciarse, social y culturalmente, de la población negra y mulata de Cartagena. El periodista Julián Devis Echandía, escribiendo sobre la realidad socio-política de esa ciudad durante la primera mitad del siglo XX, capturó ese proceso de distanciamiento social en los siguientes términos: “Un dato curioso en relación a esta raza negra es que no tiene enemigo más grande que el “negro creído”, como lo llaman aquí. Un médico o político negro aceptado en la sociedad, es un negro que no quiere acordarse de los suyos”, sentenció este periodista¹⁴⁹. En Chocó esta realidad fue recreada con claridad en “El juramento de Domitilo”, un relato publicado en el ABC en 1928. Escrito por alguien que firmaba bajo el seudónimo de Pacífico del Mar, narra el cortejo de un carpintero negro (Domitilo) a Rosenda Palacios, una mujer negra que a través de una “familia de blancos acomodados de Quibdó” aprendió a leer, escribir y contar. En distintos pasajes del relato, que finaliza con Domitilo cumpliendo un juramento de que iba a conquistar a Rosenda, el autor ilustra las jerarquías que algunos negros acomodados establecieron frente a sus pares pobres y no educados. Ella, que “adquirió modales y maneras cultas” en la familia blanca que creció, le suplicaba a Dios que la librara de la “yerba de ese campesino”. Igualmente, dejaba clara las jerarquías que supuestamente la separaban de Domitilo: “Ve Domitilo, busca tu puesto. Vos crees que yo voy a querer un negro tan simplón?”¹⁵⁰.

Estas diferencias de estatus y los patrones de identificación señalados militaron en contra de la articulación de una retórica de orgullo racial en Colombia entre 1885 y 1930. Hasta donde se sabe, a lo largo del siglo XIX fueron pocas las voces que públicamente hicieron alusión y reconocieron la pertenencia a un ancestro negro. Una de ellas fue la de Candelario Obeso (1849-1884), un poeta nacido en el distrito de Mompox (Bolívar), que en sus versos incorporó el socio-

¹⁴⁹ Echandía, *La ciudad vencida*, 167.

¹⁵⁰ “El juramento de Domitilo”, *ABC*, Quibdó, 7 de abril de 1928.

dialecto de los bogas que empujaban las embarcaciones que surcaban el gran río Magdalena¹⁵¹.

Luis “el negro” Robles, un político liberal del Departamento del Magdalena que se auto-reconocía como negro, fue otra excepción a la regla¹⁵².

En las tres primeras décadas del siglo XX, discursos que emularan los términos utilizados por este literato y político negro, aparentemente, siguieron siendo excepcionales. El comportamiento de algunos profesionales y obreros de origen afrodescendiente de Cartagena durante los debates sobre la degeneración de las razas sirve para ratificar lo anotado. En el marco del Tercer Congreso Médico Nacional, varios de los médicos que representaron a la ciudad en este evento fueron negros, entre ellos Manuel Francisco Obregón y Manuel Pájaro. Ambos eran profesores de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cartagena y miembros de la Academia de Medicina e Historia de la ciudad. Pájaro, según lo registró la prensa, se limitó a aplaudir a Miguel Jiménez López por su conferencia. Obregón, aunque enfatizó que no era posible hablar de degeneración racial en Colombia, utilizó un argumento que no se distanció mucho de la hipótesis de Miguel Jiménez. Haciendo uso del discurso evolutivo del momento, Obregón indicó que la raza colombiana estaba en cierta fase de su proceso de evolución que, con ayuda de la ciencia, eventualmente llegaría a la civilización. Obregón también especificó que el proletariado era uno de los sectores donde más se hacía evidente esa falta de “perfeccionamiento civilizatorio”¹⁵³.

Incluso, la década del veinte finaliza con algunos escritores de este origen racial suscribiendo las ideas sobre la degeneración de las razas, entre ellos un entonces estudiante de

¹⁵¹ George Palacios, “El motivo de los bogas en la imaginación literaria de Jorge Isaacs y Candelario Obeso”, *Escritos* 18, 40 (enero-junio 2010), 156-184.

¹⁵² Luis Antonio Robles, *Sombra y luz: Con la sombra en la epidermis y la luz en el alma* (Bogotá: Universidad del Rosario, 2010).

¹⁵³ “La degeneración de la raza”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 1 de octubre de 1920.

derecho, Jorge Artel, que estaba ad portas de convertirse en la figura más representativa de la poesía negra en Colombia. En 1930, este escritor cartagenero, en calidad de editor de la página del estudiante del diario *La Estrella*, habló de la necesidad de implementar una reforma educativa en la región y el país. Esa reforma, exponía, era necesaria para “vigorizar la raza” y combatir los “vicios y enfermedades” que eran connaturales a los climas del trópico¹⁵⁴.

Las visiones despectivas que construyeron algunos negros y mulatos sobre manifestaciones culturales de base africana también ratifican la ausencia de un discurso de orgullo racial en las primeras décadas del siglo XX. En 1915, por ejemplo, desde el periódico *El Penitente*, fundado por el tipógrafo Bernardino Castro, llamaron a acabar con “toda nota discordante que pueda exhibirnos ante los extranjeros que lleguen a visitarnos y ante nuestras propias conciencias”. Lo que debía privilegiarse en los carnavales –aseguraban– eran fiestas “de civilización en que tomen parte la cultura, la belleza y la elocuencia, y dejémonos de esos certámenes de vulgaridad con que siempre hemos expandido el alma”¹⁵⁵. Doce años más tarde, el líder obrero Luis A. Múnera también hizo un llamado para eliminar el carácter popular que habían adquirido las fiestas del once de noviembre. Múnera, quien se describía como “hijo de padres humildes” y de “plumaje pardo”¹⁵⁶, consideraba que estas festividades no debían verse como un “Carnaval” sino como “una conmemoración patriótica”. Por tanto, argumentaba, “no debían ser las fiestas que hemos venido presenciando donde las clases populares participan única y exclusivamente con la mascarada burda”¹⁵⁷.

Las pocas veces que hicieron alusión a África fue para establecer diferencias entre el supuesto bajo nivel de cultura y civilización de los habitantes de este continente y el que

¹⁵⁴ “Página del estudiante”, *La Estrella*, Cartagena, 7 de junio de 1930.

¹⁵⁵ “Id a la Boquilla”, *El Penitente*, Cartagena, 4 de diciembre de 1915.

¹⁵⁶ “Contrastes”, *El Autonomista*, Cartagena, 12 de abril de 1912.

¹⁵⁷ “Honorables concejales”, *Gaceta Municipal*, Cartagena, 10 de abril de 1927.

caracterizaba a los colombianos. En Cartagena quien mejor dio cuenta de esta caracterización fue el tipógrafo negro Manuel Esteban Pomares. En 1918, Pomares hizo alusión a los trabajadores negros del Palenque de San Basilio que laboraban en un ingenio azucarero que funcionaba cerca a Cartagena. “Moradores de carácter díscolo, enemigos de todo lo que significa prosperidad” y “descendientes de los cafres africanos¹⁵⁸, fueran las palabras utilizadas por este tipógrafo que era uno de los líderes artesanales más representativos de esa ciudad.

La identificación de personas de origen afrodescendiente con el proyecto de Marcus Garvey, que venía cimentando el orgullo racial en otras latitudes, fue marginal. En 1926, según un listado de las sedes internacionales de la UNIA ofrecido por el historiador Tony Martin, existían seis divisiones garveystas en Colombia. Esta cifra, aunque revela la relativa resonancia de las ideas de Garvey en este país, en nada se compara con las existentes en Cuba (49), Costa Rica (23) o Panamá (21)¹⁵⁹. Las evidencias de que dispongo no me permiten determinar si los integrantes de estas divisiones de la UNIA eran mayoritariamente colombianos o trabajadores afroantillanos. La segunda hipótesis es plausible en la medida en que tres de las citadas divisiones de las que se conoce su ubicación exacta se encontraban en puntos donde la presencia y circulación de inmigrantes de este origen fue bastante importante: Barranquilla y Santa Marta, en la costa Caribe, y Buenaventura en la Pacífica.

La reacción de algunos sectores obreros de Colombia frente a la presencia de afroantillanos parece indicar también que los integrantes de las divisiones de la UNIA en este país eran mayoritariamente inmigrantes de este origen. En Cartagena, por donde entraron buena parte de afroantillanos al país, las escasas veces que los obreros negros y mulatos hicieron

¹⁵⁸ “General Joaquín Mercado Robles”, *El Liberal*, Cartagena, 19 de octubre de 1918.

¹⁵⁹ Tony Martin, *Race First: The Ideological and Organizational Struggle of Marcus Garvey and the Universal Negro Improvement Association* (Connecticut: The Greenwood Press, 1976), 370.

alusión a la mano de obra procedente de las Antillas fue para manifestar su rechazo. En 1923, todos los gremios obreros de la ciudad, sin excepción, denunciaron que estaban “entrando al país inmigrantes de raza de color, traídos de las islas antillanas”. Temiendo la competencia laboral que representaban los citados inmigrantes, le exigieron al presidente Pedro Nel Ospina que dictara “medida(s) que impida(n) en tiempo oportuno el desarrollo de esta situación cuyas consecuencias...nos colocaran al borde de graves conflictos sociales”¹⁶⁰.

Las fronteras culturales y étnicas que establecieron los obreros colombianos con los afroantillanos también hacen poco probable su identificación con el proyecto de Garvey. Teófilo Hernández, un obrero cartagenero que laboró en el puerto petrolero de Barrancabermeja (Departamento de Santander), detalló esas fronteras. En 1923, el periódico obrero *El Humanitario* publicó una entrevista realizada a Hernández con motivo de la rebaja de sueldos realizada por una empresa de petróleos a sus operarios. Al ser cuestionado por las relaciones entre los trabajadores extranjeros y los nacionales en el puerto petrolero, señaló que “una especie de aversión prima entre el obrero colombiano y el Jamaicano”. Esa aversión dio origen a la construcción de calificativos despectivos para los inmigrantes, siendo el de “chombos” el más usado. Según este obrero, los “chombos que pululan en ocio por nuestros litorales”, además de ser “torpes y lerdos”, predisponían “a sus superiores en contra de ciertos individuos que ellos creen les hacen sombra”¹⁶¹. Los obreros colombianos posteriormente superarían estas fronteras nacionales y étnicas, pero a partir de referentes ideológicos que aún no hacían alusión a la existencia de una solidaridad racial.

De manera que entre 1885 y 1930, cuando las prácticas culturales de base africana fueron marginadas de las fuentes de identidad nacional, los sectores negros no acudieron a una narrativa

¹⁶⁰ “Inmigración de rechazo”, *La Patria*, Cartagena, 1 de febrero de 1923.

¹⁶¹ “En la brecha”, *El Humanitario*, Cartagena, 6 de enero de 1923.

sustentada en la reafirmación de un orgullo racial. Defendieron su lugar en la nación a partir de los dos marcos discursivos que se habían articulado en nombre de la construcción de una comunidad de iguales: el mestizaje y la ciudadanía. Desde la primera mitad del siglo XIX hay personas de origen afrodescendiente celebrando el mestizaje. Según Alfonso Múnera, en 1829, el abogado mulato Juan García del Río afirmaba que “mientras no se confunda (léase mezcle) la población Colombia tendrá mucho que desear” en materia de regeneración política¹⁶². Lo propio hizo Juan José Nieto en *Ynggermina o la Hija de Calamar* (1844), considerada la primera novela publicada en el siglo XIX. Nieto, un autodidacta de origen humilde que llegó a ser uno de los políticos afrodescendientes más poderosos en la costa Caribe colombiana, reconstruyó el ideal de mestizaje como instrumento de armonía racial a partir de una indígena (*Ynggermina*) que establece una relación amorosa con un español (Alonso de Heredia). Ella, hija de un cacique indígena, y él, hermano del gobernador y conquistador Pedro de Heredia, contraen matrimonio, y con ello logran que reine la armonía entre conquistados y conquistadores¹⁶³.

En las tres primeras décadas del siglo XX, algunas evidencias permiten visualizar la identificación que seguían teniendo las personas de origen afrodescendiente con el mestizaje. En Cartagena, quien mejor ilustró lo arraigado que estaba este discurso al interior de algunos negros y mulatos fue Luis A. Múnera, el tipógrafo de “plumaje pardo”. En 1912, en el marco de los insultos raciales que sufrió Manuel Francisco Obregón, Múnera defendió al médico negro apelando al carácter mestizo de la población colombiana. “En Colombia y en toda la América Latina” era “una inconsecuencia y una renunciación vergonzosa de nuestro origen” el hecho de “considerar como una afrenta tener bronceada la piel”. La razón, exponía desde su periódico *El*

¹⁶² Alfonso Múnera, *Tiempos difíciles: La ciudadanía incompleta en el siglo XIX colombiano* (Cartagena: Pluma de Mompox, 2011), 71.

¹⁶³ Juan José Nieto, *Ynggermina o la hija de Calamar* (Bogotá: Editorial Magisterio, 1998 [1844]).

Autonomista, era sencilla: “en estos países la sangre aristocrática va necesariamente ligada a la sangre africana”.¹⁶⁴

En Chocó también hubo voces afrodescendientes que incorporaron el discurso del mestizaje dentro de sus reflexiones. Una de esas voces fue la de Gregorio Sánchez Gómez, uno de los primeros abogados de este origen racial en esa zona. En 1924, Sánchez, en varias entregas publicadas en el *ABC*, lanzó una de sus primeras novelas, *La Flor del Tabaco*. El argumento de este relato se centra en la historia de Felisa, una joven del “color semejante al de la canela” que se enamora de un ingeniero blanco (Alberto Samudio), que procedente de Bogotá llega a una población del Chocó que se caracteriza por ser “una mezcla híbrida de razas”. A diferencia del idilio que vivieron Yngermina y Alonso de Heredia, los de Felisa y Alberto terminaron siendo unos amores tormentosos con un final trágico. Él, acostumbrado a considerar en Bogotá ese tipo de encuentros como un “pasatiempo”, se aprovecha de una Felisa profundamente enamorada que no ve correspondido su entrega y amor. A sus dieciocho años, desilusionada, la joven chocoana encuentra su liberación en las aguas del río Atrato, de las que se dejó llevar “hacia la muerte”¹⁶⁵.

Las valoraciones de Juan García del Río y Luis A. Múnera sobre el mestizaje, así como las novelas de Juan José Nieto y Gregorio Sánchez, reflejan las transformaciones que experimentó este discurso en el tránsito del siglo XIX al XX y los múltiples significados que sectores negros y mulatos le otorgaron al mismo. Mientras que en García del Río y Nieto emerge como una herramienta para darle homogeneidad y armonía racial a la nación, en Luis A. Múnera se convierte en un discurso que ubica en condición de igualdad racial a los diferentes grupos que integraban la misma. Si todos eran mestizos, poseedores de sangre “aristocrática” y “africana”, era “ridículo” e “ignominioso” insultar a Manuel Francisco Obregón por unos orígenes raciales

¹⁶⁴ “Burda revancha”, *El Autonomista*, Cartagena, 3 de octubre de 1912.

¹⁶⁵ “La flor del tabaco”, *ABC*, Quibdó, 26 y 29 de julio de 1924.

compartidos. En el caso de Sánchez, aunque la novela acude a una salida trágica que marca la distancia que Zamudio establece con Felisa, hay un esfuerzo por caracterizar el Chocó y sus habitantes como mestizos. No sólo Felisa es mulata (hija de una mujer negra y un europeo), sino que en repetidas ocasiones su autor afirma que la novela tiene lugar en un territorio que, antes que negro, es una “mezcla híbrida de razas”. En los años veinte, cuando los territorios de mayorías negras, entre ellos Chocó, estaban siendo descritos como incivilizados, la construcción de esta narrativa mestiza allanaba el camino de inclusión a la nación. De manera que personas de origen afrodescendiente de las costas colombianas redefinieron la idea de mestizaje, le imprimieron un contenido incluyente, y a partir del mismo reclamaron su pertenencia a la nación.

Pero los sectores negros y mulatos, sobre todo, apelaron al estatus de ciudadanos que emergió con el advenimiento de la República para defender su lugar en la nación. Personas de origen afrodescendiente en Cartagena venían luchando por el estatus de ciudadanos desde comienzos del siglo XIX, cuando una coalición integrada por miembros de la élite blanca y negros y mulatos libres forzaron a la junta de gobierno de Cartagena a declarar la independencia absoluta de esta ciudad de la corona española el 11 de noviembre de 1811¹⁶⁶. Durante la segunda mitad del siglo XIX, en el marco del ascenso del liberalismo radical, políticos como Juan José Nieto insistieron en que la mayoritaria población negra y mulata de Cartagena, en vez de identificarse a partir de categorías raciales, lo hicieran como ciudadanos colombianos¹⁶⁷.

En el tránsito del siglo XIX al XX, las personas de origen afrodescendiente en Colombia continuaron aferrándose al discurso de la ciudadanía para defender su lugar en la nación. Los artesanos de Cartagena visualizaron la creación de sus organizaciones como un compromiso que

¹⁶⁶Sobre el rol de los sectores negros y mulatos en la consecución de la independencia de Cartagena y su disputa por la igualdad ver Múnera, *El fracaso de la nación*; Helg, *Liberty and Equality*; Lasso, *Myths of Harmony*.

¹⁶⁷ Jason McGraw, “Neither Slaves nor Tyrants: Race, Labor and Citizenship in Caribbean Colombia, 1850-1930” (Ph.D. diss., University of Chicago, 2006), 160-165.

debían asumir como ciudadanos. “En cumplimiento de nuestro deber de ciudadanos, hemos tomado la resolución enérgica y decidida de trabajar con asiduidad por todo cuanto propenda al bienestar de la clase obrera”¹⁶⁸, señalaron los miembros del Directorio General Departamental de Artesanos y Obreros (DGDAO) en 1911. Un año después, en una carta enviada al presidente de la Cámara de Representantes, también apelaron a ese estatus para solicitar que los congresistas estudiaran el establecimiento de tarifas arancelarias que beneficiaran el oficio artesanal. “Nosotros, los abajo firmantes, en nuestro carácter de ciudadanos colombianos y de artesanos residentes en el país, con el derecho que nos concede el Art 45 de la constitución...pedimos... sean reformados nuestros impuestos aduaneros”, decía la misiva publicada por *El Penitente* en agosto de 1912¹⁶⁹.

Ahora bien, si mayoritariamente eran católicos, hablaban español y compartían –con algunas variantes- el marco discursivo común que integraba a la nación (mestizaje/ciudadanía), ¿en qué se diferenciaban las retóricas de las élites y las de los sectores de origen afrodescendiente? Las diferencias, como en el pasado, tenían que ver con la noción de igualdad. Mientras miembros de la élite señalaban que la igualdad ya se había materializado, los negros y mulatos afirmaban que la misma era un ideal por alcanzar. Estos sectores utilizaron la conmemoración de los cien años de vida independiente de Colombia para hacer un balance sobre la materialización del ideal de igualdad que se había establecido legalmente con la fundación de la República. Era un ideal que, parafraseando las palabras del médico negro Manuel Francisco Obregón, enfrentaba “muchos prejuicios que extirpar y muchas resistencias que vencer”¹⁷⁰.

¹⁶⁸ “Documentación de los trabajos eleccionarios preliminares para la formación del directorio obrero”, *Voz del Pueblo*, Cartagena, 24 de septiembre de 1911.

¹⁶⁹ “Los artesanos de Cartagena”, *El Penitente*, Cartagena, 24 de agosto de 1912.

¹⁷⁰ “Alocución del Gobernador del Departamento de Bolívar”, *El Verbo*, Cartagena, 20 de noviembre de 1913.

Esta impresión de aplazamiento de la igualdad también la plasmaron varios líderes artesanales en los artículos que escribieron para justificar la creación de sus gremios y organizaciones políticas. El 10 de noviembre de 1910, un día antes de la celebración de los 99 años de la independencia de Cartagena, Luis A. Múnera expresó sus apreciaciones de porqué era necesario la creación de un partido obrero. Múnera argumentó que era imperativa la creación de una colectividad de este tipo “para hacer posible la igualdad ante la ley, para despertar en la conciencia de los hombres el respeto a la justicia, para hacer efectiva la verdadera democracia, y su igualdad de derechos, para abolir los privilegios y construir la verdadera república”¹⁷¹. Esa misma retórica fue la que utilizaron algunos artesanos el 10 de septiembre de 1911, día de la inauguración del DGDAO. En esta oportunidad, a través de las páginas del semanario *Voz del Pueblo*, argumentaron que era haciendo uso de este tipo de acciones que “se levantara la República Democrática en la cual los hombres humildes del trabajo dejan de ser esclavos de la Autocracia y toman puesto como ciudadanos en la Democracia”. Era necesario, decían, insistir en la consolidación del régimen democrático porque “la democracia levanta de la igualdad legal”, que se traduce en la existencia de “solo una ley, la misma para todos”¹⁷².

Entre 1880 y 1930, una de las preocupaciones centrales de las personas de origen afrodescendiente en Colombia fue defender su lugar en el marco de un proyecto de nación que, al tiempo que buscó la armonía entre todos los ciudadanos, marginó a los sectores negros de la representación de la identidad nacional. Esa aparente contradicción fue producto de la intersección de la tradición de armonía racial que venía imperando en Colombia desde las luchas independentistas con el culto por España que las élites colombianas desarrollaron entre 1880 y 1930. El esfuerzo que políticos, intelectuales y empresarios hicieron para reconstruir la identidad

¹⁷¹ “Partido obrero”, *El Símbolo*, Cartagena, 10 de noviembre de 1910.

¹⁷² “Redención obrera”, *Voz del Pueblo*, Cartagena, 24 de septiembre de 1911.

nacional a partir del legado Español derivó en una serie de valoraciones raciales que develaron los límites que el proyecto liderado por los gobiernos de orientación conservadora impusieron a al modelo de nación incluyente que decían defender.

El impacto que tuvieron las teorías del racismo científico en Colombia a partir de 1910 agudizó las tensiones existentes entre la tradición de igualdad y las visiones raciales que manejaban las élites. La reintroducción de categorías raciales en los censos nacionales, aunado al establecimiento de leyes inmigratorias que hablaron de la superioridad blanca y de la inferioridad negra, terminaron fijándole un lugar a los sectores negros y mulatos en el orden racial nacional. Claro está, era un lugar que los inferiorizaba y los consideraba bárbaros. Debían ser mezclados con europeos para no poner en riesgo la homogeneidad de la nación. En este contexto, artesanos, obreros, profesionales y políticos de origen afrodescendiente, antes que reclamar una pertenencia a un grupo racial o identificarse con los discursos de orgullo racial que para entonces circulaban en algunos contextos de las Américas, redefinieron el discurso del mestizaje y apelaron a su condición de ciudadanos colombianos para reclamar la igualdad. Una igualdad, que luego de cien años de haberse instaurado la República, consideraban sin materializar. En su carácter de ciudadanos colombianos reclamarían la materialización de esa igualdad aplazada, siendo el ejercicio pleno y efectivo de sus derechos políticos uno de los principales objetivos a conseguir.

3.0 CIUDADANÍA EN DISPUTA: NEGROS Y MULATOS Y SUS LUCHAS POR LA IGUALDAD POLÍTICA, 1885-1930

El discurso del aniversario 102 de la independencia de Cartagena –según un diario de esa ciudad– fue uno de los actos más esperado durante las celebraciones que se hicieron para conmemorar esa efeméride. La singular expectativa que despertó el contenido del discurso tuvo que ver con quién lo hizo, en qué contexto, y el sentido que le otorgó al mismo. En esa oportunidad, el médico negro Manuel Francisco Obregón Flórez fue quien salió al balcón del edificio de la gobernación a dirigirse a una multitud de artesanos y obreros mayoritariamente negros y mulatos. Lo pronunció en el marco de nuevos insultos raciales que recibió tras la designación que el presidente de la República Carlos E. Restrepo le hizo como gobernador (encargado) de Bolívar. Haciendo gala del tono racista, sectario e intolerante que caracterizó todo su trayectoria política, Laureano Gómez consideró que el nombramiento de Obregón, negro, liberal y masón, era un peligro para la sociedad y el orden católico y conservador que debía regir al país¹⁷³.

El gobernador Obregón, el primer político de origen afrodescendiente en ostentar ese cargo en el Departamento de Bolívar en el siglo XX, interpretó la actitud de Gómez como la más fuerte evidencia de que “la consigna de nuestros padres de colocar a la patria en el pedestal de grandeza que merece” seguía inconclusa. La explicación de esa deuda histórica con los “padres fundadores” radicaba en el hecho de que en Cartagena y Colombia en general aún existían

¹⁷³ “Alma cartagenera”, *El Verbo*, Cartagena, 20 de noviembre de 1913.

“muchos prejuicios que extirpar y muchas resistencias que vencer”. Obregón, tras rememorar a la milicia de pardos de Cartagena (los Lanceros de Getsemaní) y el rol que jugó la misma en la “emancipación firme y rotunda” de España, concluyó que la solución para la “realización de los ideales patrióticos” estaba en reclamar “la aplicación de los preceptos legales, ya adquiridos, que tengan por base un inquebrantable respeto por el fuero individual”¹⁷⁴.

La presencia de Manuel Francisco Obregón Flórez en ese importante cargo de representación política y la reacción de Gómez revelan que Colombia, por un lado, no fue el paraíso racial que subyace en los discursos de armonía que esta nación acogió como mito fundacional de su identidad desde los inicios de la República, pero tampoco fue el infierno que vivieron los afro-americanos en el sur de los Estados Unidos durante el régimen del Jim Crow. Se trató, más bien, de un orden en el que las personas de origen afrodescendiente continuaron gozando de igualdad política formal y, a la vez, en su interacción social con miembros de las élites experimentaron jerarquías sociales y raciales que cuestionaban su estatus como ciudadanos y precarizaban los derechos que poseían bajo esa condición.

Cabe preguntarse, entonces, ¿qué implicaciones políticas concretas (capacidad de votar, niveles de representatividad) tuvo para los habitantes negros y mulatos el mantenimiento de la tradición de igualdad racial en el orden político colombiano? ¿Qué impacto tuvo la presencia de líderes políticos negros y mulatos en las plataformas políticas de las organizaciones multirraciales a las que se vincularon? La respuesta de Manuel Francisco Obregón a los insultos proferidos por Laureano Gómez lleva a otro interrogante aún sin resolver para el período comprendido entre 1885 y 1930: ¿Qué incidencia tuvieron las disputas que adelantaron sectores negros y mulatos para defender el goce pleno y efectivo de sus derechos como ciudadanos en la

¹⁷⁴ “Alocución del gobernador del Departamento de Bolívar”, *El Verbo*, Cartagena, 20 de noviembre de 1913.

materialización del ideal de igualdad política? Estas preguntas, resueltas por la historiografía para varios contextos en Latinoamérica, siguen sin respuestas satisfactorias en Colombia por dos razones fundamentales: una, la presencia de figuras como Obregón Flórez en cargos de representación suele explicarse en términos de la cooptación que de los mismos hicieron los partidos políticos¹⁷⁵; y, otra, el período comprendido entre 1885 y 1930 es caracterizado como un espacio de tiempo marcado por la ausencia de liderazgos de personas de origen afrodescendiente en la esfera pública por el impacto de las ideas del racismo científico¹⁷⁶.

En este capítulo pretendo demostrar que, aunque los niveles de representatividad política de los sectores negros y mulatos disminuyeron en el tránsito del liberalismo popular a la Hegemonía Conservadora, artesanos y profesionales de este origen racial siguieron jugando un rol significativo en la vida política. Estos sectores, tras las consecuencias políticas de la separación de Panamá del territorio colombiano, aumentaron su presencia en los partidos políticos, los cargos de elección popular y la prensa. La representatividad política alcanzada por negros y mulatos, lejos de ser el producto de la cooptación que de ellos hicieron las élites conservadoras y liberales, obedeció, ante todo, a tres dinámicas complementarias. Primero, el respeto de la tradición de la igualdad racial que primó en la constitución de 1886 dejó abierto espacios de participación política que fueron aprovechados por artesanos, obreros y profesionales, entre ellos los de origen afrodescendiente. Segundo, estos sectores, en nombre de la igualdad, participaron activamente en las guerras civiles de finales del siglo XIX que impactaron en los términos en los que se redefinió la ciudadanía en las reformas constitucionales

¹⁷⁵ Peter Wade, *Blackness and Race Mixture: The Dynamics of Racial Identity in Colombia* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1993); Elisabeth Cunin, *Identidades a flor de piel: lo negro entre apariencias y pertenencias. categorías raciales y mestizaje en Cartagena* (Bogotá: ICANH, Universidad de Los Andes, 2005).

¹⁷⁶ “The rise of eugenics policies did, however, herald the further decline of Afro-Colombians in popular politics and black Colombians’ status in public life”, señaló el historiador Jason McGraw en su análisis sobre ciudadanía y mundo laboral en el Caribe colombiano. Jason McGraw, “Neither Slaves nor Tyrants: Race, Labor and Citizenship in Caribbean Colombia, 1850-1930” (Ph.D. diss., University of Chicago, 2006), 356.

de 1905 y 1910. Al hacerlo, no solo lograron movilidad social y política sino que articularon un lenguaje de reclamación de derechos a partir de su destacado rol como militares. Y tercero, negros y mulatos, en territorios como Cartagena y Chocó, integraron y lideraron la creación de comités cívicos, organizaciones artesanales y espacios de opinión desde los cuales tuvieron presencia e impactaron en la esfera pública. Desde estas organizaciones multirraciales, ante las resistencias (políticas, raciales, clasistas) de miembros de las élites blancas por la representatividad política lograda, negros y mulatos invocaron el precio que habían pagado sus antepasados y ellos mismos por la ciudadanía, se aferraron a esa estatus, y exigieron la materialización del ideal de igualdad política.

3.1 PAGANDO EL PRECIO DE LA CIUDADANÍA

La evocación que Manuel Francisco Obregón Flórez hizo del rol definitivo de la milicia de pardos de Cartagena en la consecución de la independencia habla del precio que pagaron varias generaciones de afrodescendientes para obtener el estatus de ciudadanos a lo largo del siglo XIX. Muchos negros y mulatos literalmente obtuvieron y defendieron las bondades de la ciudadanía en los campos de batalla. En Colombia, al igual que sus pares en otros contextos de Latinoamérica, estos sectores jugaron un papel central en las luchas por la independencia de la corona española¹⁷⁷. En la segunda mitad de esa centuria, en un contexto político donde la guerra

¹⁷⁷ Sobre el rol de los esclavos en las guerras por las independencias en países suramericanos ver Peter Blanchard, *Under the Flags of Freedom: Slave Soldiers and the Wars of Independence in Spanish South America* (Pittsburgh: University of Pittsburgh, 2008). Y sobre el papel de negros libres en la independencia de Colombia ver Alfonso Múnera, *El fracaso de la nación: Región, raza y clase en el Caribe colombiano, 1717-1810* (Bogotá: Planeta, 2008); Aline Helg, *Liberty and Equality in Caribbean Colombia, 1770-1835* (Chapel Hill: University of North Carolina

garantizaba el acceso y mantenimiento del poder, fueron la columna vertebral de los ejércitos liberales en las cuatro guerras civiles nacionales que tuvieron lugar entre 1851 y 1877¹⁷⁸.

Negros y mulatos siguieron jugando ese rol de ciudadanos armados en las guerras civiles que se presentaron en las dos últimas décadas del siglo XIX. La primera de esas confrontaciones, en 1885, se explica en parte por la reacción de los gobiernos de orientación conservadora frente al protagonismo adquirido por los sectores populares en la vida pública durante el régimen liberal. A través de su participación en las guerras, adquirieron una capacidad de negociación que les permitió incluir sus necesidades y expectativas en la agenda del Partido Liberal, desarrollando un liberalismo popular que amplió los ideales republicanos de igualdad y libertad propuestos por las élites de esa colectividad¹⁷⁹. En el Caribe colombiano, las alianzas entre los liberales y los artesanos –mayoritariamente negros y mulatos- permitieron que diversos políticos de origen afrodescendiente llegaran a los más altos cargos que se podían alcanzar dentro del régimen federal existente. Este fue el caso de los políticos Juan José Nieto y Luis “el negro” Robles, quienes se convirtieron en presidentes de los Estados Soberanos de Bolívar y Magdalena respectivamente¹⁸⁰.

Este liberalismo popular, que ensanchó los contornos del discurso ciudadano, fue interpretado por el converso Rafael Núñez y sus simpatizantes como el causante del caos y el anarquismo en el que supuestamente habían quedado sumido los Estados Unidos de Colombia.

Press, 2004); Marixa Lasso, *Myths of Harmony: Race and Republicanism during the Age of Revolution, Colombia 1795-1831* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2007).

¹⁷⁸ Sobre la participación de negros y mulatos en las guerras civiles durante el régimen liberal ver Margarita Pacheco, *La fiesta liberal en Cali* (Cali, Universidad del Valle, 1992); James Sanders, *Contentious Republicans: Popular Politics, Race, and Class in Nineteenth-Century Colombia* (Durham and London: Duke University Press, 2004); Jason McGraw, *The Work of Recognition: Caribbean Colombia and the Postemancipation Struggle for Citizenship* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2014), 45-72.

¹⁷⁹ Sobre el liberalismo popular y el rol de sectores negros en la configuración del mismo ver Sanders, *Contentious Republicans*.

¹⁸⁰ Jason McGraw estudia varios de estos políticos negros en *The Work of Recognition*, 100-112.

El liberalismo, argumentaron, había desplegado de forma irresponsable sus doctrinas disociadoras sobre masas consideradas incapaces de entender los límites y alcances del discurso ciudadano. Núñez sintetizó ese desencanto con el liberalismo popular en su apocalíptico dilema de Regeneración o Catástrofe. Regenerar a la sociedad pasaba por imponer la autoridad y el orden, y la consecución de ambas condiciones implicaba sacar del juego político al ala radical del liberalismo¹⁸¹.

Rafael Núñez había llegado a ese convencimiento desde que ocupó la presidencia del Estado Soberano de Bolívar (1875-1877). Durante ese período, Núñez fue un acérrimo opositor del mandato de Luis “el negro” Robles como presidente del Estado Soberano del Magdalena (1877-1879), hasta el punto de desestabilizar su gobierno y sacarlo del poder. Una vez en la presidencia de los Estados Unidos de Colombia, Núñez implementó una serie de medidas centralistas y controles a las elecciones para darle la estocada final al ala radical del liberalismo. Representantes de esta tendencia política, iniciando por los del Estado Soberano de Santander, se alzaron en armas y dieron origen a la guerra civil de 1885 que se extendió por varias zonas del territorio nacional¹⁸².

La costa Caribe colombiana fue el escenario donde se libró la batalla que puso fin a la citada guerra. El peso demográfico que tenían negros y mulatos en varios centros urbanos de esa región los convirtió en fuerzas indispensables para los batallones cívicos que se conformaron para defender y/o atacar al gobierno. En su relato sobre las confrontaciones que tuvieron lugar en

¹⁸¹ McGraw, *The Work of Recognition*, 156-160.

¹⁸² Un análisis sobre la guerra civil de 1885 y los rumores del retorno a la esclavitud desplegado por los liberales lo hace Malcolm Deas, *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literaturas colombianas* (Bogotá: Taurus, 2006).

Cartagena, José María Samper no duda en afirmar que las fuerzas radicales “pertenecían en su gran mayoría a la gente de color”¹⁸³.

Las luchas y lealtades interpartidistas, emanadas de la pugnaz política nacional, definían la vinculación de buena parte de estas legiones de hombres negros y mulatos a los ejércitos revolucionarios o pro-gobierno. Pero, como bien lo señala Ada Ferrer en su estudio sobre los afro-cubanos y su rol en las luchas por la independencia de Cuba, motivaciones regionales y locales también jugaban un papel central a la hora de definir en qué bando enrolarse¹⁸⁴. En Cartagena, por ejemplo, la posibilidad de perder el estatus de ciudadanos hizo que parte de sus habitantes negros se vincularan a los ejércitos liberales en el marco de la citada guerra civil. El mismo Samper, quien organizó y comandó uno de los batallones cívicos conservadores que luchó en Cartagena durante esta confrontación, relata que los liberales radicales hicieron circular el rumor que si perdían con las fuerzas conservadoras éstas implantarían nuevamente la esclavitud¹⁸⁵.

De estas masas de negros y mulatos, hubo algunos que asumieron posiciones de liderazgo durante la guerra civil de 1885. Este fue el caso de Pedro Prestán, quien lideró un movimiento revolucionario que estalló en Colón, puerto perteneciente al entonces Estado Soberano de Panamá. Prestán, nacido en Cartagena y quien realizó estudios de derecho en El Colegio del Estado (ahora Universidad de Cartagena), se unió a varios inmigrantes de origen afroantillano, se tomó Colón, y se convirtió por corto tiempo en jefe civil y militar de la citada ciudad. La reacción de Núñez no se hizo esperar. Envío a Panamá a su Ministro de Gobierno, Rafael Reyes, quien ejecutó a dos afroantillanos, apresó a Prestán y, luego de un consejo de guerra, lo condenó

¹⁸³ Deas, *Del poder y la gramática*, 146

¹⁸⁴ Ada Ferrer, *Insurgent Cuba: Race, Nation and Revolution, 1868-1898* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999), 50-53.

¹⁸⁵ Días, *Del poder y la gramática*, 146.

a la horca¹⁸⁶. Tras imponerse a sangre y fuego, Rafael Núñez y los miembros del Partido Nacional plasmaron las líneas centrales de su obra regeneradora en la Constitución de 1886¹⁸⁷.

El nuevo texto constitucional, pensado para *desliberalizar* a la sociedad colombiana, dejó atrás el régimen federal y dio paso a un Estado central integrado no por Estados Soberanos sino por unidades territoriales llamadas Departamentos que, a su vez, estaban compuestas por municipios. Dio muestras de su carácter presidencialista al extender el periodo presidencial de dos a seis años, declarar la reelección inmediata, y otorgarle facultades al presidente para nombrar a los jueces electorales y a los gobernadores departamentales, que a su vez designaban a los alcaldes. En materia de derechos políticos, extendió la restricción de la ciudadanía universal que durante el régimen liberal pesaba sobre algunos Estados a todos los Departamentos. Los votantes para la cámara baja, ahora, debían saber leer y escribir o tener una renta anual de \$ 500 o propiedades que ascendieran a \$ 1.500. Los que cumplían con estos requisitos escogían unos electores (uno por cada mil habitantes) que se encargaban de elegir presidente y vicepresidente de la República. Los senadores también eran elegidos de manera indirecta porque la nueva constitución les dio esa atribución a los diputados departamentales. El restablecimiento de la pena de muerte y la censura a la prensa fueron algunos de los signos de la supresión que experimentaron las libertades civiles en el marco de la nueva constitución¹⁸⁸.

Interpretaciones iniciales subrayaron únicamente el carácter excluyente e intolerante de la constitución de 1886 y del programa regenerador¹⁸⁹. Trabajos posteriores han ofrecido un

¹⁸⁶ Michael Conniff, *Black Labor on a White Canal: Panamá, 1904-1981* (Pittsburgh: University of Pittsburgh, 1985), 135, 220.

¹⁸⁷ Eduardo Posada Carbó, "Limits of Power: Elections under the Conservative Hegemony in Colombia, 1886-1930", *Hispanic American Historical Review* 77, 2 (1997), 245-279.

¹⁸⁸ Posada Carbó, "Limits of Power", 256.

¹⁸⁹ Una revisión sobre esta literatura crítica se encuentra en Leopoldo Múnera Ruiz, "El Estado en la Regeneración. ¿La modernidad política paradójica o las paradojas de la modernidad política?", en: Leopoldo Múnera Ruiz y Edwin

cuadro más complejo. El historiador Eduardo Posada Carbó, por ejemplo, señaló que la restricción a la ciudadanía universal no abarcaba la elección de concejales municipales y diputados a las asambleas departamentales¹⁹⁰. No se trata de un detalle menor. El acceso a las asambleas allanaba el camino al congreso de la República, pues los diputados departamentales eran los encargados de elegir a los senadores. Desde las asambleas y los concejos municipales, como veremos en el capítulo tres, algunos de los políticos de origen afrodescendiente que fueron electos como concejales y diputados incidieron en el diseño de políticas que tuvieron un impacto en la reducción de las desigualdades sociales que enfrentaban los habitantes pobres en las zonas urbanas y rurales.

Los trabajos que han repensado el carácter abiertamente excluyente de la Regeneración también han llamado la atención sobre el rol de los artesanos en el proyecto de Rafael Núñez. Admirador de las teorías del inglés Herbert Spencer, Núñez desarrolló una concepción de sociedad según la cual ésta debía estar integrada por partes que tenían que cumplir su respectiva función para que la misma marchara armónicamente. En esa visión funcionalista, los artesanos, católicos y productivos, eran una suerte de intermediarios culturales entre las élites (económicas, intelectuales y políticas) y los estratos más bajos de la población¹⁹¹. Es cierto que esta concepción, como han señalado algunos críticos de la Regeneración, buscaba naturalizar la existencia de un orden social estratificado¹⁹². Sin embargo, también lo es que varios de los artesanos simpatizantes del proyecto Núñez, entre esos varios negros y mulatos, fueron electos

Cruz Rodríguez, Eds., *La regeneración revisitada: Pluriverso y hegemonía en la construcción del Estado-nación en Colombia* (Medellín: La Carreta Editores/Universidad Nacional de Colombia, 2011), 16-20.

¹⁹⁰ Posada Carbó, "Limits of Power", 258.

¹⁹¹ Al respecto ver Sergio Paolo Solano, "Política, religión e intelectuales en el Caribe colombiano durante la Regeneración", *Historia Caribe* 2, 4 (1999), 43-54.

¹⁹² Mario Aguilera Peña, *Insurgencia urbana en Bogotá* (Bogotá: Colcultura, 1997), 80-85.

concejales o diputados, y otros fueron designados como alcaldes¹⁹³. Hijos de artesanos que se formaron profesionalmente también adquirieron representatividad política regional y nacional a través de su vinculación al proyecto de Núñez¹⁹⁴.

El mantenimiento de la tradición de igualdad racial en la constitución de 1886, elemento que ha pasado desapercibido por esta literatura revisionista, también permite repensar el cuadro de abierta exclusión de las personas de origen afrodescendiente que se ha construido sobre la Regeneración. Es cierto que durante los debates que dieron origen al texto constitucional hubo voces que insinuaron la posibilidad de negar la ciudadanía a las personas negras e indígenas que habitaban en el país. Uno de ellos fue el otrora liberal José María Samper, quien señaló que “conceder el derecho de sufragio a los individuos de segunda y tercera (negros e indios), que son los que forman la mayoría de Colombia, equivaldría a condenarnos desde ahora a no tener nunca un buen gobierno”¹⁹⁵. Sin embargo, también lo es que figuras como Miguel Antonio Caro, fiel a su concepción de que los elementos materiales tendían a separar a los seres humanos, se opuso a esta iniciativa y sugirió mantener la ciudadanía universal para las elecciones indirectas y para los concejeros municipales. Según Caro, la instrucción y la riqueza no eran “principios morales ni títulos intrínsecos de ciudadanía”. Esos elementos sólo adquirirían valor en tanto en cuanto estuvieran en conexión con criterios superiores (léase morales) que eran los que definían “en el

¹⁹³ En 1881, los artesanos Luis Hernández, José María Brum, Pedro Pedroza, Juan Zúñiga, José Santos Marín, Aureliano Amor y Simón Pérez se desempeñaron como concejales. Tres años más tarde, el carpintero Juan C. Frías, quien en 1876 fue presidente de la Sociedad de Artesanos de Cartagena, fue electo diputado a la Asamblea Departamental de Bolívar (1884). Entre 1883 y 1885, el tipógrafo Leoncio Hernández Bonfante, el sastre Simón Pérez, y el ebanista Federico Cortecero ocuparon el cargo de alcaldes de la ciudad de Cartagena. Al respecto ver Sergio Paolo Solano, “Raza, liberalismo, trabajo y honorabilidad en Colombia durante el siglo XIX”, en: Sergio Paolo Solano y Roicer Flórez Bolívar, Eds., *Infancia de la nación: Colombia durante el primer siglo de la República* (Cartagena: Pluma de Mompox, 2011), 37-40.

¹⁹⁴ Manuel Pájaro Herrera, quien fue presidente del concejo municipal de Cartagena desde 1888 hasta 1891, fue miembro de la asamblea departamental (1884). Juan N. Botet, abogado de origen afrodescendiente e hijo de artesanos, también ocupó una curul en la cámara de representantes. Samuel Otero, *Cien costeños meritorios* (Cartagena: imprenta departamental, 1918), 216-217.

¹⁹⁵ Citado en Cristina Rojas, “La construcción de la ciudadanía en Colombia durante el gran siglo diecinueve 1810-1929”, *Poligramas* 29 (2008), 317.

ciudadano el recto juicio e independencia para votar”¹⁹⁶. Los criterios de lecto-escritura y el de la riqueza terminaron imponiéndose, pero las categorías raciales, como en el pasado, fueron excluidas de las consideraciones finales que se tuvieron en cuenta para otorgar el estatus de ciudadanos a los habitantes de la República de Colombia.

El respeto a la tradición de igualdad racial supuso que negros y mulatos, en su condición de artesanos o profesionales, siguieran jugando un rol significativo en la vida política a finales del siglo XIX. El mismo Rafael Núñez contribuyó al ascenso político de varios políticos de origen afrodescendiente. Dos casos representativos son los de los abogados Manuel Ezequiel Corrales y de Daniel Reyes Parra. Bajo el amparo de Núñez, Corrales, el mulato a quien miembros de la élite bogotana insultaron racialmente cuando fue nombrado rector del Colegio Mayor del Rosario, fue presidente del Estado Soberano de Bolívar (1878-1880), senador en varias oportunidades, y Magistrado de la Corte Suprema de Justicia¹⁹⁷. Corrales, precisamente, fue el encargado de impulsar la carrera política de otro aliado de Núñez: Daniel J. Reyes. Tras estudiar derecho en la Universidad de Cartagena, Reyes inició su carrera política como concejal en la provincia de El Carmen, un distrito tabacalero perteneciente al Estado Soberano de Bolívar. Corrales, en calidad de presidente del mencionado Estado, lo designó como gobernador de la citada provincia en el periodo comprendido entre 1878 y 1880. Su proyección a la vida política nacional tuvo lugar en el marco del tercer y último periodo presidencial de Rafael Núñez (1886-1892), quien nombró a Reyes como su secretario privado, y entre 1888 y 1898 éste fue electo representante a la cámara y senador en varias oportunidades¹⁹⁸.

¹⁹⁶ Citado en Rojas, “La construcción”, 317.

¹⁹⁷ Sobre Manuel Ezequiel Corrales ver Alfonso Múnera, “El Ilustrado”, en: Roberto Burgos, Ed., *Rutas de libertad* (Bogotá; Ministerio de Cultura, 2010).

¹⁹⁸ *Anales de la Cámara de Representantes*, Bogotá, 29 de julio de 1896 y 10 de agosto de 1898.

Las resistencias de Rafael Núñez frente a políticos de origen afrodescendiente como Pedro Prestán o Luis “el negro” Robles, más que corresponderse con una deliberada y motivada exclusión racial, parece encontrar explicación en la férrea y abierta posición que estas figuras del liberalismo radical expresaron frente a la fallida primera candidatura presidencial de Rafael Núñez en 1875¹⁹⁹. El tránsito que hizo Núñez del liberalismo al Partido Nacional alargó las distancias entre el político cartagenero y el ala radical del liberalismo. Este ambiente de pugnacidad política se agudizó tras la muerte del presidente cartagenero en 1894 y el subsecuente control que los conservadores liderados por Miguel Antonio Caro lograron del Partido Nacional. Cerraron las fronteras a cualquier influencia política que perturbara el orden buscado.

Particular interés prestaron a las luchas que estaban librando los cubanos para independizarse de España. Evitar que tales luchas tuvieran resonancia en Colombia se convirtió en un propósito de las autoridades regionales y nacionales. El 16 de octubre de 1895, por ejemplo, un grupo de extranjeros cubanos fundó en Cartagena una asociación patriótica bajo el nombre “Club 11 de Noviembre”. El gobernador del Departamento de Bolívar, Joaquín Fernando Vélez, consideró que el supuesto tributo a la gesta independentista de Cartagena implícito en el nombre del club ocultaba su verdadero propósito: “interesarse a favor de la rebelión que ha estallado en Cuba”. Ocho días después de solicitado el permiso para su funcionamiento, Fulgencio Segrera y Eugenio E. De Quesada, presidente y secretario del Club 11 de Noviembre, fueron notificados de la suspensión de su organización. El Ministerio de Relaciones Exteriores, decía la resolución, había ordenado “observar, por las autoridades del Departamento, la más

¹⁹⁹ McGraw, *The Work of Recognition*, 139-140.

activa vigilancia con el fin de hacer frustrar toda empresa o tentativa en el sentido expresado”²⁰⁰. Tres años más tarde, el citado ministerio, además, expidió un decreto autorizando a los gobernadores de las costas colombianas que prohibieran la entrada al territorio nacional de anarquistas expulsados de Europa y los países americanos²⁰¹.

Estos controles a las organizaciones e ideologías consideradas revolucionarias se complementaron con una marcada intención de limitar la representatividad política de los liberales. A través del fraude y de un calendario electoral constantemente alterado por las guerras civiles y los estados de sitio el Partido Nacional logró dominar la vida política nacional²⁰². La exclusión de los liberales radicales del congreso de la República que había iniciado Rafael Núñez terminó convirtiéndose en la exclusión de los liberales en general durante el mandato de Miguel Antonio Caro (1892-1898). En efecto, Luis “el negro” Robles, fue el único miembro del liberalismo que ocupó una curul en el Congreso de la República entre 1892 y 1894²⁰³.

Miembros del Partido Liberal, liderados por Rafael Uribe Uribe, exigieron representación para las minorías políticas, garantías efectivas para el ejercicio del sufragio, y que los jueces encargados de supervisar las elecciones no fueran nombrados por el presidente²⁰⁴. La idea de que el gobierno nacional, en nombre del orden, estaba encadenando la libertad fue expresada - incluso- por sectores moderados del conservatismo. En efecto, aquellos conservadores que no compartían la exclusión del liberalismo del juego político y criticaban la falta de libertad de prensa armaron una disidencia dentro del Partido Nacional bajo el nombre de “Conservadores

²⁰⁰ “Se suspende la sociedad “Club 11 de Noviembre”, *Registro de Bolívar*, Cartagena, 30 de noviembre de 1895.

²⁰¹ “Se prohíbe la entrada de anarquistas al territorio de la República”, *Registro de Bolívar*, Cartagena, 26 de febrero de 1898.

²⁰² Un reciente análisis sobre los usos que los gobiernos regeneradores hicieron del estado de excepción se puede ver en Alejandro Pabón, “Policía y orden público en la Regeneración”, en: Múnera Ruiz y Cruz Rodríguez, Eds., *La regeneración revisada*, 233-282.

²⁰³ Luis A. Robles, *Sombra y luz: con la sombra en la epidermis y la luz en el alma* (Bogotá: Universidad del Rosario), 166-67.

²⁰⁴ Miguel Samper, *Escritos político-económicos* (Bogotá: Cromos, 1924), 449-458.

Históricos”. El 17 de octubre de 1899, ante la falta de consenso para llevar a cabo las citadas reformas electorales y en un contexto marcado por la caída de los precios internacionales del café, los dirigentes liberales se lanzaron a la más prolongada de las guerras civiles que tuvieron lugar en el siglo XIX: la Guerra de los Mil Días (1899-1902)²⁰⁵.

La costa Caribe, al igual que durante la guerra civil de 1885, fue teatro central de las confrontaciones y habitantes negros y mulatos nuevamente fueron protagonistas en esta confrontación. Trabajos previos han reconstruido el rol que jugaron varios habitantes negros de esta región en la guerra²⁰⁶, siendo Joaquín Mercado Robles uno de los más destacados en las guerrillas liberales que combatieron a los ejércitos conservadores. Mercado, conocido como “el negro Robles”, fue uno de los tantos trabajadores que llegaron de diferentes poblaciones de la costa Caribe para vincularse a las obras de construcción de un ferrocarril que buscaba interconectar a Cartagena con el puerto de Calamar. Mercado Robles terminó comandando la guerrilla de los negros mahateros, integrada por habitantes negros del distrito de Mahates y de varias poblaciones ubicadas la orilla del Canal del Dique. Tras liderar de manera exitosa a esa guerrilla, llegó a ser Comandante General del ejército liberal del Departamento de Bolívar²⁰⁷. Menos conocida, por la escasez de fuentes, es la participación de soldados negros que provenientes del Chocó se integraron a las guerrillas liberales. Hasta Cartagena se desplazaron, según lo registró posteriormente el diario *ABC*, no menos de doscientos combatientes de ese

²⁰⁵ Un análisis sobre las circunstancias económicas y políticas que dieron origen a la guerra de los Mil Días se encuentra en Charles Bergquist, *Café y conflicto en Colombia: La guerra de los Mil Días, sus antecedentes y sus consecuencias* (Medellín: FAES, 1981).

²⁰⁶ McGraw, *The Work of Recognition*, 195-203; Jairo Álvarez Jiménez, “Las caras diversas de las guerras civiles en el Bolívar Grande (Colombia, siglo XIX)”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 19, 2 (julio-diciembre 2014), 529-553.

²⁰⁷ Datos sobre la vida de Joaquín Mercado Robles se encuentran en “Las memorias del General Salazar”, *El Tiempo*, Bogotá, 30 de enero de 1944; Álvarez Jiménez, “Las caras diversas”, 530-533.

territorio²⁰⁸. Es probable que la llegada de ese contingente de soldados obedeciera a la presencia en el citado puerto de Eusebio Vargas, un artesano negro oriundo de ese territorio, que comerciaba oro entre Chocó y Cartagena. Vargas había tenido una participación destacada en la guerra civil de 1885, y fue uno de los improvisados militares de origen negro que sobresalieron en la Guerra de los Mil Días²⁰⁹.

Este conflicto, al tiempo que cerró espacios, abrió posibilidades de movilidad política para los sectores negros y mulatos. Por un lado, el inicio de esta prolongada guerra civil se tradujo en la separación efectiva de los liberales independientes de los cargos públicos que ocupaban en los gobiernos conservadores. En efecto, el médico liberal Manuel Francisco Obregón, quien había sido nombrado rector de la Universidad de Cartagena en 1899, fue forzado a abandonar su cargo y exiliarse en Costa Rica debido a las violentas confrontaciones que surgieron con el inicio de la guerra²¹⁰. Y por otro, la participación de sectores afrodescendientes en esta conflagración incidió en la posterior movilidad social y política de algunos militares negros y mulatos. Eusebio Vargas, gracias a la prestancia social que alcanzó, se unió matrimonialmente con Purificación Vélez, hija de la figura más destacada del Partido Conservador del Departamento de Bolívar después de la muerte de Núñez: Joaquín Fernando Vélez. Los integrantes de la familia Vargas Vélez jugarían un rol relevante en la vida política del Caribe colombiano²¹¹. Mercado Robles, tras su participación en esta guerra, se convirtió en una

²⁰⁸ En 1918, en el marco de unos de los debates para hacer de la Intendencia del Chocó un departamento, desde el *ABC* hicieron alusión a la participación de los chocoanos en las confrontaciones que tuvieron lugar en Cartagena. “El Departamento del Chocó”, *ABC*, Quibdó, 10 de octubre de 1918.

²⁰⁹ Información sobre Eusebio Vargas y otros combatientes negros de la Guerra de los Mil Días se encuentran en Rafael Redondo Mendoza, *Daguerrotipos liberales* (Cartagena: Imprenta Departamental, 1936). Sobre Vargas también puede verse Juan Valdelamar y Juan Gutiérrez, *Getsemaní: Oralidad en atrios y pretilos* (Cartagena: Litografías del Mar, 2005).

²¹⁰ Álvarez Jiménez, “Las caras diversas”, 546.

²¹¹ Sobre Eusebio Vargas y sus hijos ver Valdelamar y Gutiérrez, *Getsemaní*, 77-78.

figura destacada del liberalismo, siendo electo posteriormente como diputado a la Asamblea Departamental de Bolívar²¹².

La importancia de la Guerra de los Mil Días también radicó en los espacios que se abrieron con la redefinición de las relaciones políticas entre conservadores y liberales. Esta última confrontación, con la separación de Panamá (1903) del territorio colombiano como su máximo correlato, produjo una relativa reconfiguración del orden político. El gobierno nacional, que a partir de 1904 tuvo al ingeniero y militar Rafael Reyes como presidente, consideró que era necesario llegar a un consenso para lograr la estabilidad social y evitar una mayor fragmentación territorial del país. Parte de las reformas al sistema electoral que desde los inicios del dominio conservador venía exigiendo el Partido Liberal se produjeron en este contexto. En 1904, en nombre de la unificación nacional, Reyes nombró a varios políticos liberales en su administración, y convocó una asamblea constitucional integrada por representantes de los partidos Conservador y Liberal. La referenciada asamblea, aunque no hizo cambios a los términos en los que la constitución de 1886 definió la ciudadanía, estableció la ley de minorías políticas que el Partido Liberal venía reclamando. Este sistema otorgaba las dos terceras partes de las curules del congreso, las asambleas y los concejos municipales a la colectividad que obtuviera la mayor votación, y a la que alcanzaba la segunda posición en los comicios electorales le correspondía el tercio restante²¹³.

Este espíritu progresista de Rafael Reyes, sin embargo, se desdibujó con la implementación de una serie de medidas que rayaron en lo dictatorial. Reyes, admirador del dictador mexicano Porfirio Díaz, extendió su periodo presidencial de seis a diez años, clausuró el congreso entre 1904 y 1909, censuró la prensa, y declaró el estado de sitio. Igualmente, durante

²¹² Álvarez Jiménez, “Las caras diversas”, 533.

²¹³ Jorge Orlando Melo, *Colombia Hoy* (Bogotá: Tercer Mundo, 1997), 70.

su mandato se aplicó la pena de muerte a ciudadanos colombianos. Uno de ellos fue Manuel Saturio Valencia, un autodidacta negro que, a partir de la obra *Paris* (1898) del escritor francés Émile Zola, dejó de ser un defensor del conservatismo y se familiarizó con ideas anarquistas y socialistas. Estas ideas y, sobre todo, el delito de incendio premeditado del que fue acusado le significaron la pena de muerte en 1907²¹⁴.

Miembros del Partido Liberal y de los Conservadores Históricos, en abierta oposición al tono dictatorial de Reyes, organizaron la Unión Republicana. Esta nueva coalición política, encabezada por el antioqueño Carlos E. Restrepo, hizo renunciar al presidente Reyes en 1909, designó como presidente a Ramón González Valencia quien - al año siguiente- convocó una nueva asamblea constituyente que introdujo reformas a la constitución implantada por los regeneradores. Esta asamblea constitucional, inspirada en el ambiente republicano que se respiró durante la conmemoración del primer centenario de la independencia de Colombia, hizo cambios significativos al régimen electoral. Al tiempo que creó normas para implementar el sistema de las minorías políticas diseñado durante el mandato de Reyes, estableció el voto directo para las elecciones presidenciales. Le quitó al poder ejecutivo la facultad que tenía para nombrar los jurados electorales, y redujo el monto de los ingresos o propiedades del que debían disponer los electores cualificados. La renta anual de \$ 500 o la posesión de propiedades cuyo valor ascendiera a \$ 1.500 se redujo a \$ 300 y \$ 1.000 respectivamente. En materia de libertades civiles, los constituyentes de 1910 eliminaron la pena de muerte y dejaron atrás la extrema censura que tipificó el ejercicio del periodismo a partir de la constitución de 1886²¹⁵. Sectores negros tomaron en serio y exigieron la implementación y ampliación de estas reformas. Si habían

²¹⁴ “Anarquismo”, *Ecos Del Chocó*, Quibdó, 7 de mayo de 1907.

²¹⁵ Posada Carbó, “Limits of Power”, 257.

pagado un alto precio por defender el estatus de la ciudadanía debían gozar las bondades que emanaban de la misma.

3.2 EJERCIENDO LOS DERECHOS CIUDADANOS

Entre 1910 y 1930, artesanos, obreros, estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente establecieron una relación estrecha entre el ejercicio de la ciudadanía y la capacidad de asociarse, opinar y elegir y ser elegidos. En distintos centros urbanos, surgieron sociedades artesanales y obreras centradas en el ahorro y en el apoyo mutuo de los asociados²¹⁶. En Cartagena, los artesanos reactivaron sus organizaciones a partir de 1906 cuando los tipógrafos fundaron la Sociedad Tipográfica. Dos años más tarde, bajo el liderazgo de este mismo sector, se fundó la Sociedad de Artesanos de Cartagena (SAC). Los carpinteros y los carpinteros navales hicieron lo propio al organizar la Sociedad Fraternidad Humana y la Sociedad Fraternal en 1910 y 1911 respectivamente²¹⁷. De estas organizaciones, la SAC fue la que mayor visibilidad tuvo en la vida laboral de Cartagena entre 1908 y 1918. Al igual que las restantes, era de carácter mutualista, pero contaba con un número mayor de asociados (400 en 1909), y de ella sobresalieron líderes de origen afrodescendiente como Eustorgio y Climaco Mouthon, Bernardino Castro, Abel B. Suarez, José de la O. Pernett, y Rodrigo Ortiz y Gómez²¹⁸.

Los relativos aires de libertad de prensa que se respiraron a partir de 1910 también fueron aprovechados por artesanos, obreros, estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente.

²¹⁶ Mauricio Archila, *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945* (Bogotá: CINEP, 1991), 209-214.

²¹⁷ Solano, *Puertos*, 98.

²¹⁸ En la Intendencia del Chocó, donde los artesanos eran unos de los sectores de menos peso en la PEA, al parecer no existieron agremiaciones de este tipo durante las primeras décadas del siglo XX.

Durante este período, como lo muestran trabajos recientes, tuvo lugar una amplia circulación de periódicos y revistas a nivel nacional²¹⁹. En Cartagena, entre 1910 y 1930, entre periódicos de pequeño y gran formato y revistas, circularon no menos de 130 órganos de opinión. Se trataba, en términos generales, de una prensa que abarcaba temas de comercio, arte, religión, literatura y ciencia pero, sobre todo, política²²⁰.

Tan significativos como el número de periódicos y revistas existentes o los temas que se abordaban en ellos resultaron ser los múltiples grupos sociales que estaban detrás de esa avalancha de escritores y lectores. *Opino, luego existo* se convirtió en la máxima seguida al pie de la letra por profesionales, comerciantes, artesanos y obreros, entre ellos varios de origen afrodescendiente. En Cartagena, los hermanos Santiago, Jesús, Juan y Miguel Caballero Leclerc crearon el periódico *La Verdad* (1912), órgano defensor de las ideas de la Unión Republicana en Cartagena. El médico negro Eduardo Miranda Fuentes, además de escribir en periódicos como *El Porvenir*, *El Diario de la Costa* y *La Época* —tres de los más importantes del periodo—, redactó y dirigió *El Grito de la Democracia* (1912), periódico que se definía como defensor de los ideales del Partido Liberal. El tipógrafo Rodrigo Ortiz y Gómez fue el director y redactor de *El Mosquito* (1910); Bernardino Castro fundó y dirigió *El Penitente*; Pedro Collazos era el administrador de *El Comunista*; los hermanos Luis y Nicolás Múnera dirigieron *El Símbolo*, *La Reforma* y *El Autonomista*; Eustorgio Mouthon editaba *Alma Joven*, y la SAC expresó sus necesidades y expectativas como gremio a través del diario *Voz del Pueblo*.

²¹⁹ Luz Ángela Núñez, *El obrero ilustrado: Prensa obrera y popular en Colombia 1909-1929* (Bogotá: Ediciones Uniandes/Ceso, 2006), 131-132.

²²⁰ Francisco Javier Flórez Bolívar, “¿Hijos de la barbarie o de la ciudadanía?: Negros y mulatos en el marco del primer centenario de la Independencia de Cartagena, 1911-1941”, en: Claudia Mosquera, Agustín Lao Montes y Cesar Mauricio Rodríguez, Eds., *Debates sobre ciudadanía y políticas raciales en las Américas negras* (Cali: Universidad del Valle, 2010), 538.

En Argentina, Uruguay, Brasil y Cuba, al igual que en países como Jamaica, Panamá o Costa Rica, un porcentaje significativo de la prensa editada y dirigida por personas de origen afrodescendiente fue, literalmente, prensa negra. Los nombres de algunos periódicos y revistas no sólo evocaban el sentido de auto-reconocimiento racial que estaban desarrollando sus editores y directores, sino que también reflejaban la nueva conciencia política y racial que se estaba originando en distintos lugares del mundo Atlántico²²¹. En Colombia, al menos durante las tres primeras décadas del siglo XX, los periódicos y revistas previamente mencionados carecieron de ese carácter racialmente definido. Fueron un indicador más de lo identificado que estuvieron estos grupos sociales con la interpretación que hicieron del centenario discurso de armonía racial. Sin embargo, sin ser racialmente definidos, como veremos, la prensa de los tipógrafos y profesionales negros y mulatos se convirtió en la tribuna a través de la cual directores y columnistas de ese origen racial adelantaron debates sobre temas raciales en clara correlación con nociones de democracia y ciudadanía.

La reactivación de las organizaciones artesanales y la expansión de la esfera pública le imprimieron mayor dinámica a la vida política que se vio favorecida por la regularización de los comicios electorales. Del accidentado calendario electoral que caracterizó los años comprendidos entre 1886 y 1910, se pasó a uno ininterrumpido donde cada cuatro años se elegía presidente de la República, y cada dos años diputados, representantes a la Cámara y concejales. Se trataban ahora de unos comicios electorales que adquirieron un mayor nivel de participación y

²²¹ Lara Putnam, *Radical Moves: Caribbean Migrants and the Politics of Race in the Jazz Age* (Chapel Hill: The University of North Carolina press, 2013), 123-152; Paulina Alberto, *Terms of Inclusion: Black Intellectuals in Twentieth-Century Brazil* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2011), 33-56; George Reid Andrews, *Blackness in the White Nation: A History of Afro-Uruguay* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2010), 97-99; Lea Geler, *Andares negros, caminos blancos: afroporteños, estado y nación. Argentina a fines del siglo XIX*, (Rosario: Prohistoria, 2010).

competencia con la presencia de la Unión Republicana y la implementación de la ley de minorías políticas que abrió espacios de representación para el Partido Liberal²²².

Los representantes de los partidos políticos colombianos, con elecciones teniendo lugar desde 1821, sabían que las mismas, al igual que las guerras, se ganan con personas, promesas y estrategias. Así que conservadores, liberales o miembros de la Unión Republicana, buscando salir victoriosos en los certámenes electorales, apelaron al discurso de igualdad para captar la mayor cantidad posible de votos. La defensa de “la igualdad legal contra el privilegio aristocrático, universitario o cualquier otro”, fue uno de los principios que resaltó el Partido Conservador dentro de una plataforma política que lanzó en 1911²²³. La coalición republicana, en nombre de la igualdad, expidió decretos que buscaron darle participación política a los sectores artesanales y obreros. El 2 de septiembre de 1911, a través del decreto ejecutivo 812, el gobierno nacional estableció que los artesanos podían elaborar listas con sus propios candidatos para obtener una representación en los concejos, asambleas y en la Cámara de Representantes²²⁴.

Estos artesanos, como lo expresaron en una suerte de decálogo publicado por el periódico *El Penitente* de Cartagena, entendían la igualdad política “como el derecho de elegir los representantes de un pueblo, o de resolver las cuestiones que el pueblo está llamado, como soberano, a decidir por sí mismo”²²⁵. En septiembre de 1911, luego de la aprobación del decreto que reglamentó la representación proporcional y siguiendo las ideas del decálogo previamente citado, se decidieron a elegir candidatos que realmente representaran sus intereses. El 10 de ese mes, los directivos de la SAC, Bernardino Castro y Abel B. Suarez, le comunicaron al presidente Carlos E. Restrepo la fundación del Directorio General Departamental de Artesanos y Obreros

²²² Posada Carbó, “Limits of Power”, 260.

²²³ “Declaratoria política”, *El Imparcial*, Cartagena, 22 de abril de 1911.

²²⁴ “Carta al gobernador de Bolívar”, *Voz del Pueblo*, 24 de septiembre de 1911.

²²⁵ “Instrucción cívica”, *El Penitente*, Cartagena, 20 de marzo de 1911.

(DGDAO). Integrado por los gremios de panaderos, albañiles, carpinteros, zapateros, plateros, sastres, herreros, mecánicos, latoneros, el DGDAO se propuso como objetivo “trabajar con asiduidad por todo cuanto propenda al bienestar de la clase obrera”²²⁶. Y la forma de hacerlo, decían, era “aportando a nuestros cuerpos colegiados concejales, diputados y representantes artesanales en los cuales estarán representados fielmente nuestros gremios”. Eso suponía, además, superar las divisiones entre artesanos conservadores y liberales y organizarse en torno a criterios que fueran más allá de las identificaciones partidistas. En octubre de 1911, el DGDAO lanzó su lista de candidatos para las elecciones de concejales, siendo electos los artesanos Bernardino Castro y Abel B. Suarez como miembros del concejo de Cartagena²²⁷.

La histórica adscripción de estos sectores artesanales a los partidos Liberal y Conservador hizo que estas ansias de independencia política tuvieran corta vida y más temprano que tarde las figuras visibles de los artesanos y obreros retornaron a las filas de las colectividades políticas en mención. Es necesario aclarar, sin embargo, que en los bastiones negros y mulatos del liberalismo, como lo eran la Intendencia del Chocó y Cartagena, estos sectores no retornaron únicamente a hacer parte de las masas votantes, sino que hubo varios que integraron los cargos directivos en el Partido Liberal. Al menos así se infiere de la composición de los directorios departamentales y municipales de estas colectividades en Chocó y en el Departamento de Bolívar. Pese a lo fragmentaria de las fuentes, a partir de la experiencia de Quibdó, es posible rescatar algunos rostros de los dirigentes liberales negros en Chocó. En esta colectividad se destacaron comerciantes (Camilo Mayo, Zabulón Córdoba), propietarios de minas (Antonio Asprilla), y algunos de los pocos profesionales (Gregorio Sánchez) y estudiantes universitarios (Andrés Fernando Villa) con que contaba para la década del diez este territorio. Incluso, algunos

²²⁶ “Redención obrera”, *Voz del Pueblo*, 14 de octubre de 1911.

²²⁷ “Candidatos”, *El Penitente*, 30 de septiembre de 1911.

obreros y artesanos (Guillermo Henry), en determinados momentos, hicieron parte del directorio municipal o intendencial del liberalismo²²⁸.

En Cartagena, antiguos combatientes de la Guerra de los Mil Días (Joaquín Mercado Robles y Eusebio Vargas) y, sobre todo, profesionales negros y mulatos (Manuel Francisco Obregón, Bartolomé Escandón, Demetrio Morillo, José de los Santos Cabrera, Felipe S. Paz, entre otros) ocuparon cargos en los directorios liberales²²⁹. Algunos negros y mulatos pertenecientes al sector moderado del liberalismo abrazaron la causa republicana y se convirtieron en sus principales voceros. En Cartagena, ese rol lo desempeñó Manuel Francisco Obregón, quien fue uno de los dirigentes destacados del republicanismo entre 1909 y 1914. La causa republicana en y desde esta ciudad también fue defendida por los hermanos Santiago, Jesús, Juan y Miguel Caballero Leclerc, quienes, a través del periódico *La Verdad* (1911), defendieron los ideales de esta coalición política²³⁰.

Los vínculos partidistas que establecieron negros y mulatos se vieron reflejados en los cargos públicos que ocuparon. Los políticos conservadores que crecieron bajo la sombra de Núñez siguieron accediendo a cargos de representatividad política nacional. Daniel J. Reyes fue nombrado gobernador del Distrito Capital de Bogotá (1909-1910), posteriormente ocupó el cargo de Secretario de la Cámara de Representantes (1913) y luego el de Ministro del Tesoro y de Hacienda (1914-1918). Todo parece indicar que Daniel J. Reyes fue el primer ministro de origen afrodescendiente que tuvo Colombia en el siglo XX²³¹. La vinculación de políticos negros y mulatos a la llamada Unión Republicana les permitió acceder a la administración pública y a

²²⁸ “Candidatos a Representantes y delegados a la asamblea por el municipio de Quibdó” y “Elección del Directorio Liberal del Municipio”, *ABC*, Quibdó, 15 de marzo y 3 de mayo de 1927.

²²⁹ “Organización liberal”, *Rojo y Negro*, Cartagena, 22 de septiembre de 1912; “Acta de la sesión celebrada por el directorio liberal provincial”, *La Patria*, Cartagena, 1 de octubre de 1929.

²³⁰ “Liquidación republicana y unión liberal”, *El Porvenir*, 15 de enero de 1915.

²³¹ *Diario Oficial*, Bogotá, 16 de septiembre de 1914.

cargos de elección popular a nivel local, regional y nacional²³². A finales de la década del diez, en el marco del impacto de las ideas socialistas en Colombia, sectores artesanales y obreros, entre ellos negros y mulatos, nuevamente exploraron alternativas distintas a las ofrecidas por el bipartidismo colombiano.

3.3 “TODOS SOMOS HERMANOS EN EL DOLOR Y LA MISERIA”

La conformación formal de un Partido Socialista en Colombia le permitió a distintos sectores sociales, entre ellos a negros y mulatos, formar parte de espacios de participación política que fueron más allá de las tradicionales adscripciones a los partidos Liberal y Conservador. Influenciado por el estallido de la Revolución Rusa (1917), en enero de 1919 el Sindicato Central de Obreros de Bogotá convocó una Asamblea Obrera Nacional que, luego de cuatro meses de discusión, anunció la existencia formal del primer partido socialista del país. Haciendo uso del eslogan de igualdad, libertad y fraternidad, que denotaba la fascinación de los artesanos y obreros colombianos con los ideales de la Revolución Francesa y las huellas del liberalismo radical en sus visiones políticas, la naciente organización dio a conocer su plataforma política²³³.

La plataforma del PS, en materia política, habló de luchar por “la igualdad de los derechos y obligaciones en las clases sociales de manera que cesen todos los privilegios que el

²³² La familia Caballero Leclerc tuvo participación en el mandato del gobernador conservador José Antonio Gómez, quien nombró al odontólogo Santiago Caballero Leclerc como Inspector Provincial de Instrucción Pública en 1912. Manuel Francisco Obregón, bajo el republicanismo, fue electo concejal y diputado en 1910 y 1911 respectivamente. En 1912, el gobernador Gómez lo nombró secretario de Gobierno Departamental, y luego fue designado por el presidente Carlos E. Restrepo como gobernador encargado de Bolívar entre los meses de agosto y noviembre de 1913. Obregón, además, fue electo representante a la Cámara en el periodo comprendido entre 1911 y 1913. “Una destitución”, *La Verdad*, Cartagena, marzo 27 de 1913; “Concejales municipales”, *El Liberal*, Cartagena, 30 de abril de 1910; “El escrutinio del municipio de Cartagena”, *El Imparcial*, Cartagena, 6 de junio de 1911.

²³³ Archila, *Cultura*, 212-213.

Estado ha venido otorgando a determinados individuos y corporaciones”. Y la forma de hacerlo no era a través de una revolución violenta, sino mediante de la elección de líderes que exigieran “con el concurso o en representación del proletariado, leyes que favorezcan al trabajador y actos administrativos que hagan efectivos los derechos de aquel”²³⁴.

Las aspiraciones políticas de los obreros con la creación del Partido Socialista se pusieron a prueba en las elecciones de concejales que tuvieron lugar en octubre de 1919. En esa oportunidad, dos candidatos pertenecientes al PS fueron electos en Bogotá, y en Medellín, con cuatro concejales, esta colectividad política desplazó al Partido Liberal del tradicional segundo lugar que ocupaba en los comicios electorales en un territorio de mayorías conservadoras²³⁵. Los conservadores reaccionaron frente a la identificación que los sectores obreros con el ideario socialista. Sus acciones, por un lado, se centraron en cuestionar las ideas socialistas por considerarlas contrarias a los postulados de la iglesia católica; y, por otro, crearon organizaciones obreras inspiradas en los valores propios del catolicismo²³⁶.

Los liberales, ante los buenos resultados de los socialistas en las elecciones municipales, incorporaron gran parte de la plataforma socialista en la estructura programática de su partido en la convención liberal de 1921. Incluso, algunos de sus jóvenes simpatizantes, entre ellos un bogotano de origen mestizo, Jorge Eliecer Gaitán, hicieron sus tesis sobre el impacto de estas ideas en Colombia²³⁷. Estos movimientos del liberalismo generaron simpatías en las agremiaciones obreras y nuevamente acabaron con esta iniciativa política independiente. En 1926, antiguos miembros del PS, encabezadas por María Cano, Raúl Eduardo Mahecha

²³⁴ “La formación del Partido Socialista en Colombia”, *El Porvenir*, Cartagena, 19 de febrero de 1919.

²³⁵ Gary Long, “The Dragon Finally Came: Industrial Capitalism, Radical Artisans and the Liberal Party in Colombia, 1910-1948” (Ph.D. diss., University of Pittsburgh, 1995), 114.

²³⁶ En Cartagena, por ejemplo, se creó la Acción Social católica, siendo el médico negro Manuel Pájaro Herrera uno de sus directivos. “La acción social católica y la municipalidad de Cartagena”, *El Porvenir*, Cartagena, 30 de mayo de 1919.

²³⁷ Jorge Eliecer Gaitán, *Las ideas socialistas en Colombia* (Bogotá: Colparticipar, 1984 [1924]).

(combatiente de la Guerra de los Mil Días) y el sastre Ignacio Torres Giraldo, dieron forma al Partido Socialista Revolucionario (PSR). En 1928, estos líderes recorrieron varias ciudades del país promocionando el nuevo partido y creando organizaciones obreras y centros socialistas en las mismas²³⁸.

La experiencia de Cartagena y la Intendencia del Chocó sirve para analizar la inexplorada apropiación que hicieron obreros y profesionales de origen afrodescendiente de las ideas socialistas en Colombia. En Cartagena, casi de manera simultánea con la aparición del PS, se reactivó la Sociedad Tipográfica de Cartagena, y se formaron el Directorio Obrero de Cartagena (1919), la Liga Obrera de Cartagena (1919), la Liga Obrera Femenina (1919), y el Directorio Obrero Departamental de Bolívar (DODB) (1919). Una dinámica similar se registró tras la fundación del PSR. En 1927, los braceros organizaron la Unión de Braceros de Cartagena (UBC), y un año más tarde, bajo la orientación de María Cano e Ignacio Torres, los gremios obreros se agruparon en la Federación Obrera de Bolívar (FOB) y fundaron el Centro Intelectual Marxista Revolucionario (CIMR)²³⁹.

Estas agremiaciones obreras, sin excepción, fueron presididas por dirigentes negros y mulatos. El DOC fue presidido por Luis A. Múnera; José de la O. Pernet y el líder de los braceros Bernabé Picot dirigieron el DODB y la UBC respectivamente. El primer presidente de la FOB fue el líder socialista José Morillo. El CIMR, que funcionaba como faro ideológico de la FOB, aparte de Morillo, tuvo como cabezas visibles al tipógrafo Manuel Esteban Pomares y a Bernabé Picot. Los obreros y profesionales de origen afrodescendiente se apropiaron del ideario socialista y lo articularon a su ecléctica cultura política: “La lucha se reduce simplemente a obtener del capitalismo, personificado en la industria, el reconocimiento natural de los derechos

²³⁸ Archila, *Cultura*, 235-236.

²³⁹ “Dos centros socialistas quedan constituidos en Cartagena”, *La Patria*, Cartagena, 1 de Febrero de 1928.

y prerrogativas a que es acreedor el músculo del obrero que es en definitiva el verdadero productor de la riqueza”, señaló el líder obrero mulato Luis A. Múnera al ser cuestionado por el objetivo del DOC²⁴⁰. Este lenguaje marxista fue el que utilizaron para superar las iniciales resistencias económicas que expresaron frente a la mano de obra negra que estaba ingresando a Colombia. Las visiones frente a este tema de la Unión de Braceros de Cartagena (UBC), organización que agrupó a los braceros que laboraban en el muelle y ferrocarril de la ciudad, sirven para ilustrar lo anotado. A la hora de escoger sus asociados, plantearon una visión que iba más allá de las fronteras raciales, de las diferencias de género y de las nacionalidades. Esta organización, decían los estatutos de la UBC, no hace “exclusión de sexo, raza ni nacionalidad, porque todos somos hermanos en el dolor y la miseria, y esto no tiene límites ni fronteras”²⁴¹.

Estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente también se dejaron seducir por las ideas socialistas. En la Intendencia del Chocó, Diego Luis Córdoba (1907-1964) fue uno de los que se identificó plenamente con este ideario. Oriundo de una vereda del municipio de Quibdó (Neguá), Córdoba realizó estudios de secundaria en el Colegio Carrasquilla de ese centro urbano. En 1926, a través de una beca de la intendencia, culminó sus estudios de bachillerato en la ciudad de Medellín e inició su formación como abogado en la Universidad de Antioquia. Dos años más tarde, se desplaza a Bogotá a continuar su formación en la Universidad Nacional de Colombia²⁴². Otro estudiante negro de Chocó que durante este período simpatizó con el socialismo fue Adán Arriaga Andrade, quien, al igual que Diego Luis, se desplazó a Medellín a realizar sus estudios de derecho en la Universidad de Antioquia. Bajo el seudónimo de

²⁴⁰ “El directorio obrero de Cartagena luchará por tener participación en el próximo concejo municipal”, *El Mercurio* Cartagena, 12 de agosto de 1927.

²⁴¹ “Una nueva sociedad de obreros”, *El Mercurio*, Cartagena, 16 de noviembre de 1927.

²⁴² Datos biográficos sobre este líder negro se encuentran en Teresa Martínez, *Diego Luis Córdoba* (Bogotá: Fondo Rotatorio Policía Nacional, 1987).

Kamarada, Arriaga Andrade publicó -a finales de los años veinte- perfiles sobre el escritor ruso León Tolstoi, artículos sobre las diferencias entre las corrientes de izquierda y derecha, y analizó la política colombiana en nombre de la extrema izquierda²⁴³.

En Cartagena, aparte del estudiante Jorge Artel que fue miembro del Centro Intelectual Marxista Revolucionario, uno de los profesionales negros que se identificó con el pensamiento socialista fue Francisco de Paula Vargas Vélez. Hijo de Eusebio Vargas (el artesano oriundo del Chocó que participó en la Guerra de los Mil Días), Francisco de Paula, al igual que sus hermanos Daniel, Raúl y Eusebio, se formó en la Universidad de Cartagena. En 1929, Pacho Vargas, como comúnmente le llamaban, al ser cuestionado por su orientación política, no dudó en señalar que hacía parte de la corriente socialista del liberalismo y que “al país hay que socializarlo”²⁴⁴. El panteón ideológico que anteriormente integraban exclusivamente héroes de las luchas independentistas (Simón Bolívar, Pedro Romero) o figuras destacadas en la vida política (Luis A. Robles) y en la Guerra de los Mil Días (Benjamín Herrera, Rafael Uribe Uribe, Joaquín Mercado Robles), ahora incluía a Karl Marx²⁴⁵.

La apropiación que hicieron sectores negros y mulatos de las ideas socialistas se sintieron en el Partido Liberal. Los obreros y profesionales de ese origen racial que se identificaron con el ideario socialista y eran miembros de esa colectividad política contribuyeron a la articulación de un liberalismo popular. Se trató, como lo advirtió el historiador Gary Long, de un liberalismo caracterizado por exigir la materialización del ideal de igualdad, la defensa de la idea de

²⁴³ “Dostoievski y Tolstoi”, “De izquierda a derecha”, “Los 5 candidatos vistos desde la extrema izquierda”, Quibdó, ABC, 17 de enero, 12 de junio, 12 y 13 de diciembre de 1929.

²⁴⁴ “El representante Vargas Vélez hace unas declaraciones”, *El Mercurio*, Cartagena, 11 de julio de 1929.

²⁴⁵ En la conmemoración del día del trabajo, el 1 de mayo de 1918, la Sociedad de Artesanos y Obreros de Cartagena caracterizó ese día como una “concepción que el privilegiado Carlos Marx diera al mundo del proletariado y del trabajo”. “Conmemoración de la fiesta del trabajo en Cartagena”, *El Porvenir*, Cartagena, 29 de abril de 1918.

democracia y de las virtudes republicanas²⁴⁶. Este liberalismo popular produjo la creación de facciones políticas al interior del Partido Liberal. La experiencia del Comité Democrático Liberal (CDL), creado por obreros de Quibdó en 1928, sirve para ilustrar lo anotado. Ese año, un grupo de obreros, encabezados por Camilo Mayo y Guillermo Henry, lanzaron sus propios candidatos a través del CDL. La justificación para lanzar una lista independiente a la diseñada por el directorio liberal municipal, recordarían años después, obedeció a que los miembros del directorio, al igual que los integrantes del concejo, eran unos “aristócratas”, “sordos ante el clamor del pueblo”²⁴⁷.

Los resultados de este movimiento en las elecciones de 1929 fueron, como ellos mismos aseguraron, desastrosos y el Partido Conservador se impuso en un territorio de mayoría liberal. En los años treinta, como veremos, el CDL sería la plataforma inicial desde la cual el líder socialista Diego Luis Córdoba se convertiría en el líder político negro más destacado de la Intendencia del Chocó en el siglo XX. En Cartagena, donde los artesanos y obreros tenían una estructura organizativa sólida, las facciones representativas del liberalismo popular obtuvieron mejores resultados electorales. Entre 1919 y 1930, la presencia de líderes artesanales en el concejo y, en menor medida, la asamblea fue significativa²⁴⁸. Profesionales de origen afrodescendiente a través de sus alianzas con las organizaciones obreras no solo consolidaron su ascenso político a nivel local, sino que algunos accedieron a cargos de representación regional y nacional²⁴⁹.

²⁴⁶ Long, “The Dragon”, 94-95.

²⁴⁷ “Una carta del Comité Democrático Liberal de Quibdó”, *ABC*, Quibdó, 24 de junio de 1931.

²⁴⁸ Algunos de esos líderes artesanales y obreros fueron Adán Simancas (1919-1921), Pedro Malabet (1919-1921, 1921-1923), Estuardo Herrera (1919-1921, 1921-1923), Manuel Esteban Pomares (1927-1929), Bernabé Picot (1927-1929) y Luis A. Múnera (1927-1929). Este último fue diputado en el periodo comprendido de 1923 a 1925.

²⁴⁹ Entre 1919 y 1930, los siguientes profesionales liberales de origen afrodescendiente fueron concejales: Felipe S. Paz, Demetrio Morillo (1919-1921, 1921-1925), Francisco de P. Vargas (1919-1925), José Caballero Leclerc (1919-1921), Manuel F. Obregón (1927-1929). Francisco de Paula Vargas fue electo diputado de la Asamblea

Entre 1903 y 1930, entonces, lejos del supuesto descenso que experimentan las personas de origen afrodescendiente en la vida pública de Colombia, lo que ocurre es una presencia significativa de los mismos en la política y una notoria figuración en la esfera pública a partir de la edición y dirección de revistas y periódicos. Esa notoriedad, precisamente, motivó las reacciones de miembros de las élites blancas, locales y nacionales, que a partir de jerarquías de clases y razas intentaron restarle legitimidad al estatus de ciudadanos que habían defendido en los campos de batalla y que ahora ejercían en y desde las organizaciones obreras, en la prensa y en la vida electoral.

3.4 CIUDADANOS DE UNA GEOGRAFÍA TROPICAL

Los negros y mulatos que alcanzaron representatividad política a través de los partidos Conservador y Liberal, o mediante las organizaciones multirraciales que formaron, tuvieron que defender la promesa de la igualdad política establecida en el orden democrático colombiano. Al igual que sus pares de otros orígenes raciales, tuvieron que superar los argumentos que construyeron miembros de las élites liberales y conservadoras para evitar que aspiraran de forma autónoma a los cargos de representación política. En algunos casos, como ocurrió con la formación del DGDAO en Cartagena, los dirigentes liberales y conservadores, ante la posible pérdida de los votos de las organizaciones artesanales, manifestaron abiertamente su desacuerdo

Departamental Bolívar (1928) y Representante a la Cámara (1929). En 1922, Manuel F. Obregón fue designado presidente de la Cámara de Representantes. “Los ediles de Cartagena”, *La Época*, Cartagena, enero 12 de 1920; “Barrio obrero”, *El Humanitario*, Cartagena, 12 de abril de 1923; “Cuestiones municipales”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 10 de marzo de 1923; “El representante Vargas Vélez hace unas declaraciones”, *El Mercurio*, Cartagena, 11 de julio de 1929.

con la creación de un partido obrero. Algunos columnistas argumentaron que eran partidarios de que los artesanos se organizaran para defender sus intereses como gremio, pero de allí a que lanzaron sus propios candidatos tenían sus reservas. “¿Es esto lo que se trata de hacer con la formación de esta sociedad de obreros? ¿No será esta la labor de un partido político, para obtener por ese medio el contingente importantísimo de los obreros?”, sentenciaron en una editorial del diario *La Época* el 1 de octubre de 1911²⁵⁰. Algunos miembros de las élites, para evitar que los artesanos y obreros aspiraran a los cargos de representación de manera autónoma, adujeron la falta de preparación y educación formal de los mismos para asumir tal responsabilidad. En 1923, desde Cartagena, el líder liberal Simón Bossa consideró que los representantes de los artesanos en el concejo se caracterizaban por su “escasez de aptitudes”, y por tanto su labor en la citada corporación había sido nula²⁵¹. Reinaldo Valencia, haciendo un balance de la irrupción del Comité Democrático Liberal en la política de la Intendencia del Chocó, expresó que los obreros “no están en capacidad de afrontar los debates electorales por su propia cuenta”. La razón: “al obrerismo aún le falta preparación para el estudio y solución de los problemas que confrontan los municipios”²⁵².

Los políticos negros y mulatos enfrentaron resistencias que fueron más allá del lenguaje de clase y de las ansiedades políticas de los dirigentes conservadores y liberales. Su origen racial los expuso a unas resistencias particulares. La asociación que miembros de la élite blanca hicieron entre el color de piel de las personas de origen afrodescendiente y ciertas actitudes y aptitudes dieron origen a insultos y descalificaciones sobre el comportamiento de los políticos negros y mulatos. En 1913, cuando el odontólogo negro Santiago Caballero fue nombrado

²⁵⁰ “La sociedad de obreros y las elecciones de hoy”, *La Época*, Cartagena, 1 de octubre de 1911.

²⁵¹ “Las clases obreras y su representación en el concejo”, *El Humanitario*, Cartagena, 16 de agosto de 1923.

²⁵² “Las próximas elecciones para consejeros municipales”, *ABC*, Quibdó, 8 de junio de 1931.

Director Provincial de Instrucción Pública, el pedagogo A.J. de Irisarri y el político conservador José de la Vega, en asocio con el obispo italiano Pedro A. Brioschi, se opusieron a su nombramiento porque tenía “malas maneras, era masón e “inepto”²⁵³. Diez años más tarde, el abogado y político liberal Demetrio Morillo, siendo presidente del concejo municipal de Cartagena, fue cuestionado por supuestamente usar “vocablos ásperos” y “desconocer los principios o rudimentos de lo que se llama urbanidad y buenas maneras”²⁵⁴. Estas visiones también explican porqué durante la década del 20, cuando la presencia de negros y mulatos se hizo más visible en la política de Cartagena, miembros de la élite blanca consideraron que la República se había convertido en una “merienda de negros”, expresión usada para indicar que la política era un total desorden gracias al protagonismo que en la misma tenían personas de origen afrodescendiente²⁵⁵.

Miembros de la élite blanca consideraron que los políticos negros estaban usurpando un lugar que, por sangre, tradición y cultura, les correspondía a ellos ocupar. De manera que cuando accedían a los cargos públicos le recordaban su procedencia racial como un estigma. En 1892, en el marco de un debate en el congreso, un opositor político llamó a Luis “el negro” Robles “hijo de esclavos”²⁵⁶. El político conservador Gabriel Porras Troconis, refiriéndose a la composición de la Asamblea Departamental de 1928, e intentando explicar porqué muchos negros y mulatos estaban ocupando esas posiciones, argumentó que “mientras las clases llamadas por tradición y cultura a ocupar las más altas posiciones se dedicaban a actividades de mera utilidad personal, las clases inferiores iban conquistando lenta pero efectivamente los puestos vacantes en cada

²⁵³ “Una destitución”, *La Verdad*, Cartagena, 27 de marzo de 1913.

²⁵⁴ “Cuestiones municipales”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 10 de marzo de 1923.

²⁵⁵ En 1921, desde el periódico conservador *El Luchador*, expresaron que en otros tiempos “la República no era un mito, ni una farsa ni una ‘merienda de negros’”. “Editorial”, *El Luchador*, 22 de octubre de 1921.

²⁵⁶ Robles, *Sombra y luz*, 166-67.

área de la actividad pública”. Esta realidad, según Porras Troconis, era la que explicaba que la mencionada asamblea estuviera integrada por una “mesocracia... de preponderancia indo-africana”²⁵⁷.

La firme creencia que tenían miembros de la élite blanca colombiana en la superioridad de los habitantes andinos y la inferioridad de los que residían en sus costas originó valoraciones raciales despectivas hacia los políticos negros y mulatos. Los primeros insultos raciales que sufrió Manuel Francisco Obregón por parte de Laureano Gómez permiten sustentar lo anotado. En 1912, durante un debate sobre ley de milicias nacionales, miembros de la Unión Republicana, entre ellos Obregón y un representante procedente de Antioquia, tomaron parte en el mismo. Gómez, al relatar el comportamiento de ambos congresistas, señaló que el político antioqueño “demostró su educación y sus maneras hidalgas”, mientras que Obregón actuó con la “insolencia de la ignorancia”, y “sin ningún rastro de nobleza”. No quedaba duda entonces, aseguraba Gómez, que entre el representante de Antioquia y el de Bolívar había “diferencias de educación, de temperamento de RAZA”²⁵⁸.

Estas valoraciones raciales a partir de los Andes civilizados y las costas bárbaras también fueron utilizadas para poner en tela de juicio las capacidades de los habitantes del Chocó para estar al frente de la administración de su territorio. Chocó, a diferencia de Bolívar, no era departamento. Desde 1906, en el marco de las reformas adelantadas por Rafael Reyes, asumió el estatus de Intendencia, una categoría administrativa reservada para territorios que se caracterizaban por bajos índices poblacionales, pocos niveles de productividad, y por estar expuestos a posibles invasiones o anexiones a otros países. En 1908, Reyes fue aun más lejos al

²⁵⁷ Francisco de Paula Vargas era uno de los integrantes de la Asamblea Departamental de Bolívar ese año. “La mesocracia que domina”, *El Porvenir*, Cartagena, 4 de mayo de 1928.

²⁵⁸ “La ley de milicias”, *La Época*, Cartagena, 28 de septiembre de 1913.

crear el Departamento de Quibdó con la ciudad del mismo nombre como capital. Dos años más tarde, sin embargo, una nueva reforma liderada por el presidente Carlos E. Restrepo estableció que para ser departamento las entidades territoriales que aspiraran a serlo debían tener, entre otras cosas, no menos de 250.000 habitantes y \$250.000 oro de renta anual. Chocó, que aún en 1918 poseía 69.335 habitantes, perdió su condición de departamento y se convirtió nuevamente en intendencia²⁵⁹.

Esta variación en su estatus administrativo tuvo implicaciones significativas en los niveles de autonomía y representatividad política para sus habitantes. El estatus de intendencia era de carácter transitorio y por tanto el Congreso de la República –vía decreto- podía modificar su composición territorial. Las élites comerciales y políticas de los Departamentos de Valle, Caldas y Antioquia, conocedores de las riquezas comerciales y minerales que caracterizaban a las provincias de San Juan y del Atrato, vieron en las mismas la posibilidad de consolidar sus economías. En repetidas ocasiones, las citadas élites solicitaron al Congreso la desmembración de la Intendencia del Chocó y la anexión de algunas de las dos provincias a sus respectivos departamentos²⁶⁰. Chocó, al no ser departamento, carecía de asambleas y por tanto no contaba con diputados que se encargaran de abordar los problemas regionales y de elegir senadores. Igualmente, el representante a la Cámara al que tenía derecho por sus sesenta mil habitantes era elegido a través del círculo electoral de Medellín. Su máxima autoridad administrativa, el intendente, era nombrado directamente por el presidente de la República²⁶¹.

²⁵⁹ Juan Hernández, “La chocoanidad en el siglo XX: Representaciones sobre el Chocó en el proceso de departamentalización (1913-1944) y en los movimientos cívicos de 1954 y 1987” (Tesis de pregrado, Universidad Javeriana, 2010), 15.

²⁶⁰ “Problema territorial” y “El problema de la anexión”, *ABC*, Quibdó, 27 y 30 de julio de 1918, y “El Chocó y los tentáculos del pulpo montañés”, *ABC*, Quibdó, 16 de septiembre de 1918.

²⁶¹ Hernández, “La chocoanidad en el siglo XX”, 15-20.

El proceso de tropicalización que experimentaron los espacios de mayorías negras y mulatas, en el marco del impacto de las ideas del racismo científico en Colombia, al parecer, incidió en el nombramiento de esos intendentes. Entre 1910 y 1930, ningún político de origen afrodescendiente fue nombrado intendente. Incluso, el primer habitante del Chocó que dirigió la intendencia, Jorge Valencia Lozano, lo hizo a partir de 1926. Aparentes problemas administrativos y de corrupción que se registraron en su gobierno se explicaron a partir del “natural” carácter perezoso y la incapacidad de los chocoanos. En 1928, en el marco de las citadas denuncias de corrupción, un visitador del Ministerio de Hacienda que fue enviado a inspeccionar el estado del erario público de la intendencia señaló que la “pavorosa situación” que enfrentaba Chocó era producto del “carácter agrio, un poco perezoso de los chocoanos”. El remedio, decía el funcionario en mención, estaba en enviar a la intendencia “elementos extraños” (léase procedentes de Bogotá, Antioquia o Valle)²⁶².

3.5 DEFENDIENDO LAS BONDADES DE LA CIUDADANÍA

Los sectores negros y mulatos que alcanzaron representatividad política a través de los partidos Conservador y Liberal, o mediante las organizaciones multirraciales que formaron, defendieron la promesa de la igualdad política establecida en el orden democrático colombiano. El arraigo que tenía el centenario discurso republicano al interior de sus habitantes negros y mulatos evitó cualquier posibilidad de que los mismos crearan organizaciones racialmente definidas para la consecución de ese propósito. Entre 1885 y 1930, disputaron la igualdad política apelando a los

²⁶² “Los escándalos en el Chocó”, *ABC*, Quibdó, 9 de julio de 1928.

atributos y derechos que tenían como ciudadanos colombianos. La narrativa utilizada por los miembros del DGDAO y el Comité Democrático Liberal para contrarrestar los obstáculos que enfrentaron cuando aspiraron de manera independiente al concejo de Cartagena y Quibdó respectivamente sirve para ilustrar lo anotado. Los representantes del DGDAO para garantizar su participación en las citadas elecciones le expresaron a Rafael Calvo, gobernador del Departamento de Bolívar, que debía tener en cuenta que “así como los artesanos y obreros cumplen con sus deberes legales” también tenían que disfrutar “de modo real y efectivo de sus derechos”²⁶³. Los miembros del Comité Democrático Liberal, en respuesta a Reinaldo Valencia, argumentaron que habían aspirado al cargo de concejales en su carácter de “ciudadanos patriotas y conscientes”. Los derechos que les daba ese carácter, decían “no hay quien nos los quite”, porque si tenían deberes que cumplir, los derechos eran “irrecusables”²⁶⁴.

Artesanos, obreros, estudiantes y profesionales negros y mulatos consideraron que sus antepasados, a través de su participación en las luchas por la independencia y en las guerras civiles que tuvieron lugar a lo largo del siglo XIX, habían pagado el precio de la ciudadanía y por tanto tenían derecho a gozar de la igualdad efectiva. Luis Antonio Robles, en su excepcional discurso de orgullo racial, respondió a los insultos que recibió en las sesiones del Congreso a través de la legitimidad que para entonces brindaba la ciudadanía armada. “...Verdad es que soy negro, pero esta sangre se oreó al sol en los campos de batalla en donde mis antepasados, cuyos huesos blanquean en las murallas de Cartagena, sacrificaron sus vidas para dar libertad a muchos blancos...de color, pero negros de conciencia”, señaló Robles²⁶⁵. Quienes participaron directamente en algunas de las guerras civiles reclamaron con mayor legitimidad un trato

²⁶³ “Carta al gobernador de Bolívar”, *Voz del Pueblo*, Cartagena, 24 de septiembre de 1911.

²⁶⁴ “Una carta del Comité Democrático Liberal de Quibdó”, *ABC*, Quibdó, 24 de junio de 1931.

²⁶⁵ Robles, *Sombra y luz*, 167.

igualitario. En marzo de 1903, luego de ser firmado el Tratado de Neerlandia que puso fin a la Guerra de los Mil Días, Joaquín Mercado Robles apeló a su condición de comandante del Ejército Liberal de Bolívar para exigir la cesación del pago de contribución de guerra a que estaban siendo sometidos por las autoridades conservadoras varios de los antiguos combatientes y luego militantes del Partido Liberal²⁶⁶.

La conmemoración del centenario de la independencia de Cartagena sirvió de catalizador para que sectores negros y mulatos continuaron evocando la participación en las guerras de independencia como discurso para reclamar la igualdad. Fue en este contexto que Obregón, en su respuesta a los insultos raciales que recibió de parte de Laureano Gómez, destacó “la figura imponente de aquella muchedumbre que viene de Getsemaní, se reúne en esta plaza, se detiene ante este mismo palacio, y ardorosa e intrépida, exige de la junta suprema proclame, por modo absoluto, la emancipación firme y rotunda²⁶⁷”.

Que Manuel Francisco Obregón haya rememorado la lejana guerra de la independencia y no hiciera mención alguna al rol de los negros y mulatos en la Guerra de los Mil Días, sin embargo, anunciaba el paulatino abandono que harían estos sectores de la figura del ciudadano armado que imperó durante el siglo XIX y su identificación con virtudes ciudadanas forjadas a partir de la formación académica. Hicieron de su preparación profesional y la idea de mérito asociada a la misma una herramienta para cuestionar los insultos raciales que recibieron cuando ocuparon cargos públicos. En los sistemas democráticos, los espacios de representación política y académica no debían asignarse con base en criterios de tradición, sangre y cultura, como

²⁶⁶ (...) Denuncio a Usía esos hechos, y con el requerido acatamiento pido que os sirváis dictar una resolución que haga cesar el cobro de la contribución de guerra; y que se restituya la libertad del Teniente Nicanor Gutiérrez... para que así sean ciertas y efectivas las garantías concedidas por Usía a los que fiados en la fe pública del Gobierno, en el Tratado de ‘Neerlandia’, depusieron las armas”. “EL NEGRO ROBLES”, *Registro de Bolívar*, Cartagena, 10 de marzo de 1913.

²⁶⁷“Alocución del Gobernador del Departamento de Bolívar”, *El Verbo*, Cartagena, 20 de noviembre de 1913.

algunos miembros de la élite sostenían. Los ciudadanos que contaron con los méritos profesionales debían tener acceso a los cargos públicos. Ese fue el argumento utilizado por Santiago Caballero Leclerc para defender su posición como Director Provincial de Instrucción Pública en 1913. Ante las insinuaciones de que era un inepto y que no podía ocupar ese cargo, Caballero Leclerc envió una carta al gobernador del Departamento de Bolívar en la que señaló que contaba con títulos de la Universidad de Cartagena y de la Universidad de Costa Rica y por tanto tenía los méritos suficientes para ocupar la citada posición²⁶⁸. El médico negro Eduardo Miranda Fuentes, en este contexto, criticó lo absurdo de los prejuicios raciales e insistió en la formación intelectual y el comportamiento ejemplar como “signos distintivos” al interior de una sociedad. “Una esmerada educación, los naturales talentos, y una buena dosis de ilustración,...debieran ser las cualidades que la inexorable ley moral reclamara en prendas para aquellos que quisieran perpetuar los ancestrales signos distintivos de un pueblo”, señaló Miranda Fuentes en 1913²⁶⁹.

Los editores de *El Verbo* hicieron uso de un argumento similar en Noviembre de 1913 cuando el político conservador Laureano Gómez, amparado en criterios raciales, criticó el nombramiento de Manuel Francisco Obregón como gobernador del Departamento de Bolívar. Argumentaron que la valía de los individuos no estaba determinada por ninguna diferenciación racial, sino por sus capacidades intelectuales. En clara defensa de Obregón expresaron lo siguiente:

...El hombre luz, por negra que sea su piel, será siempre mejor, en cualquier etapa de la vida, que el hombre topo, aunque este último tenga la piel más sonrosada que un caracol...siempre será mejor que vos aquel que, por humilde que sea, lleva luz en su cerebro y resplandores de aurora en su conciencia...
¿Os creéis grande porque nacisteis noble?

²⁶⁸ “Una destitución”, *La Verdad*, Cartagena, 27 de marzo de 1913.

²⁶⁹ “Doctor Manuel Dávila Flórez”, *La Época*, Cartagena, 21 de julio de 1913.

Si nada sabéis nada valéis...²⁷⁰.

En la Intendencia del Chocó, algunos negros y mulatos también exaltaron la contribución que habitantes de ese territorio habían realizado en los ámbitos de la literatura y la política. Textos dedicados al poeta y político Cesar Conto (Quibdó, 1831-1891), al pedagogo Ricardo Carrasquilla (Quibdó, 1827-?) y al ex presidente de Colombia Manuel María Mallarino (Novita, 1808-1872) ocuparon varias de las páginas del ABC²⁷¹. Igualmente, adelantaron debates sobre el verdadero lugar de nacimiento de algunas figuras destacadas en la literatura a nivel nacional, entre ellas el de Jorge Isaacs. Hijo de un inmigrante procedente de Jamaica, fue el autor de *María* (1867), una de las primeras novelas publicadas en Colombia. Tradicionalmente se había aceptado que Isaacs había nacido en Santiago de Cali. En los años veinte, sin embargo, los chocoanos comenzaron a sugerir que su verdadero lugar de nacimiento era Quibdó. Diego Luis Córdoba, en un ensayo sobre los hijos ilustres del Chocó, incluyó a Jorge Isaacs como uno de ellos. “Nació en Quibdó y es chocoano por ende no obstante no decirlo así la Historia”, sostuvo Córdoba²⁷².

La construcción de esos referentes intelectuales y políticos buscaba forjar un pasado y un presente tipificado por la existencia de liderazgos determinantes en el progreso y desarrollo de su región. Pretendía, también, cuestionar la supuesta incapacidad de las personas de origen afrodescendiente para desempeñar cargos públicos. Habitantes del Chocó, entre ellos algunos negros y mulatos, adelantaron debates para superar esa falta de autonomía política y territorial. En 1918, se conjugaron dos procesos que permiten reconstruir varios de los argumentos que esgrimieron. Por un lado, congresistas de Antioquia presentaron un proyecto de ley para

²⁷⁰ “Reflexiones”, *El Verbo*, Cartagena, 26 de noviembre de 1913.

²⁷¹ En 1923, Diego Luis Córdoba, en un texto sobre los hijos ilustres de Chocó, caracterizó a estos tres personajes como “una trinidad de estrellas de primera magnitud (que) destaca en el cielo del Chocó”. “Chocó”, *ABC*, Quibdó, 28 de julio de 1923.

²⁷² “El Chocó”, *ABC*, Quibdó, 25 de julio de 1923.

convertir la Intendencia Nacional de Chocó en departamento. Y por otro, diputados de la Asamblea del Valle, que vieron en el citado proyecto una movida colonizadora de la élite antioqueña, aprobaron una resolución solicitando al Congreso la anexión de la Provincia de San Juan al Departamento del Valle²⁷³.

Dos de las voces de origen afrodescendiente que se vincularon a este debate inicial fueron la del concejal Daniel Mosquera Lozano y la del abogado y escritor Gregorio Sánchez. Mosquera Lozano, aparte de insistir en las riquezas del Chocó y en su privilegiada posición geográfica, argumentó que esta región era “parte importante del territorio nacional” y que sus habitantes se caracterizaban por un “probado patriotismo”²⁷⁴. Sánchez, a través del ABC, expresó que la declaratoria de Chocó como departamento era el antídoto definitivo contra las aspiraciones anexionistas de las élites caucanas. “No se ha perdido el sentido común en la tierra de Conto, para preferir la anexión obscura, triste, anuladora, a la autonomía definitiva que traerá la institución departamental”, expresó el autor de *La Flor del Tabaco*²⁷⁵. De manera que, al igual que lo descrito por Sharika Crawford para el caso de la Intendencia de San Andrés, algunos habitantes negros del Chocó reclamaron la autonomía política de su territorio reafirmando su pertenencia y lealtad a Colombia²⁷⁶.

Pese a la voluntad política de los congresistas antioqueños y la sistemática campaña realizada por el ABC, a la que se unieron voces como las de Sánchez y Mosquera Lozano, el proyecto de ley fue votado negativamente. Chocó seguía careciendo del número de habitantes exigidos por la ley para ser departamento. Los esfuerzos para lograr tal propósito no se

²⁷³ “Proyecto de ley por el cual se organiza el territorio del Chocó”, ABC, Quibdó, 21 de septiembre de 1918.

²⁷⁴ “Proyecto”, ABC, Quibdó, 24 de agosto de 1918.

²⁷⁵ “La opinión chocoana”, ABC, Quibdó, 3 de octubre de 1918.

²⁷⁶ Sharika Crawford, “‘Under the Colombian Flag’: Nation-Building on San Andrés and Providence Islands, 1886-1930” (Ph.D. diss., University of Pittsburgh, 2009).

detuvieron, sin embargo. Chocoanos que cursaban estudios superiores en Bogotá, Medellín y Popayán formaron comités cívicos que adelantaron acciones que apuntaron a la búsqueda de mayor autonomía política y, por supuesto, la departamentalización del Chocó. La primera organización de este tipo fue el Comité de Acción Chocoana (CACH), creado en Bogotá en 1923 e integrado mayoritariamente por estudiantes cuyas familias pertenecían a la élite blanca de Chocó²⁷⁷. Otras, como la Liga-Pro-Chocó, creada en Medellín en 1926 y luego trasladada a Bogotá, fueron lideradas por estudiantes negros. El fundador y presidente de esa liga fue el entonces estudiante de derecho Diego Luis Córdoba. En calidad de presidente de la naciente organización, explicó las razones por las cuales habían creado la liga en Medellín. “La colonia chocoana, de esta ciudad, secundada por varios intelectuales antioqueños, inauguró solemnemente la Liga Pro Chocó, con el fin de hacer conocer nuestro terruño y sus necesidades, buscándole progreso efectivo”, informaron a través de un comunicado reproducido por el diario *ABC*²⁷⁸. La Liga también se preocupó por vencer las rivalidades políticas existentes entre las provincias del Atrato y la de San Juan. Así como las élites caucanas y antioqueñas presionaban para acceder a las riquezas mineras de la última provincia, al interior de la misma hubo voces que plantearon la posibilidad de anexarse a otro departamento. La élite de San Juan constantemente señalaba que por su peso económico merecía ser la capital de la intendencia, y no pocas veces reclamaba mayor representación en la burocracia local, usualmente acaparada por la élite de Quibdó, capital de la intendencia ubicada en la Provincia del Atrato²⁷⁹.

²⁷⁷ Sergio Abadía Arango, Eliseo Arango y Heliodoro Rodríguez, por ejemplo, lideraron el CACH, cuyo objetivo fue propender por “el adelantamiento de la región y el cumplimiento de las leyes que lo favorezcan”. “La colonia chocoana residente en Bogotá organiza un comité de acción chocoana”, *ABC*, Quibdó, 23 de diciembre de 1923.

²⁷⁸ “Se instala en Medellín una Liga Pro-Chocó”, *ABC*, Quibdó, 27 de abril de 1926.

²⁷⁹ “Por última vez”, *ABC*, Quibdó, 23 de septiembre de 1918.

La Liga también centró sus esfuerzos en reclamar la presencia de chocoanos en los altos cargos de la administración pública. De manera particular demandaron del presidente de la República que los intendentes que designaba fueran oriundos del Chocó. En 1926, la Liga Pro-Chocó participó activamente en una campaña para que la principal autoridad de la intendencia fuera un hijo del Chocó. El gobierno, en cabeza del presidente conservador Miguel Abadía Méndez (1926-1930), comenzó a ser presionado para que aceptara una terna que estuviera integrada por chocoanos. Desde diversas municipalidades que hacían parte de la intendencia se enviaron comunicados que solicitaron el nombramiento de Jorge Valencia Lozano, miembro del Partido Conservador y hermano del director del *ABC*. En Itsmina, principal centro urbano de la Provincia de San Juan, se creó el periódico *Acción Chocoana* con el propósito de “luchar por la tierra y por la candidatura del Dr. Jorge Valencia Lozano por el puesto del intendente del Chocó”²⁸⁰. La Liga Pro-Chocó declaró abiertamente su apoyo a Jorge Valencia Lozano. “Chocoanos, al lanzar candidatura suya Intendencia, obraron magníficamente”, expresaron en un telegrama que le dirigieron al futuro intendente²⁸¹. Frente a la posible designación de un intendente proveniente de la ciudad de Cali, la Liga Pro-Chocó envió un extenso comunicado al presidente Miguel Abadía Méndez en el que insistieron en lo conveniente que era el nombramiento de Valencia Lozano como nuevo intendente²⁸².

Los debates realizados por los miembros de la Liga Pro-Chocó y distintos sectores políticos de las provincias chocoanas finalmente dieron sus frutos. En octubre de 1926, el presidente Abadía Méndez, ante la sugerencia de nombrar un intendente que proviniera de la región del Cauca, reconoció que no era posible, pues “los chocoanos se manifiestan opuestos al

²⁸⁰ “Acción Chocoana”, *ABC*, Quibdó, 21 de agosto de 1926.

²⁸¹ “La Liga Pro-Chocó y la candidatura Valencia”, *ABC*, Quibdó, 26 de julio de 1926.

²⁸² “Una maciza exposición de los estudiantes chocoanos en Medellín al Doctor Miguel Abadía Méndez”, *ABC*, Quibdó, 19 de julio de 1926.

nombramiento de un intendente que no sea oriundo de la región”²⁸³. El 25 de enero de 1927, luego de seis meses de intensas campañas de los chocoanos por contar con su propio intendente, el presidente Miguel Abadía Méndez anunció su decisión. Con el apoyo decidido de la Liga Pro-Chocó y las masas conservadores y algunos sectores liberales, Valencia Lozano fue designado como nuevo intendente del Chocó²⁸⁴. De manera que cuando el visitador de Hacienda sugirió la llegada de “elementos extranjeros” al Chocó para solucionar a sus problemas administrativos, el estudiante Adán Arriaga Andrade no dudó en cuestionar esa sugerencia. Arriaga Andrade, sin negar los problemas administrativos de la intendencia y la necesidad de fomentar la inmigración (nacional y extranjera) para aumentar la población y contribuir al desarrollo productivo de la misma, consideraba que los destinos del Chocó debían ser definidos por sus habitantes y no desde un gabinete en Bogotá. “Que se deje al nativo organizar su vida y desarrollar su potencialidad, que se aumente su autonomía para evitar las absurdas organizaciones que establecen a priori desde Bogotá”, señaló Arriaga Andrade²⁸⁵.

Entre 1885 y 1930, entonces, artesanos, obreros, estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente adelantaron debates y acciones para materializar el ideal de igualdad política. En ese esfuerzo, lucharon en las guerras civiles, crearon y se vincularon a organizaciones multirraciales, incluyeron sus necesidades y expectativas en las plataformas de los partidos políticos (sobre todo en el Liberal y Socialista), editaron y dirigieron periódicos y participaron en elecciones para acceder a cargos de representación municipal, regional y nacional. A través de cada una de estas formas de expresión ciudadana, obreros y profesionales negros y mulatos ensancharon los contenidos de las nociones de democracia participativa y representativa,

²⁸³ “El Doctor Abadía Méndez hace una vez más de que el intendente del Chocó no será del interior”, *ABC, Quibdó*, 11 de octubre de 1926.

²⁸⁴ “El Dr. Valencia Lozano fue nombrado intendente”, *ABC, Quibdó*, 25 de enero de 1927.

²⁸⁵ “Los escándalos en el Chocó”, *ABC, Quibdó*, 9 de julio de 1928.

criticaron el manejo centralista del poder y asociaron la idea de igualdad a la de autonomía de sus regiones y a la necesidad de crear espacios de participación que fueran más allá de las tradicionales adscripciones a los partidos Liberal y Conservador.

Las acciones y discursos utilizados por los profesionales y artesanos de origen afrodescendiente estaban incidiendo en la estructuración de sociedades más igualitarias en el ámbito político. ¿Y en términos raciales? Los términos de inclusión que utilizaron para defender la igualdad política, sin estar sustentados en la expresión de un orgullo racial, tuvieron implicaciones raciales significativas. Los profesionales, a partir de la noción del mérito, dieron forma a una retórica que sirvió para contrarrestar la esencialización que de lo negro hicieron las élites y cuestionar los insultos raciales que experimentaban al competir por los cargos de representación política. Los obreros y artesanos negros y mulatos, a través del discurso de ciudadanos patriotas y por tanto poseedores de derechos, deslegitimaron la idea de que los cargos públicos estaban reservados de manera natural para los miembros de las élites blancas. Estos discursos y acciones, en el marco de las resistencias raciales, clasistas y políticas expresadas por las citadas élites, fueron útiles no solo para defender el derecho de acceder a estos espacios políticos, sino para mantenerse en los mismos. Desde estos espacios, reclamaron la materialización efectiva de otros derechos que les garantizaba el estatus de ciudadanos colombianos: los derechos civiles y sociales.

4.0 DEFENDIENDO Y RECLAMANDO DERECHOS: NEGROS Y MULATOS Y SUS LUCHAS POR LA IGUALDAD SOCIAL Y CIVIL, 1885-1930

En 1922, un grupo de agricultores analfabetas de la Intendencia del Chocó hizo llegar al Congreso de la República sus quejas por las “irregularidades y usurpaciones que de sus derechos” les estaban haciendo “las compañías extranjeras que explotan las minas de oro y platino de los ríos San Juan y Condoto”. Argumentaban estos habitantes, negros y pobres, que las compañías mineras les estaban causando graves perjuicios, entre ellos la destrucción de sus plantaciones y la inundación de sus propiedades²⁸⁶. Tres años más tarde, ciento cincuenta trabajadores de la Andean National Corporation, filial de la Stándard Oil Company, se declararon en huelga en Cartagena. La huelga, registrada por el diario *ABC* de Quibdó, obedecía a que la citada empresa canceló los contratos a sus trabajadores para volver a implementar el “antiguo sistema de jornales de destajo con lo cual sufren perjuicios”²⁸⁷.

Las quejas de los agricultores de la Intendencia del Chocó y la huelga de los obreros de Cartagena ilustran parte de los efectos que enfrentaron sectores pobres, entre ellos negros y mulatos, en las zonas rurales y urbanas en el marco del boom exportador que vivieron las economías latinoamericanas, entre esas la colombiana, en el tránsito del siglo XIX al XX. Agricultores, mineros, artesanos y obreros enfrentaron la expropiación de tierras, la explotación

²⁸⁶ “Informe de la comisión que estudió el memorial de varios vecinos de San Pablo, Condoto y Tadó en la Intendencia del Chocó”, *Anales del Senado*, Bogotá, 11 de noviembre de 1922.

²⁸⁷ “En Cartagena estalla huelga”, *ABC*, Quibdó, 16 de junio de 1925.

laboral y la falta de viviendas. Estas nuevas realidades laborales y sociales agudizaron las desigualdades que venían sufriendo de manera particular estos sectores como producto del legado colonial. Alta presencia en las ocupaciones menos calificadas, formas coercitivas de trabajo, barreras y resistencias raciales a la hora de acceder a las instituciones educativas y ejercer sus profesiones son algunas de las dinámicas que la historiografía latinoamericana ha reconstruido sobre la realidad de los afro-latinoamericanos entre 1880 y 1930²⁸⁸.

Los historiadores del mundo laboral colombiano han estudiado ampliamente la forma como los trabajadores rurales y urbanos reaccionaron frente al impacto del citado boom exportador en sus condiciones de vida. Sus análisis han mostrado que estos sectores desarrollaron un conjunto de acciones (creación de organizaciones artesanales, obreras, campesinas, espacios de opinión, protestas) y articularon narrativas (versión popular del liberalismo) para enfrentar la penetración de capitales extranjeros y las consecuencias de una economía en expansión²⁸⁹. Investigaciones recientes, intersectando la categoría de clase privilegiada por esos iniciales estudios con variables culturales, de género y raza, han complejizado el cuadro sobre la realidad laboral de los habitantes colombianos entre 1880 y 1930. Esta variación ha sido clave para conocer los estilos de vida de los sectores obreros, el rol

²⁸⁸ Al respecto ver George Reid Andrews, *Afro-Latin America, 1800-2000* (New York: Oxford University Press, 2004), 117-152.

²⁸⁹ Algunos trabajos que estudian este proceso en el mundo urbano son Renán Vega Cantor, *Gente muy rebelde: Protesta popular y modernización capitalista en Colombia, 1909-1929* (Bogotá: Pensamiento Crítico, 2002); Mario Aguilera Peña, *Insurgencia urbana en Bogotá* (Bogotá: Colcultura, 1997); Gary Long, "The Dragon Finally Came: Industrial Capitalism, Radical Artisans and the Liberal Party in Colombia, 1910-1948" (Ph.D. diss., University of Pittsburgh, 1995); Mauricio Archila, *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945* (Bogotá: CINEP, 1991). Y sobre el mundo rural ver Gloria Isabel Ocampo, *La instauración de la ganadería en el Valle del Sinú: la hacienda Marta Magdalena, 1881-1956* (Bogotá: Universidad de Antioquia-ICANH, 2007); Catherine LeGrand, *Colonización y protesta campesina en Colombia, 1850-1950* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1988); Orlando Fals Borda, *Historia doble de la Costa (Tomo IV): Retorno a la tierra* (Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1986); Charles Bergquist, *Labor in Latin America: Comparative Essays on Chile, Argentina, Venezuela and Colombia* (Stanford: Stanford University Press, 1986).

de las mujeres en el mundo laboral, y la defensa que las comunidades indígenas hicieron de sus territorios en el marco del despunte de la economía cafetera²⁹⁰.

Este capítulo, haciendo uso de la intersección entre mundo laboral y raza, ubica en el centro de ese nuevo cuadro las voces, narrativas y acciones de unos sujetos históricos que poco han aparecido en la historiografía laboral colombiana: negros y mulatos. Investigaciones existentes, como la realizada por la geógrafa e historiadora Claudia Leal para la Costa Pacífica, han mostrado que las industrias extractivas desarrolladas por empresarios nacionales y extranjeros impactaron dramáticamente en las realidades económicas de las poblaciones negras de la costa Pacífica²⁹¹. El reciente trabajo de Jason McGraw, que cubre parte del impacto del boom exportador en el Caribe colombiano, muestra que hombres y mujeres afrodescendientes lucharon para superar la desposesión y defender derechos laborales a finales del siglo XIX²⁹².

Este capítulo, partiendo de estos recientes hallazgos, estudiando simultáneamente las experiencias de las personas negras de ambas costas y explorando nuevas fuentes, intenta resolver tres interrogantes: ¿A qué tipo de discursos acudieron estos actores sociales para defender sus territorios, conseguir derechos laborales y reclamar el acceso a la educación y poseer viviendas? ¿Qué rol jugaron desde las organizaciones multirraciales que crearon y lideraron en la consecución de esos propósitos? Y, al hacerlo, ¿Qué incidencia tuvieron en la defensa, expansión y creación de derechos? Argumento que tanto en la costa Caribe como en la

²⁹⁰ Sergio Paolo Solano, “Raza, liberalismo, trabajo y honorabilidad en Colombia durante el siglo XIX”, en: Sergio Paolo Solano y Roicer Flórez Bolívar, Eds., *Infancia de la nación: Colombia durante el primer siglo de la República* (Cartagena, Pluma de Mompo, 2011); Nancy Appelbaum, *Muddied Waters: Race, Region, and Local History in Colombia* (Durham: Duke University Press, 2003); Ann Farnsworth-Alvear, *Dulcinea in the Factory: Myths, Morals, Men and Women in Colombia's Industrial Experiment, 1905-1960* (Durham: Duke University Press, 1999).

²⁹¹ Claudia Leal, “Black Forests: The Pacific Lowlands of Colombia, 1850-1930” (Ph.D. diss., University of California, 2004).

²⁹² Jason McGraw, *The Work of Recognition: Caribbean Colombia and the Postemancipation Struggle for Citizenship* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2014), 165-194.

Pacífica, algunos sectores negros y mulatos acudieron a lo que la historiadora Rebecca Scott ha conceptualizado como una comprensión vernácula de los derechos para defender sus territorios y prácticas laborales²⁹³. En zonas del Departamento de Bolívar, ante el control que multinacionales y empresarios nacionales querían hacer de sus territorios, mostraron títulos de origen colonial para reclamar sus derechos de propiedad. En la Intendencia del Chocó, mineros y cultivadores pobres, al tiempo que acudieron a ese recurso, defendieron la explotación artesanal de los recursos mineros que se hallaban en los lechos de los ríos, como parte de una práctica consuetudinaria que hicieron sus antepasados durante el período colonial y las generaciones subsiguientes a lo largo del siglo XIX.

Esta reclamación de derechos, amparados en la costumbre, se complementó con la defensa de los mismos a partir de las atribuciones y legitimidad que les daba ser ciudadanos colombianos. Invocando ese estatus, asociaron las formas coercitivas de trabajo (concertaje, peonaje por deuda) a prácticas esclavistas que iban en contravía del ideal de igualdad y demandaron de las autoridades la eliminación de tales formas de relación laboral. Consideraron, además, que tenían derecho a una vivienda digna y a tener acceso a los planteles educativos sin distinciones de clase o raza. La apropiación que hicieron del ideario socialista hizo que algunos obreros, estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente exigieran políticas de redistribución de tierras y normatividades laborales favorables a los trabajadores.

El rol de estos artesanos, obreros y profesionales negros y mulatos no se limitó a reclamar y/o exigir la implementación de los derechos existentes, sino que participaron activamente en la

²⁹³ En su análisis sobre el rol que jugaron afro-cubanos y afro-americanos en la redefinición de la noción de ciudadanía después de la esclavitud, Rebecca Scott sostiene que “In both Louisiana and Cuba, there also came to be a vernacular sense of the deeper meaning of freedom, derived from the experience of claiming rights and dignity even in the face of constraint”. Rebecca Scott, *Degrees of Freedom: Louisiana and Cuba after Slavery* (Cambridge: Harvard University Press, 2005), 269.

expansión de los mismos (educación), y en algunos casos lideraron la creación de alguno de ellos. Los que ejercieron como concejales, diputados y congresistas jugaron un papel central en la definición de la legislación y normatividad laboral (por ejemplo, eliminación de figuras semi-serviles, reducción de la jornada laboral, entre otros), al tiempo que abrieron el camino para solucionar necesidades básicas de la población pobre (vivienda).

4.1 CRISIS Y RECUPERACIÓN ECONÓMICA DE DOS ANTIGUAS SOCIEDADES ESCLAVISTAS

En el tránsito del siglo XIX al XX, Cartagena de Indias y la Intendencia del Chocó recuperaron parte del ritmo económico que distinguieron, a la primera, como uno de los puertos de mayor importancia de la América hispánica durante el período colonial, y a la segunda como el mayor centro minero de la entonces Nueva Granada. Luego de un agónico siglo XIX, producto de los efectos devastadores de las luchas por la independencia, las sucesivas guerras civiles y el desarrollo tardío de un modelo agroexportador, estas antiguas sociedades esclavistas resurgieron a partir de los vientos favorables que soplaron en la economía colombiana entre 1880 y 1930. Colombia, al igual que otros países latinoamericanos, entró en un boom exportador tras la creciente demanda de materias primas por parte de países de Europa Occidental y Estados Unidos²⁹⁴.

Las élites colombianas, después de múltiples y fallidos intentos agro-exportadores (quina, añil, tabaco), encontraron en el café cultivado en los valles interandinos el producto que

²⁹⁴ Victor Bulmer-Thomas, *An Economic History of Latin America since Independence* (Cambridge and New York: Cambridge University Press, 1995), 69.

finalmente le permitió al país conectarse de manera estable con el mercado mundial. El despunte de la economía cafetera le permitió al gobierno nacional, en cabeza del presidente cartagenero Rafael Núñez, invertir en la construcción de vías férreas y carreteras y en la adecuación de los puertos²⁹⁵.

El Caribe colombiano, gracias a sus puertos marítimos y fluviales y a la presencia misma de Núñez en la presidencia, fue una de las regiones donde se concentraron estos planes gubernamentales. En Cartagena, este esfuerzo se vio representado en la construcción del Muelle La Machina (1893) y del ferrocarril Cartagena-Calamar (1894). Estas dos obras, que facilitaron el transporte de mercancías desde Cartagena hasta el puerto fluvial de Calamar y el ingreso de barcos de mayor calado al puerto respectivamente, hicieron que la ciudad superara la crisis económica que la acompañó durante buena parte del siglo XIX y se convirtiera -después de su vecina Barranquilla- en el segundo puerto en importancia en Colombia. Los puertos de Barranquilla y Cartagena, aparte de movilizar la creciente producción de café proveniente del área andina, eran los puntos desde donde se exportaban los recursos agrícolas y naturales que se producían y explotaban a nivel regional. De la Provincia del Sinú, perteneciente al Departamento de Bolívar, salieron miles de cabezas de ganado destinadas a alimentar los ejércitos independentistas cubanos o las legiones de trabajadores que laboraron en la construcción y puesta en marcha del canal de Panamá²⁹⁶.

La Intendencia del Chocó, por su parte, aportaba productos como caucho, madera y tagua. La minería, que había sufrido una estocada final con la abolición definitiva de la esclavitud en 1851, experimentó un nuevo auge en las primeras décadas del siglo XX. La

²⁹⁵ José Antonio Ocampo, *Colombia y la economía mundial, 1830-1910* (Bogotá: Siglo Veintiuno Editores, 1984).

²⁹⁶ Adolfo Meisel, "Cartagena 1900-1950: a remolque de la economía nacional", *Cuadernos de Historia Económica y Empresarial* 4 (1999), 31.

declaratoria del gobierno Colombiano de la libre explotación de platino a partir de 1907 y la caída de la producción de este metal en los Urales como consecuencia de la Revolución Rusa (1917), convirtieron a Colombia, con Chocó como epicentro, en el mayor productor mundial de platino en el período comprendido entre 1916 y 1926²⁹⁷.

El resultado de esta dinámica exportadora fue el desarrollo de un proceso de acumulación de capital por parte de empresarios nacionales que invirtieron en proyectos agro-industriales, manufactureros, de transporte y petróleo. En 1907, los hermanos Carlos y Fernando Vélez Daníes, quienes lideraron las exportaciones de ganado hacia Cuba, fundaron el Ingenio Central Colombia. Ubicado en una población conocida como Sincerín, a cincuenta kilómetros de Cartagena, este ingenio, bajo la dirección de ingenieros cubanos, llegó a producir un gran porcentaje del azúcar que se consumía a nivel nacional. Dos años más tarde, otro de los empresarios destacados en la exportación de ganado, Diego Martínez Camargo, en asocio con los Vélez Daníes y otras firmas comerciales de empresarios cartageneros (Rafael del Castillo, Bartolomé Martínez Bossio, Pombo Hermanos, y Celedonio Piñeres), crearon la Cartagena Oil Refining Company, primera refinería de petróleo que funcionó en Colombia²⁹⁸.

A las iniciativas de empresarios locales y nacionales, se sumaron los emprendimientos de inmigrantes y empresas extranjeras que hicieron presencia en Colombia. Apellidos como Meluk, Malluk, Cajale, Rumie, Bechara, Abuchar, todos de origen sirio-libanés, se fueron incorporando paulatinamente a la realidad económica y social de Barranquilla, Cartagena, Quibdó, Itsmina, o Colón. En estos lugares, los citados inmigrantes se dedicaron, inicialmente, a la venta de

²⁹⁷ Claudia Leal, “La compañía minera Chocó-Pacífico y el auge del platino en Colombia, 1897-1930”, *Historia Crítica*, edición especial (noviembre, 2009), 150-164.

²⁹⁸ Sobre este ingenio azucarero y la Cartagena Refining Oil co., ver María Teresa Ripoll, “El Central Colombia. Inicios de industrialización en el Caribe colombiano”, *Boletín Cultural y Bibliográfico* 34, 45 (1997-1998), 58-93; “La actividad empresarial de Diego Martínez Camargo, 1890-1937”, *Cuadernos de Historia Económica y Empresarial* 2 (1999), 1-75.

artículos importados, y luego diversificaron sus inversiones en firmas de navegación fluvial, minería, ganadería, e ingenios azucareros²⁹⁹. En la costa Caribe, se establecieron empresas de capital norteamericano (United Fruit Company, Latin Petroleum Company) o Canadiense (Andean National Corporation), mientras que en la Costa Pacífica se establecieron consorcios ingleses (Anglo Colombian Development Company) y estadounidenses (South American Gold and Platinum Company). En 1916, accionistas de estas dos empresas dieron forma a la firma Chocó-Pacífico que terminó explotando a gran escala las riquezas mineras de la Intendencia Nacional del Chocó³⁰⁰.

Estas empresas y empresarios, a través de las actividades económicas previamente descritas, consolidaron el circuito comercial que conectaba, vía mar Caribe, la Intendencia del Chocó con Cartagena y la Provincia del Sinú. Algunos invertían en minería, caucho, transporte fluvial e importación de productos en Chocó, mientras otros, entre ellos comerciantes de los distritos chocoanos, exportaban a través de Cartagena, Barranquilla y posteriormente Buenaventura productos agrícolas, oro y platino. Esta red de negocios se extendió a las esferas internacionales. A Cartagena, por ejemplo, llegaban los vapores de The Royal Mail Steam Packet, de la Hamburg Amerika Linie y de la United Fruit Company. Estos vapores venían cargados de mercancías europeas y norteamericanas para ser redistribuidas en el país o vendidas en sus comisariatos, y retornaban a islas del Caribe, New York y puertos europeos con caucho, tagua, madera, platino y oro del Chocó; ganado de la provincia del Sinú; banano producido por la United Fruit Company en el departamento del Magdalena; petróleo de las empresas que

²⁹⁹ Sobre la presencia e incidencia de los sirio-libaneses en la vida económica de Quibdó ver Ana Milena Rhenals, “Tejiendo la red: circuitos comerciales, inmigrantes sirio-libaneses y empresarios nacionales en el Caribe colombiano y el Atrato (1880-1930)”, *Historia y Espacio* 2, 37 (2011), 189-212.

³⁰⁰ Leal, “La compañía minera”, 160.

explotaban y refinaban este producto en Cartagena y Barrancabermeja (Santander); y, sobre todo, café proveniente de los valles interandinos³⁰¹.

Los habitantes negros de algunos de los territorios colombianos aprovecharon algunas de las posibilidades de negocios que se abrieron con el boom exportador. La experiencia de ciertos comerciantes y mineros negros del Chocó permite sustentar lo anotado. Aunque el monopolio del gran comercio lo tenían empresarios extranjeros (sirios, libaneses, italianos) y nacionales (cartageneros y miembros de la élite blanca chocoana), los negros y mulatos, en conjunto, eran quienes mayoritariamente se dedicaban a esta actividad. De las 1.586 personas que aparecen en 1918 dedicadas a las actividades comerciales, 864 eran de origen afrodescendiente³⁰². Algunos mineros negros, en el marco de la ola de especulación que se generó con la declaratoria de la libre explotación de platino, solicitaron títulos mineros³⁰³. Uno de los casos significativos es la de los Lozano, una de las primeras familias de origen afrodescendiente que pobló el río Condoto. Esta familia, gracias a varios títulos de propiedad adquiridos a finales del siglo XIX, organizó la Sociedad Minera La Lozana (1910), propietaria de 41,3 Km2 de terrenos mineros sobre ambas orillas del citado río³⁰⁴.

Este grupo de propietarios de minas y comerciantes negros, sin embargo, era reducido. El grueso de los habitantes negros e indígenas laboraba en los oficios menos calificados. Varios siglos de esclavitud, diversas formas de trabajo forzado y el abierto estigma que a lo largo del período colonial y durante buena parte del siglo XIX pesó sobre los trabajos manuales forjaron una estructura ocupacional en la que la raza definió en buena medida el lugar que negros y

³⁰¹ Sobre el funcionamiento de este circuito comercial ver “Servicio de vapores”, “United Fruit Company”, *La Época*, Cartagena, 3 y 4 de enero de 1913.

³⁰² “Censo levantado el 14 de octubre de 1918”, *Gaceta de la Intendencia*, Quibdó, 17 de abril de 1920.

³⁰³ Leal, “La compañía minera”, 162.

³⁰⁴ Daniel Varela y Ángela Castillo, “Afrodescendientes y la compañía minera Chocó-Pacífico durante el auge del platino en el río Condoto en Chocó (1916 – 1931)”, Ponencia presentada en el workshop “La esclavitud y sus legados en Colombia”, Bogotá, Universidad de los Andes, 18 y 19 de septiembre de 2015, 4.

blancos jugaban en la Población Económicamente Activa. Como vimos en el capítulo uno, eran los hombres y mujeres de origen afrodescendiente quienes mayoritariamente se desempeñaban como artesanos, agricultores, bogas o sirvientes³⁰⁵. La mayoría de los habitantes negros vinculados a la minería, lejos de ser propietarios de minas o comerciantes, extraían oro a través de técnicas como el *mazamorreo* o el buceo en los cauces de los ríos³⁰⁶. Para estos habitantes negros y mulatos del Chocó, al igual que para sus pares en la costa Caribe, el boom exportador representaría el surgimiento de nuevas lógicas de desigualdad social que enfrentarían apelando a las nociones de igualdad civil y social que les otorgaba el carácter de ciudadanos colombianos.

4.2 LAS DISPUTAS POR LA TIERRA Y LOS DERECHOS DE PROPIEDAD

Los habitantes de las zonas rurales de Colombia, entre ellos los negros, mulatos e indígenas de las Costas Pacífica y Caribe, fueron los primeros en enfrentar los efectos negativos que trajo consigo el boom exportador. El primero de esos efectos se hizo sentir en el acceso y uso de la tierra. El gobierno colombiano, en su intento de atraer inmigrantes y estimular el desarrollo económico del país, promovió la colonización de terrenos considerados como baldíos. Igualmente, decretó la exención de impuestos a la producción y exportación del banano y la concesión de tierras a empresas extranjeras. Interesados en promover la explotación de oro y platino en el marco del apogeo de la minería con dragas en California y Nueva Zelanda, gobiernos como el de Rafael Reyes (1904-1909) aprobaron decretos para otorgar concesiones

³⁰⁵ “Censo levantado el 14 de octubre de 1918”, *Gaceta de la Intendencia*, Quibdó, 9 de julio de 1920.

³⁰⁶ Leal, “La compañía minera”, 162.

que le permitieran a compañías extranjeras dragar los lechos de los ríos a cambio de un porcentaje del valor de los metales extraídos³⁰⁷.

En la Intendencia del Chocó y el Departamento de Bolívar, caracterizados por poseer extensas zonas baldías y enormes riquezas naturales, el proceso para adquirir tales terrenos y las citadas concesiones en repetidas ocasiones no estuvo exento de abusos y de prácticas que rayaron en lo ilegal. “La cámara [de representantes], debe estar encaminada a velar por la conveniente adjudicación de baldíos en regiones de excepcional importancia para el país, expuesta hoy a la rapacidad extranjera”, ³⁰⁸ denunciaron en un editorial del diario *La Época* en el año de 1913. Dieciséis años más tarde, en una carta reproducida por el diario *ABC*, catalogaron como una “enfermedad de carácter crónico” los “actos de violencia y clandestinidad ejercidos por los agentes de la Cía. Minera Chocó-Pacífico...contra moradores y nativos”³⁰⁹.

En Colombia, a diferencia de lo que se ha realizado para otros contextos, carecemos de cifras para precisar el impacto que la “rapacidad extranjera” de la que hablaban en el editorial previamente citado tuvo en la pérdida de territorios por parte de los campesinos negros en el marco del boom exportador. Comunicados enviados por las autoridades locales y los mismos ciudadanos a las oficinas de los ministerios de Obras Públicas, Gobierno, y Minas y Energía, sin embargo, permiten asegurar que en repetidas ocasiones empresarios extranjeros y nacionales intentaron apropiarse de terrenos que tenían sus propietarios legítimos. Un caso que ilustra bien lo anotado ocurrió en el año de 1915 en San Jacinto, municipio del Departamento de Bolívar, cuyo territorio durante el siglo XVII albergó un palenque llamado San Jacinto de Duanga. En esa oportunidad, según las quejas elevadas por el alcalde del municipio, los propietarios de la

³⁰⁷ Leal, “La compañía minera”, 158.

³⁰⁸ “El problema de los baldíos”, *La Época*, Cartagena, 16 de octubre de 1913.

³⁰⁹ “Atropellos de la Chocó-Pacífico”, *ABC*, Quibdó, 6 de diciembre de 1929.

Compañía Agrícola Honduras (Amín Meluk, Dudley McDougal, Miguel Abuchar) denunciaron como baldíos una posesión de terreno de 1.600 hectáreas que en realidad pertenecían al citado municipio. Esta extensión de tierras –decía el alcalde– no sólo no eran baldíos, sino que en la demarcación hecha por los empresarios estaban de por medio trece caseríos con una población de más de dos mil habitantes, quienes ocupaban esos territorios desde hacía más de cincuenta años³¹⁰. Otro caso significativo, que suscitó debates en Cartagena, fue el de la Latin Petroleum Company y las disputas que sostuvo con los indígenas de San Andrés de Sotavento, distrito perteneciente en ese entonces al Departamento de Bolívar. En 1928, los representantes de esta empresa, en connivencia con las autoridades de este distrito localizado en la Provincia del Sinú, celebraron un contrato para la explotación de petróleo “con desconocimiento absoluto de los títulos” que los citados indígenas “tienen sobre aquellas tierras”³¹¹.

En la Intendencia, los consorcios extranjeros que explotaban platino se hicieron tristemente célebres por los innumerables abusos y pleitos en que se vieron envueltos desde los inicios de sus operaciones. La experiencia de los habitantes de Condoto, municipio fundado en 1908 y centro de las actividades mineras en Chocó durante las tres primeras décadas del siglo XX, sirve para ilustrar la naturaleza y carácter de esos abusos y pleitos. Aparte de la destrucción de las plantaciones y la inundación de las propiedades descritas al inicio de este capítulo, empresas como la Chocó-Pacífico fueron acusadas de violar el derecho al *mazamorreo* de que gozaban los habitantes de las zonas mineras de Colombia. Desde el período colonial, sectores pobres de las regiones mineras extraían oro de manera artesanal en los lechos de los ríos, y los gobiernos colombianos en las concesiones mineras que entregaron a comienzos del siglo XX

³¹⁰ Ana Milena Rhenals Doria, “Del ideal europeo a la realidad árabe: Inmigrantes sirio-libaneses en el circuito comercial entre Cartagena, el Sinú y el Atrato” (Disertación doctoral, Universidad Pablo de Olavide, 2013), 145.

³¹¹ “Los indígenas de San Andrés de Sotavento llegaron ayer a la ciudad”, *La Patria*, Cartagena, 24 de abril de 1928.

respetaron ese consuetudinario derecho³¹². Las multinacionales a medida que lograron el control de la explotación minera en la Intendencia del Chocó no tuvieron en cuenta esa ancestral práctica e intentaron desplazar a los habitantes de Condoto de los llamados “lavaderos de pobres”. “Sabemos perfectamente que la compañía Chocó-Pacífico es dueña de la concesión para explotar el lecho del río Condoto; pero sabemos también que ella está obligada a respetar los lavaderos de los pobres”, señalaban desde el *ABC* en 1918³¹³.

La apropiación y explotación de territorios que tenían sus legítimos propietarios también hicieron parte del repertorio de abusos cometidos por la Chocó-Pacífico. En algunos casos, como en el pleito sostenido entre la citada empresa y el minero negro Antonio Asprilla, abiertamente se apropiaron de terrenos que pertenecían a particulares. Según varios artículos publicados por el *ABC*, la Chocó-Pacífico se declaró propietaria de una isla situada en el río Condoto que realmente, como constaba en unos títulos de propiedad, pertenecía a Asprilla³¹⁴. Este consorcio anglo-estadounidense también intentó apoderarse de unos terrenos pertenecientes a las hermanas Romualda, Felisa y Lucia Leudo. Pese a que las hermanas Leudo poseían títulos de propiedad que databan de mediados de siglo XIX, los representantes de la Chocó-Pacífico, “con el afán de tomar lo ajeno sin el consentimiento de su dueño”, decidieron “vender un lote en el cuestionado terreno” en el año de 1929³¹⁵. En otros casos, como ocurrió con la Sociedad Minera La Lozana, adelantaron procesos de privatización que no estuvieron exentos de irregularidades. En 1912, tras lograr el control accionario de esta sociedad minera, la Anglo Colombian Development Company aprobó una resolución que estableció el pago de un arriendo obligatorio para todos

³¹² Por ejemplo, en una concesión que el gobierno colombiano le entregó al militar chocoano José Cicerón Castillo en 1905, como lo recordó la prensa posteriormente, en el artículo primero de la misma se estableció “el lavadero de pobres” o mazamorreo como un “patrimonio tradicional” de los pueblos mineros. Leal, “Black Forests”, 118-119.

³¹³ “El río Condoto”, *ABC*, Quibdó, 16 de septiembre de 1918.

³¹⁴ “Algo muy grave”; “Carta de los Sres. A. Asprilla y Lucas Díaz Pérez, sobre los asuntos de Opogodó”, *ABC*, Quibdó, 5 y 25 de noviembre de 1923.

³¹⁵ “Atropellos de la Chocó-Pacífico”, *ABC*, Quibdó, 6 de diciembre de 1929.

aquellos mineros (incluyendo a los accionistas minoritarios) que extrajeran platino en los terrenos de la citada sociedad. Trece años después, haciendo uso de esa resolución, argumentaron que miembros de la familia Lozano habían incumplido esa normatividad, declararon como perdidas sus acciones, los catalogaron como invasores, y solicitaron a las autoridades desalojar a todos los mineros que se negaran a pagar el arrendamiento³¹⁶.

Los habitantes negros y mulatos del Departamento de Bolívar y la Intendencia del Chocó intentaron contrarrestar los abusos que empresarios nacionales y extranjeros estaban cometiendo en sus territorios. A través de las organizaciones multirraciales a las que se vincularon, lideraron debates en los que enfatizaron derechos de propiedad tradicionales. En Bolívar, la posición asumida por los obreros y profesionales asociados al Circulo Intelectual Marxista Revolucionario en el pleito que se generó por la disputa territorial entre la comunidad indígena de San Andrés de Sotavento y la Latin Petroleum Company permite sustentar lo anotado. Los representantes del CIMR, en una clara muestra de la orientación multirracial que le imprimieron a esta organización obrera, asesoraron a los líderes indígenas de esta comunidad que llegaron a Cartagena a exponer su problemática ante el gobernador departamental. En el marco de un debate que se generó por los reclamos de los indígenas, hubo voces que sugirieron que tales reclamos eran alentados por “tinterillos que explotando la ignorancia” de los mismos “les engañan con promesas que nunca son cumplidas”³¹⁷. Miembros del CIMR, en contraste, argumentaron que su denuncia gozaba de total legitimidad. José Morillo, un reconocido líder socialista negro, afirmó que a los indígenas los asistía un derecho consagrado por la tradición. Se trataba de una “deuda secular” que al ser irrespetada significaría “volver a los tiempos de atropellos y de salvajes conquistas” en contravía

³¹⁶ Varela y Castillo, “Afrodescendientes”, 9.

³¹⁷ “Los indígenas de San Andrés de Sotavento llegaron ayer a la ciudad”, *La Patria*, Cartagena, 23 de abril de 1928.

de la “era de emancipación total, para todos los pueblos y todas las razas” que estaban viviendo³¹⁸.

Estudiantes que tuvieron contacto con el ideario socialista, como Diego Luis Córdoba, exigieron que el Estado hiciera reformas relacionadas con el uso y manejo de la tierra. En 1929, Córdoba, en calidad de presidente de la Federación Universitaria de Estudiantes Colombianos, demandó del Directorio Nacional del Partido Liberal la construcción de una agenda progresista que, entre otras cosas, incluyera una distribución más equitativa de la tierra y la eliminación de los latifundios. El Estado, argumentaba el entonces estudiante de derecho en la Universidad Nacional, debía convertir los baldíos en parcelas y proporcionar “al cultivador pobre los medios más adecuados para desarrollar a sus deseos”³¹⁹.

Comunicados enviados al Congreso de la República o procesos establecidos en instancias judiciales hicieron parte también de las acciones adelantadas por los habitantes negros y mulatos para defender el acceso y uso de la tierra. En la Intendencia del Chocó, habitantes analfabetas, entre ellos los que denunciaron la destrucción e inundación de sus propiedades, a través de un mecanismo jurídico conocido como *memorias a ruego* solicitaron al Congreso de la República la expedición de leyes que ampararan sus derechos y definieran los correspondientes a las compañías extranjeras³²⁰. Quienes disponían de mayores recursos económicos, como el minero Antonio Asprilla o las hermanas Leudo, adelantaron largos y complicados procesos judiciales para hacer valer su posesión sobre territorios ricos en minerales. En esos pleitos, los afectados apelaron a los títulos de propiedad que poseían, denunciaron que Estados Unidos a través de los agentes de la Chocó-Pacífico podía repetir el “I took que usara Roosevelt hace años”, y no pocas

³¹⁸ “Deuda secular”, *El Mercurio*, Cartagena, 26 de abril de 1928.

³¹⁹ “Manifiesto de los universitarios liberales”, *ABC*, Quibdó, 8 de julio de 1929.

³²⁰ “Informe de la comisión que estudió el memorial de varios vecinos de San Pablo, Condoto y Tadó en la Intendencia del Chocó”, *Anales del Senado*, Bogotá, 11 de noviembre de 1922.

veces invocaron el patriotismo que caracterizaba a los habitantes del Chocó y por tanto demandaron el respaldo del gobierno nacional³²¹.

Los mineros que vivían del mazamorreo y de la explotación de platino en los “lavaderos de pobres” también apelaron a formas cotidianas de resistencias. En Condoto, los mineros pobres que extraían platino en La Lozana, aparte de sabotear el funcionamiento de las dragas, aprovechaban los trabajos de remoción de tierras y dragado del río que realizaba la citada empresa para extraer los mencionados recursos naturales a partir de sus tradicionales técnicas manuales. Ante las quejas de la Chocó-Pacífico por el aprovechamiento que los mineros hacían del trabajo de sus dragas, estos últimos argumentaron que el río era un “lugar público”. El gobierno colombiano, aseguraban, reconocía el *mazamorreo* y los “lavaderos de pobres” no sólo como una práctica, sino como un derecho de los mineros pobres en las regiones colombianas³²².

Las formas cotidianas de resistencias, el uso de recursos jurídicos y las acciones y debates liderados desde las organizaciones multirraciales se complementaron con revueltas protagonizadas por negros y mulatos. En 1925, miembros de la familia Lozano, entre ellos los hermanos Carlos y Honorio, lideraron una protesta en contra de la Chocó-Pacífico y las estratagemas que había utilizado para privatizar las actividades mineras en la Sociedad Minera La Lozana. El 7 de septiembre de ese año un significativo número de habitantes de Condoto se apoderaron de una draga de la citada empresa, originándose disturbios en los que murieron Carlos Lozano y Manuel María Mestre, trabajador de la Chocó-Pacífico. Honorio, en venganza por la muerte de su hermano, asesinó a Mestre. Antes de ser conducido a la cárcel, pronunció un

³²¹ “Carta de los Sres. A. Asprilla y Lucas Díaz Pérez, sobre los asuntos de Opogodó”, Quibdó, *ABC*, 25 de noviembre de 1923; “Atropellos de la Chocó-Pacífico”, *ABC*, Quibdó, 6 de diciembre de 1929; “¿La Chocó-Pacífico está interrumpiendo el laboreo de las orillas del Cértgui por los mazamorreadores pobres?”, *ABC*, Quibdó, 17 de abril de 1925.

³²² Varela y Castillo, “Afrodescendientes”, 7.

discurso que permite ver parte de la narrativa a través de la cual justificó la protesta en contra de la empresa estadounidense. Lozano explicó su accionar a partir del cumplimiento del “deber sagrado que manda la Patria, de defenderla, deber que le es hereditario a todo ciudadano amante de ella”. Era necesario defender el territorio para que no se repitiera el ejemplo de Panamá: “Recordareis queridos amigos la historia de Panamá y sabéis mejor que yo cual fue, es y será su destino”. En esta oportunidad, concluía, “los hijos del Tío Sam” si deseaban apoderarse de las riquezas y del territorio chocoano tenían que hacerlo “a precio de sangre y pasar por encima de nuestros cadáveres”³²³.

Las múltiples acciones de los chocoanos, aunque no evitaron que la Chocó-Pacífico dragara el río más rico en platino de Colombia, fueron definitivas en la defensa de su territorio y, sobre todo, en la protección del consuetudinario derecho de explotación artesanal de metales preciosos de las arenas superficiales y de los lechos de los ríos. Como se deduce del reciente trabajo de los antropólogos Daniel Varela y Ángela Villa, los mineros nativos seguían teniendo una participación significativa en la explotación del platino: cerca de la mitad del platino exportado desde la Intendencia del Chocó entre 1922 y 1930 provino de la producción de la minería artesanal desarrollada por pequeños mineros³²⁴. Sus esfuerzos y los de los habitantes de la costa Caribe colombiana también se hicieron sentir en la eliminación de las formas coercitivas de trabajo que se implementaron durante el boom exportador.

³²³ Varela y Castillo, “Afrodescendientes”, 8-10.

³²⁴ Varela y Castillo, “Afrodescendientes”, 11.

4.3 “EL CONCERTAJE EXPRESA UNA MODALIDAD DE LA ESCLAVITUD”

Los habitantes de las zonas rurales colombianas, entre ellos negros y mulatos, también confrontaron el impacto que tuvieron los proyectos agro-industriales que adelantaron los empresarios nacionales y extranjeros en sus condiciones laborales. La creciente demanda de materias primas en el marco del boom exportador hizo que las élites económicas intentaran restablecer el control de la mano de obra que se había alterado como producto de las luchas por la independencia, las sucesivas guerras civiles, las crisis económicas y la abolición gradual de la esclavitud. Estos factores, aunados a bajas tasas de densidad poblacional, hicieron que los trabajadores rurales entre 1820 y 1880 gozaran de una relativa capacidad de negociación a la hora de ofertar su fuerza de trabajo³²⁵.

Este favorable nivel de negociación, según George Reid Andrews, varió con el desarrollo del boom exportador y el fortalecimiento de los Estados que tuvo lugar entre 1880 y 1930. De acuerdo con Andrews, los gobiernos nacionales, que ahora contaban con mayores recursos económicos provenientes de los impuestos de exportación e importación, pudieron financiar el establecimiento de fuerzas armadas mejor organizadas que facilitarían el restablecimiento del control de la mano de obra deseado por las élites económicas. Igualmente, dispusieron de ingresos para subsidiar el ingreso de inmigrantes europeos o para contratar mano de obra barata procedente de otros países hispanoamericanos o del Caribe³²⁶.

En Cuba o Brasil, ante la inminente abolición de la esclavitud a finales del siglo XIX, sus élites económicas hicieron del ingreso de mano de obra extranjera la tabla de salvación para

³²⁵ George Reid Andrews, “Black Workers in the Export Years: Latin America, 1880-1930”, *International Labor and Working Class History* 51(1997), 8.

³²⁶ Andrews, “Black Workers”, 9.

superar la escasez de brazos³²⁷. En Colombia, ante la fallida introducción de inmigrantes europeos y la escasa presencia de los considerados indeseables, las élites económicas se aferraron al endurecimiento de las formas coercitivas de trabajo para solucionar la falta de brazos que estaban enfrentando sus proyectos agro-industriales. Relaciones semi-serviles de origen colonial, como el concertaje y la matrícula, se implantaron en diversos territorios colombianos. Estas formas de relación laboral se asociaban a la esclavitud por el sometimiento al contratante y el carácter indeterminado de la deuda y el compromiso que asumía el concertado con quien lo contrataba³²⁸.

Estas formas coercitivas de trabajo se utilizaron de forma sistemática en el Departamento de Bolívar. Esta zona de la costa Caribe colombiana, aparte de ser teatro central de las guerras independentistas y civiles y contar con patrones de poblamiento disperso, tuvo unas particularidades que agudizaron el problema de la escasez de brazos para garantizar el buen funcionamiento y éxito de los ingenios azucareros o las haciendas ganaderas. La primera de esas particularidades tuvo que ver con los largos períodos de sequía o con los prolongados inviernos que dificultaban las labores agrícolas. Las obras públicas que se adelantaron con los ingresos que generó el boom exportador también incidieron en la poca disposición de brazos que tuvieron empresarios nacionales y extranjeros. Durante las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX, ante las mencionadas condiciones internas, los trabajadores rurales prefirieron migrar y vincularse a la construcción de ferrocarriles y adecuación de los puertos en Barranquilla, Cartagena y Santa Marta, así como a los nacientes cultivos de banano en Ciénaga, Magdalena. La construcción y puesta en marcha del Canal de Panamá y los ingenios azucareros cubanos

³²⁷ Al respecto véase George Reid Andrews, *Blacks and Whites in Sao Paulo Brazil, 1888-1988* (Madison: University of Wisconsin Press, 1991), 54-89; De la Fuente, *A Nation for All*, 100-105.

³²⁸ Ocampo, *La instauración de la ganadería*, 233.

también fueron unos de los destinos privilegiados por los trabajadores de las zonas rurales de Bolívar³²⁹.

Ganaderos, terratenientes y comerciantes que tenían representación en la Asamblea Departamental de Bolívar sortearon la citada escasez de mano de obra a partir del concertaje. En el tránsito del siglo XIX al XX, introdujeron cambios que paulatinamente desplazaron esta forma de contratación del terreno civil en el que estuvo inmersa durante el gobierno de los liberales radicales y la ubicaron en el código de policía. Como advirtió recientemente el historiador Sergio Paolo Solano, se trató de un cambio significativo porque de las indemnizaciones que los liberales impusieron a los trabajadores que incumplieran el contrato de trabajo se pasó al arresto o encarcelamiento del obrero³³⁰. Esta visión punitiva que pesaba sobre las relaciones laborales terminó primando y se extendió hasta los años veinte del siglo XX. En 1923, dos años después de que los diputados que integraron la Asamblea de 1921 prohibieran el concertaje y la matrícula, ganaderos y terratenientes presionaron nuevamente para derogar la ordenanza que prohibió el contrato de concierto y lograron restablecerlo³³¹.

Políticos, líderes obreros y profesionales de origen afrodescendiente jugaron un papel central en la eliminación formal del concertaje de los códigos de policía en el Departamento de Bolívar. Desde los periódicos que editaban y las organizaciones que presidían, adelantaron debates para eliminar el restablecimiento de esa forma de contratación laboral que interpretaron como una vuelta a la esclavitud. El concertaje “expresa una modalidad de la esclavitud, pues, el concertado renuncia a la libertad de trabajo”, señalaron desde *Tribuna Liberal*, periódico dirigido

³²⁹ Al respecto ver Sergio Paolo Solano, “Trabajo, orden doméstico y control social en el Caribe colombiano, 1850-1920”, *Revista Mundos do Trabalho* 3,6 (julio-diciembre, 2011), 194-216; “Los colombianos en Cuba”, *El Porvenir*, 12 de enero de 1920.

³³⁰ Solano, “Entre el código civil y el código de policía: Trabajo, orden doméstico y legislación laboral en el Caribe colombiano en el siglo XIX”, *Gaceta Laboral* 16, 2 (mayo-agosto 2010), 156, 159.

³³¹ “Enérgica actitud del Directorio Obrero”, *Tribuna Liberal*, Cartagena, 26 de abril de 1923.

por el tipógrafo Manuel Esteban Pomares³³². El Directorio Obrero Departamental de Bolívar (DODB), con los tipógrafos José de la O. Pernet y Rodrigo Ortiz y Gómez como presidente y vicepresidente, también se opuso al restablecimiento de la citada figura semiservil. El argumento del retorno a la esclavitud y la pérdida de la condición de ciudadanos emergieron nuevamente como justificación para reclamar la eliminación de ese tipo de relación laboral. Según el DODB, bajo las figuras semiserviles, “el infeliz proletario perdía sus derechos de ciudadano para constituirse en animal sumiso a la voluntad de su amo”. Estas consideraciones llevaron al DODB a aprobar una resolución en la que consideraron el restablecimiento del contrato de concierto como “lesivo para los intereses de la gran comunidad de trabajadores”.³³³

Las organizaciones obreras complementaron los debates en la prensa con manifestaciones ante las autoridades departamentales. Integrantes del DOBB realizaron una manifestación cuyo destino final fue la casa del secretario de gobierno para solicitarle su mediación ante la asamblea. En la misma, José de la O. Pernet pronunció un discurso en el que señaló que –de aprobarse– los diputados les estarían forjando a los trabajadores “la cadena de la esclavitud que ha de atarles de pies y manos al poste de la ignominia en donde bajo el látigo del gamonal convertido en verdugo, serán tornadas en bestias, por estos nuevos señores feudales a quienes los ingenuos trabajadores rurales apellidan amos”³³⁴.

Obreros y profesionales de origen afrodescendiente, que desde el Partido Liberal habían logrado acceder al Concejo Municipal, también hicieron movimientos para derogar la ordenanza con que la Asamblea Departamental de Bolívar había instaurado nuevamente el concertaje. En 1923, la bancada del Partido Liberal en el concejo municipal estaba integrada por Estuardo

³³² “Matricula de esclavitud”, *Tribuna Liberal*, Cartagena, 25 de abril de 1923.

³³³ “Enérgica actitud del Directorio Obrero”, *Tribuna Liberal*, Cartagena, 26 de abril de 1923.

³³⁴ “La manifestación obrera ante el secretario de gobierno”, *El Porvenir*, Cartagena, 26 de abril de 1923.

Herrera, Pedro Malabet y Adán Simancas (artesanos vinculados al Directorio Obrero Departamental de Bolívar), y por el abogado Demetrio Morillo. Estos artesanos y Morillo, en calidad de presidente del concejo, impulsaron una resolución a través de la cual solicitaron a la asamblea departamental evitar el restablecimiento del contrato de concierto³³⁵. Los debates y acciones previamente citados tuvieron eco entre los diputados bolivarenses, pues el próximo código de policía prohibió el concertaje y expresamente habló de relaciones laborales entre patronos y obreros, dejando de lado el lenguaje de sirvientes y amos que aparecía en los anteriores códigos³³⁶. De manera que líderes artesanales y obreros, así como profesionales y políticos de origen afrodescendiente, incidieron en la eliminación de las formas coercitivas de trabajo que enfrentaron los habitantes pobres, negros y mulatos, en las zonas rurales colombianas. Quienes migraron a los centros urbanos en busca de mejores oportunidades de trabajo se enfrentaron a las nuevas condiciones laborales que el boom exportador impuso en los mismos.

4.4 “A NOSOTROS SE NOS CONSIDERA COMO PARIAS”

Mientras en los contextos rurales los trabajadores de origen afrodescendiente luchaban en contra de las enseñoreadas formas coercitivas de trabajo y por el acceso y uso de la tierra, sus pares en los centros urbanos se enfrentaban a unas relaciones laborales marcadas por los efectos de la proletarización a las que paulatinamente los empujó el boom exportador. Extensión de los horarios laborales, pérdida de independencia y autonomía y disciplinamiento laboral fueron

³³⁵ “El consejo municipal interpreta el sentir del pueblo”, *El Porvenir*, Cartagena, 28 de abril de 1923.

³³⁶ Solano, “Trabajo”, 196.

algunos de las consecuencias que tuvieron que enfrentar los artesanos y obreros de los países latinoamericanos, entre ellos Colombia, en el marco del crecimiento económico que registraron entre 1880 y 1930³³⁷.

En países como Cuba, Brasil, Uruguay o Argentina, los trabajadores negros, aparte de las condiciones laborales previamente mencionadas, tuvieron que confrontar -por su origen racial- unos efectos particulares. El gran número de inmigrantes que recibieron centros urbanos como São Paulo, La Habana, Montevideo y Buenos Aires supuso una fuerte competencia para sus trabajadores negros. El resultado fue el desplazamiento de la mano de obra negra de los oficios mejor remunerados y de mayor técnica, al tiempo que las divisiones inter-étnicas e inter-raciales estuvieron al orden del día en los procesos organizativos que adelantaron los sectores obreros durante las primeras décadas del siglo XX³³⁸.

En Colombia, ante la escasa presencia de inmigrantes, los trabajadores negros no experimentaron el citado desplazamiento, y hasta donde las fuentes lo indican los empresarios nacionales y extranjeros tampoco establecieron un trato diferencial por criterios raciales a la hora de contratar la mano de obra. Las realidades laborales de Cartagena y la Intendencia del Chocó, donde la Población Económicamente Activa estaba integrada mayoritariamente por negros y mulatos, no deja lugar a dudas. La población negra de Colombia enfrentó los efectos del boom exportador que confrontaron sus pares mestizos, indígenas y blancos pobres en distintos centros urbanos del país.

³³⁷ Archila, *Cultura*; David Sowell, *The Early Colombian Labor Movement: Artisans and Politics in Bogotá, 1832-1919* (Philadelphia: Temple University Press, 1992); Gary Long, "The Dragon"; Sergio Paolo Solano, *Puertos, sociedad y conflictos en el Caribe colombiano, 1880-1930* (Bogotá: Ministerio de Cultura/Observatorio del Caribe Colombiano, 2002); McGraw, *The Work of Recognition*.

³³⁸ Andrews, "Black Workers", 13-15.

Los cambios en las condiciones laborales que experimentaron los trabajadores portuarios de Cartagena permiten ilustrar lo anotado. Los braceros, que hacían labores de carga y descargas de mercancías en el muelle La Machina y en el ferrocarril Cartagena-Calamar, tradicionalmente habían gozado de independencia para ofertar su fuerza laboral. Sin embargo, a medida que se hizo necesario formalizar el funcionamiento de la economía portuaria fue imperativo para los empresarios garantizar la presencia de mano de obra suficiente para sus empresas. En este contexto emergen los contratistas, a quienes les otorgaron las atribuciones de realizar la contratación de los braceros y del control y manejo de las mercancías. Esta variación, asegura el historiador Sergio Paolo Solano, implicó que los braceros fueron perdiendo su autonomía en el control de la venta de su fuerza de trabajo y se vieron expuestos a que el pago por sus jornales fuera definido por los contratistas³³⁹. En efecto, en el mes de septiembre de 1903, en febrero de 1910 y en marzo de 1913 el periódico *El Porvenir* registró la reducción del pago de los jornales que estaban experimentando los braceros que laboraban en el muelle La Machina y en el ferrocarril Cartagena-Calamar. Las páginas del citado diario anunciaron en 1910 que los carpinteros de La Machina, ante los crecientes mecanismos de control y subordinación que estaban intentando implementar los contratistas, no contaban con tiempo de descanso suficiente y carecían de condiciones dignas para el buen desempeño de su oficio³⁴⁰.

Las empresas extranjeras que hicieron presencia en los territorios colombianos a finales de la década del diez y comienzos del veinte también incidieron en el desmejoramiento de las condiciones en las que laboraban los trabajadores pobres, entre ellos los negros y mulatos. En Cartagena, la Andean National Corporation, empresa que a partir de 1920 controló el

³³⁹Sergio Solano De las Aguas, *Puertos, sociedad y conflictos en el Caribe colombiano, 1880-1930* (Bogotá: Ministerio de Cultura/Observatorio del Caribe colombiano, 2002), 25-27.

³⁴⁰ Solano De las Aguas, *Puertos*, 94.

funcionamiento del ferrocarril Cartagena-Calamar y del muelle La Machina, intentó imponer condiciones laborales caracterizadas por el trabajo a destajo, bajos salarios y despido de los “elementos nocivos” que alteraran “la armonía” entre los trabajadores y los propietarios de la empresa³⁴¹. En la Intendencia del Chocó, a juzgar por comentarios reproducidos por el *ABC*, los trabajadores de la Chocó-Pacífico también carecían de un trato justo, devengaban bajos salarios y eran declarados cesantes si se organizaban. “A nosotros [trabajadores] se nos considera como parias, sin que el gobierno trate de hacernos valer ante los poderosos”, declaraba un obrero de esta empresa minera en una entrevista publicada por el citado diario. Al referirse al salario que recibían, el trabajador señaló que “el sueldo que nos pagan no sirve para nada”³⁴².

Artesanos, obreros y profesionales de origen afrodescendiente jugaron un papel central en la definición de los límites y alcances de las desventajosas condiciones de trabajo a las que quería condenarlos la proletarización. En la Intendencia del Chocó, donde los obreros y los artesanos no contaron con organizaciones como las que emergieron en otros contextos entre 1910 y 1930, sus habitantes negros a través de comunicados y cartas denunciaron las pésimas condiciones laborales que imponía la Chocó-Pacífico³⁴³.

En Cartagena, los artesanos y obreros que contaban con una estructura organizacional sólida hicieron uso, ante todo, de la nueva forma de participación ciudadana que emergió con la irrupción de los sectores obreros: la huelga. En efecto, esta ciudad fue escenario de la primera huelga general que tuvo lugar en Colombia. En enero de 1918, los trabajadores ferroviarios de la vecina ciudad de Barranquilla declararon la huelga para exigir alzas en sus salarios. Esta huelga

³⁴¹ “De la huelga”, *El Porvenir*, Cartagena, 4 de junio de 1920.

³⁴² “Lo que oí en Andagoya”, *ABC*, Quibdó, 22 de marzo de 1930.

³⁴³ “Carta de los Sres. A. Asprilla y Lucas Díaz Pérez, sobre los asuntos de Opogodó”, *ABC*, Quibdó, 25 de noviembre de 1923; “Atropellos de la Chocó-Pacífico”, *ABC*, Quibdó, 6 de diciembre de 1929; “¿La Chocó-Pacífico está interrumpiendo el laboreo de las orillas del Cértogui por los mazamorreadores pobres?”, *ABC*, Quibdó, 17 de abril de 1925; “Lo que oí en Andagoya”, *ABC*, Quibdó, 22 de marzo de 1930.

pronto se extendió al puerto de Calamar y luego a Cartagena. El ocho de enero los braceros que movilizaban la carga en el muelle La Machina y otros trabajadores portuarios paralizaron sus labores. Bajo el liderazgo de la Sociedad de Artesanos de Cartagena (SAC), convocaron una manifestación que de manera pacífica se dirigió a las oficinas del Gobernador departamental, Enrique J. Arrazola, para que escuchara sus peticiones y sirviera de mediador entre los manifestantes y los patrones. Los buenos oficios del gobernador dieron resultados, pues las partes pactaron reducir la jornada laboral a ocho horas y acordaron realizar un alza proporcional de los jornales dependiendo del monto de los mismos. Al día siguiente, sin embargo, varios empresarios incumplieron lo pactado y la huelga asumió un carácter violento. Armados de palos y machetes, miles de trabajadores se movilizaron por buena parte de las fábricas, almacenes y el mercado público de la ciudad, obligando a los trabajadores a que detuvieran sus labores y se unieran a la protesta. En total, según cálculos de la prensa, no menos de dos mil personas participaron en esta protesta³⁴⁴.

La imagen de cerca de dos mil trabajadores -mayoritariamente negros y mulatos- recorriendo las calles de Cartagena, armados de palos y machetes y paralizando las actividades comerciales, portuarias y fabriles, hizo que salieran a flote supuestas incitaciones a guerras raciales por parte de los manifestantes. Al menos así se deduce de las apreciaciones que realizó el periódico *El Porvenir* sobre José G. Palacín, uno de los manifestantes que fue reducido a prisión. Según este diario, Palacín fue detenido “porque en medio de la turba furiosa era uno de

³⁴⁴ “La huelga de los descargadores”, “Texto del pacto celebrado entre los industriales y obreros ante el gobernador del Departamento” y “Protesta de obreros en La Machina”, *El Porvenir*, Cartagena, enero 10, 11 y 12 de 1918.

los que más clamaba por que se le diera muerte al gobernador y a todos los blancos de la ciudad”³⁴⁵.

Referencias a estos rumores de guerra racial fueron comunes en varios espacios del Caribe desde comienzos del siglo XIX tras la victoriosa revolución protagonizada por esclavos en Haití. Las élites criollas de Cuba, Venezuela o la Nueva Granada temían que las personas de origen afrodescendiente, siguiendo la experiencia haitiana, se levantaran, cuestionaran el orden racial establecido en sus territorios, y estructuraran un orden político y social dominado por negros³⁴⁶. Rumores de guerras raciales emergieron también a comienzos del siglo XX en países como Cuba cuando sectores negros y mulatos crearon clubes sociales, periódicos y un partido político racialmente definido³⁴⁷. En Colombia, al menos en las tres primeras décadas del siglo XX, no se tienen registros –aún- de la existencia de este tipo de prensa negra o de un movimiento político como el Partido Independiente de Color que se organizó en Cuba en 1908.

Discursos y comunicados realizados por algunos de obreros de origen afrodescendiente que lideraron la huelga de 1918 permiten afirmar que la misma, antes que obedecer a una lucha de negros contra blancos, guardaba relación con el desmejoramiento de las condiciones de trabajo que venían enfrentando los artesanos y obreros en un contexto marcado por la escasez y altos costos de los alimentos. Los discursos y peticiones que los miembros de la SAC, entre ellos los tipógrafos Eustorgio Mouthon y Rodrigo Ortiz y Gómez, expresaron e hicieron ante los empresarios y autoridades departamentales confirman lo anotado. Mouthon, en calidad de subsecretario de la SAC, argumentó que la huelga era legítima debido a “la subida de artículos

³⁴⁵ “Lista de los detenidos en la central de la policía, por acusárseles de complicidad en los tumultos del día 9”, *El Porvenir*, Cartagena, 12 de enero de 1918.

³⁴⁶ Lasso, *Myths of Harmony*, 131.

³⁴⁷ De la Fuente, *A Nation for All*, 74-75.

de primera necesidad y lo exiguo de los jornales”³⁴⁸. Ortiz y Gómez, vocal de esta organización artesanal, aclaró que las verdaderas intenciones de la huelga fueron las que quedaron consignadas en el pacto que celebraron con los representantes de los empresarios: reducir la jornada laboral de doce a ocho horas y alza proporcional de los jornales dependiendo del monto de los mismos³⁴⁹.

El rumor de una posible guerra racial, al igual que los propagados por las élites cubanas frente a una protesta liderada por los miembros del Partido Independiente de Color en 1912, perseguía un doble propósito. Por un lado, deslegitimar las reales motivaciones de la huelga; y, por otro, justificar la declaratoria del estado de sitio y la represión armada a la que apeló el gobierno para acabar con la huelga: Las autoridades militares, en nombre de la defensa de la propiedad privada, abrieron fuego en contra de los manifestantes, dejando un saldo de cuatro muertos, numerosos heridos, y ciento sesenta detenidos³⁵⁰.

Los artesanos y obreros, pese a la reacción del gobierno para frenar la primera huelga general del país, siguieron apelando a este mecanismo para mejorar sus condiciones laborales. Las organizaciones obreras que surgieron a la par de la irrupción del Partido Socialista y luego del Partido Revolucionario Socialista intensificaron el número de protestas. Según el historiador Mauricio Archila, los trabajadores portuarios, ferroviarios, petroleros, bananeros y los vinculados a las fábricas que surgieron en el marco del boom exportador realizaron no menos de 141 huelgas en Colombia entre 1919 y 1929³⁵¹.

³⁴⁸ “La huelga de los descargadores”, *El Porvenir*, Cartagena, 10 de enero de 1918.

³⁴⁹ “Texto del pacto celebrado entre los industriales y obreros ante el gobernador del departamento” y “Carta de un artesano”, *El Porvenir*, 11 y 16 de enero de 1918.

³⁵⁰ Lista de los detenidos en la central de la policía, por acusárseles de complicidad en los tumultos del día 9”, *El Porvenir*, Cartagena, 12 de enero de 1918.

³⁵¹ Archila, *Cultura*, 217.

En Cartagena, sus obreros contribuyeron a esta cifra con al menos veinte y tres huelgas durante el citado período. Los braceros, encabezados por el obrero negro Bernabé Picot, siguieron siendo el sector que organizó el mayor número de protestas. Las condiciones laborales que quería imponerles la Andean National Corporation los llevó a adelantar tres protestas en 1920, otras tres en 1923, y una por año en 1925, 1927 y 1928³⁵². Se trataban de huelgas que no obedecían, como declararon en la que adelantaron en 1920, “a nada que tienda a trastornar el orden social”. Aumento del salario, reducción de la jornada laboral y que se respetaran e hicieran efectivos derechos adquiridos por los obreros fueron las motivaciones que estuvieron detrás de estas protestas³⁵³.

Estas mismas pretensiones fueron las que persiguieron miles de trabajadores de la United Fruit Company en Ciénaga, Magdalena, en 1928. Entre el 12 de noviembre y el 6 de diciembre, no menos de 25.000 trabajadores de las plantaciones bananeras se declararon en huelga para exigir que la citada multinacional legalizara las condiciones contractuales que por jornal y sin vinculación directa laboraban en los cultivos de banano. El pliego de peticiones de los huelguistas también incluía el establecimiento de un seguro colectivo obligatorio, reparación por accidentes de trabajo, la construcción de habitaciones higiénicas y descanso dominical remunerado, la eliminación de los comisariatos y mejorar los servicios hospitalarios. Al igual que la protesta de 1918, tras la presión ejercida por la citada multinacional, fue brutalmente reprimida por el gobierno nacional. El patrón fue el mismo: estado de sitio y orden de disparar hacia los manifestantes en nombre de la propiedad privada³⁵⁴.

³⁵² Solano, *Puertos*, 94.

³⁵³ “El Paro en La Machina”, *El Porvenir*, Cartagena, 2 de junio de 1920.

³⁵⁴ Al respecto puede verse Marcelo Buchelli, “Tras la visita del señor Herbert: United Fruit Company, élites locales y movimiento obrero en Colombia”, en: Carlos Dávila Ladrón de Guevara, Comp., *Empresas y empresarios en la historia de Colombia, siglos XIX-XX* (Bogotá: CEPAL/Norma, 2002), 737-770; LeGrand, *Colonización*, 214-216.

Las huelgas adelantadas por los artesanos y obreros, pese a la influencia que ejercían las multinacionales sobre las autoridades nacionales y regionales, se tradujeron en la consecución de derechos laborales. Sectores negros y mulatos, líderes de esas huelgas en algunos contextos, incidieron en el surgimiento de una serie de normatividades laborales que establecieron límites al impacto que la proletarización tuvo sobre los artesanos colombianos. En 1918, luego de la primera huelga general que tuvo como escenario a los centros urbanos de la Costa Caribe, el gobierno nacional aprobó la ley que reglamentó la construcción de casas para obreros. En los años veinte, en el marco del ciclo huelguístico que lideraron las organizaciones socialistas, se expidieron leyes sobre seguros colectivos (1919, 1922), se reglamentó la creación de la Oficina del Trabajo (1924), se aprobaron proyectos de higiene social y descanso dominical (1925), y en varios departamentos, entre ellos Atlántico, la jornada laboral pasó de doce a ocho horas diarias³⁵⁵. Políticos y líderes obreros de origen afrodescendiente, como veremos a partir de la construcción de barrios para obreros, jugaron un rol significativo para que estas normatividades pasaran del papel a la realidad.

4.5 VIVIENDA

Colombia, al igual que otros países latinoamericanos, experimentó un significativo crecimiento poblacional en las tres primeras décadas del siglo XX. De los 4.132.632 habitantes con los que contaba en 1905 pasó a tener 7.851.000 en 1928. Ese ascenso demográfico se notó en los centros urbanos de las dos regiones del país mayormente pobladas: la andina y la costa Caribe. En la

³⁵⁵ Archila, *Cultura*, 241-243.

primera, Bogotá dejó de ser, al decir del historiador Mauricio Archila, una aldea para convertirse en una ciudad que para 1928 contaban con 235.421 habitantes³⁵⁶. En la segunda región, Cartagena, después de su vecina Barranquilla, fue el centro urbano que experimentó el mayor crecimiento poblacional. Esta ciudad que, producto de las luchas por la independencia, las guerras civiles y sucesivas epidemias de cólera, había quedado con 8.603 habitantes en 1871 ascendió a 51.382 en 1918³⁵⁷.

Este progresivo crecimiento de la población, producto ante todo de la migración de trabajadores rurales a las ciudades, transformó el aspecto físico de Cartagena. Hasta los años setenta del siglo XIX sus habitantes mayoritariamente habían residido en los cinco barrios de origen colonial (San Diego, La Catedral, La Merced, Santa Teresa, Getsemaní), todos ubicados al interior de los kilómetros de murallas que la corona española construyó para defender a la ciudad. A medida que fue creciendo su población, barrios de extramuros como El Espinal, Pie del Cerro y Pie de la Popa comenzaron a poblarse de manera sistemática³⁵⁸. Comerciantes, ganaderos y propietarios de fábricas, que por negocios viajaban o residieron en Cuba, replicaron los estilos arquitectónicos de las casas de barrios de La Habana (El Vedado, por ejemplo) y construyeron lujosas quintas que terminaron dando forma al exclusivo barrio de Manga. Estos empresarios también iniciaron la reconstrucción de las decadentes casas coloniales que durante el siglo XIX fueron abandonadas o divididas en accesorias para ser rentadas o dadas en cuido a personas pobres.³⁵⁹

³⁵⁶ Archila, *Cultura*, 57.

³⁵⁷ Adolfo Meisel, “¿La isla que se repite? Cartagena en el censo de población de 2005”, *Documentos de Trabajo sobre Economía Regional* 109 (2009), 2.

³⁵⁸ Meisel, “¿La isla que se repite?”, 5.

³⁵⁹ Las accesorias fueron el equivalente de lo que en Argentina y Uruguay se conoció como conventillos, en Brasil le llamaron cortiços, y en Cuba solares. Andrews, *Afro-Latin America*, 120.

Entre 1910 y 1930, estos factores en conjunto convirtieron el tema de la vivienda en un grave problema social para los habitantes pobres de Cartagena. Éstos, ante la reconstrucción de las casas coloniales, se vieron obligados a salir del centro amurallado y empezaron a construir improvisadas casas en el espacio que quedaba entre el mar y algunos tramos de murallas. Surgieron, entonces, barrios como Pekín, Boquetillo y Pueblo Nuevo que para 1919, según un censo de empadronamiento de la ciudad, sumaban 2.063 habitantes³⁶⁰. Esta medida desesperada resultó insuficiente ante el problema de viviendas que afrontaba Cartagena. En 1918, un periodista local, destacó “la carestía del arriendo de piezas apropiadas para habitarlas” como una de los principales problemas que enfrentaban “las clases menesterosas”³⁶¹. Y con la carestía de casas habitables sobrevino el aumento de los costos de las arrendables. “El bienestar del 90% de los hogares”, decía el periódico *El Mercurio* en abril de 1930, “está siendo afectado por la escasez de casas y el alto costo de los arriendos”³⁶².

En países como Cuba, Panamá o Brasil el tema de la vivienda adquirió unas connotaciones particulares para sus habitantes negros. En los dos primeros, gracias a la presencia o influencia directa de los Estados Unidos en sus territorios, estos sectores fueron testigos y sintieron los efectos de la existencia de barrios, playas y espacios públicos segregados racialmente³⁶³. En Brasil, aunque no se registraron patrones de segregación de esta naturaleza,

³⁶⁰ “Censo o empadronamiento de Cartagena en 1919”, *Boletín Historial* 41 (1918), 251-253.

³⁶¹ “Las afueras de Cartagena”, *La Época*, Cartagena, 25 de noviembre de 1912.

³⁶² “La cuestión del inquilinato en la Federación Obrera”, *El Mercurio*, Cartagena, 9 de abril de 1930.

³⁶³ Sobre la segregación del espacios públicos y urbanos en ciudades como Colón (Panamá) y La Habana (Cuba) respectivamente ver Marixa Lasso, “Nationalism and Immigrant Labor in a Tropical Enclave: The West Indians of Colon City, 1850-1936”, *Citizenship Studies* 17,5 (2014), 553; De La Fuente, *A Nation for All*, 78.

las élites económicas y políticas adelantaron planes de renovación urbana que tuvieron como subtexto valoraciones raciales³⁶⁴.

Colombia, a juzgar por la experiencia de Cartagena, siguió un patrón similar al experimentado por algunos centros urbanos de Brasil. Las élites blancas intentaron construir unas jerarquías urbanas racializadas en el marco de la reconfiguración física que experimentó la ciudad. La vocación turística que miembros de la élite empezaron a imprimirle a Cartagena a partir de la década del diez fue el elemento catalizador de la intersección entre la nueva realidad urbana de la ciudad y las valoraciones raciales planteadas por miembros de la élite blanca. Confiados en que la apertura del Canal de Panamá atraería miles de turistas a Cartagena, fortalecieron las juntas de higiene, crearon la Sociedad de Mejoras Públicas, fundaron la Cámara de Comercio y construyeron hoteles³⁶⁵. Cartagena, como lo expresaba un diario de la ciudad, estaba llamada a convertirse en la futura “perla del Atlántico”, un lugar que “con el magnetismo de su hermosura traerá a sus playas muchos barcos llenos de fuertes capitales y turistas de países lejanos”³⁶⁶.

Los habitantes negros que residían en barrios como Pekín, Boquetillo y Pueblo Nuevo, a los ojos de esta élite anquilosada en su pasado colonial y embebida de las ideas del racismo científico, eran un obstáculo mayúsculo para la futura perla del Atlántico. La solución, según algunas de las voces que abrazaron el proyecto turístico, era clara: estos habitantes negros, como si se tratara de un destino ineluctable, tenían que salir y/o abandonar las áreas centrales que frecuentarían los futuros turistas. En 1918, por ejemplo, el periódico *El Porvenir* reprodujo un

³⁶⁴ Un excelente análisis sobre reformas urbanas, pobreza y raza en Brasil se encuentra en Brodwyn Fischer, *A Poverty of Rights: Citizenship and Inequality in Twentieth-Century Rio de Janeiro* (Stanford: Stanford University Press, 2008).

³⁶⁵ Elisabeth Cunin, *Identidades a flor de piel: Lo negro entre apariencias y pertenencias. Categorías raciales y mestizaje en Cartagena* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2005).

³⁶⁶ *La Época*, Cartagena, 26 de septiembre de 1913.

texto en el que un columnista se quejaba de la presencia de “negritos desharrapados, de una mugre horripilante, o negros ya hechos y derechos, que se bañan en el mar”³⁶⁷. Ese mismo año, Enrique L. Román, quien fue gobernador del Departamento de Bolívar entre 1905 y 1906 y uno de los defensores de este nuevo proyecto urbano, también se opuso a la construcción de casas adicionales en Pekín, Boquetillo y Pueblo Nuevo. “Si se desea invitar al extranjero a visitarla y a conocerla, natural es que comience por alinearse y decorarse debidamente, procurando que esos mismos muros que atraen al turista y amante de la historia muestren en sí esa página impresa por los años, pero que no inspiren repugnancia, sino, antes bien, respeto”, expresó Román desde las páginas del Boletín Historial de la Academia de Historia de Cartagena³⁶⁸.

Las líderes de las organizaciones artesanales y obreras, en este contexto, contemplaron la construcción de barrios obreros y la conformación de ligas de inquilinos como posible solución a la falta de viviendas y al alto costo de los arriendos. La Sociedad de Artesanos de Cartagena y la Liga Obrera centraron sus esfuerzos en la consecución de unos terrenos por parte del distrito de Cartagena para que se construyeran las casas que estaban solicitando³⁶⁹. Durante la década del veinte, el DODB y la FOB, aparte de perseguir esta pretensión, también presionaron para moderar los altos costos de los alquileres. El 17 de noviembre de 1920 el DODB, presidido por José de la O. Pernet, expidió una resolución ante “la situación que vienen confrontando las clases menesterosas con motivo del alza inmoderada de los arrendamientos”. En la misma, les solicitaron a los inquilinos firmar “una petición a los propietarios de fincas” solicitándoles “una

³⁶⁷ “Verdades muy amargas, pero que son verdades”, *El Porvenir*, Cartagena, 2 de octubre de 1918.

³⁶⁸ “Las murallas de Cartagena”, *Boletín Historial* 49 (1918), 209-210.

³⁶⁹ En 1924, Estuardo Herrera, en calidad del DODB, hace un resumen de los pasos que dieron las organizaciones obreras desde finales de la década del diez. Al respecto ver “Sobre barrio obrero”, *El Porvenir*, Cartagena, 22 de julio de 1924.

rebaja del 50% en el precio de los arriendos”³⁷⁰. La FOB, por su parte, designó comisiones “en todos y cada uno de los barrios de la ciudad con el fin de levantar el censo de inquilinos, para constituir los comités seccionales que a su turno deberán elegir a un cuerpo central que se denominará Federación de Inquilinos”. En 1929, bajo la dirección del líder socialista José Morillo, creó el Concejo Inquilinario de Cartagena cuyo secretario general fue el estudiante de derecho Antonio Caballero Cabarcas. Entre los propósitos del citado concejo, figuraba la creación de una comisión permanente de arbitraje para dirimir los conflictos entre propietarios e inquilinos, lograr la baja de los cánones de arrendamiento, y avanzar en el irresuelto problema del barrio obrero³⁷¹.

Artisanos, obreros y profesionales de origen afrodescendiente que fueron electos concejales y representantes a la Cámara abrieron el camino para la consecución de algunos de estos propósitos. Estuardo Herrera, presidente de la LOC y concejal entre 1919 y 1924, logró que el municipio cediera por varios años el 2 por ciento del producto de sus rentas para la compra de los lotes del citado barrio³⁷². Entre 1928 y 1930, el concejal Manuel Esteban Pomares, miembro de la FOB y de la Liga de Inquilinos de Cartagena, presentó varios proyectos para reglamentar la construcción de un barrio obrero. El tipógrafo Pomares justificó sus proyectos señalando que ya habían transcurrido diez años de la aprobación de la ley que reglamentó la construcción de barrios obreros y en Cartagena aún no se había puesto la primera piedra. Expresó, además, que se trataba de una “obra de reivindicación y justicia” con los obreros que gozaban de iguales derechos y prerrogativas que el resto de colombianos. “Nosotros vamos a llegar a la casa de todos ellos a decirle que vosotros sois ciudadanos de una República libre, donde...la Ley ampara

³⁷⁰ “El directorio obrero y el inquilinato”, *El Porvenir*, Cartagena, 18 de diciembre de 1920.

³⁷¹ “Se instaló ya el Csjo. Inquilinario”, *El Mercurio*, Cartagena, 22 de noviembre de 1929.

³⁷² “Luchadores obreros”, *El Combate*, Cartagena, 12 de julio de 1924.

y defiende por igual a todos los colombianos y a todos nos concede los mismos derechos y nos impone los mismos deberes”³⁷³.

El abogado y dirigente liberal Francisco de Paula Vargas Vélez, desde su posición de Representante a la Cámara en el período comprendido entre 1927 y 1929, también elaboró propuestas en esta dirección. Vargas Vélez, tras varios comunicados de la FOB y diversas acciones adelantadas por el Concejo Inquilinario para solucionar el tema de las viviendas, presentó dos proyectos que buscaban regular el tema de los altos costos de los arrendamientos y solucionar el problema de las viviendas³⁷⁴. Las propuestas de Francisco de Paula Vargas Vélez no contaron con el respaldo del Congreso, pero el proyecto de acuerdo presentado por Manuel Esteban Pomares fue aprobado por el concejo de Cartagena y se convirtió en el marco normativo para la construcción de barrios obreros en Cartagena a partir de 1930.

4.6 EDUCACIÓN Y MOVILIDAD SOCIAL

Artesanos y obreros, entre ellos los de origen afrodescendiente, vieron en la educación el mecanismo preciso para que sus hijos adquirieran movilidad social y lograran superar las desigualdades que el pasado colonial y los procesos propios de la República habían impuesto en las condiciones laborales y residenciales de los habitantes pobres. Esa correlación entre educación y consecución de la igualdad la establecieron negros y mulatos libres desde finales del siglo XVIII. En centros urbanos como Cartagena miembros de una emergente clase media de

³⁷³ “Proyecto de acuerdo sobre construcción del barrio obrero”, *El Mercurio*, Cartagena, 18 de diciembre de 1928; “Acuerdo No 25” y “Exposición de motivos”, *Gaceta Municipal*, Cartagena, 30 de agosto de 1929.

³⁷⁴ “Nuevo proyecto de ley sobre construcción de viviendas de obreros”, *El Mercurio*, Cartagena, 22 de octubre de 1929.

artesanos mulatos reclamaron espacios para que a sus hijos les dispensaran su origen racial y pudieran adelantar estudios profesionales³⁷⁵.

Negros y mulatos libres vieron formalizadas sus aspiraciones tras el logro definitivo de la independencia de la corona española y la construcción del ideal de igualdad racial como retórica nacionalista. El acceso a la educación, sin barreras raciales formales, fue instaurado en el territorio que entonces daba forma a la Nueva Granada. Los liberales radicales, intentando consolidar su proyecto de formar ciudadanos, establecieron como obligación de los gobiernos federales y los distritos la financiación de la instrucción pública primaria y secundaria, al tiempo que otorgaban becas para avanzar en su formación profesional a estudiantes de bajos recursos económicos³⁷⁶.

Los regeneradores también hicieron de la educación el mecanismo apropiado para formar ciudadanos virtuosos y católicos. Los miembros de la Unión Republicana la concibieron como la herramienta adecuada para que los habitantes colombianos se apropiaran de los ideales y virtudes propios de la República. “Quien no tiene luz para ver la verdad, será esclavo del propio y ajeno error; quien no está en capacidad de conocer sus derechos y de analizar sus deberes, rendirá vasallaje al más audaz”, señaló el presidente Carlos E. Restrepo al hablar de la importancia de la educación en el discurso que pronunció en el marco de la conmemoración del primer centenario de la independencia de Cartagena³⁷⁷. Los gobiernos subsiguientes al republicanismo, influenciados por el impacto de las ideas del racismo científico, asumieron la

³⁷⁵ Sobre las barreras raciales para acceder a la educación y los tempranos esfuerzos de negros y mulatos en Cartagena por superarlas ver Alfonso Múnera, *El fracaso de la nación: Región, raza y clase en el Caribe colombiano, 1717-1810* (Bogotá: Banco de la República/Ancora Editores, 1998); Víctor Uribe-Urán, *Honorable Lives: Lawyers, Family and Politics in Colombia, 1750-1850* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2000).

³⁷⁶ Willlián Malkun, “Educación y política en el Estado Soberano de Bolívar 1857-1885” (Tesis de maestría, Universidad de Cartagena, 2008), 126.

³⁷⁷ “Discurso del presidente de la República, doctor Carlos E. Restrepo”, *Gaceta Departamental de Bolívar*, Cartagena, 11 de noviembre de 1911.

educación como un mecanismo para asegurar la incorporación a la nación de territorios y habitantes considerados incivilizados. A la usanza colonial, enviaron misioneros a espacios como la Intendencia del Chocó con el claro propósito de llevar a los mismos “la civilización con la insignia de la cruz”³⁷⁸.

Independientemente de la orientación que le otorgaron, los gobiernos colombianos hicieron esfuerzos para ampliar la cobertura de la educación. Estos esfuerzos, sin embargo, fueron infructuosos e ineficientes. En 1918, cuando el número de habitantes de Colombia era de 5.855.077, el porcentaje de personas alfabetizadas era del 32.5%³⁷⁹. Este preocupante porcentaje adquiere dimensiones mucho más dramáticas cuando se analiza la realidad educativa que vivían las regiones. En el Departamento de Bolívar, por ejemplo, menos de la cuarta parte de sus habitantes eran alfabetos. En su capital, Cartagena, aunque las cifras de alfabetización eran mejores (33.7%), el panorama no dejada de ser alarmante: el 66.3% (34.087) de sus 51.382 habitantes no sabían leer ni escribir. En la Intendencia del Chocó, el 71% (37.297) de sus 52.524 habitantes manifestaron no saber leer ni escribir a los encuestadores que realizaron el censo de 1918³⁸⁰.

El panorama en materia de formación universitaria tampoco era muy halagador. La experiencia de Cartagena, que desde 1827 contaba con una universidad de educación superior, sirve para ilustrar lo anotado. En 1881, de acuerdo a un reporte del Colegio del Estado, como se llamaba la Universidad de Cartagena en aquel entonces, en los cinco cursos que hacían parte de la Facultad de Medicina estaban enrolados 22 estudiantes, mientras que en los tres cursos de la

³⁷⁸ “El gran debate sobre las misiones”, *ABC*, Quibdó, 21 de noviembre de 1918.

³⁷⁹ Aline Helg, *La educación en Colombia, 1918-1975: una historia social, económica y política* (Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2001), 36.

³⁸⁰ “Censo levantado el 14 de octubre de 1918”, *Gaceta de la Intendencia*, 27 de julio de 1926.

Facultad de Derecho estaban matriculados 15³⁸¹. Ese bajo número de estudiantes cursando estudios de educación superior se vio reflejado en el reducido grupo de profesionales que tuvo Cartagena durante la primera mitad del siglo XX. Según el censo de 1912, cuando la ciudad contaba con 36.632 habitantes, 114 personas fueron incluidas en la categoría de profesiones liberales. Esta cifra de personas con formación profesional realmente era menor porque, como se deduce del censo de 1918, en la categoría de profesionales liberales se incluyeron indistintamente treinta y seis oficios, entre ellos porteros, impresores, tipógrafos, agrimensores, secretarios, dactilógrafos, taquígrafos. En territorios donde no había institución de educación superior, como el de la Intendencia del Chocó, la presencia de profesionales, como era de esperarse, se hacía aún más escasa: en 1918, en toda la Intendencia únicamente habían veintiocho profesionales³⁸².

La pobreza crónica del Estado colombiano, que dificultaba el nivel de inversiones necesarias para ampliar la cobertura educativa, la construcción de infraestructura y la contratación y capacitación de docentes idóneos, era el factor de mayor peso en la explicación de la dramática situación que enfrentó la educación en Colombia a lo largo del siglo XIX y las tres primeras décadas del XX. Las constantes guerras civiles que obligaban a cerrar los centros educativos para utilizarlos como cuarteles, las precarias vías de comunicación que dificultaban la movilidad de estudiantes y profesores, así como una marcada propensión de los padres de familia a ver sus hijos mayores de ocho años como potencial mano de obra, también hacen parte de este cuadro explicativo³⁸³.

³⁸¹ “Informe del rector del Colegio del Estado”, *Gaceta de Bolívar*, Cartagena, 9 de septiembre de 1881.

³⁸² “Censo levantado el 14 de octubre de 1918”, *Gaceta de la Intendencia*, 27 de julio de 1926.

³⁸³ Helg, *La educación*, 20-26.

Las experiencias de la Intendencia del Chocó y el Departamento de Bolívar permiten afirmar que, además de los obstáculos previamente mencionados, estudiantes y profesionales negros y mulatos –dado su origen racial- enfrentaban unas resistencias particulares tanto para acceder al sistema educativo como para ejercer sus profesiones una vez culminaron sus estudios. Las barreras raciales que tenían que sortear los estudiantes de origen afrodescendiente iniciaban desde su formación básica primaria. Así se deduce de los argumentos expuestos por un Representante a la Cámara que se opuso a un proyecto de ley que buscaba que el gobierno nacional suministrara fondos para la educación elemental en el municipio de Montería, perteneciente en ese entonces al Departamento de Bolívar. Según el congresista, un proyecto de esta naturaleza inevitablemente beneficiaría a unos “cuantos blancos”. En las ciudades capitales, aseveraba, las escuelas terminaban convertidas en “academias exclusivas para las clases elevadas, mientras las familias de las clases humildes, especialmente las de color, enfrentaban numerosas dificultades para educar a su hijos”³⁸⁴.

Las barreras raciales que enfrentaban las estudiantes negras en el Colegio La Presentación de la Intendencia del Chocó corroboran la retorcida lógica del congresista colombiano. Esta institución educativa, aunque de carácter privado, recibía fondos del gobierno intendencial para becar estudiantes de escasos recursos. Regentada por una orden religiosa, La Presentación utilizaba distintos mecanismos para evitar que las niñas de “color humilde” que ingresaban becadas culminaran sus estudios. En 1927, un columnista que firmaba bajo el seudónimo de Edmundo Desalvatierra, afirmó que en este plantel educativo se había vuelto costumbre “separar de las aulas, a los dos o tres años de estudio, a cierta clase de niñas...,

³⁸⁴ “Luis de Greiff al Congreso”, Archivo General de la Nación (AGN), Leyes autógrafas, tomo VI. Bogotá, 22 de agosto de 1922.

pretextando, al tomar tal medida, ser éstas malgeniadas, desaplicadas o descuidadas”. Esta práctica, concluía Desalvatierra, recaía únicamente en “las niñas de cuna humilde”³⁸⁵.

El líder obrero negro y miembro del Partido Liberal de Chocó, Camilo Mayo, al hacer alusión también a la exclusión que se registraba en La Presentación, precisó quienes eran esas “niñas de cuna humilde”. Una de esas fue una de sus hijas, a quien Mayo intentó matricular como estudiante interna. Aunque poseía el dinero para costear los estudios de su hija, la respuesta de las reverendas fue negativa como también le negaron la posibilidad de matricularla como estudiante externa³⁸⁶. Mayo, indignado por la actitud de las reverendas, recogió otros testimonios, entre esos uno de una estudiante de apellido Murillo. Según el relato de Camilo Mayo, la citada estudiante le manifestó que ella deseaba entrar a cursar sus estudios en La Presentación. Al realizar los trámites pertinentes ante las directivas, “le respondieron que habían resuelto no recibir en este año niñas de color humilde”³⁸⁷. Este limitado acceso de las personas de origen afrodescendiente a sus estudios de primaria, aunado a la inexistencia en la Intendencia del Chocó de una institución educativa que otorgara el título de bachiller, incidieron en el escaso número de profesionales negros con que contaba este territorio en las primeras décadas del siglo XX. Según el censo de 1918, de sus 28 profesionales, tres eran mulatos, dos negros y los restantes veintitrés eran blancos³⁸⁸.

Las resistencias que enfrentaron los estudiantes negros y mulatos a nivel de básica primaria y secundaria continuaban en el ámbito universitario. La preocupación de los artesanos que sus hijos adelantaran estudios profesionales originó ansiedades raciales al interior de la élite blanca. En Cartagena, donde su universidad abrió espacios de ascenso social a los artesanos, uno

³⁸⁵ “Un colegio para señoritas”, *ABC*, Quibdó, 5 de febrero de 1927.

³⁸⁶ “Desean una escuela de niñas para mayores de 12 años”, *ABC*, Quibdó, 20 de enero de 1927.

³⁸⁷ “Colegio para señoritas”, *ABC*, Quibdó, 10 de febrero de 1927.

³⁸⁸ “Censo levantado el 14 de octubre de 1918”, *Gaceta de la Intendencia*, Quibdó, 27 de julio de 1920.

de los primeros en expresarse en contra de esa preocupación fue el abogado Gabriel Porras Troconis. En 1915, en calidad de editor de *El Porvenir*, Porras Troconis adelantó una campaña sistemática en contra del interés de los sectores pobres de Cartagena por estudiar profesiones liberales. A través de cuatro editoriales, describió a un grupo de “enfermedades sociales” connaturales a las “clases inferiores”. La más preocupante de todas, aseguraba, era una suerte de “megalogomanía”, de delirio de grandeza que a forma de “germen” se estaba propagando en los habitantes pobres. Según su argumento, artesanos, campesinos e hijos, en vez de seguir contentos trabajando con sus tradicionales serruchos, garlopas o azadones preferían usar herramientas de las profesiones liberales, como el bisturí y la pluma³⁸⁹. Aunque expresados principalmente en términos de clase, los comentarios de Porras Troconis también estuvieron inspirados en valoraciones raciales. Para este abogado, era necesario luchar contra ese “delirio de grandeza” para evitar que los “defectos de las razas inferiores” predominaran en el “organismo nacional en detrimento de las altivas virtudes españolas”³⁹⁰.

Los negros y mulatos que lograron culminar sus estudios superiores debieron enfrentar las resistencias que miembros de las élites colombianas expresaron ante su ascenso profesional. Al menos así se deduce de la experiencia de varios médicos y abogados negros y mulatos de Cartagena. Una vez culminaron sus estudios, algunos de estos profesionales se vincularon a la Universidad de Cartagena para laborar como docentes, decanos y, en ciertos casos, rectores. Otros participaron en la formación de los más importantes centros intelectuales de la ciudad. Manuel F. Obregón, Lascario Barboza, Manuel Pájaro, Francisco Cruz y Bartolomé Escandón, por ejemplo, hicieron parte del grupo de médicos que crearon la Sociedad de Medicina y

³⁸⁹ “Enfermedades sociales. Las profesiones liberales” y “Enfermedades sociales. Observaciones”, *El Porvenir*, Cartagena, 16 y 24 de julio de 1915.

³⁹⁰ “Enfermedades sociales”, *El Porvenir*, Cartagena, 13 de julio de 1915.

Ciencias Naturales de Bolívar en el año de 1888. Obregón y Pájaro también participaron en la fundación de la Academia de Historia de Cartagena en 1911³⁹¹.

Esta ascendente trayectoria académica hizo que miembros de la élite blanca, entre ellos Antonio José Irisarri, reaccionaran ante un posible escenario académico dominado por profesionales de origen afrodescendiente. En 1915, este pedagogo de origen italiano y rector de una institución de educación secundaria, les advirtió a los acudientes de sus alumnos que la práctica de enviar sus hijos a “estudiar al exterior en busca de una absurda aristocratización de la educación” debía finalizar. O de lo contrario, pronosticaba Irisarri, “antes de veinte años Cartagena estará en poder de las clases negras, cuya superioridad intelectual, recorre todos los días una indefinida trayectoria ascendente, y dominarán completamente a las blancas”³⁹². De manera que, aparte de las dificultades propias del sistema educativo colombiano, los estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente – por su origen racial- enfrentaron resistencias que no sólo limitaban sus procesos de movilidad social, sino que ponían en tela de juicio el ideal de igualdad que regía en el orden democrático colombiano.

Negros y mulatos, de forma individual o a través de las organizaciones multirraciales a las que se vincularon y/o crearon, invocaron la noción de igualdad civil para defender su acceso a la educación. Para las agremiaciones artesanales la igualdad civil hacía alusión a la igualdad de posibilidades en la instrucción. Eso implicaba que “todos los hombres tienen la necesidad de poseer cierto grado de instrucción: saber leer, escribir, contar”, al tiempo que no debían “existir

³⁹¹ Horacio Zabaleta, *Réquiem por un viejo hospital* (Bogotá: Tercer Mundo, 1974), 190.

³⁹² Julián Devis Echandía, *La ciudad vencida: La Cartagena de ayer, la Cartagena de hoy* (Bucaramanga: Gómez y Páez, 1937), 179.

profesiones de las cuales puedan ser excluidos los aspirantes”, siempre y cuando cumplieron con “los requisitos necesarios pueden estudiar y ejercer su profesión”³⁹³.

La instrucción, aparte de brindar habilidades académicas, era visualizada como una necesidad política. La sociedad “Fraternidad Humana” que agrupaba al gremio de carpinteros, por ejemplo, argumentaba que sus miembros debían instruirse con el objeto de que no fueran manipulados por los dirigentes políticos y tuvieran pleno conocimiento de sus deberes y derechos.³⁹⁴ La educación de las masas proletarias, decía la plataforma del Partido Socialista acogida por las ligas obreras de Colombia, era imprescindible para que conocieran “sus derechos y deberes recíprocos y los que se relacionen con el Estado”. Insistían en que la educación era necesaria en un orden democrático porque “todo ciudadano debía saberse de memoria cada artículo de la constitución política”³⁹⁵.

Esta pretensión política también guió la defensa que los artesanos y obreros hicieron del ingreso de sus hijos a la Universidad de Cartagena. Ante la idea de que Cartagena estaba sumiéndose en una nueva crisis económica y pobreza general, porque los hijos de los artesanos y labradores se estaban dedicando al estudio de la medicina y el derecho, estos sectores argumentaron que sí era cierto que en vez de seguir la educación de sus padres preferían el estudio de las ciencias, pero que esta situación no era la que explicaba la supuesta crisis. Por lo tanto, sugerían, que “el abandono del martillo por la pluma, de la hoz por el escalpelo”, y el hecho de que “los hijos de los artesanos y labradores siguieran desfilando por las aulas universitarias”, era completamente necesario en un contexto que cada vez más dividía a la

³⁹³ “Instrucción cívica”, *El Penitente*, Cartagena, 26 de marzo de 1911.

³⁹⁴ “Por la instrucción popular”, *El Liberal*, Cartagena, 12 de febrero de 1911; “Al pueblo”, *Voz del Pueblo* Cartagena, 18 de febrero de 1911.

³⁹⁵ “La formación del Partido Socialista en Colombia”, *El Porvenir*, Cartagena, 19 de febrero de 1919.

sociedad entre “opresores y oprimidos”, y donde el derecho estaba “a merced de los tiranuelos” y la riqueza pública y privada concentrada, “sujeta en pocas manos”³⁹⁶.

La relevancia y significados que los artesanos, obreros, estudiantes y profesionales negros y mulatos de Cartagena y la Intendencia del Chocó le otorgaron a la educación se vio representada en los esfuerzos que hicieron para mejorar sus niveles de alfabetización y escolaridad. A través de las organizaciones que lideraban, crearon escuelas nocturnas, abrieron bibliotecas y centros de estudios, y organizaron conferencias sobre ahorro, socialismo, y derechos y deberes de los obreros.

Los esfuerzos que adelantaron por cuenta propia se complementaron con las solicitudes que hicieron a los representantes políticos para que gestionaran ante el gobierno nacional recursos para mejorar la educación en sus regiones. Los habitantes negros del Chocó, ante la exclusión de las niñas de “color humilde” del Colegio La Presentación que las condenaba a laborar como sirvientas, exigieron la creación de un colegio para señoritas. Camilo Mayo, cuya hija fue rechazada del citado centro educativo, fue uno de los que expresó la conveniencia de crear una institución educativa de este tipo. En 1927, luego de que los habitantes de la Intendencia lograron que el presidente Miguel Abadía Méndez nombrara al chocoano Jorge Valencia Lozano como intendente, Mayo le solicitó la fundación de un colegio para mujeres. Argumentaba que, haciendo uso del dinero con que la intendencia subvencionaba al Colegio La Presentación, se podía crear “un plantel de Educación serio... donde se vea que exista la democracia”. El pueblo, señalaba, no podía seguir soportando esa “clase de despotismos” porque “ante Dios y ante la cuna todos somos iguales”³⁹⁷. Edmundo Desalvatierra, el otro columnista del *ABC* que se refirió a los criterios raciales que estaban usando las reverendas para aceptar

³⁹⁶ “Enfermedades sociales”, *La Discusión*, Cartagena, 22 de julio de 1915.

³⁹⁷ “Desean una escuela de niñas para mayores de 12 años”, *ABC*, Quibdó, 20 de enero de 1927.

estudiantes en La Presentación, también apeló al discurso de la igualdad para reclamar el acceso de las niñas negras a los centros escolares. “En los planteles públicos de carácter democrático en su fondo y forma, no caben ni podrán caber jamás las emulaciones ni distinciones propias de las razas”, argumentó Desalvatierra. Tampoco, aseguraba, debían “ponerse en práctica las odiosas distinciones de grandes y pequeños, de ricos y pobres”, pues el único criterio que debía “considerarse, premiarse y distinguirse” era el talento³⁹⁸.

Habitantes negros del Chocó reclamaron el establecimiento de instituciones de educación superior en los principales centros urbanos de la Intendencia. Benito Córdoba, quien se definía como un hijo “del pueblo bajo”, a través de las páginas del *ABC* le solicitó a Reinaldo Valencia, en su condición de Representante a la Cámara, que trabajara en función de dos necesidades. Por un lado, la creación de una escuela de artes y oficios; y por otro, el establecimiento de universidades en Quibdó e Itsmina. Según Córdoba, los habitantes pobres de la Intendencia deseaban que sus hijos adquirieran una formación profesional, pero sus aspiraciones tropezaban “con el gran escollo de carecer de medios con qué mandarlos a otra parte”. Superar esos “escollos” suponía contar con un personal idóneo, libre de la mirada prejuiciada con que se valoraba a los habitantes negros y liberales del Chocó. Las universidades, argumentaba Córdoba, debían ser “regentadas por verdaderos pedagogos, que no miren el color político ni de raza de que somos mayoría, pues el pueblo bajo necesita instrucción y más instrucción”³⁹⁹. En 1929, como quedó consignado en un balance realizado posteriormente sobre el estado de la educación en Chocó, el Intendente Valencia Lozano acogió las sugerencias de Córdoba y Mayo. A través del decreto 145 de 1929, con el fin de “atender a la mejor preparación de las niñas...que por diversas causas no pueden ingresar al colegio privado de señoritas”, ordenó crear una sección

³⁹⁸ “Un colegio para señoritas”, *ABC*, Quibdó, 5 de febrero de 1927.

³⁹⁹ “Una petición al Representante Valencia”, *ABC*, Quibdó, 7 de octubre de 1927.

superior en la Escuela Urbana de Niñas a la que podían acceder las estudiantes sin costo alguno⁴⁰⁰.

Entre 1885 y 1930, entonces, agricultores, artesanos, obreros, estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente hicieron esfuerzos para superar las desigualdades sociales y económicas que el legado colonial y el boom exportador habían generado en Colombia. Desde las organizaciones que presidieron o los cargos políticos que ocuparon, lideraron debates, protagonizaron huelgas y diseñaron políticas sociales y económicas orientadas a mejorar el acceso a la tierra, la educación, la adquisición de viviendas y las condiciones laborales de la población pobre. Algunos debates y disputas que adelantaron, como en el caso del uso y acceso a la tierra, terminaron siendo insuficientes ante el respaldo que los empresarios nacionales y las empresas extranjeras obtuvieron de autoridades gubernamentales. En otros casos, la presión ejercida por los artesanos, obreros, estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente fue fundamental para lograr la defensa del derecho a la educación, fomentar derechos laborales y sindicales. Sin ser racialmente definidas, en contextos como Cartagena y la Intendencia del Chocó, donde clase y raza se traslapaban, los derechos sociales reclamados terminaron beneficiando a su mayoritaria población negra y mulata.

Ahora bien, todas y cada una de las normatividades laborales aprobadas por el gobierno nacional debieron ser exigidas y reclamadas por los artesanos y obreros para que las mismas no quedaran sólo consignadas en los códigos y reformas laborales, sino que se materializaran. La masacre de las bananeras en el Departamento del Magdalena, sin embargo, indicaba que esas disputas estaban lejos de terminar. Sólo que ahora las librarían en un nuevo proyecto de nación. El Partido Conservador, desprestigiado por la citada masacre, sin soluciones para los obreros que

⁴⁰⁰ “El desarrollo de la educación pública en el Chocó”, 12 de octubre de 1933.

habían radicalizado su discurso gracias al influjo de las ideas socialistas y sintiendo los efectos de la crisis económica de 1929, había perdido terreno frente al Partido Liberal en varias ciudades del país. Estos factores en conjunto pusieron fin a cincuenta años de gobiernos de orientación conservadora y dieron paso a la República Liberal. Allí nuevamente, como durante la *República de los Blancos* y la Hegemonía Conservadora, agricultores, artesanos, obreros, estudiantes y profesionales negros y mulatos estarían en el centro de las discusiones sobre raza y ciudadanía.

5.0 CELEBRANDO Y REDEFINIENDO EL MESTIZAJE: LAS ESTÉTICAS DE BASE AFRICANA DURANTE EL ASCENSO DE LA RAZA CÓSMICA, 1930-1947

El 8 de noviembre de 1930, desde las páginas de *El Tiempo* de Bogotá, el cartagenero Jorge Artel publicó el poema “Cumbia”. En ese texto, al parecer su primer escrito con un claro tinte racial, caracterizó ese ritmo y baile de la costa Caribe como “danza negra, danza de mi tierra”⁴⁰¹. Diez años más tarde, Rogerio Velásquez (1905-1965), poeta y escritor negro nacido en la población de Sipí (Chocó), también publicó un poema en el que se nota el uso de un abierto lenguaje racial. En “Canción del éxodo primero”, Velásquez reafirmó su pertenencia a la raza negra y rememoró el martirio vivido por sus ancestros africanos: “Encomendero de fusta para lacerar espaldas/ porque pasáis sin hablar martirizando mi raza”⁴⁰².

La inclusión que Artel y Velásquez hicieron de motivos raciales en sus versos adquiere importancia por tres razones fundamentales. Primero, escritores de origen afrodescendiente reanudaban la narración de las realidades, aspiraciones y prácticas culturales de las gentes negras de Colombia que de manera excepcional había realizado el poeta negro Candelario Obeso a mediados del siglo XIX y que quedó truncada tras su muerte en 1884⁴⁰³. Segundo, anunciaba la

⁴⁰¹ “Poemas de Jorge Artel”, *El Tiempo*, Bogotá, 8 de noviembre de 1931.

⁴⁰² “2 canciones de Rogerio Velásquez”, *ABC*, Quibdó, 20 de noviembre de 1940.

⁴⁰³ Sobre este poeta y su lucha por el reconocimiento de su poesía en el mundo literario de Colombia ver Lázaro Valdelamar Sarabia y Javier Ortiz Cassiani, “La actividad intelectual de Candelario Obeso: entre el reconocimiento y la exotización”, *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica* 9 (2009), 9-34; Jason McGraw, *The Work of Recognition: Caribbean Colombia and the Postemancipation Struggles for Citizenship* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2014), 99-130.

irrupción de un grupo de voces que abierta y públicamente expresaban con orgullo su pertenencia a la raza negra. Y tercero, reflejaba la introducción de nuevos elementos discursivos en los términos de inclusión utilizados por los habitantes negros y mulatos para reclamar la materialización efectiva de la igualdad.

La irrupción de estas emergentes voces negras tuvo lugar en el marco del ascenso triunfal de la “raza cósmica” propuesta por José Vasconcelos. Su ingeniosa idea de considerar la hibridez un atributo, eclipsada institucionalmente en los años 20 en Colombia, ahora era abrazada y posicionada por los gobiernos liberales que dominaron entre 1930 y 1946. Estos gobiernos, intentando distanciarse de las aproximaciones que sobre raza y cultura imperaron durante el régimen conservador, celebraron lo mestizo. Se trató, como lo han sugerido trabajos previos, de una celebración que reprodujo una geografía de la diferencia a partir de valoraciones raciales. Miembros de las élites intelectuales y políticas andinas elaboraron una narrativa según la cual el mestizaje se consolidó en el altiplano colombiano gracias a que su población blanca transmitió sus valores a los indígenas que residieron en esa región, mientras negros e indígenas que habitaban en las costas Caribe y Pacífica se mantenían alejados de la civilización. Siguiendo esta lógica, escritores y dirigentes políticos privilegiaron las manifestaciones de las culturas indígenas andinas, al tiempo que las prácticas culturales de base africana e indígena de las restantes regiones fueron marginadas de las representaciones sociales y culturales en el orden nacional⁴⁰⁴.

Es pertinente, aparte de explorar los procesos que incidieron en los nuevos patrones de identificación racial de estos habitantes negros y mulatos, resolver tres interrogantes aún sin

⁴⁰⁴ Un excelente análisis sobre las representaciones construidas desde los Andes sobre los indígenas se encuentra en Joanne Rappaport, *The Politics of Memory: Native Historical Interpretation in the Colombian Andes* (New York: Cambridge University Press, 1990). Sobre el lugar marginal de los habitantes indígenas y negros en el orden nacional colombiano ver Peter Wade, *Blackness and Race Mixture in Colombia: The Dynamics of Racial Identity in Colombia* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1993).

aclarar en la historiografía colombiana: ¿Cómo lograron posicionar sus propuestas estéticas y culturales en un orden racial que precisamente marginó lo negro en las representaciones de la identidad nacional? ¿Qué impacto tuvieron tales propuestas a nivel local, regional, nacional y transnacional? ¿Qué implicaciones tuvo la articulación del discurso de orgullo racial en los términos de inclusión que venían usando sectores negros y mulatos para reclamar su inclusión efectiva en la nación?

Argumento que, entre 1930 y 1945, poetas, músicos, pintores, escultores, escritores y líderes de origen afrodescendiente de las costas Pacífica y Caribe disputaron un lugar para sus sonidos, geografías, símbolos, dialectos y prácticas culturales en el orden racial de la *República Liberal*. Desde ciudades como Cartagena, Quibdó, Cali, Medellín y la misma Bogotá, publicaron poemas, artículos, ensayos y libros, realizaron e interpretaron composiciones musicales, y elaboraron pinturas o esculturas. Este conjunto de expresiones artísticas, generalmente analizadas de forma desconectada, irrumpen a nivel local y regional y luego se expanden a nivel nacional. Estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente para posicionar las estéticas de base africana hicieron una lectura en clave negra de la idea de “raza cósmica” propuesta por Vasconcelos. Si Colombia era una nación mestiza, caracterizada por la mezcla de indígenas, europeos y negros, las manifestaciones culturales de cada uno de estos tres componentes debían ser incorporadas en igualdad de condiciones en la construcción de la identidad nacional colombiana. Articularon una narrativa en la que la reafirmación del orgullo racial no implicaba un rechazo del carácter mestizo de la nación. Según su lógica, era precisamente ese carácter el que debía abrir espacio a lo negro en una identidad nacional que se basaba en la mezcla de lo indígena, lo blanco y lo negro. La interpretación que hicieron del carácter mestizo de Colombia les permitió defender un espacio para las manifestaciones de base

africana en el orden racial que se estaba forjando, mientras que a través del abierto orgullo racial que desarrollaron dieron forma a un diálogo diaspórico con sus pares en las Américas y, al hacerlo, lograron una relativa transnacionalización de sus propuestas estéticas. En ese diálogo, no se limitaron a reproducir los conceptos raciales provenientes del exterior, sino que también expresaron las concepciones que sobre igualdad racial habían construido a partir de su experiencia como sujetos negros en Colombia.

5.1 LA REPÚBLICA LIBERAL Y EL RETORNO AL MESTIZAJE COMO DISCURSO FUNDACIONAL DE LA NACIÓN

En 1930, tras cincuenta años de gobiernos de orientación conservadora, el Partido Liberal asciende al poder e inicia un proceso de redefinición de la identidad nacional. El gobierno colombiano renunció a la ilusa posibilidad de crear tal identidad a imagen y semejanza de la “blanca” Europa a través de la eliminación de su diversidad racial⁴⁰⁵. Dejando de lado el culto por las tradiciones de origen español que dominó a finales del siglo XIX y la fascinación con las ideas del racismo científico que impactaron en Colombia entre 1910 y 1930, privilegió una narrativa que celebró la mezcla racial. “El país es el crisol donde va lentamente elaborándose uno de los más ricos y confusos mestizajes de que haya rastro en la historia”, afirmó el influyente cronista liberal Armando Solano en uno de sus artículos⁴⁰⁶. El periódico *El Liberal* de Bogotá, principal vocero del gobierno nacional, caracterizó a Colombia en los siguientes términos:

⁴⁰⁵ Una colección de ensayos sobre los cambios culturales durante la República Liberal la ofrece Rubén Sierra Mejía, Ed., *República liberal: Sociedad y cultura* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009).

⁴⁰⁶ Armando Solano, *Glosas y ensayos, 1923-1945*, Hernando Mejía Arias, Comp. (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1983), 283.

“Nación que es el más completo resumen de las razas del planeta, crisol en que se han fundido y se funden a diario el negro, el blanco, el indio y las diversas variedades de mestizos y mulatos entre sí”⁴⁰⁷.

Esta aproximación al mestizaje distaba de la celebración que del mismo hicieran figuras como el libertador Simón Bolívar o el ilustrado liberal José María Samper a principios y mediados del siglo XIX respectivamente. La inicial herramienta que estos líderes visualizaron como propicia para lograr el blanqueamiento se transformaba ahora en una narrativa que subrayaba que Colombia era una suerte de crisol donde se habían mezclado diferentes grupos raciales (negros, indígenas, europeos) para dar origen a una sociedad cuya grandeza radicaba en su carácter mestizo. Es cierto, como lo siguen anotando algunos historiadores colombianos, que en esta celebración del mestizaje estaban presentes elementos que hacían eco de un discurso de mejoramiento étnico⁴⁰⁸. Pero, como ha sido resaltado también por la reciente historiografía sobre los mitos de armonía y democracia racial, leer esta aproximación al mestizaje únicamente como un intento racista de las élites blancas por eliminar todo signo de diversidad racial es perder de vista el potencial liberador que esta narrativa introdujo en un contexto en el que la heterogeneidad racial era el sino de la realidad latinoamericana⁴⁰⁹.

El potencial liberador de esta retórica que exaltaba el mestizaje como base de la identidad nacional se reflejó en la variación que los gobiernos liberales le dieron al tema de la inmigración. Algunos historiadores han anotado que durante la República Liberal se presentaron proyectos de

⁴⁰⁷ “Cómo se origina un problema racial”, *El Liberal*, Bogotá, 21 de diciembre de 1942.

⁴⁰⁸ Pietro Pisano, *Liderazgo político “negro” en Colombia, 1943-1964* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012), 43-45.

⁴⁰⁹ Una revisión crítica sobre los mitos de armonía racial se encuentra en Ada Ferrer, *Insurgent Cuba: Race, Nation and Revolution, 1868-1898* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999); Alejandro de la Fuente, *A Nation for All: Race, Inequality and Politics in Twentieth Century Cuba* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001); Marixa Lasso, *Myths of Harmony: Race and Republicanism during the Age of Revolution, Colombia 1795-1831* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2007); Paulina Alberto, *Terms of Inclusion: Black Intellectuals in Twentieth-Century Brazil* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2011).

inmigración que, inspirados en la experiencia argentina, insistieron en la introducción de inmigrantes europeos para lograr el mestizaje con tendencia al blanqueamiento⁴¹⁰. Pero esos proyectos, antes que representar voces gubernamentales, eran apuestas individuales de miembros del liberalismo o simpatizantes del conservatismo aún nostálgicos del pasado blanco español. Los proyectos de inmigración que se aprobaron con la venia del gobierno nacional dejaron de lado las justificaciones raciales y se ampararon, ante todo, en criterios higienistas o políticos. Las normatividades que reglamentaron el ingreso de inmigrantes sirio-libaneses a finales de la década de 1930 así lo sustentan. El decreto 1194 de 1936, y los decretos 397 y 398 de 1937 que lo reiteraron, reglamentaron la entrada de sirio-libaneses al país a partir de criterios de buena conducta, estado civil, condiciones de salud, haber cumplido o estar exento del servicio militar en su país, y pagar los depósitos de inmigración⁴¹¹.

La plena identificación de los gobiernos liberales con el ideal de armonía racial se expresó también en la defensa de los derechos de la mano de obra negra que migraba a otros países en busca de trabajo. Un caso que ilustra lo anotado tuvo lugar en 1941 en el marco de la contratación de trabajadores de las costas Pacífica y Caribe para laborar en el Canal de Panamá. Ese año, la entonces joven república panameña aprobó una constitución política que estableció nuevos criterios para definir la nacionalidad. Esa constitución, además de catalogar a los grupos afroantillanos como “inmigración indeseada”, incluyó una ley de desnaturalización que privó de la nacionalidad a miles de panameños hijos de afroantillanos⁴¹².

La interpretación de esa medida allende el territorio panameño generó confusiones en sus consules. Según diarios colombianos, entre ellos *El Liberal* de Bogotá, los consules panameños

⁴¹⁰ Pisano, *Liderazgo*, 52-53.

⁴¹¹ Pilar Vargas y Luz Marina Suaza, *Árabes en Colombia: Del rechazo a la integración* (Bogotá: Planeta, 2007), 229.

⁴¹² “Panamá sí ha ordenado rechazar trabajadores colombianos negros”, *El Liberal*, Bogotá, 19 de junio de 1941.

en los puertos de Barranquilla y Buenaventura se estaban negando a “visar los pasaportes de los trabajadores colombianos de la raza negra contratados para las obras de defensa del canal”⁴¹³. El comisionado norteamericano para la contratación de trabajadores en la costa Caribe, Charles King, intervino para hacer algunas aclaraciones. Desde la zona bananera de Ciénaga (Magdalena), hizo saber al Ministerio de Trabajo que “podía seguir haciendo las listas para los enganches incluyendo a obreros de todas las razas, pues el gobierno panameño solo prohíbe la entrada a su país de negros cuyo idioma original no sea el español”. Esta información no fue suficiente para el inspector de trabajo del Departamento de Bolívar, Reinaldo Valencia, quien envió un comunicado al Ministerio de Trabajo solicitando mayor claridad. Valencia, ex director del diario *ABC* de Chocó y residente ahora en Cartagena, preguntó “si incluía o no a los trabajadores de raza negra en el censo que estaba haciendo para efectos del enganche”⁴¹⁴. En respuesta al comunicado de Valencia, el Ministro expresó que “el censo se adelantará en las mismas condiciones en que se había iniciado, es decir, incluyendo a todos los obreros que se muestren dispuestos a ir a trabajar al canal”. La razón, según el Ministro de Trabajo era clara: “Colombia no puede aceptar diferencias raciales, porque ellas van contra todos los principios democráticos”⁴¹⁵. No queda duda que en los territorios latinoamericanos, como lo sugiere el historiador Alejandro de la Fuente, “the rhetorical exaltation of racial inclusiveness as the very essence of nationhood has made racially defined exclusion considerably more difficult”⁴¹⁶.

Este marcado rechazo desde las esferas gubernamentales a ideas, proyectos y acciones que se justificaran a partir de la exclusión racial se complementó con un discurso inclusivo que le

⁴¹³ “Las diferencias raciales no se admiten en Colombia”, *El Liberal*, Bogotá, 17 de junio de 1941.

⁴¹⁴ “Colombia no puede aceptar diferencias raciales, por ser contrarias a la democracia”, *El Liberal*, Bogotá, 14 de junio de 1941.

⁴¹⁵ “Las diferencias raciales no se admiten en Colombia”, *El Liberal*, Bogotá, 17 de junio de 1941.

⁴¹⁶ De la Fuente, *A Nation for All*, 8.

asignó un nuevo lugar a lo popular en la nación. Los presidentes Alfonso López Pumarejo (1934-1938 y 1942-1945) y Eduardo Santos (1938-1942) implementaron programas culturales y educativos cuyo propósito central era identificar elementos que sirvieran de base para cimentar la nueva identidad nacional⁴¹⁷. En 1935, bajo la dirección del Ministro de Educación Luis López de Mesa, se presentó el Proyecto de la Cultura Aldeana, una apuesta por “vulgarizar” y llevar “cultura” a todas las regiones del país⁴¹⁸. Seis años más tarde, con el liderazgo del etnólogo francés Paul Rivet, se fundó el Instituto Etnológico Nacional⁴¹⁹. En los años cuarenta también tuvo lugar la realización de la Encuesta Folclórica Nacional (1942), se formó la Comisión Nacional del Folclor (1943), y se creó la *Revista Colombiana del Folclor* (1946). Según el historiador Renán Silva, a través de este conjunto de acciones educativas y culturales, se institucionaliza en Colombia el concepto de folclor para referirse a la cultura popular⁴²⁰.

En países como Brasil y Cuba, esta exaltación de lo popular -en el marco de la veneración de lo mestizo- se tradujo en una revaloración de los ritmos y manifestaciones culturales de origen africano. En Brasil, la samba y el capoeira, proscritos en el marco del discurso del blanqueamiento que primó entre 1880 y 1930, fueron popularizados en los mandatos de Getulio Vargas (1930-1937, 1937-1945)⁴²¹. Igual dinámica ocurrió con ritmos y religiones de

⁴¹⁷ Aline Helg, *La educación en Colombia: 1918-1957. Una historia social, económica y política* (Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2001), 146-150.

⁴¹⁸ Helg, *La educación en Colombia*, 152-154.

⁴¹⁹ Roberto Pineda Camacho, “Cronistas contemporáneos: Historia de los institutos etnológicos de Colombia (1930-1952)”, en: Carl Henrik Langebaek y Clara Isabel Botero, Eds., *Arqueología y etnología en Colombia: La creación de una tradición científica* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2009), 130-131.

⁴²⁰ Renán Silva, *República liberal, intelectuales y cultura popular* (Bogotá: La Carreta Editores, 2005), 227.

⁴²¹ Bryan McCann, *Hello, Hello Brazil: Popular Music in the Making of Modern Brazil* (Durham: Duke University Press, 2004).

origen africano en Cuba bajo la presidencia de Gerardo Machado y luego en el régimen del dictador Fulgencio Batista⁴²².

En Colombia, en contraste, el pasado de las culturas indígenas fue el que ocupó un lugar de privilegio durante la exaltación de lo popular liderada por los gobiernos de la República Liberal⁴²³. Desde espacios institucionales se escucharon voces y se organizaron actividades que exaltaban el pasado indígena colombiano. En 1941, en honor a la “memoria de los aborígenes que habitaban en el valle de los alcázares al iniciarse el período de la conquista”, el concejo municipal de Bogotá estableció el 11 de noviembre como fecha para celebrar la “Fiesta del Indio”⁴²⁴. La embajada de Colombia, para conmemorar los aniversarios de la Independencia de Colombia en el exterior, organizó exposiciones artísticas con las obras de pintores y escultores cuyos motivos centrales eran las culturas indígenas que habitaron en los Andes⁴²⁵.

El lugar representacional otorgado al pasado indígena en Colombia, frente a la centralidad que tuvo lo negro en Brasil y Cuba, se explica -en parte- por las particularidades raciales de estas tres naciones. Los dos últimos países de manera temprana dejaron de contar con la presencia significativa de sus componentes indígenas y la consolidación de la esclavitud durante el siglo XIX fortaleció una vibrante cultura popular de fuerte raigambre africana. En la década del treinta, en el marco de la búsqueda por lo autóctono, los gobiernos populistas de Cuba y Brasil apelaron entonces a manifestaciones culturales de su población negra para dar forma a sus retóricas de armonía racial. Estas narraciones de negros que habían convivido pacíficamente con los otros grupos raciales, como lo advierte Paulina Alberto para el caso de Brasil, eran claves

⁴²² Robin Moore, *Nationalizing Blackness: Afro-Cubanismo and Artistic Revolution in Havana* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1997).

⁴²³ Rappaport, *The Politics of Memory*.

⁴²⁴ “Instituida la fiesta del indio en Bogotá”, *El Liberal*, Bogotá, 30 de noviembre de 1940.

⁴²⁵ Álvaro Medina, “La Bachué de Rómulo Rozo en el contexto suramericano”, en: Álvaro Medina, Ed., *La Bachué de Rómulo Rozo: un icono del arte colombiano* (Bogotá: Editorial Bachué, 2013).

en sociedades que, tras la eliminación tardía de la esclavitud, concedieron la ciudadanía a los miles de esclavos que recibieron en el siglo XIX⁴²⁶. En Colombia, tanto negros como indígenas (más los primeros que los segundos) tenían una presencia demográfica significativa en distintos lugares de la geografía nacional. Sin embargo, desde la década del veinte el grupo étnico que venía despertando mayores ansiedades raciales, al interior del gobierno nacional, era el de las comunidades indígenas. Líderes de este origen étnico, como Manuel Quintín Lame en el Cauca, crearon ligas y organizaciones que a través de levantamientos defendieron sus resguardos y territorios colectivos⁴²⁷.

La conexión que artistas, intelectuales y políticos colombianos desarrollaron con México también fue definitiva en la celebración de lo indígena. Aparte de la ya descrita apropiación que hicieron de las ideas de José Vasconcelos, varios artistas colombianos se identificaron con las obras de los muralistas mexicanos. Entre esos artistas, se destacaron, entre otros, los pintores y escultores Rómulo Rozo, Luis Alberto Acuña, Pedro Nel Gómez, Gonzalo Ariza, e Ignacio Gómez Jaramillo. Estos artistas se declararon admiradores de los trabajos de Diego Rivera, Alfaro Siqueiros, y Clemente Orozco. En una entrevista reproducida por el diario *El Liberal* de Bogotá, Luis Alberto Acuña expresó que “el arte nacional mexicano se ha colocado a la vanguardia en América”, gracias a su “tradición doblemente milenaria y por la idiosincrasia de sus habitantes que recibieron con el mestizaje lo más bravo de la raza indígena...y lo más árido de la raza española”. Antes del arte mexicano, anotó Acuña, “nuestra posición no era otra que la de meros plagiarios del arte que nos venía de fuera. Siqueiros y Rivera, no son otra cosa que los heraldos de la liberación de cánones europeos”⁴²⁸, concluye Acuña.

⁴²⁶ Alberto, *Terms of Inclusion*, 8.

⁴²⁷ Rappaport, *The Politics of Memory*, 117-141.

⁴²⁸ “Luis Alberto Acuña”, *El Liberal*, Bogotá, 3 de agosto de 1942.

Esta conexión con los muralistas mexicanos se vio reflejada en los motivos que artistas como Luis Alberto Acuña o Rómulo Rozo resaltaron en sus obras. Campesinos, obreros y, sobre todo, dioses, diosas, figuras y formas indígenas aparecieron una y otra vez en sus creaciones artísticas. Precisamente, una escultura de Rozo, “La Bachué”, realizada en honor a la madre primigenia del pueblo Muisca, inspiró a un grupo de pintores y escritores que a partir de 1930 contribuyeron a exaltar lo indígena. Conocida como los Bachués, esta generación de artistas y escritores, que también siguieron de cerca el pensamiento indigenista del peruano José Carlos Mariátegui, se propuso “colombianizar a Colombia”. Se trataba, como lo sugiere el historiador del arte Álvaro Medina, de un intento por nacionalizar la literatura y el arte a partir de un doble ejercicio: revivir el pasado y, a la vez, estar abierto a las corrientes de renovación⁴²⁹.

Los periódicos de los movimientos de izquierdas que surgieron a partir de 1930 se unieron a esta exaltación de lo indígena dentro del arte nacional. Por ejemplo, *El Unirismo*, órgano del movimiento Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR) formado por Jorge Eliecer Gaitán en 1933, dedicó varios artículos a las obras de los Bachués, al tiempo que publicó perfiles y comentarios sobre Siqueiros, Rivera y Orozco⁴³⁰. La orientación que Paul Rivet le imprimió al Instituto Etnológico Nacional también jugó un papel fundamental en el privilegio que desde el mundo andino se le otorgó a lo indígena. Rivet, reconocido internacionalmente por sus investigaciones sobre los pueblos amerindios, lideró trabajos de campos en la Amazonía, la Guajira, el Magdalena, Santander, el Cauca, Nariño y otras zonas del país. Los resultados de esta

⁴²⁹ Medina, “*La Bachué*”.

⁴³⁰ “El arte, espíritu de clases”, “Diego Rivera” y “La magna obra de Orozco”, *El Unirismo*, Bogotá, 5 y 19 de julio y 16 de agosto de 1934.

serie de expediciones sirvieron de base para la publicación de libros y la realización de exposiciones en museos⁴³¹.

De manera que la centralidad que se le otorgó a un grupo racial frente al otro tuvo implicaciones significativas en las identidades nacionales que se construyeron en estas naciones entre 1930 y 1945. En Brasil, por ejemplo, las comunidades indígenas que inicialmente fueron utilizadas para darle forma a los discursos de armonía racial desaparecieron de las representaciones sociales y culturales. Ahora, las prácticas culturales de base africana se movieron hacia el centro de las formulaciones oficiales y populares de la identidad nacional⁴³². En Colombia, el privilegio que se le otorgó a lo indígena marginó las prácticas culturales de las comunidades negras de los referentes oficiales de la identidad nacional que se construyó durante la República Liberal. Escritores, poetas, músicos, escultores, pintores y líderes de origen afrodescendiente de las regiones Caribe y Pacífica serían los encargados de superar esa marginalidad y reclamar un espacio para sus manifestaciones artísticas.

5.2 UNA NUEVA CONCIENCIA RACIAL

Estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente, al igual que durante la *República de los blancos*, adelantaron debates y acciones para navegar el régimen de representación racial que establecieron los gobiernos liberales. En esta oportunidad, sin embargo, un grupo significativo de ellos lo hizo asumiéndose, además de ciudadanos mestizos, como negros. El poeta cartagenero Jorge Artel (1909-1994) fue uno de los primeros que a nivel nacional abiertamente reconoció su

⁴³¹ Pineda Camacho, “Cronistas contemporáneos”, 130-131.

⁴³² Alberto, *Terms of Inclusion*, 11.

pertenencia a la raza negra. En 1932, en una carta publicada en el diario *El Tiempo*, se declaró “el único interprete fiel de la raza negra en Colombia”. Antes de él, afirmaba con contundencia, lo que existía en la costa Caribe era una “mulatería burguesa” que a todo momento vivía “ocultando su color de piel como una maldición”⁴³³.

El tono utilizado por Artel en la citada carta reflejaba el sentimiento de orgullo racial que desarrollaron algunos sectores negros y mulatos a partir de 1930. Al igual que ocurrió en Estados Unidos⁴³⁴, las oleadas migratorias que tuvieron lugar con los procesos de modernización e industrialización jugaron un papel central en el surgimiento de esta conciencia racial. En los años treinta y cuarenta, Bogotá, Medellín, Cali y Cartagena recibieron legiones de habitantes de las zonas rurales que llegaban en busca de oportunidades laborales y de estudio, entre ellos varios negros y mulatos. Jorge Artel, precisamente, fue uno de los que salió de su natal Cartagena. Artel, quien nació en el barrio Getsemaní, realizó estudios de bachillerato en el Instituto Politécnico Martínez Olier (1929), laboró como aprendiz de tipografía en *El Diario de la Costa*, y luego inició su formación como abogado en la Universidad de Cartagena. En los años finales de la década del 20, Artel, aparte su ya mencionada pertenencia al Círculo de Intelectuales Marxistas de Cartagena, era un asiduo colaborador en medios periodísticos de Cartagena. En 1930, según lo establecido por el crítico literario Laurence E. Prescott, viaja a Bogotá a continuar sus estudios de derecho, establece vínculos con la vanguardia izquierdista y literaria del país, y sus escritos comienzan a aparecer en los principales diarios de Bogotá⁴³⁵.

⁴³³ “La literatura negra en la Costa”, *El Tiempo*, Bogotá, 6 de julio de 1932.

⁴³⁴ Henry Louis Gates, Jr. y Gene Andrew Jarret, Eds., *The New Negro: Readings on Race, Representation, and African American Culture, 1892-1938* (Princeton: Princeton University Press, 2007); Lara Putnam, *Radical Moves: Caribbean Migrants and the Politics of Race in the Jazz Age* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2013).

⁴³⁵ Laurence E. Prescott, *Without Hatreds or Fears: Jorge Artel and the Struggle for Black Literary Expression in Colombia* (Detroit: Wayne State University Press, 2000), 66-68.

Los hermanos Manuel, Juan y Delia Zapata Olivella, también en busca de formación educativa, salieron de su lugar de origen. Hijos de un profesor, periodista y líder socialista negro, los Zapata Olivella nacieron en la población de Lorica (para entonces Departamento de Bolívar), y luego se trasladaron a Cartagena a realizar sus estudios de bachillerato en la Universidad de Cartagena. Allí Manuel y Juan se interesaron en la medicina, mientras Delia empezó a cultivar su interés por las artes escénicas y plásticas. Juan se hizo médico en esta institución de educación superior, y Manuel y Delia escogieron la Universidad Nacional en Bogotá para adelantar su formación en medicina y escultura respectivamente⁴³⁶.

Estudiantes de la costa Pacífica que posteriormente se destacaron como escritores y activistas también hicieron parte de esta generación de estudiantes que dejaron sus lugares de orígenes y se ubicaron en ciudades como Medellín o Bogotá. Aparte de los ya mencionados Diego Luis Córdoba, Adán Arriaga Andrade, y Manuel Mosquera Garcés, en los años treinta y cuarenta estudiantes negros como Primo Guerrero, Julián Mayo, Ramón Lozano Garcés o el mismo Rogerio Velásquez, salieron de la Intendencia del Chocó y se ubicaron en algunas de estas dos ciudades. El estudiante y líder negro Natanael Díaz (1919-1964) partió de Puerto Tejada (Cauca) hacia Bogotá a cursar estudios profesionales, mientras que los primos Marino y Víctor Viveros siguieron una trayectoria similar, al salir de la pequeña población de Guapi en el norte del Cauca y establecerse también en la capital de la República⁴³⁷.

El tránsito que hicieron algunos de estos negros y mulatos de sociedades mayoritariamente negras y mestizas a contextos demográfica y culturalmente blancos (Bogotá, Medellín), o a centros urbanos caracterizados por fuertes jerarquías raciales (Cartagena, Cali),

⁴³⁶ Alfonso Múnera, “Manuel Zapata Olivella y la nación inclusiva”, en: Alfonso Múnera, Ed., *Manuel Zapata Olivella: Por los senderos de mis ancestros* (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010), 11-43.

⁴³⁷ Un análisis del pensamiento racial de varios de estos líderes negros de la costa Pacífica aparece en Pisano, *Liderazgo*.

incidió en sus procesos de auto-identificación racial. Manuel Zapata Olivella fue quien expresó con mayor claridad cómo ese proceso migratorio marcó de una vez y para siempre la forma en que él y sus hermanos Juan y Delia entendieron su realidad racial y la de sus pares en otros contextos. En 1990, cuando Manuel era ya un reconocido escritor, rememoró en su obra *Levántate mulato* las implicaciones identitarias que tuvo la llegada a una ciudad mayoritariamente blanca. En Bogotá no sólo conoció -por comentarios de estudiantes como Natanael Díaz- la realidad racial que vivían sus pares negros en la Intendencia del Chocó, el Cauca y otros contextos urbanos y rurales de esta región. También, según su relato, él y su hermana Delia enfrentaron miradas despectivas que fueron definitivas para saberse y sentirse negros. “Adquirimos conciencia de sus prejuicios cuando se nos llamaba negros con ‘alma blanca’” o al insinuar que “el color negro nos ofendía”, recuerda al escritor refiriéndose a como lo percibían los habitantes blancos de Bogotá⁴³⁸.

Los movimientos de izquierda que surgieron a partir de 1930 también contribuyeron a dar forma a los niveles de auto-identificación racial que desarrollaron varios de los estudiantes, obreros y profesionales de origen afrodescendiente de las costas Pacífica y Caribe. Estos movimientos, a diferencia de los que surgieron en la década del 20 en Colombia, debatieron si le otorgaban centralidad al tema racial al interior de sus plataformas ideológicas o sostenían que era una máscara que ocultaba un problema que en el lenguaje marxista de la época tenía mayor relevancia: la lucha de clases. Líderes obreros y estudiantes de las costas Pacífica y Caribe, vinculados a estos movimientos, participaron de estos debates. En 1936, desde las páginas de *Unión y Trabajo* (órgano del Sindicato Industrial de Trabajadores del Ferrocarril de Antioquia), el estudiante negro Ramón Lozano Garcés llamó la atención sobre la importancia de la variable

⁴³⁸ Manuel Zapata Olivella, *Levántate mulato: Por mi raza hablará el espíritu* (Bogotá: Rei Andes, 1990), 185.

racial para conceptualizar el tema de las desigualdades sociales. Según Lozano Garcés, “entre los factores que hacen disímiles las manifestaciones de esta República, la geografía y la raza se llevan la supremacía”. Por tanto, argumentaba, era imperativo “establecer una cuestión trascendental para (la) unidad revolucionaria: los métodos distintos de acción a que se acogen los trabajadores colombianos determinados por la geografía y su hija mayor que es la raza”⁴³⁹. Algunos, como el estudiante negro Julián Mayo, no dudaron en afirmar que existía una intersección entre raza y clase. “Los mismos sometidos a los rigores del problema clasista, es decir, los mismos desposeídos, son los NEGROS”⁴⁴⁰, concluyó en un análisis que realizó sobre la realidad política y económica de los habitantes de Chocó.

Los procesos migratorios internos descritos, aunados a los debates sobre la incorporación de variables raciales en las plataformas de los partidos de orientación marxista y socialista, derivaron no sólo en el desarrollo de una nueva conciencia racial, sino en el deseo de expresarla y defenderla abiertamente. Juan Zapata Olivella, en un perfil que realizó sobre Natanael Díaz, expresó con orgullo esa identificación racial: “Natanael Díaz se siente íntegramente negro como yo; negro orgulloso de la gran riqueza melanica (sic) que tiene el forro epidérmico de su cuerpo”, escribió desde el *Diario de la Costa*⁴⁴¹. Este grupo de estudiantes y profesionales, junto a otros que emergieron a partir de 1930, se encargaron, como veremos, de exaltar lo negro a nivel local, regional, nacional y transnacional.

⁴³⁹ “Geografía y raza”, *Unión y Trabajo*, Medellín, 3 de febrero de 1936.

⁴⁴⁰ “La realidad política del Chocó”, *El Herald de Antioquia*, Medellín, 8 de junio de 1935.

⁴⁴¹ “Natanael Díaz”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 5 de febrero de 1944.

5.3 “LA POESÍA, LA MÚSICA Y EL ARTE NEGRO ANDAN SUELTOS DE REGLAMENTOS DE TRÁNSITO”

Negros y mulatos irrumpieron en la vida cultural de sus ciudades con poemas, canciones, cuentos, ensayos y novelas en las que plasmaron el discurso de orgullo racial que ahora defendían. Tanto en Cartagena como en Quibdó, los poetas negros se preocuparon por establecer a través de sus creaciones los vínculos existentes entre su realidad racial y la de sus ancestros africanos. Esa intención se ve reflejada en los poemas de Jorge Artel titulados “Negro soy” y “La voz de los ancestros”. En ambos, el yo poético reconstruye ese vínculo dejando claro a qué mundo racial pertenece y rememorando las vivencias de los esclavos y asumiendo éstas como propias. “Negro soy desde hace muchos siglos/ poeta de mi raza, heredé su dolor”,⁴⁴² expresó en el primer poema. En el segundo, el yo lírico entona: “¡Oigo galopar los vientos / temblores de cadena y rebelión/ mientras yo –Jorge Artel– galeote de un ansia suprema/ hundo remos de angustias en la noche!”⁴⁴³.

Un contenido similar se halla en las creaciones de los poetas Ramón Lozano Garcés, Jesús Becerra Moreno y Armando Echeverry Orozco, oriundos de Quibdó. “Jeroglífico indio-africano”, fue la figura narrativa utilizada por Lozano Garcés en “Recuerdo parlante del Chocó” para definir a ese territorio⁴⁴⁴. Becerra, por su parte, le restaba importancia al hecho de carecer de algún tipo de linaje y declaraba orgulloso su vínculo con África. “No ostento pergaminos de cuna ni de raza/porque como hijo de África color de ébano soy”, declaró en uno de sus poemas. Lo propio hizo Echeverry Orozco quien, en varios de sus poemas expresó, como lo anotaba un

⁴⁴² Jorge Artel, *Tambores en la noche* (Cartagena: Universidad de Cartagena, 2009 [1940]), 41.

⁴⁴³ “La voz de los ancestros”, *El Mercurio*, Cartagena, 14 de enero de 1934.

⁴⁴⁴ “Recuerdo parlante del Chocó”, *ABC*, Quibdó, 30 de noviembre de 1930.

comentarista del *ABC*, “el nostálgico lamento de un África atávica”⁴⁴⁵. En otras ocasiones, como lo hizo Rogerio Velásquez en el poema “Arrullos para el niño negro”, retomaban las canciones de cunas de los esclavizados para enfatizar sus ansias de libertad: “Arrurú, mi nene/arrurú mi sal/ojalá que sueñes con tu libertad”⁴⁴⁶.

La pintura y escultura también fueron espacios que sintieron los efectos de la exaltación y reivindicación de las tradiciones y realidades culturales de las comunidades negras. En Quibdó, por ejemplo, el escultor y pintor negro José Laó Moreno, nacido en la población de Cértegui y formado en la Escuela de Bellas Artes de Bogotá, dedicó varias de sus obras a los bogas y a los trabajadores de las minas del Chocó⁴⁴⁷. En Cartagena, obras pictóricas centradas en temas asociados a la cultura negra también hicieron parte del catálogo de los pintores Martín Banquez Pérez y José Wilfrido Cañarete (1868-1967)⁴⁴⁸.

La música fue otra manifestación cultural a través de la cual los habitantes de origen afrodescendiente de ambas costas expresaron la sensibilidad que estaban desarrollando frente a lo negro. Los sonidos típicos del Chocó fueron popularizados por orquestas y sextetos integrados por habitantes negros de la Intendencia⁴⁴⁹, mientras que en Cartagena la Jazz Band Lorduy y la Orquesta A Número 1 de José Pianeta Pitalúa seguían popularizando los ritmos y bailes que habitantes negros y mulatos ponían en escena en los carnavales de la ciudad⁴⁵⁰. Músicos

⁴⁴⁵ “Página poética”, “Armando Orozco, verdad esplendorosa de la poesía chocoana”, *ABC*, Quibdó, 20 de noviembre de 1940 y 11 de septiembre de 1942.

⁴⁴⁶ “2 canciones de Rogerio Velásquez”, *ABC*, Quibdó, 20 de noviembre de 1940.

⁴⁴⁷ “Editorial”, *ABC*, Quibdó, 5 de diciembre de 1942.

⁴⁴⁸ Isabel Cristina Ramírez Botero, “La Primera Feria de Arte de Cartagena de Indias en 1940. Fracturas del orden cultural centenarista y enunciación de una vanguardia artística local”, en: Alberto Abello Vives y Francisco Javier Flórez Bolívar, Eds., *Los desterrados del paraíso: Raza, pobreza y cultura en Cartagena* (Barranquilla: Icultur/Editorial Maremágnum, 2015), 340.

⁴⁴⁹ “Música chocoana”, *ABC*, Quibdó, 11 de agosto de 1942.

⁴⁵⁰ Edgar Gutiérrez, “Las fiestas de la independencia de Cartagena de Indias: reinados, turismo y violencia (1930-1960)”, en: Edgar Gutiérrez y Elisabeth Cunin, Eds., *Fiestas y carnavales en Colombia* (Medellín: La Carreta Editores/Universidad de Cartagena, 2006), 136.

mestizos provenientes de las provincias del Departamento de Bolívar continuaron llegando a Cartagena, entre ellos Adolfo Mejía y Luis E. Bermúdez. Mejía, quien nació en el distrito de Sincé, alternó sus estudios de bachillerato en la Universidad de Cartagena con los de música en el Instituto Musical de esta ciudad, mientras Bermúdez, natural de El Carmen de Bolívar, organizó la Orquesta Caribe. Estos dos músicos, aparte de sus orígenes provinciales, tuvieron en común su marcado interés por los ritmos populares de la costa Caribe colombiana. Inspirados en la nueva sensibilidad que los escritores y activistas negros estaban forjando por las estéticas de base africana, estos músicos mestizos compusieron e interpretaron porro, cumbia y el mapalés. En 1938, por ejemplo, la Orquesta Caribe grabó “Prende la vela”, un mapalé que recrea los bailes que realizaban los habitantes negros y mulatos de Cartagena en sus playas⁴⁵¹.

La presencia en la prensa de escritores negros que se reconocían como tales fue definitiva para darle difusión a cada una de estas manifestaciones artísticas. Algunas veces publicaban poemas que asociaban tales ritmos y bailes de origen negro e indígena con sus geografías. “¡Cumbia! – ¡Danza negra, danza de mi tierra! –”⁴⁵², afirma Artel sin rodeos en el poema “La cumbia”. En otras oportunidades, hicieron defensas del valor artístico de ritmos como el porro o la cumbia. Manuel Zapata Olivella, en los años cuarenta, fue uno de los que más insistió en resaltar la valía de los géneros autóctonos. “Que no es música clásica, que es mala, vulgar, no importa, todos la sienten y eso vale más para nosotros que toda la literatura musical del mundo”, expresó en defensa del porro. Aseguraba, entonces, que varios de los cultores de los géneros

⁴⁵¹ Sobre el rol de estos tres músicos ver Peter Wade, *Music, Race and Nation: Música Tropical in Colombia* (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 47-50.

⁴⁵² “Poemas de Jorge Artel”, *El Tiempo*, Bogotá, 8 de noviembre de 1931.

populares, entre ellos Pianeta Pitalúa, Mejía y Bermúdez, merecían “la más profunda consideración porque ellos aman y nos dan nuestra música”⁴⁵³.

La exaltación y defensa de las manifestaciones artísticas de base africana también la hicieron a través de los periódicos y revistas que crearon. En Cartagena, a su regreso de Bogotá, el omnipresente Jorge Artel creó la revista *Costa* (1937), un espacio concebido, entre otras cosas, para contribuir al posicionamiento de Cartagena en el contexto nacional y destacar la existencia de “valiosos elementos étnicos” que podían aportar a la comprensión de esta ciudad y la costa Caribe⁴⁵⁴. En efecto, desde *Costa*, el escritor de origen afrodescendiente Antonio Brugés Carmona (1911-1956), escribió un texto sobre el desarrollo de la poesía negra y su influencia en Colombia; el líder socialista José Morillo publicó artículos sobre las características culturales del puerto de Cartagena; y el mismo Jorge Artel escribió ensayos que fueron unos verdaderos manifiestos de defensa de las tradiciones culturales negras⁴⁵⁵. En el texto “Una fiesta típica”, refiriéndose a la conmemoración del once de noviembre, Artel subrayó ante todo el carácter festivo de esta efeméride. El once de noviembre, argumentaba, “es para los cartageneros, sobre todo, una fecha carnestoléndica, una condensación de todas las tuforadas democráticas”. En clara oposición al tono prohibitivo que miembros de la élite blanca querían imponer a los bailes y disfraces durante los carnavales, el poeta afirmaba que “quitar a Cartagena sus disfraces y su demencia,..., sería lo mismo que borrar para ella esa fecha... de su calendario”⁴⁵⁶.

Al finalizar la década del treinta e iniciarse la del cuarenta, diez años después de la irrupción del discurso de orgullo racial en las costas Pacífica y Caribe, su impacto era perceptible en los espacios culturales de Cartagena y Quibdó. El lugar que Jorge Artel y Rogerio Velásquez

⁴⁵³ “Música y arquitectura”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 24 de marzo de 1944.

⁴⁵⁴ Prescott, *Without Hatreds*, 74.

⁴⁵⁵ “Algo sobre poesía negra” y “Croquis porteño”, *Costa* 1 (julio 1937), 24-26.

⁴⁵⁶ “Una fiesta típica”, *Costa* 7 (noviembre 1937), 2.

habían logrado conquistar en el mundo literario de estos centros urbanos respectivamente permite sustentar lo anotado. En 1939, Jorge Artel ingresa a la redacción de *El Fígaro*, uno de los periódicos de mayor circulación para entonces en Cartagena. Al año siguiente, publica *Tambores en la noche* (1940), obra que reúne varios de sus poemas escritos entre 1930 y 1940 y que lo consagró como el poeta negro de Colombia⁴⁵⁷. La consagración que Artel logra con su libro y su ingreso a la redacción de *El Fígaro*, le permitieron liderar, junto al director del citado diario, Eduardo Lemaitre, un movimiento cultural conocido como Mar y Cielo. Según la historiadora del arte Isabel Cristina Botero, los mariacielistas, grupo integrado por escritores, pintores y escultores, buscaron articular una propuesta estética que introdujera variaciones a las visiones europeizantes, concretamente hispánicas, que se habían construido sobre el arte, la raza y la cultura durante la *República de los Blancos*⁴⁵⁸.

Rogelio Velásquez, en Quibdó, jugó un rol similar al desempeñado por Artel en Cartagena. En 1941, luego de pasar por Bogotá y Tunja, publicó una compilación de poesías de autores chocoanos (*Lámparas apagadas*). Ese mismo año, Velásquez fue nombrado director de la recién-fundada página literaria del periódico *ABC*. En su primer editorial Velásquez dejó claro la orientación que le daría a esta sección: “Ética, estética, signos y símbolos, lo racial, todo lo que logre la especie en los meandros de la vida, será demostrado con imperioso orgullo a la Colombia que nos desconoce y que nos resta derecho”⁴⁵⁹. Esta página, bajo la dirección de Velásquez, publicó perfiles de los poetas Jesús Becerra, Ramón Lozano Garcés y Armando

⁴⁵⁷ Jorge Artel, *Tambores en la noche* (Cartagena: Universidad de Cartagena, 2009 {1940}). El análisis más detallado sobre esta obra y en general la poesía de Artel sigue siendo el de Prescott, *Without Hatreds*.

⁴⁵⁸ Ramírez Botero, “La Primera Feria”, 317-319.

⁴⁵⁹ “Explicaciones necesarias”, *ABC*, Quibdó, 20 de noviembre de 1941.

Orozco Echeverry; se destacaron las obras del escultor José Laó Moreno; y se lideró la publicación del libro *Folklore chocoano*⁴⁶⁰.

La presencia que habían adquirido las estéticas de base africana en otras esferas del arte también era notoria. En 1940, en el marco del ambiente cultural que se vivió durante la República Liberal, se celebró la Primera Feria del Arte de Cartagena. Entre los miembros organizadores, figuró el escultor negro Martín Banquez Pérez, al tiempo que pintores de origen afrodescendiente presentaron obras que tuvieron como motivos principales a hombres y mujeres negras⁴⁶¹. Al año siguiente, en el marco de una feria del libro, Jorge Artel pronunció su conferencia “Modalidades artísticas de la raza negra”, en la que argumentó que los sectores negros tenían las mismas potencialidades espirituales, morales e intelectuales que los blancos: “Yo también soy un hombre, como el hombre blanco. Yo también contribuyo con la fuerza de mi espíritu y de mi inteligencia al engrandecimiento de la democracia en que vivo. Yo también soy bello porque tengo un espíritu como el espíritu el hombre blanco. Soy un creador de arte como el hombre blanco”⁴⁶².

El posicionamiento que habían alcanzado los ritmos y aires musicales de origen negro y popular también era significativo. En 1942, el periódico *El Liberal* de Cartagena, ilustrando a sus lectores cómo se celebraba el once de noviembre, afirmaba que en cualquier baile de la ciudad “tiene su sitio la cumbia, que el poeta negro Jorge Artel inmortalizara en su poema genial”. Señalaban que las canciones de “Lucho” Bermúdez, entre ellas el mapalé “Prende la vela”, fueron las más aclamadas en las festividades⁴⁶³. Ese mismo año, Manuel Zapata Olivella, en tono

⁴⁶⁰ “Concepto sobre un libro chocoano” y “La personalidad poética de Jesús Becerra, juzgada por su generación”, *ABC*, Quibdó, 20 de noviembre y 6 de diciembre de 1941.

⁴⁶¹ Ramírez Botero, “La Primera Feria”, 324.

⁴⁶² Jorge Artel, “Modalidades artísticas de la raza negra”, *Muros* 1 (junio de 1940), 16-20.

⁴⁶³ “Cómo se celebra el once de noviembre”, *El Liberal*, Cartagena, 9 de noviembre de 1943.

triumfalista, celebraba que el entonces afamado sello discográfico RCA Victor de Estados Unidos grabara varios discos de la orquesta A No 1 del músico Pianeta Pitalúa. “¡Hasta cuándo iba a permanecer ignorado nuestro folclor musical que se extiende más allá del pentagrama...!”, exclamó⁴⁶⁴.

Las propuestas estéticas, literarias y raciales previamente descritas se hicieron sentir en los espacios sociales de la élite blanca. El periódico *El Liberal*, en el ya referenciado artículo sobre las fiestas del once de noviembre en Cartagena, aseguraba que la cumbia y el porro habían entrado hasta en los “salones de los clubes de la alta sociedad”⁴⁶⁵. Artistas de la élite blanca, entre ellos Enrique Grau Araujo, reconocieron la influencia de Jorge Artel en sus creaciones. Grau Araujo, quien presentó en la Primera Feria del Arte varias obras con tinte racial, entre ellas “La mulata cartagenera”, fue uno de los que expresó con claridad su sintonía con la propuesta estética de Artel. Al ser interrogado por su inspiración en lo racial, el novel pintor, integrante de Mar y Cielo y cuyo padre había sido varias veces presidente del exclusivo Club Cartagena, no dudó en señalar que “la poesía de Artel nos marca pauta sobre lo que debemos hacer. El turno, ahora, nos pertenece”⁴⁶⁶. Su aspiración, afirmó refiriéndose a su entonces inicial obra, era “verter al lienzo el ritmo y las contorsiones de una cumbia de la misma manera como Artel lo hizo en versos ágiles”⁴⁶⁷. La poesía, la música y el arte negro, como de forma iconoclasta lo resumió Antonio Brugés Carmona, andaban “suelos de reglamentos de tránsito”⁴⁶⁸.

Las reacciones de miembros de las élites blancas frente al lugar que estaban conquistando las manifestaciones artísticas de los sujetos negros y mulatos en la vida socio-cultural de Quibdó

⁴⁶⁴ “Genio y figura”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 1 de marzo de 1942.

⁴⁶⁵ “Cómo se celebra el once de noviembre”, *El Liberal*, Cartagena, 9 de noviembre de 1943.

⁴⁶⁶ “Enrique Grau Araujo”, *Muros* 45 (1940).

⁴⁶⁷ “Charlando con Enrique Grau Araujo”, *El Figaro*, 31 de marzo de 1941.

⁴⁶⁸ “Algo sobre poesía negra”, *Costa* 3 (1937), 24-26.

y Cartagena fueron disimiles. En Quibdó, a juzgar por las fuentes disponibles, las resistencias por parte de miembros de su pequeña élite blanca carecieron de trascendencia o tuvieron nula acogida en la prensa. Parte de la respuesta puede encontrarse en la reconfiguración que había sufrido la élite intelectual y académica de la capital de la Intendencia. Durante la década del treinta, buena parte de los estudiantes que habían migrado hacia otras ciudades a realizar sus estudios retornaron a Quibdó convertidos en profesionales. El mundo académico y cultural de la ciudad progresivamente fue copado por abogados, médicos, licenciados, ingenieros y artistas de origen afrodescendiente⁴⁶⁹. Adicionalmente, sirio-chocoanos, hijos de habitantes del Chocó con inmigrantes sirios, se posicionaron en la prensa. Algunos de los hijos de los sirios, conocedores de los efectos de la exclusión racial vivida por sus padres durante la *República de los Blancos* y frente a los controles legales para ingresar al país durante la República Liberal, desde los periódicos articularon un discurso de armonía con los restantes grupos étnicos del Chocó⁴⁷⁰.

En Cartagena, en contraste, algunos miembros de la élite blanca abiertamente expresaron su rechazo al lugar que estaban conquistando las manifestaciones artísticas negras en la ciudad. En 1941, año en el que Jorge Artel abandona la redacción de *El Fígaro*, su propuesta poética recibió un feroz ataque de parte de un columnista del diario que otrora le había permitido liderar el grupo Mar y Cielo:

No querido poeta. El lirismo suyo, y ese culto desenfrenado por la raza Africana no deben salirse de los renglones cortos para inundar la prosa de los periódicos. Las comparsas que a Vizo [Vicente Martínez] le disgustan son, en verdad, antiestéticas, desagradables y molestas⁴⁷¹.

⁴⁶⁹ Luis Fernando González, *Quibdó: Contexto histórico, desarrollo urbano y patrimonio arquitectónico* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2003), 183-184.

⁴⁷⁰ En 1941, cuando Rogerio Velásquez asume la coordinación de la página literaria del *ABC*, lo hizo por invitación del político y escritor sirio-chocoano Alfonso Meluk, quien para entonces dirigía ese diario. "Página literaria", *ABC*, Quibdó, 6 de diciembre de 1941.

⁴⁷¹ "Zig-Zag", *El Fígaro*, Cartagena, 25 de octubre de 1941.

De igual tenor fueron los comentarios que expresó el director de la Biblioteca Fernández de Madrid de la Universidad de Cartagena, Sergio Zarante Rhenals, frente a la popularidad que habían adquirido la cumbia y el porro. El 12 diciembre de 1942, en el marco de la inauguración de la discoteca clásica de la citada biblioteca, el discurso de inauguración de Zarante Rhenals fue una declaración de guerra en contra de la “ola de difamación sacrílega que infesta actualmente el universo musical, representada en composiciones macarrónicas que ya dominan la emoción pública y han invadido los salones de las altas esferas sociales”. A través de la propagación de la “buena música”, labor que asumía como “un deber patriótico”, aspiraba a “sacar al pueblo del infierno en que vive, en tratándose de achaques musicales”. Y finalizaba su cruzada en contra de la música de raigambre popular y de base africana afirmando que “siempre será mejor un pasillo que un porro, una danza que un bolero, una mazurka que un fandango, y un vals que una conga miserable, de acentos africanos”⁴⁷².

Las disonantes ideas de miembros de la élite blanca de Cartagena, en el marco de la celebración de lo popular que se vivió durante la República Liberal, denotaban, en comparación con Quibdó, la significativa presencia que aún tenían los defensores de los ideales culturales de la *República de los blancos* en la prensa y en los círculos académicos de la “ciudad heroica”. Y, sobre todo, revelaban una dinámica que progresivamente el turismo fue implantando en Cartagena: los habitantes negros y mulatos, al igual que sus prácticas culturales, debían quedarse en los márgenes, fuera del marco representacional de la ciudad. Pero para este período, los sectores negros que con abierto orgullo hablaban de su pertenencia a la raza negra habían configurado una retórica racial que, al tiempo que servía de discurso alternativo al hispanismo que

⁴⁷² “La música es inmortal”, *Muros* 17 (1943), 41-42.

defendían algunos miembros de la élite blanca, les permitía disputar un espacio en el citado régimen de representación.

De manera que entre 1930 y 1945, este centro urbano dejó de ser pensado únicamente a partir del culto a España. Ahora, escritores como Artel y los hermanos Zapata Olivella, músicos como Adolfo Mejía y Lucho Bermúdez o pintores y escultores como Martín Banquéz Pérez habían logrado que las manifestaciones artísticas de base negra y algunos elementos de sus propuestas estéticas se popularizaran e influenciaran a círculos de la élite blanca. En Quibdó, por su parte, sus estudiantes y profesionales negros empezaron a ejercer una fuerte influencia en espacios académicos (Colegio Carrasquilla), periodísticos (*ABC*) y artísticos (poesía, escultura, pintura). Los discursos, debates y propuestas estéticas de este conjunto de actores sociales trascendieron lo local y se hicieron sentir también a nivel regional y nacional.

5.4 JOSÉ VASCONCELOS EN CLAVE NEGRA

Los escritores, músicos, pintores y escultores de origen afrodescendiente que irrumpieron en Quibdó y Cartagena se vincularon a los debates sobre los elementos que debían constituir las identidades de sus respectivas regiones y de la nación en general. Tomar parte en estas discusiones se convirtió en una necesidad apremiante para estos dos sectores por dos razones fundamentales: primero, ciertos académicos y políticos defendieron un discurso asimétrico del mestizaje, según el cual la mezcla había triunfado sólo en el altiplano, donde los españoles y sus descendientes le habían transmitido sus cualidades superiores a las comunidades indígenas, pero no había tenido éxito en las costas, habitadas por negros e indígenas puros y por tanto inferiores. Y segundo, porque, fuera de los espacios gubernamentales, circulaban ideas que insistían en la

inferioridad racial de la población de origen afrodescendiente y en la necesidad de fortalecer el carácter hispánico de Colombia.

Los encargados de alimentar y difundir a nivel nacional gran parte de estas ideas fueron dos viejos conocidos para algunos de los líderes obreros, estudiantes y profesionales negros y mulatos de Colombia: Luis López de Mesa y Laureano Gómez. El primero, distinguida figura del Partido Liberal, pese al giro dado por los gobiernos de la República Liberal, seguía siendo fiel a su concepción de que los habitantes negros de las costas, alejados del mestizaje, eran un “problema” para la nación: “Si la ‘mestización’ ha avanzado mucho en lo que se refiere a la blenda español-aborígen, todavía tenemos grupos de color en regiones de difícil acceso, que al crecer aisladamente constituyen un problema por venir”, advirtió López de Mesa en su libro *Disertación sociológica* publicado en 1939⁴⁷³. Gómez, convertido en una de las figuras centrales del Partido Conservador, incluyó en su ya sectario y racista repertorio ideológico conceptos asociados a las tendencias fascistas que irrumpen en Europa en la década del treinta. A las visiones pesimistas sobre el progreso de Colombia y su población mestiza que expresó a finales de los años veinte, “el monstruo”, como terminaron llamándole, le sumó su simpatía con algunos de los postulados falangistas que sustentarían el régimen dictatorial del general Francisco Franco en España. Desde las páginas de su periódico *El Siglo*, como lo denunciaron otros diarios, se difundieron discursos antisemitas, se insistió en la defensa de la tradición hispánica como base de la identidad nacional, y se reprodujeron visiones peyorativas sobre la población negra de las regiones colombianas⁴⁷⁴.

⁴⁷³ Luis López de Mesa, *Disertación sociológica* (Bogotá: Editorial El Gráfico, 1939), 343.

⁴⁷⁴ “La hispanidad y el conservatismo”, “Quiero los votos del Chocó” y “Laureano Gómez pide la expulsión de los judíos”, *El Liberal*, Bogotá, 22 de noviembre de 1940, 13 de marzo de 1941 y 12 de agosto de 1942.

Aunque hubo voces de origen afrodescendiente que compartieron las nociones de las costas como territorios incivilizados⁴⁷⁵, el grueso de las fuentes consultadas indica que se preocuparon por cuestionar estas peyorativas visiones. En la Intendencia del Chocó, sus estudiantes y profesionales negros forjaron una noción de chocoanidad que iba más allá de las visiones despectivas que se desplegaban desde Bogotá. En 1933, el escritor Manuel Mosquera Garcés, por ejemplo, expresó que no aceptaba “la tesis de que sigan pregonando el nombre del Chocó como trozo de geografía bárbara dentro de los patrios linderos, con olvido voluntario o forzoso de lo que vale y significa como vivero de ideas, como cuna de hombres de valía”⁴⁷⁶. Seis años más tarde, el mismo Mosquera Garcés sugirió que era necesario forjar una noción de chocoanidad que superara los prejuicios: Aseguraba que “en el Chocó...se alzan prejuicios de angustiosa inferioridad que han ido labrando en nuestra gente un sentido caduco de su incapacidad frente al medio (...). Todo ello ha venido a rematar en el decir constante de que nuestra tierra es inepta para el progreso”. Y luego concluía que “la labor debe inclinarse a la defensa del espíritu constructivo, a la formación de anchos basamentos sobre los cuales descansa mañana la fábrica de una orgullosa aceptación de nuestra aptitud para triunfar”⁴⁷⁷. Insistieron en que la construcción de un sentido más complejo y positivo de sus regiones pasaba porque su gente negra dejara de ser vista como bárbara e inferior. En 1942, Adán Arriaga expresó que Chocó era más que el territorio “inaccesible, hostil a la especie humana, cubierto de selvas impenetrables en las que...chapotean unos cuantos centenares de negros miserables y de indios

⁴⁷⁵ Daniel Valois Arce, colaborador del diario *La Unidad* de Laureano Gómez, sostenía que buena parte del territorio chocoano vivía alejado de las bondades de la civilización. Según este estudiante negro chocoano, únicamente las poblaciones que estaban ubicados en territorios cercanos a Antioquia y Caldas tenían cierto grado de desarrollo y progreso. “Los problemas chocoanos”, *La Unidad*, Bogotá, 11 de agosto de 1932.

⁴⁷⁶ “Los caminos para la cultura del Chocó”, *ABC*, Quibdó, 8 de noviembre de 1933.

⁴⁷⁷ “Noción de chocoanidad”, *ABC*, Quibdó, 5 de diciembre de 1939.

estúpidos” descrito por miembros de las élites andinas⁴⁷⁸. Insistieron en que los individuos de origen afrodescendiente poseían iguales capacidades que los blancos. “Hablar de retraso o de regazo, es casi lo mismo que estar de acuerdo con Gobineau, o con quienes creen que es la raza negra una raza inferior”, señaló Jorge Artel en su conferencia “Modalidades artísticas la raza negra”⁴⁷⁹.

Escritores negros y mulatos, a través de la prensa local y regional, también empezaron a reclamar el lugar de sus propuestas estéticas al interior de la imagen de la identidad nacional que se construyó durante la República Liberal. El privilegio que se le otorgó a lo indígena y el poco espacio que tuvo lo negro en el marco representacional de la nación no pasó desapercibido para algunos de los estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente. En 1930, Manuel Mosquera Garcés, a través del artículo “el arte negro dentro de la concepción nacionalista”, expresó con claridad los límites del discurso identitario liberal. En Colombia, según este escritor, la preocupación por la difusión cultural autóctona se había concentrado en lograr “el despertar de la conciencia aborigen”. Esa labor se había visto favorecida por el accionar de los Bachués, a quienes consideraba un grupo de artistas que comprendieron que “en el fondo de nuestras razas desvalidas, se encuentra la piedra suficiente para edificar la fábrica de las prosperidades nacionales”. Este proceso, decía Mosquera, no estaba ocurriendo con la exaltación de los valores de la población negra por lo que abrigaba la esperanza de que “parejas a la tarea nacionalista de los BACHUÉS en sus preocupaciones aborígenes, vendrá la generación que luche por el levantamiento intelectual de los negros y mulatos que moran en amplias zonas del país”. Esta labor, insistía, era necesaria “para cumplir en verdad los pronósticos que está haciendo Fernando

⁴⁷⁸ “El Chocó frente al conflicto mundial”, *El Liberal*, Bogotá, 11 de enero de 1942.

⁴⁷⁹ “Modalidades artísticas de la raza negra”, *Muros* 1 (junio 1940), 16-20.

González (sic) al avizorar el advenimiento del gran mulato y del gran mestizo como los futuros constructores de la nacionalidad”. Esa tarea, en su criterio, le correspondía a la “mocedad mulata (que) se está aprestando a ocupar los sitios que antes fueron patrimonio, por razones económicas, de los vástagos de los conquistadores”. Un buen ejemplo a seguir, afirmaba el entonces estudiante derecho, era “el apostolado indio de José Vasconcelos, bregando por crear el espíritu de superación aborigen”⁴⁸⁰. Mosquera Garcés, haciendo una lectura en clave negra de la propuesta de Vasconcelos, hallaba el camino para justificar la necesidad de cultivar un “arte negro” y reclamar el lugar del mismo en la concepción de nación que se estaba forjando.

La “mocedad mulata” y negra, integrada, entre otros, por quienes migraron a Bogotá a cursar sus estudios en centros universitarios, inició la exaltación de las manifestaciones culturales negras ansiada por Mosquera Garcés. Así como lograron espacios en los periódicos locales y regionales, también ingresaron a las páginas literarias de la prensa capitalina. El poema “Cumbia”, a través del cual Artel hace una alegoría a este ritmo de origen africano e indígena, fue publicado inicialmente en las lecturas dominicales de *El Tiempo*, el periódico de mayor circulación en Colombia. Desde este mismo rotativo publicó el ensayo sobre la literatura negra de la Costa, en el que, por vez primera, reflexionó sobre la existencia de un género de este tipo en el Litoral Atlántico⁴⁸¹. Antonio Brugés Carmona, también desde *EL Tiempo*, escribió relatos sobre distintos aires y ritmos musicales de base africana e indígena que se cultivaban en el Departamento del Magdalena⁴⁸². La revista *Sábado* abrió sus páginas al escritor negro Arnoldo Palacios, quien escribió perfiles sobre los políticos Adán Arriaga Andrade y Diego Luis Córdoba, al tiempo que Manuel Zapata Olivella, al igual que lo hiciera desde periódicos de

⁴⁸⁰ “El arte negro dentro de la concepción nacionalista”, *ABC*, Quibdó, 23 de diciembre de 1930.

⁴⁸¹ “Poemas de Jorge Artel” y “La literatura negra en la Costa”, *El Tiempo*, Bogotá, 8 de noviembre de 1931 y 6 de julio de 1932.

⁴⁸² “El merengue. Danza típica del Magdalena”, *El Tiempo*, Bogotá, 5 de septiembre de 1942.

Cartagena, insistió, a través de la revista *Cromos*, en la exaltación de los valores artísticos y culturales de ritmos como el porro, el vallenato y la cumbia⁴⁸³.

Los comentarios, descripciones y defensa que hicieron estos escritores sobre los aires musicales y ritmos de las costas abrieron el camino para el posterior arribo de varios de los músicos de origen afrodescendiente y mestizos de estas regiones, especialmente la Caribe, a Bogotá. El músico Adolfo Mejía, quien se había dado a conocer en Cartagena a través de fandangos y cumbias, llegó a la capital colombiana en 1934. Años más tarde, lo hizo Lucho Bermúdez, junto a su Orquesta Caribe. Las composiciones y canciones de estos músicos, entre esos el hit “Prenda la vela” de Bermúdez, irrumpieron en la escena musical bogotana⁴⁸⁴.

En este contexto de circulación de ideas, personas, textos, canciones y obras, algunos de los estudiantes procedentes de las costas Caribe y Pacífica coordinaron acciones conjuntas con miras a reclamar un lugar para las prácticas culturales de los habitantes negros en el imaginario nacional. El 20 de junio de 1943, estudiantes universitarios de ambas costas, liderados por Natanael Díaz, conmemoraron el Día del Negro. Ese singular día, a la voz de “viva la raza negra”, irrumpieron en la Biblioteca Nacional de Colombia, recorrieron varias calles y plazas de la fría capital colombiana, pronunciaron discursos, leyeron poemas de Candelario Obeso y Jorge Artel, y bailaron cumbia⁴⁸⁵.

Los objetivos que persiguieron a nivel nacional estos estudiantes quedaron consignados en entrevistas y artículos que concedieron y publicaron algunos de los líderes de la manifestación. El fortalecimiento del orgullo racial al interior de la población negra fue una de esas pretensiones. Natanael Díaz, en una entrevista realizada por *El Liberal* a pocos días de la

⁴⁸³ “Adán Arriaga Andrade”, *Sábado*, Bogotá, 21 de octubre de 1944 y “El porro conquista Bogotá”, *Cromos*, Bogotá, 8 y 9 de mayo de 1947.

⁴⁸⁴ Peter Wade reconstruye, con detalles, el arribo de varios músicos de la costa Caribe a Bogotá en *Music*, 106-143.

⁴⁸⁵ “Una novedad”, *El Liberal*, Bogotá, 21 de junio de 1943.

manifestación, explicó que buscaban combatir “el sentimiento de inferioridad que ha obrado sobre nuestra psicología como un peso tremendo”⁴⁸⁶. Cuatro años después, desde la revista *Cromos*, Manuel Zapata Olivella relató que otro propósito central fue “exaltar la participación del negro en nuestra nacionalidad”. Buscaron que historiadores, científicos y literatos, así como realizaban investigaciones sobre las comunidades indígenas, reconstruyeran las realidades culturales y el aporte de los habitantes negros en los diversos ámbitos de la sociedad colombiana. “Se hizo hincapié en la necesidad de adelantar estudios sobre el negro en la misma forma en que se venía haciendo con el indio”, relató el escritor nacido en Lórica⁴⁸⁷.

Este conjunto de acciones, individuales y colectivas, tuvieron un impacto significativo en la vida cultural y racial de Bogotá y Colombia en general. Al finalizar la década del treinta e iniciar la del cuarenta, era notable el reconocimiento que habían adquirido varios de los escritores negros. La revista *Sábado* hablaba de Candelario Obeso como el precursor de la poesía negra en Colombia y, sobre todo, publicaba y recogía en sus páginas de antologías los poemas de Jorge Artel. Esta misma publicación, en 1944, ya incorporaba dentro de la categoría folklore nacional varios de los mitos, coplas y leyendas de las poblaciones negras del Chocó que Rogerio Velásquez había difundido desde el *ABC*⁴⁸⁸.

El panorama musical colombiano también empezó a transformarse gracias a la presencia en Bogotá de los músicos provenientes de las costas. Adolfo Mejía, luego de ingresar como estudiante al Conservatorio de Música de la Universidad Nacional, a través de la pieza musical “La pequeña suite”, incorporó –por vez primera– aires de la costa Caribe en la música sinfónica de Colombia. Con esta composición, que incluía bambuco, torbellino, marcha y cumbia, Mejía

⁴⁸⁶ “La exaltación de la democracia buscan los negros colombianos”, *El Liberal*, Bogotá, 22 de junio de 1943

⁴⁸⁷ “Estudio del negro en Colombia”, *Cromos*, Bogotá, 13 de septiembre de 1947.

⁴⁸⁸ “Antología de Sábado”, “El folklore nacional” y “El negro Obeso”, *Sábado*, Bogotá, enero 8 y septiembre 9 de 1944.

fue declarado ganador del primer premio de “música nacional” Ezequiel Bernal en 1937. El seis de agosto del siguiente año, en el marco de la conmemoración del cuatricentenario de la fundación de Bogotá, Mejía con su “Pequeña suite” abrió el Festival Iberoamericano de Música en el Teatro Colón de Bogotá⁴⁸⁹. Si Adolfo Mejía logró incorporar aires y ritmos de base africana e indígena en la “música culta” colombiana, Lucho Bermúdez -a través de su orquesta Caribe- los popularizó en Bogotá. El cronista cartagenero Aníbal Esquivia Vásquez, en un artículo especial para la revista *Sábado*, destacaba que la citada orquesta era el deleite de los concurrentes al Cabaret Metropolitan de Bogotá⁴⁹⁰. Poco a poco, la música nacional, reducida antes a aires de la zona andina (guabina, bambuco), terminó siendo asociada al porro y a las cumbias provenientes de la costa Caribe.

La manifestación realizada por varios estudiantes negros el 20 de junio de 1943 dejó como resultado la fundación de un Club Negro de Colombia⁴⁹¹. Sus integrantes insistieron en la necesidad de organizar bibliotecas y centros de esta naturaleza en varias regiones del país para la consecución de un doble propósito: por un lado, ahondar en el conocimiento de la historia de la gente negra; y por otro, demandar del gobierno nacional la “incorporación” de las personas de origen afrodescendiente a “la vida colectiva” a través de “la exaltación de los valores negros que han actuado en la vida del país”⁴⁹².

La composición de la junta directiva del Club Negro de Colombia era el claro reflejo de otro impacto significativo que había tenido el discurso de orgullo racial que pregonaron algunos de los estudiantes de origen afrodescendiente desde Bogotá: procedentes de diversas regiones

⁴⁸⁹ Enrique Muñoz Vélez, *Adolfo Mejía, viajero de sí mismo* (Cartagena: Ediciones Pluma de Mompox, 2011), 53.

⁴⁹⁰ “La música de hoy en la ciudad antigua”, *Sábado*, Bogotá, 11 de noviembre de 1941.

⁴⁹¹ Recientemente el historiador Pietro Pisano documentó y analizó la conmemoración del Día del Negro y la fundación del Club Negro de Colombia en su texto *Liderazgo*, 65-108.

⁴⁹² “La exaltación de la democracia buscan los negros colombianos”, *El Liberal*, 22 de junio de 1943.

colombianas habían forjado un “nosotros” a partir del sentimiento de pertenencia a una raza y una cultura en común. De la costa Caribe, en el cuerpo directivo, figuraba Manuel Zapata Olivella como secretario general, mientras Natanael Díaz (Cauca), asumió el cargo de secretario de propaganda. Helcías Martán Góngora, nacido en Guapi (Cauca), se desempeñó como vicepresidente, y los primos Marino y Victor Viveros, ambos del norte del Cauca, tuvieron bajo su responsabilidad la presidencia y tesorería respectivamente⁴⁹³.

Aunque la trayectoria de este centro cultural fue efímera, el esfuerzo realizado por los integrantes del Club Negro, al igual que la exaltación que músicos, poetas, escultores o pintores de este origen racial hicieron de sus manifestaciones artísticas, derivaron en la creación del Centro de Estudios Afrocolombianos al interior del Instituto Etnológico Nacional (IEN) en el año de 1947. El IEN, dedicado desde su fundación en 1941 al estudio exclusivo de las comunidades indígenas, abrió sus puertas a Manuel Zapata Olivella, Marino Viveros, Natanael Díaz y Alfredo Mina Balanta. A este grupo, protagonistas de primer orden en la manifestación del Día del Negro, se sumaron el líder liberal Diego Luis Córdoba, y los estudiantes Arquímedes Viveros, Ernesto Cesar Ariza y Carlos Calderón. Ahora una sección del IEN estaría dedicada, como lo venían reclamando desde los inicios de la República Liberal, a la comprensión y conocimiento de la presencia del negro en Colombia y el mundo. Luis Duque Gómez, director del IEN y perteneciente a la élite intelectual blanca andina, justificó la creación del CEA en los siguientes términos: “El negro es tan interesante como el indígena”⁴⁹⁴.

El lugar que progresivamente conquistaron las propuestas estéticas de base africana en Bogotá despertó resistencias en miembros de las élites intelectuales y políticas. En efecto, en la Encuesta Folclórica que se realizó en 1942, los ritmos y aires de base africana fueron excluidos

⁴⁹³ “Los negros colombianos lanzan un manifiesto para la América”, *El Tiempo*, 27 de junio de 1943.

⁴⁹⁴ “Estudio del negro en Colombia”, *Cromos*, Bogotá, 13 de septiembre de 1947.

de la categoría de música nacional. “Parece que según el criterio del jurado, solo se admitirá como música nacional el bambuco, la guabina y otros aires del interior de la república y se excluirán en cambio todos aquellos del litoral Atlántico que se suponen de influencia antillana y negroide”, opinó sobre esta abierta exclusión Antonio Brugés Carmona⁴⁹⁵. Manuel Zapata Olivella, a través del artículo “El porro conquista a Bogotá”, también hizo alusión a este tipo de resistencias. “La capital no fue una novia coqueta para con el porro...los columnistas desde los diarios arremetían, cada vez que les era propicia la situación, contra ‘esa música en caldereta’”, expresó desde la revista *Cromos* en 1947⁴⁹⁶. La conmemoración del Día del Negro fue catalogada como un intento de propagar guerra de razas en Colombia. *El Liberal*, en el reportaje que hizo sobre la manifestación del 20 de junio, se preguntaba si una iniciativa de esa naturaleza no era “indeseable” y disociadora en una nación que “por fortuna no afronta problemas raciales”. El texto advertía, a la luz de los enfrentamientos entre blancos y negros en el Sur de los Estados Unidos, que era completamente desacertado que “la población negra de Colombia se vea invitada a disociarse”. Era, desde todo punto de vista, “innecesario”, pues en este país “negros, blancos, mulatos o mestizos son ciudadanos y nadie se fija en lo demás”⁴⁹⁷.

Interpretaciones previas, como las realizadas por el antropólogo Peter Wade, sugieren que los ritmos y aires de base africana procedentes de la Costa Caribe superaron estas resistencias raciales, regionales y culturales y se convirtieron en símbolos de identidad nacional a partir de una suerte de “blanqueamiento cultural”. Similar al proceso de “estilización” que el etnomusicólogo Robin Moore identificó en la música popular afrocubana entre la década del veinte y el cuarenta, Wade sugiere que el porro, el vallenato y la cumbia fueron aceptados por las

⁴⁹⁵ “Defensa del porro”, *El Tiempo*, Bogotá, 23 de enero de 1946.

⁴⁹⁶ “El porro conquista Bogotá”, *Cromos*, Bogotá, 8 y 9 de mayo de 1947.

⁴⁹⁷ “Una novedad”, *El Liberal*, Bogotá, 21 de junio de 1943. Sobre la reacción de otros diarios colombianos en torno el Día del Negro ver Pisano, *Liderazgo*, 68-70.

élites andinas a finales de los cuarenta y comienzos del cincuenta porque la negritud que encarnaban “se diluyó estilísticamente”⁴⁹⁸. Esta dinámica de blanqueamiento y/o adaptación cultural, aunado a uno de tipo físico que utilizan las personas de origen afrodescendiente en Colombia para lograr procesos de movilidad social, sostiene este antropólogo británico, facilitan el funcionamiento de una retórica de mestizaje que es incluyente y excluyente a la vez⁴⁹⁹.

Algunos análisis que se hicieron sobre la poesía de Jorge Artel desde el mundo andino ejemplifican estas dinámicas de inclusión/exclusión del discurso de mestizaje en Colombia. El crítico literario José Camacho Carreño, en un texto publicado en 1940, señaló que la poesía de Artel, antes que negra, debía ser caracterizada como mulata, pues el mestizaje que había caracterizado a los territorios latinoamericanos estaba presente en sus versos. Sin embargo, aclaraba algo: cuando Artel se expresaba como negro, construía versos “donde África intacta plañe, arde, late, gutura, danza, fornicar, se retuerce...”. Algo distinto ocurría cuando en el poeta salía a relucir su herencia blanca: “Cuando Jorge Artel puntea la estrofa como español y blanco y despercudido, ..., no solo es armonioso dentro del pentagrama clásico sino que logra arpeggios de hechizo máximo”⁵⁰⁰.

La celebración que varios de los estudiantes y profesionales negros que se auto-reconocían como tales hicieron de los discursos de armonía racial corrobora, en parte, el argumento de la adaptación propuesto por Peter Wade. “Nosotros los negros desde la primera época de la república hemos convivido con las otras razas dentro de un ambiente de igualdad”,

⁴⁹⁸ Peter Wade, *Música, raza y nación: Música tropical en Colombia* (Bogotá: Vicepresidencia de la República, 2002), 13.

⁴⁹⁹ Wade, *Blackness*, 20.

⁵⁰⁰ “La última página de Camacho Carreño”, *El Fígaro*, Cartagena, 6 de Junio de 1940

decía el “Manifiesto a los intelectuales de los países de América”, documento con el que la junta directiva del Club Negro de Colombia dio a conocer su existencia⁵⁰¹.

Esta celebración del mestizaje, sin embargo, era más que una simple reproducción de las visiones que emanaban de las élites intelectuales blancas. Al igual que hicieron varios de sus pares en Cuba o Brasil, le otorgaron sus propios significados y sentidos, desarrollando un lenguaje de impugnación que les permitió reclamar y lograr la promesa de la igualdad⁵⁰². El hecho de que históricamente el país se hubiese caracterizado por ser una república, donde los negros habían vivido en un “ambiente de igualdad”, los autorizaba para exigir su plena incorporación a la nación. Si se estaba exaltando lo indígena a través de los estudios del Instituto Etnológico Nacional, de las pinturas y esculturas de los BACHUÉS y de libros publicados por el Ministerio de Educación, lo propio debía hacerse con el arte, la música y otras manifestaciones culturales negras. El discurso del mestizaje defendido por los escritores negros a nivel nacional era uno más inclusivo, que rebasaba los límites y las asimetrías que se intentaron impulsar desde el mundo andino hacia sus costas. Este discurso de igualdad racial fue el que intentaron proyectar hacia otros territorios del continente “cósmico” a partir del diálogo que sostuvieron con sus pares en Brasil, México, Cuba y los Estados Unidos.

⁵⁰¹ “Los negros colombianos lanzan un manifiesto para la América”, *El Tiempo*, 27 de junio de 1943.

⁵⁰² Alejandro de la Fuente, “Myths of Racial Democracy: Cuba, 1900-1912”, *Latin American Research Review* 34, 3 (1999), 39-73.

5.5 “NEGROS DE NUESTRO MUNDO...SOMOS UNA CONCIENCIA EN AMÉRICA”

Negros y mulatos, en el proceso de exaltación de sus manifestaciones artísticas y culturales a nivel local, regional y nacional, establecieron conexiones con movimientos culturales internacionales que hicieron de lo negro su *leitmotiv*. El escritor Antonio Brugés Carmona, a través del artículo “Algo sobre poesía negra”, destacó en primer lugar a artistas de Estados Unidos, entre ellos a Paul Witman (sic), quien “retorció en los espirales de cobre de sus instrumentos el llanto de una raza oprimida”. Acto seguido, hizo alusión al “recio mensaje de sangre, de vida y de espíritu negro” del canto antillano “que se volcó sobre la tierra en el golpe ahuecado de los tambores”. A los cantos antillanos, dice este escritor, prosiguieron “los versos negros” de Guillén, Ballagas y Palés Matos, quienes en sus versos “dijeron las cosas bellas del papiamento y del son”⁵⁰³.

El cuadro pintado por Brugés Carmona se corresponde con las constantes referencias al arte afroamericano, a la poesía afroantillana y al afrocubanismo que hicieron varios escritores negros y mulatos a partir de 1930. Ese año, Manuel Mosquera Garcés, en su invitación a exaltar el arte negro, sugirió seguir el ejemplo de la población negra de los Estados Unidos. Señaló que la artista afroamericana Josephine Baker había posicionado los ritmos musicales afroamericanos en los grandes salones de Europa. El arte negro, afirmó, no se contuvo en las fronteras de la expresión musical: “Trasplantado a las zonas de la actividad literaria, floreció en revistas y publicaciones que, al contribuir grandemente al fermento de doctrinas disociadoras, luchaban, como aconteció en Cuba y las Antillas, contra la opresión yanqui y los distingos aristocráticos

⁵⁰³ “Algo sobre poesía negra”, *Costa*, 3 (julio 1937), 24-26.

que propugnaban por un régimen de castas...”⁵⁰⁴. Dos años más tarde, Artel destacó de manera particular la centralidad que la música y la poesía afroamericana le otorgaban al drama humano, en especial el que estaban experimentando los afroamericanos durante el régimen segregacionista que imperaba en los Estados Unidos: “Por eso decimos que la poesía negra de Estados Unidos ofrece una tonalidad especialísima, ya que ella refleja la difícil situación del negro en aquel país”, afirmó Artel⁵⁰⁵. Entre 1937 y 1939, desde las páginas del *ABC*, se reprodujeron artículos sobre el origen de los afrocubanos y el afrocubanismo del escritor Juan Luis Martín, autor de *Ecué*, *Changó* y *Yemayá*⁵⁰⁶. Langston Hughes, aseguraban en 1938 desde este mismo diario, era “el poeta negro por excelencia, uno de los más altos representantes que su raza tiene en el mundo del espíritu”⁵⁰⁷.

Las referencias al arte afroamericano y afrocubano también estuvieron presentes en las actividades desarrolladas por los estudiantes de las costas Pacífica y Caribe durante el Día del Negro en Bogotá. La manifestación se hizo en homenaje a dos trabajadores negros linchados en una fábrica de Chicago (E.U). Ese 20 de junio de 1943, al tiempo que bailaron cumbia y porro, se movieron al ritmo de “Ay mama Inés”, un tango Congo de mediados de siglo XIX que narra la historia de una esclava cubana, mama Inés, y que fue popularizado en 1927 por el pianista Eliseo Grenet. En la discoteca de música de la Biblioteca Nacional, adonde irrumpieron los manifestantes, programaron canciones de los artistas afroamericanos Paul Robeson y Marian Anderson. La declamación de poemas de Candelario Obeso y Artel se alternó con la lectura de obras del escritor afroamericano Richard Wright centradas en las experiencias de los

⁵⁰⁴ “El arte negro dentro de la concepción nacionalista”, *ABC*, Quibdó, 23 de diciembre de 1930.

⁵⁰⁵ “La literatura negra en la Costa”, *El Tiempo*, 6 de julio de 1932.

⁵⁰⁶ “Poesía negra y afrocubanismo” y “El origen de los afrocubanos”, *ABC*, Quibdó, 29 de julio de 1937 y 13 de abril de 1939.

⁵⁰⁷ “James Langston Hughes”, *ABC*, Quibdó, 30 de Julio de 1938.

afroamericanos en el sur de los Estados Unidos. El plan de investigaciones del Centro de Estudios Afrocolombianos, que nombró como miembros honorarios al escritor cubano Fernando Ortíz y al brasilero Artur Ramos, se hizo siguiendo las orientaciones de los existentes en México, Estados Unidos, Brasil y Cuba⁵⁰⁸.

La presencia directa de escritores como Langston Hughes o Nicolás Guillén en varios países latinoamericanos facilitó la familiaridad que tuvieron sectores afro-latinoamericanos, entre ellos los colombianos, con los movimientos culturales y autores previamente descritos. Hughes estuvo en repetidas ocasiones en México, mientras que en 1927 y 1930 llegó a la isla de Cuba⁵⁰⁹. Guillén, en un recorrido que hizo por Sur América, estuvo en Colombia en 1946 y el encargado de recibirlo en Cartagena fue el poeta Jorge Arte⁵¹⁰.

Algunos músicos y escritores negros de Colombia viajaron a Estados Unidos y conocieron de cerca su actividad musical y su realidad racial. En 1930, Adolfo Mejía y Ladislao Orozco (violinista negro de Cartagena) viajaron a grabar algunos discos a New York. Lucho Bermúdez, en los años cuarenta, se convirtió en un asiduo visitante de países como México, Argentina, Cuba y Estados Unidos⁵¹¹. Lo propio hizo Manuel Zapata Olivella, quien para esta misma época recorrió Los Ángeles, Chicago y Nueva York. En esta última ciudad, concretamente en el barrio de Harlem, estableció contacto con Langston Hughes⁵¹².

La prensa fue otro espacio a través del cual algunas personas de origen afrodescendiente entraron en contacto con los movimientos que estaban dando forma al internacionalismo negro

⁵⁰⁸ “Estudio del negro en Colombia”, *Cromos*, Bogotá, 13 de septiembre de 1947.

⁵⁰⁹ Guridy, *Forging Diaspora*, 135-138; Shawn Alfonso Wells, “La identidad negra en Cuba y los Estados Unidos: Nicolás Guillén y Langston Hughes”, *Islas* 3 (2006), 15.

⁵¹⁰ “Recuerdos colombianos”, *Bohemia* 39 (septiembre 1948), 20-21. Agradezco a mi colega y amigo Orlando Rivero Valdés, quien, con la generosidad que lo caracteriza, me facilitó esta noticia publicada en esa revista editada en La Habana.

⁵¹¹ Muñoz, *Adolfo Mejía*, 64.

⁵¹² Manuel Zapata Olivella, *He visto la noche* (Cuba: Imprenta Nacional de Cuba, 1962), 88.

desde otras latitudes. Las obras de Richard Wright, las presentaciones de Josephine Baker, los poemas de Langston Hughes y Nicolás Guillén recibieron comentarios y llamaron la atención de periódicos y revistas que circulaban en Bogotá, Chocó o Cartagena⁵¹³. En otras oportunidades, abrieron sus páginas a las notas e impresiones de quienes viajaron a los Estados Unidos. “Harlem no es el Harlem de ayer”, sentenció Zapata Olivella en un artículo titulado “Harlem Olvidado”, escrito desde New York y publicado en la revista *Sábado* de Bogotá en 1948. El barrio, cuna de uno de los más grandiosos movimientos culturales, aseguraba, se había quedado solo y olvidado, “como una madre que viera partir a sus hijos después de haberse regocijado con sus triunfos”. Pese a ese tono de melancolía, Zapata Olivella concluía que Harlem ahora vivía “una vida propia, genuina”, habitado por personas comprometidas en la lucha contra la entonces reinante segregación racial. “Si ayer era frecuente encontrar en las esquinas a los bailadores de charlestón, hoy es mucho más fácil hallar carros que portan altoparlantes que llaman la atención de los habitantes de Harlem hacia la necesidad de luchar contra la discriminación racial”⁵¹⁴.

Las propuestas estéticas que los poetas y músicos negros y mulatos de Colombia defendieron en sus realidades locales, regionales y nacionales también adquirieron, aunque en menor medida, ese *touche* transnacional. Los músicos Adolfo Mejía y Ladislao Orozco, durante su estadía en New York (1930-1933), conformaron el grupo típico Mejía y Orozco que grabó fandangos y cumbias acompañados en la instrumentación por la Orquesta Antillana Brunswick. Mejía, junto al argentino Terig Tucci y el catalán Antonio Francés, conforman el Trío Albeniz que grabó música latinoamericana, entre ellas las composiciones del autor de “La pequeña suite”,

⁵¹³ “Una evocación de Langston Hughes”, *El Mercurio*, Cartagena, 29 de junio de 1932; “Poesía negra”, “6”, *El Liberal*, Bogotá, 26 de octubre de 1942; “Josefina Baker”, *ABC*, Quibdó, 27 de agosto de 1938; *Sábado*, Bogotá, 20 de enero de 1945; “Deudas con el África”, Bogotá, 9 de agosto de 1947.

⁵¹⁴ “Harlem olvidado”, *Sábado*, Bogotá, 25 de diciembre de 1948.

para los sellos discográficos Columbia Gramophone Company y la RCA Victor⁵¹⁵. Una travesía similar experimentaron las piezas musicales de Lucho Bermúdez. “Prende la vela”, que inició su recorrido en Cartagena y luego sacudió la escena musical bogotana, se hizo popular en México, Argentina y Cuba. En cada uno de estos países, Bermúdez, integrando o dirigiendo agrupaciones musicales, popularizó el mapalé que bailaban los habitantes negros y mulatos en las playas de Cartagena⁵¹⁶. En Cuba, a través de Nicolás Guillén, se familiarizaron con Jorge Artel. En 1948, dos años después de visitar Colombia, Guillén retomó sus publicaciones en la revista cubana *Bohemia*. En un artículo llamado “Recuerdos colombianos”, aparte de comunicar a sus lectores que el porro era la música nacional de Colombia, caracterizó al autor de “Tambores en la noche” como un poeta mulato y describió el ambiente cultural de Cartagena, Barranquilla, Barrancabermeja y Bogotá⁵¹⁷.

Este conjunto de ideas, obras, canciones o poemas que circularon en las Américas, lejos de ser simples referencias, terminaron dando forma a un diálogo diaspórico. Según el reciente estudio de Frank Guridy sobre los vínculos entre los afrocubanos y los afroamericanos, luego de una visita realizada por Langston Hughes a la Habana en 1930, fue notorio el interés del Nicolás Guillén por incorporar de manera sistemática motivos musicales en sus poemas, abriéndole la posibilidad al poeta afrocubano de experimentar con nuevas formas y contenidos en sus escritos. Pero ante todo, dice Guridy, la influencia de Hughes sobre Guillén tuvo que ver con “inspiring Guillén by his example as a poet of African descent...who was making a name by popularizing a

⁵¹⁵ Muñoz, *Adolfo Mejía*.

⁵¹⁶ En 1953, “Prende la vela” aparece en la película *Mi Papá tuvo la culpa*. La orquestación del famoso mapalé estuvo a cargo de la agrupación del cubano Bebo Valdez y la dirección especial de Lucho Bermúdez. <https://www.youtube.com/watch?v=qeaR3S9PGGk>.

⁵¹⁷ “Recuerdos colombianos”, *Bohemia*, 39 (septiembre 1948), 20.

black working class culture rejected by the black elite”⁵¹⁸. En Uruguay, periodistas de origen afrodescendiente, entre ellos los editores del periódico *Nuestra Raza* (Pilar y Ventura Barrios), recogieron las ideas de Langston Hughes y del mismo Nicolás Guillén. “As models of political commitment and black achievement, the paper particularly embraced the African American poet Langston Hughes and the Afro-Cuban poet Nicolás Guillén”, afirma el profesor George Reid Andrews en su reciente estudio sobre los discursos raciales expuestos por los afro-uruguayos a lo largo del periodo republicano⁵¹⁹.

En Colombia, varios de los estudiantes y profesionales negros asumieron una posición similar. En su artículo sobre la literatura negra en la costa, publicado en *El Tiempo*, Artel señaló que para ser considerado un verdadero intérprete de la raza negra, aparte de leer poemas de Nicolás Guillén o Palés Matos, “era imprescindible conocer los versos de Langston Hughes”, pues, en su concepto, en las obras de Hughes y otros escritores afroamericanos “principió a encontrarse la verdadera imagen de la raza y su voz inconfundible”⁵²⁰. En “Langston Hughes, el hombre”, también escrito desde Harlem y publicado en *Sábado*, Zapata Olivella señala que sus encuentros con Hughes fueron definitivos para entender la centralidad que debía darle al hombre y sus vivencias en las historias que deseaba narrar. “Tienen mucho colorido y se siente la naturaleza. ¿Pero y el hombre? Creo que descuidas las pasiones humanas en la descripción. En la novela y particularmente en el cuento el hombre debe ser el tema central en torno al cual gire la narración”⁵²¹, fueron las observaciones que Hughes hizo sobre los iniciales textos de Zapata Olivella.

⁵¹⁸ Guridy, *Forging Diaspora*, 138.

⁵¹⁹ Andrews, *Blackness*, 101.

⁵²⁰ “La literatura negra en la Costa”, *El Tiempo*, Bogotá, 6 de julio de 1932.

⁵²¹ “Langston Hughes, el hombre”, *Sábado*, Bogotá, 23 de agosto de 1947.

El contacto que tuvieron algunos negros y mulatos con estos autores y en general con las corrientes culturales descritas también fue fundamental para que muchos de ellos se sintieran parte de una comunidad racial que no se circunscribía a las fronteras nacionales. Sus reflexiones sobre las relaciones raciales lo mismo podían ir dirigidas a los negros de las Antillas, Argentina, Brasil que a los de México, Panamá o Colombia. “Negros de nuestro mundo, los que no enajenaron la consigna, ni han trastocado la bandera, este es el evangelio: ¡somos –sin odios ni temores- una conciencia en América!”, proclama Artel en el poema “Sin odio ni temores”⁵²². En el manifiesto que los miembros del Club Negro dirigieron a los intelectuales de América, al tiempo que citaron las ideas de igualdad y libertad que surgieron al calor de la revolución francesa, hicieron alusión a un conjunto de líderes centrales en los movimientos independentistas que tuvieron lugar en el mundo atlántico, entre ellos a los haitianos Toussaint L’Ouverture y Alexandre Pétion⁵²³.

Esa suerte de conciencia racial transnacional dio pie a manifestaciones de solidaridad frente a la segregación racial que para entonces vivían los afroamericanos. “He visto perseguirlos como fiera/ lincharlos/ sin que importe su afiebrada queja/ ni su muerte en los pantanos”, denunciaba Artel en su poema “El mismo hierro”⁵²⁴. “Que el permiso concedido por el presidente Roosevelt a Marian Anderson para cantar sus plegarias en la Casa Blanca tenga una significación total y definitiva para todos los negros norteamericanos”, le exigió Natanael Díaz, a través de una carta publicada en *El Tiempo*, al vicepresidente estadounidense Henry Wallace que en junio de 1943 estuvo de visita oficial en Colombia⁵²⁵.

⁵²² Artel, *Tambores*, 144.

⁵²³ “Los negros colombianos lanzan un manifiesto para la América”, *El Tiempo*, Bogotá, junio 27 de 1943.

⁵²⁴ Artel, *Tambores*, 89.

⁵²⁵ “Mensaje de un negro a Mister Wallace”, *El Tiempo*, Bogotá, 22 de abril de 1943.

Este particular interés en las dramáticas relaciones raciales que caracterizaron el orden racial de los Estados Unidos moldeó la noción de “prejuicio racial” que desarrollaron algunos de los habitantes negros de Colombia. Al igual que lo sugirió Micol Seigel para el caso de Brasil⁵²⁶, este concepto lo asociaron a la segregación que experimentaron los afroamericanos en el sur de Estados Unidos durante el régimen del Jim Crow. En efecto, en diferentes instancias negaron la existencia de “prejuicios raciales” en Colombia. “Lo que nosotros hicimos el domingo”, expresaba Natanael Díaz refiriéndose al Día del Negro, es la “clara ratificación de que Colombia no hay prejuicios raciales”⁵²⁷. Juan Zapata Olivella, haciendo referencia a la carta que Natanael Díaz le envió el vicepresidente Wallace, afirmó que este escritor caucano estaba refiriéndose al contexto de los Estados Unidos, pues era claro “que en nuestro país no existe problema racial”⁵²⁸.

Ahora bien, los estudiantes, profesionales y activistas negros no se limitaron a reproducir el arte, los estilos literarios y los conceptos raciales provenientes de Estados Unidos, Puerto Rico, México, Cuba o Brasil. En la poesía de Jorge Artel, por ejemplo, no se encuentra el exotismo que caracterizó las visiones de la boga afroantillana representada en autores como Luis Palés Matos o Emilio Ballagas. El discurso del poeta nacido en el libertario barrio de Getsemaní, más bien, se encuadra en una estrategia discursiva que, según el teórico Stuart Hall, es la más acertada a la hora de cuestionar las imágenes estereotípicas de los órdenes raciales: una que se concentra en el carácter ambivalente de los significados y que asume que en el plano representacional lo que existe es una suerte de disputa por los signos, ideas, símbolos y

⁵²⁶ Micol Seigel, *Uneven Encounters: Making Race and Nation in Brazil and the United States* (Durham: Duke University Press, 2009).

⁵²⁷ “Una novedad”, *El Liberal*, Bogotá, 21 de junio de 1943.

⁵²⁸ “Natanael Díaz”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 5 de febrero de 1944.

estéticas⁵²⁹. En Artel, esta disputa por ese plano representacional, subyace tanto en su interés de defender las manifestaciones culturales de los sectores negros de Cartagena y Colombia, como en su decidida intención de cuestionar las bases que daban sustento a las ideas de la inferioridad de los sectores negros y mulatos.

Los miembros del Club Negro de Colombia, antes que articular un discurso racialmente definido como el que defendían varios de los movimientos afroamericanos que le sirvieron de inspiración, privilegiaron la retórica de armonía racial. La particular interpretación que hicieron de este discurso y del carácter mestizo de la nación colombiana los llevó a presentar ese orden racial como modelo alternativo al sistema de segregación que regía en el sur de los Estados Unidos. La discriminación y la exclusión que sufrían los afroamericanos fueron visualizadas por los miembros del Club Negro de Colombia como una “amenaza” para la democracia.

De manera que entre 1930 y 1945, un conjunto significativo de estudiantes, profesionales y, en menor medida, obreros de origen afrodescendiente disputaron en los planos locales, regionales y nacionales un espacio para sus estéticas y prácticas culturales. A nivel local, como se deduce del caso de Cartagena, enfrentaron las resistencias de miembros de la élite blanca que aún veneraban las tradiciones de origen español como referente cultural legítimo para la ciudad. En los planos regionales y nacionales, confrontaron un discurso limitado del mestizaje que los inferiorizaba a la luz del supuesto escaso proceso de mestización que había tenido lugar en las costas. Las asimetrías del mestizaje liberal se expresaron también en un marcado privilegio al pasado indígena andino y en una marginalidad de las realidades y manifestaciones culturales de los habitantes indígenas y negros de las regiones Pacífica y Caribe.

⁵²⁹ Stuart Hall, “The Spectacle of the “Other”, en: Stuart Hall, *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices* (London: Sage Publications, 1997).

Un grupo significativo de negros y mulatos, desde la escritura, la música, la pintura, la escultura y la prensa, lograron imprimirle a Quibdó un sello identitario basado en la valoración de lo negro, mientras que en Cartagena, aunque no desplazaron el culto a España imperante desde la *República de los blancos*, posicionaron unas retóricas y estéticas que competían con el carácter mono-cultural que miembros de la élite blanca intentaban imponerle en la ciudad. También lograron complejizar las imágenes y nociones sobre la chocoanidad y lo Caribe. Sus territorios, lejos de ser incivilizados y habitados por negros e indígenas inferiores, se caracterizaban por contar con individuos creadores de cultura, que cultivaban ritmos y bailes dignos de ser exaltados y se sentían y declaraban iguales frente a los restantes grupos raciales.

Las disputas y defensa de sus estéticas, territorios y valores culturales implicaron procesos que fueron desde el desarrollo de un sentido de pertenencia a una raza con un pasado y presente común, pasando por la construcción de centros culturales basados en lazos inter-regionales y en conexiones transnacionales, hasta llegar a la creación y exteriorización de nuevas identidades raciales (negros, afrocolombianos). La interpretación que le dieron a la noción de “raza cósmica” propuesta por José Vasconcelos les permitió posicionar las estéticas de base africana a nivel nacional. Y el discurso de orgullo racial, que no reñía con la particular noción de mestizaje que articularon, fue central en los vínculos y diálogos que establecieron a nivel transnacional. La política, la economía, la sociedad y el mundo laboral, como lo veremos en el siguiente capítulo, sentirían también el impacto de la irrupción de sectores negros y mulatos orgullosos de su origen racial.

6.0 PERFECCIONANDO LA DEMOCRACIA: RADICALISMO NEGRO, GUERRA DE RAZAS, Y NACIÓN, 1930-1947

El 10 de enero de 1939, Diego Luis Córdoba, en una entrevista concedida al *ABC*, declaró su intención de conformar un partido político, primero, en Chocó y, luego, en Colombia. Se trataría de “un partido que en filosofía sea materialista; en economía y demás ciencias sociales tenga ideología proletaria; y en política lleve el objetivo de tomarse integralmente el poder, a nombre y para las clases productoras”. Acto seguido, justificó su decisión a partir de dos razones fundamentales: Primero, consideraba que algunos miembros del liberalismo -a quienes identificaba como “continuadores del coloniaje español” en el Chocó- estaban obstaculizando su empeño en defender a las “clases laboriosas”. Y segundo, remarcaba, había sectores que se hacían llamar demócratas y socialistas para “hacerse elegir y tornarse luego verdugos de *mi raza* y de los trabajadores en general”⁵³⁰.

La intención de Diego Luis Córdoba de conformar un partido político de carácter socialista e inspirado en el propósito de defender y exaltar a los de “su raza” fue otra de las manifestaciones que hizo parte de la irrupción del discurso de orgullo racial en algunos contextos de las Américas. En Brasil, sectores afro-brasileños organizaron el Frente Negra Brasileira (1931-1938), y en Uruguay periodistas afro-uruguayos hicieron lo propio al dar forma al Partido

⁵³⁰ “Córdoba declara que no se ha retirado a la vida privada, sino del Parlamento”, *ABC*, Quibdó, 10 de enero de 1939. La cursiva es mía.

Autóctono Negro en 1936. Pasadas y recientes investigaciones han realizado sistemáticos análisis sobre estos dos movimientos que, junto al Partido Independiente de Color, integraron los tres partidos racialmente definidos que surgieron en Latinoamérica en la primera mitad del siglo XX. Estas investigaciones, además de fijarse en las figuras que lideraron esos movimientos, han detallado la aceptación que tuvieron en otros sectores de la población, su rol en la vida electoral y, sobre todo, han estado atentas al mundo cultural que les dio forma⁵³¹.

La historiografía política colombiana también ha estudiado el movimiento político liderado por Diego Luis Córdoba. A diferencia de los trabajos realizados sobre el PIC, el FNB y el PAN, los adelantados sobre el movimiento del líder chocoano han estado concentrados en su vida, obra y posiciones políticas⁵³². Desde esta perspectiva, o a partir de una que lo visualiza como el legítimo representante de la “causa negra” chocoana, Córdoba aparece como un “héroe”, el forjador de la identidad afrocolombiana, o el artífice de la creación del Departamento del Chocó. Este marco interpretativo ha eclipsado voces y debates como los descritos en los capítulos pasados y tiende a perder de vista el mundo y fermento cultural de donde surgió Diego Luis Córdoba. De ese mundo, marcado por el ascenso del liberalismo al poder, la aparición de

⁵³¹ Sobre el FNB ver Paulina Alberto, *Terms of Inclusion: Black Intellectuals in Twentieth-Century Brazil* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2011), 129-150; Kim Butler, *Freedoms Given, Freedoms Won: Afro-Brazilians in Post-Abolition São Paulo and Salvador* (New Brunswick: Rutgers University Press, 1998), 113-128; Michael Hanchard, *Orpheus and Power: The Movimento Negro of Rio de Janeiro and São Paulo, Brazil, 1945-1988* (Princeton: Princeton University Press, 1994); George Reid Andrews, *Blacks and Whites in São Paulo, Brazil, 1888-1988* (Madison: University of Wisconsin Press, 1991). Interpretaciones sobre el PIC se pueden ver en Alejandro de la Fuente, *A Nation for All: Race, Inequality and Politics in Twentieth-Century Cuba* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001), 66-77; Aline Helg, *Our Rightful Share: The Afro-Cuban Struggle for Equality 1866-1912* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1995). Y sobre el PAN, George Reid Andrews, *Blackness in the White Nation: A History of Afro-Uruguay* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2010), 104-105.

⁵³² Recientes estudios sobre Córdoba pueden verse en Pietro Pisano, *Liderazgo político “negro” en Colombia, 1943-1964* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012); Juan Hernández, “La chocoanidad en el siglo XX: Representaciones sobre el Chocó en el proceso de departamentalización (1913-1944) y en los movimientos cívicos de 1954 y 1987” (Tesis de pregrado, Universidad Javeriana, 2010); Jane Rausch, “Diego Luis Córdoba y el surgimiento de la identidad afrocolombiana a mediados del siglo XX”, *Historia y Sociedad* 9 (2003), 67-88; Peter Wade, *Blackness and Race Mixture in Colombia, The Dynamics of Racial Identity in Colombia* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1993), 106-131.

organizaciones obreras, las ideas socialistas, la irrupción del comunismo y por el desarrollo del discurso de orgullo racial, hicieron parte otros sectores cuyos debates y acciones también incidieron en la trayectoria económica, social, racial y política que tomó la Intendencia del Chocó en las décadas del 30 y el 40. Y, a la vez, personas negras y mulatas de otras regiones colombianas, entre esos los de la costa Caribe, adelantaron debates y acciones que son parte integral y seminal de los liderazgos de origen afrodescendiente y de las disputas que protagonizaron estos sectores por lograr la igualdad.

En este capítulo, aparte de interconectar el accionar de políticos como Diego Luis Córdoba con otros actores sociales del contexto en el que se movió, rastreo múltiples voces que desde la Intendencia del Chocó y Cartagena disputaron el ideal de igualdad entre 1930 y 1947. Sostengo que la agenda reformista/populista implementada por parte de los gobiernos de la República Liberal, sobre todo en los gobiernos de Alfonso López Pumarejo, enfrentó un conjunto de constricciones que limitaron su alcance. Élite locales y nacionales, renuentes a ceder espacios políticos y perder poder económico, obstaculizaron el ejercicio pleno de las bondades que la ciudadanía le ofrecía a los colombianos, entre ellos a las personas de ascendencia africana. Fuerzas económicas transnacionales, entre esas la Andean National Corporation y la Chocó-Pacífico, ampliaron su presencia en las costas Caribe y Pacífica y, al hacerlo, impactaron negativamente en las condiciones laborales y en el acceso y uso de la tierra por parte de los trabajadores rurales y urbanos.

En este contexto, sectores negros y mulatos, asociados a distintos movimientos (liberalismo, socialismo, comunismo, conservatismo), radicalizaron sus discursos políticos. Producto de esa radicalización surgieron expresiones del liberalismo popular en Cartagena y alternativas políticas como las lideradas por Córdoba en la Intendencia del Chocó. Varios líderes

políticos de origen afrodescendiente expresaron la necesidad de fortalecer un sentimiento nacionalista que contrarrestara la explotación de los recursos naturales de la nación. Obreros, estudiantes y profesionales, que se identificaron con el nuevo discurso de orgullo racial, conceptualizaron las desigualdades sociales que experimentaban las personas de origen afrodescendiente en términos de clase y raza y, al hacerlo, abiertamente reclamaron justicia racial a nivel nacional y transnacional. Miembros de las élites blancas y algunos sectores negros y mulatos, identificados con el retorno al carácter mestizo de la nación colombiana, acudieron a los rumores de lucha de razas para deslegitimar sus visiones raciales y políticas. Sin embargo, como veremos, el radicalismo de esos sectores negros y mulatos lo que buscaba era lograr la inacabada materialización de la igualdad o, en sus propios términos, el “perfeccionamiento de la democracia”.

6.1 EL IDEAL DE DEMOCRACIA RACIAL Y SUS LÍMITES

Implantar la democracia fue la promesa con la que el Partido Liberal obtuvo el respaldo para que su candidato Enrique Olaya Herrera llegara al poder en 1930. Los dirigentes de esta colectividad consideraban que la Hegemonía Conservadora –como llamaron a los gobiernos comprendidos entre el ascenso al poder de Rafael Núñez en 1881 y el fin del mandato de Miguel Abadía Méndez en 1930- había convertido la democracia en una ficción. Era necesario, en palabras de Alfonso López Pumarejo, quien sucedió a Olaya Herrera en el poder, poner en marcha una “revolución democrática” que remplazara a los “gobiernos de castas” y “oligárquicos” que históricamente habían gobernado en Colombia. Del programa de regeneración o catástrofe

propuesto por Rafael Núñez, argumentaba, los gobiernos conservadores únicamente habían dejado como legado el segundo componente. Era imperativo avanzar hacia el primer propósito “concretando en actos de gobierno las reformas que la nacionalidad ha venido aceptando como necesarias” y, a la vez, establecer un diálogo fluido entre “las clases directoras del país y las masas populares”. En el pueblo, concluía López Pumarejo, estaban las “mejores reservas espirituales” y había que confiar en su capacidad de “dirigir sus propios destinos y resolver sus propios problemas prescindiendo de la minoría autoritaria”⁵³³.

El compromiso de los gobiernos liberales con darle contenido a la democracia colombiana y el nuevo rol que le asignaron al pueblo en la esfera pública se vieron reflejados en las reformas y cambios que adelantaron en materia de participación política. Las restricciones a la ciudadanía universal masculina impuestas por la constitución de 1886, relativamente modificadas en 1910, fueron eliminadas por completo. A través de la reforma constitucional de 1936, llevada a cabo durante el primer período presidencial de López Pumarejo, se estableció que todos los hombres mayores de veintiún años, sin importar sus niveles de riquezas o alfabetismo, gozaban del derecho a voto⁵³⁴. Del ambiguo y clasificatorio lenguaje racial que funcionarios e intelectuales identificados con el racismo científico introdujeron en las esferas gubernamentales entre 1910 y 1930 se pasó a uno que remarcaba la condición de ciudadanos de todos los colombianos y su concomitante estatus de igualdad. Cuando los vientos del nazismo y las ideologías raciales excluyentes que los sustentaban llegaron a Colombia, Eduardo Santos no dudó en disolver organizaciones pro-nazis creadas por inmigrantes alemanes en Barranquilla,

⁵³³ “La República Liberal”, *ABC*, Quibdó, 6 de febrero de 1933.

⁵³⁴ John Green, *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular* (Bogotá: Banco de la República/Universidad Eafit, 2013), 161.

Medellín y Bogotá⁵³⁵. “Estas (instituciones) venían haciendo prácticas antidemocráticas que fueron oportunamente descubiertas”, señaló un representante gubernamental cuando se le interrogó por las decisiones adoptadas⁵³⁶.

El restablecimiento de la ciudadanía universal impulsado por los arquitectos de la República Liberal, como lo han demostrado algunos historiadores, tuvo implicaciones notables. La capacidad de voto otorgada a los hombres mayores de veintiún años permitió que un porcentaje significativo de las masas trabajadoras, anteriormente excluidas, pudieran ejercer ese derecho y, al hacerlo, le imprimieron mayor competencia a los comicios electorales⁵³⁷. Miembros de las élites locales y regionales, que desde los tiempos de la Hegemonía Conservadora venían apelando a la imagen de armonía racial de sus regiones para cuestionar el supuesto carácter incivilizado de las mismas, hicieron eco del ideal de igualdad política impulsado desde el gobierno nacional. “No por el torpe prejuicio racial, ridículo para toda persona medianamente civilizada, es posible desconocer los méritos de los servidores del partido”, afirmó el líder liberal Alfonso Meluk desde Quibdó en 1930⁵³⁸. Un año más tarde, su copartidario Emiliano Rey, al asumir como Intendente Nacional del Chocó, expresó su compromiso de hacer “injusticia imparcial sin tener en cuenta prejuicios de razas ni de clases políticas”⁵³⁹.

Colombia, a juzgar por este cuadro de participación política en una aparente igualdad de condiciones, lucía como una sociedad en la que sus habitantes negros y mulatos gozaban plenamente de igualdad política o, al menos, contaban con un gobierno dispuesto a garantizarla.

⁵³⁵ Un documentado análisis sobre la presencia nazi en Colombia se encuentra en Alberto Donadio y Silvia Galvis. *Colombia Nazi, 1939-1945: Espionaje alemán, la cacería del FBI, Santos, López y los pactos secretos* (Bogotá: Hombre Nuevo Editores, 2011).

⁵³⁶ “Medidas anti-nazis dictó ayer el gobierno”, *El Liberal*, Bogotá, 22 de enero de 1942.

⁵³⁷ Pisano, *Liderazgo*, 113.

⁵³⁸ “Los hijos del pueblo”, *ABC*, Quibdó, 30 de mayo de 1930.

⁵³⁹ “Alocución del señor intendente nacional del Chocó”, *ABC*, Quibdó, 23 de julio de 1931.

Se asemejaba a la idea de democracia racial que el dictador Getulio Vargas intentó proyectar de Brasil entre 1930 y 1945⁵⁴⁰. Al igual que en ese país, sin embargo, hubo actores sociales, que con sus ideas, prácticas y decisiones, establecieron límites a ese ideal. Algunos de esos límites provinieron de los miembros del ala derechista del Partido Liberal. Élite liberales, temerosas de perder espacios políticos, acudieron nuevamente a la supuesta falta de capacidades de los obreros para entender y manejar los asuntos de la vida política. A estos criterios apeló el líder liberal Reinaldo Valencia para evitar que los obreros que integraban el Comité Democrático Liberal de la Intendencia del Chocó, al igual que lo hicieron en 1929, lanzaran sus propios candidatos al concejo municipal de Quibdó en 1931. Valencia, desde el *ABC*, expresó que los obreros no estaban “en capacidad de afrontar los debates electorales por su propia cuenta” porque “al obrerismo aún le falta preparación para el estudio y solución de los problemas que confrontan los municipios”⁵⁴¹. Otros, ante la presencia de obreros negros en cargos públicos, hicieron uso de insultos raciales para cuestionar las designaciones que le hacían a los mismos⁵⁴².

Laureano Gómez y sus simpatizantes también estimularon barreras raciales que iban en contravía del principio de igualdad política. Desde su posición como presidente del Directorio Nacional Conservador, Gómez obstaculizó las candidaturas de políticos negros y mulatos que militaban en esa colectividad. En febrero de 1941, a la hora de definir los candidatos para Cámara de Representantes, el Directorio Conservador de la Intendencia del Chocó incluyó a Manuel Mosquera Garcés como miembro suplente del listado de aspirantes. Mosquera Garcés, abierto opositor del credo laureanista, se vio obligado a retirar su candidatura por las presiones

⁵⁴⁰ Al respecto ver Alberto, *Terms of Inclusion*, 114-115.

⁵⁴¹ “Las próximas elecciones para consejeros municipales”, *ABC*, Quibdó, 8 de junio de 1931.

⁵⁴² En 1931, el nombramiento del líder obrero negro Camilo Mayo como personero del municipio de Quibdó, dado su origen racial y sus escasos estudios, fue catalogado por algunos de sus copartidarios liberales como la “falta de la vergüenza”. “Los hijos del pueblo”, *ABC*, Quibdó, 30 de mayo de 1930.

ejercidas por Gómez desde la dirección nacional del conservatismo⁵⁴³. Ese mismo mes, nuevamente frente a la elección de candidatos contrarios a su línea política, pero en el Departamento de Bolívar, declaró ilegítima la elección y nombró un nuevo directorio departamental que escogió candidatos cercanos a su corriente política⁵⁴⁴.

Ambas denuncias, recogidas por *El Liberal* de Bogotá, pueden explicarse como producto de las diferencias políticas existentes entre las diversas corrientes ideológicas que daban forma al conservatismo. Pero una serie de artículos publicados por sectores moderados del conservatismo de Bolívar en 1945 confirman que detrás de estas decisiones también había claras motivaciones raciales. Ese año, ante nuevas presiones para evitar candidaturas de líderes regionales negros, el *Diario de la Costa* denunció que “la rosca aria” que dominaba los destinos del Partido Conservador en Bolívar estaba llevando “al conservatismo a la ruina con sus ataques a la raza negra”⁵⁴⁵. Señalaron que Eduardo Lemaitre, director de *El Fígaro*, había ordenado a algunos de sus columnistas a que “atacaran, denigraran, ridiculizaran y despreciaran a los hombres y políticos porque eran de color”⁵⁴⁶. Siguiendo las directrices de Gómez, decían, había convertido el directorio conservador en una “rosca” en la que sus integrantes optaron “por declararse arios totalitarios presentando una lucha racial cuyas consecuencias pueden ser prejudiciales”⁵⁴⁷.

El poeta Jorge Artel, en su condición de secretario de gobierno municipal, fue uno de los que experimentó agravios e insultos en el marco de la “lucha racial” que, según el *Diario de la Costa*, habían declarado las fuerzas laureanistas desde Cartagena y Bogotá. En febrero de 1945, Emilia Pardo, una reconocida cronista del diario *El Siglo* de Laureano Gómez, catalogó como

⁵⁴³ “Ramírez Moreno candidato a la Cámara por el Chocó”, *El Liberal*, Bogotá, 23 de febrero de 1941.

⁵⁴⁴ “2”, *El Liberal*, Bogotá, 15 de febrero de 1941.

⁵⁴⁵ “La rosca ignominiosa”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 7 de abril de 1945.

⁵⁴⁶ “La rosca totalitaria y la lucha de razas”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 8 de abril de 1945.

⁵⁴⁷ “Mi opinión”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 8 de abril de 1945.

torpe la decisión del Secretario de Gobierno del Municipio de Cartagena, Jorge Artel, de demoler algunas edificaciones del centro amurallado. Pardo argumentó que tales edificaciones eran patrimonio colonial y claves en el desarrollo de la industria turística. En su opinión, tal decisión “no se le ocurre sino a un animal de monte”, a quien “hay que meter en una jaula”⁵⁴⁸. Artel, a través del diario *El Liberal* le respondió a Pardo en términos que, según el periódico laureanista *El Fígaro*, fueron desobligantes. Inmediatamente, ese diario abrió una encuesta para conocer la opinión de varios ciudadanos sobre el comportamiento de Artel en el marco del debate sostenido con la cronista estrella de *El Siglo*. Varias de las respuestas reproducidas por el diario de Eduardo Lemaitre, abogado y académico perteneciente a una familia de ascendencia italiana, rayaron en una clara esencialización racial: “Jorge Artel con su agravio a Emilia demostró que incluso la poesía no puede suavizar las asperezas del negro” o “el agravio cometido a Emilia es algo más tosco y vulgar que la poesía que él canta”, fueron algunos de los comentarios reproducidos por *El Fígaro*⁵⁴⁹.

El ideal de democracia racial que se impulsó desde las esferas gubernamentales, entonces, enfrentó resistencias de miembros de élites nacionales y locales, que, ante el escenario de obreros y profesionales de origen afrodescendiente ocupando cargos públicos o incidiendo en los debates políticos, establecieron jerarquías de clase y raza que limitaban el ideal de igualdad. Negros y mulatos, desde el mismo liberalismo, el conservatismo y nuevas ideológicas políticas, explorarían alternativas para exigir su materialización.

⁵⁴⁸ “Otro atentado contra Cartagena”, *El Fígaro*, Cartagena, 26 de febrero de 1945.

⁵⁴⁹ “Conceptos emitidos por algunos ciudadanos con respecto a la metida de cascos del conocido poeta Artel”, *El Fígaro*, Cartagena, 27 de marzo de 1945.

6.2 NEGROS RADICALES

Obreros, estudiantes y profesionales negros y mulatos jugaron un papel central en la superación de la retórica clasista y las barreras raciales con las que miembros de los partidos Liberal y Conservador estaban vaciando de contenido el ideal de democracia racial. La identificación política que privilegiaron moldeó, en parte, los términos de inclusión que utilizaron para enfrentar las jerarquías previamente descritas. Algunos negros y mulatos, seducidos por el ideario de la República Liberal, confiaron en que la agenda reformista iniciada por Olaya Herrera y profundizada por López Pumarejo progresivamente lograría las transformaciones políticas que necesitaba Colombia. Incluso, algunos jóvenes negros liberales, entre ellos Adán Arriaga Andrade, moderaron su discurso y se apartaron de las ideas socialistas que habían defendido en los años veinte. El declarado socialista que otrora denunciaba que a Manuel Saturio Valencia lo habían condenado a la pena de muerte por negro y socialista, ahora afirmaba que el “problema negro” no existía en Colombia. En su territorio, el “sentido de casta” que había desarrollado la mayoritaria población negra frente a sus pares mestizos y blancos, decía, era producto del aislamiento y de la falta de vías de comunicación que habían obstaculizado un avanzado proceso de mestizaje⁵⁵⁰.

Los sectores moderados del conservatismo que discrepaban del pensamiento laureanista, entre los que estaban algunos negros y mulatos, hablaron de la necesidad de recuperar los principios democráticos que supuesta e históricamente habían caracterizado al Partido Conservador. De la Intendencia del Chocó, el más claro opositor de Laureano Gómez fue

⁵⁵⁰ “Adán Arriaga Andrade”, *Sábado*, Bogotá, 12 de octubre de 1946.

Manuel Mosquera Garcés⁵⁵¹, mientras que en el Departamento de Bolívar se destacaron estudiantes negros que lideraron la creación del periódico *El Conservador*⁵⁵². Estos estudiantes, en una entrevista concedida al *Diario de la Costa*, señalaron que el conservatismo no era “un partido de odiosos privilegios de familia, todo lo contrario, simboliza la Democracia en acción con sus bases fundamentales”⁵⁵³. Ante la exclusión de políticos de este origen racial del directorio departamental, categóricamente afirmaban que los dirigentes nacionales y locales que “desafortunadamente orienta(n) al partido, simboliza(n) ante la raza negra, que es la mayoría en Bolívar, su enemigo”⁵⁵⁴.

Las voces moderadas de estos sectores negros y mulatos contrastaron con el tono radical que asumieron otros de sus pares en ambas costas. De manera particular quienes siguieron vinculando socialismo y liberalismo exigieron que esta colectividad debía darle mayor cabida a las ideas socialistas en su plataforma ideológica. La fascinación con el socialismo al interior de las filas liberales siguió siendo alimentada por Jorge Eliecer Gaitán. Tras una serie de exitosos debates que hizo en el Congreso para condenar la masacre de las bananeras, adquirió reconocimiento nacional, radicalizó su discurso, y en 1933 creó la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR). A través de *El Unirismo*, órgano de opinión del citado partido político, Gaitán desplegó una retórica que abiertamente proclamó la defensa de los principios de la izquierda y la lucha por el socialismo como instrumentos para fortalecer la democracia. La UNIR, tras unos resultados electorales desastrosos en las elecciones de 1935, se disolvió y Jorge Eliecer Gaitán retornó a las filas liberales. Ese retorno, como lo sugiere el historiador John

⁵⁵¹ “Manuel Mosquera Garcés atacó ayer en forma violenta al Dr. Laureano Gómez”, *ABC*, Quibdó, 25 de octubre de 1935.

⁵⁵² “Apareció en Cartagena el semanario El Conservador”, *El Liberal*, Bogotá, 20 de julio de 1942.

⁵⁵³ “Mi opinión”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 8 de abril de 1945.

⁵⁵⁴ “Mi opinión”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 8 de abril de 1945

Green, no implicó un abandono de sus principios de izquierda ni un silenciamiento de los abiertos reclamos de justicia social y económica que lo habían caracterizado desde su incursión a la política colombiana. En contraste, Jorge Eliecer Gaitán, intentando cambiar al liberalismo desde dentro, dio forma al Gaitanismo, un movimiento que, en términos políticos, cuestionó el distanciamiento existente entre las élites y la gente común y corriente. Apegado a las mieles del poder y la burocracia, el “país político”, decía Gaitán, se había preocupado por defender sus intereses particulares, y había abandonado su rol de representar las aspiraciones de las mayorías, el llamado “país nacional”⁵⁵⁵.

Tanto la UNIR como el Gaitanismo despertaron simpatías en obreros, campesinos, estudiantes y profesionales, entre ellos varios negros y mulatos. En Cartagena, Francisco de Paula Vargas Vélez, quien desde la década del 20 venía navegando en aguas socialistas, abrazó la causa gaitanista. En la Intendencia del Chocó, Diego Luis Córdoba, quien también entró en contacto con el unirismo, se declaró abiertamente socialista en 1933, y un año más tarde junto a Gerardo Molina (compañero de luchas en la Federación Nacional de Estudiantes), fundó un periódico de corte socialista⁵⁵⁶.

La simpatía que desarrollaron por el socialismo los distanció de las corrientes oficiales del liberalismo y crearon facciones políticas que hicieron parte de la avanzada gaitanista en las regiones Caribe y Pacífica. Francisco de Paula Vargas Vélez lideró la corriente conocida como “el varguismo”, a la que estaban vinculados sus hermanos Daniel, Raúl y Eusebio⁵⁵⁷. *El Mitin*, periódico de este movimiento, caracterizaba a Vargas como “el jefe de la corriente izquierdista

⁵⁵⁵ Green, *Gaitanismo*, 132, 272.

⁵⁵⁶ “Los socialistas de la Cámara fundarán un periódico”, *ABC*, Quibdó, 30 de octubre de 1934.

⁵⁵⁷ Sobre Francisco de Paula Vargas y su rol en el liberalismo ver Muriel Vanegas Beltrán, “Las facciones del liberalismo: Rivalidades y conflictos por el poder, 1930-1945”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 17, 2 (2012), 347-369.

de Bolívar”, quien, con sus acciones políticas, contribuiría a la construcción de una “verdadera democracia”⁵⁵⁸. Diego Luis Córdoba, por su parte, armó una disidencia llamada, primero, Comité Liberal Cordobista (1933), luego Comité Liberal Pro-Chocó (1935), y finalmente el Comité Liberal de Acción Democrática que anunció desde el *ABC* en enero de 1939⁵⁵⁹.

La creación del Partido Comunista de Colombia también incidió en la radicalización del discurso que venían utilizando algunos sectores negros y mulatos. El 17 de julio de 1930, antiguos miembros del Partido Socialista Revolucionario, gremios de artesanos, las federaciones de obreros portuarios y del transporte y las nacientes ligas agrarias e indígenas crearon el Partido Comunista Colombiano⁵⁶⁰. En la Intendencia del Chocó, aunque este partido no contó con una estructura política formal, hubo líderes negros que abiertamente se declararon comunistas. “El supremo ideal del obrero era el comunismo”, exclamó en 1934 Primo Guerrero, un estudiante oriundo de Quibdó y que migró a Bogotá a cursar sus estudios profesionales⁵⁶¹. En Bolívar, donde el PCC sí tuvo una estructura política formal, la dirección recayó inicialmente sobre el barbero Juan Valdelamar, y luego en el bracero José Raquel Mercado⁵⁶².

La radicalización del discurso de estos sectores fue más allá de las ideologías políticas e involucró lo racial. Diego Luis Córdoba, quien durante su actividad política durante la década del 20 hablaba en un tono multirracial, ahora no dudaba en señalar que en la Intendencia del Chocó era evidente la existencia de un “problema racial”, que se expresaba en el hecho de que “los blancos o blanqueados han formado feudos donde se explota y esclaviza a los negros”. La conclusión de Córdoba era contundente: “El negro ha sido condenado como elemento

⁵⁵⁸ “El varguismo como partido social”, *El Mitin*, Cartagena, 3 de mayo de 1935.

⁵⁵⁹ “Córdoba declara que no se ha retirado a la vida privada, sino del Parlamento”, *ABC*, Quibdó, 10 de enero de 1939.

⁵⁶⁰ Archila, *Cultura*, 280.

⁵⁶¹ “El domingo se inició la campaña eleccionaria”, *ABC*, Quibdó, 9 de enero de 1934.

⁵⁶² “La candidatura de José Raquel Mercado”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 22 de febrero de 1945

inferior”⁵⁶³. Simpatizantes de su movimiento también hicieron alusión a su condición racial para justificar el apoyo que los habitantes debían brindarle en las elecciones. En los comicios para escoger congresistas en 1935, el estudiante negro Tomás de Aquino Moreno, en calidad de presidente de un Centro de Estudios Marxistas de la Universidad de Antioquia, recomendó al pueblo chocoano apoyar la candidatura de Diego Luis Córdoba a Representante a la Cámara amparándose en las siguientes razones: “Más facultado condición étnica, dotes intelectuales, brillantes actuaciones políticas”⁵⁶⁴.

Los obreros que militaron en los movimientos liderados por Diego Luis Córdoba defendieron con orgullo su pertenencia a la raza negra. En 1938, en el marco de un congreso sindical realizado en la ciudad de Cali, Ramiro Ortiz, un obrero del Chocó, pronunció un discurso en el que, según el *ABC*, “ponderó la excelencia de su raza”⁵⁶⁵. Sus pares en Cartagena, bajo el liderazgo del bracero José Raquel Mercado, protestaron en contra de los insultos raciales que recibió Artel en su condición de secretario de gobierno. A la citada protesta de desagravio, según lo registró el *Diario de la Costa*, asistieron cerca de “dos mil quinientas a tres mil personas” para “manifestarle su apoyo y respaldo al destacado poeta cartagenero con motivo de las injurias de que fue objeto”. En clara sintonía con el discurso que Jorge Artel venía defendiendo desde los años treinta, el líder obrero Alejandro Angulo García, uno de los que se dirigió a los manifestantes, anotó que “los apellidos ni los colores de la piel pueden ser los

⁵⁶³ “El curso de las audiencias en el consejo de Estado sobre el pleito de las credenciales sigue llamando la atención”, *ABC*, 15 de febrero de 1938.

⁵⁶⁴ “Apoyan la candidatura del Dr. Córdoba”, *ABC*, Quibdó, 4 de abril de 1935.

⁵⁶⁵ “En el congreso sindical de Cali se pidió al ejecutivo el nombramiento de un intendente regional”, *ABC*, Quibdó, 27 de enero de 1938.

verdaderos motivos de orgullo de los hombres, sino el trabajo, la honradez y la elevación intelectual”⁵⁶⁶.

En las filas del Partido Comunista también se hablaba en un abierto lenguaje de justicia racial. En 1935, en el marco de una campaña a elecciones, el PCC invitó a sus votantes en los siguientes términos: “El partido comunista, vanguardia de la clase obrera y abanderado de la causa de la liberación nacional, llama a las amplias masas trabajadoras del país, a los obreros y campesinos, a las masas indígenas y a la población negra oprimida...a participar en las próximas elecciones bajo la plataforma concreta de la lucha que presenta el Partido Comunista”. Esa plataforma, haciendo eco al parecer de la tesis desarrollada por el Partido Comunista de Estados Unidos de que los sectores negros del Sur de ese país eran una nación oprimida con derecho a la auto-determinación⁵⁶⁷, habló incluso de la posibilidad de que los habitantes negros y las comunidades indígenas conformaran naciones independientes: “Por el derecho de autodeterminación, hasta la separación inclusive, de las nacionalidades indígenas y negras; contra toda discriminación racial respecto a los negros y los indios; por la igualdad de los derechos económicos, políticos y civiles para los indígenas y negros”⁵⁶⁸, decía uno de los puntos de la plataforma política. “No es desconociendo sus características raciales, sus tradiciones, hábitos y modalidades, no es ignorando el sentimiento de nacionalidad oprimida, no es así como lograremos conquistar la simpatía y la confianza hacia nuestra revolución agraria y anti-imperialista”, señalaron desde *El Bolchevique*⁵⁶⁹.

⁵⁶⁶ “Hoy tendrá lugar la gran manifestación popular de desagravio a Jorge Artel” y “Muy concurrida resultó la manifestación de simpatía de Jorge Artel”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 5 y 6 de abril de 1945.

⁵⁶⁷ Makalani, *In the Cause of Freedom*, 133.

⁵⁶⁸ “Plataforma electoral del Partido Comunista”, *El Bolchevique*, Bogotá, 6 de abril de 1945.

⁵⁶⁹ “La emancipación indígena”, *El Bolchevique*, Bogotá, 13 de abril de 1945.

El ascenso del fascismo y el régimen de segregación racial que imperaba en los Estados Unidos fueron visualizados como una amenaza para la democracia. “Lucha implacable contra toda manifestación de nazismo y el falangismo”, fue uno de los puntos centrales de la plataforma política del PSD en Bolívar durante las elecciones de 1945⁵⁷⁰. La democracia, decía el manifiesto que lanzaron los miembros del Club Negro de Colombia en 1943, experimentaba un “menoscabo con la inmovilización de importantes factores humanos que, de no serlo así, aportarían la totalidad de su contingente a la cristalización de la victoria definitiva y total”. Era un contrasentido, afirmaron, que mientras Estados Unidos lideraba las fuerzas que estaban intentando derrotar al nazismo, le negara los derechos políticos a los afroamericanos. Era necesario fortalecer la democracia en el continente americano, suprimiendo la “valla del prejuicio racial” y otorgándole igualdad y participación política efectiva a la raza negra⁵⁷¹.

La eliminación de la exclusión racial y política que vivían los afroamericanos se volvió mucho más apremiante para estos líderes de origen afrodescendiente porque instituciones de los Estados Unidos estaban intentando implementar algunas de esas prácticas segregacionistas en la misma Colombia. En 1945, desde el periódico comunista *Diario Popular*, un obrero colombiano señaló que en las oficinas de la Embajada de los Estados Unidos en Bogotá se estaba implantando “de forma un poco velada cierto principio de discriminación racial”. Según el denunciante, los servicios sanitarios de las citadas oficinas se usaban de forma segregada. Amparado en su experiencia como trabajador en las obras del canal de Panamá y miembro de las fuerzas armadas que Estados Unidos desplegó para defenderlo en el marco de la Segunda Guerra Mundial, advertía que tal práctica no debía considerarse como un detalle menor. Rememorando el trato que recibía en comparación con sus compañeros norteamericanos en Panamá, habló de

⁵⁷⁰ “La candidatura de José Raquel Mercado”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 22 de febrero de 1945.

⁵⁷¹ “Los negros colombianos lanzan un manifiesto para la América”, *El Tiempo*, Bogotá, junio 27 de 1943

las diferencias en los salarios y las dolorosas humillaciones raciales que tenían que soportar: “En todos partes encontrábamos pequeños avisos que decían Roll Gold only (solamente para el roll de oro); nosotros éramos del roll de plata (Silver roll) y nos sentíamos cohibidos de tomar el agua fresca y pura cuando nuestras gargantas reseca la pedían”. En su amplia reflexión sobre la segregación racial que vivió al interior de las fuerzas militares de Estados Unidos en Panamá, concluyó que Colombia, para evitar ver el aviso del “Roll Gold only” que el “imperialismo americano” habían implantado en los territorios bajo su dominio, o no tener que lidiar con el “macabro aviso que paseaban los judíos por las calles alemanes”, debía prepararse para impedir la opresión política y la discriminación racial⁵⁷².

De manera que estudiantes, profesionales y líderes obreros negros, vinculados sobre todo a las corrientes izquierdistas del liberalismo, al socialismo y el comunismo, llegaron al convencimiento de que la raza incidía en la reproducción de las jerarquías sociales y económicas. Desde esos movimientos o de las alternativas que forjaron exigieron justicia racial y condenaron el fascismo y la segregación racial en los Estados Unidos. Las reacciones ante esta ampliación de los términos de inclusión por los líderes negros y mulatos, sobre todo frente aquellos que acogieron el socialismo, el comunismo y hablaron de inferioridad racial, no se hicieron esperar.

6.3 GUERRA DE RAZAS

Algunos de los términos de inclusión utilizados por los obreros, estudiantes y profesionales negros y mulatos para superar las barreras de clase y raza que limitaban su derecho a la igualdad

⁵⁷² “El imperialismo yanqui y la discriminación racial”, *Diario Popular*, Bogotá, 13 de noviembre de 1945

política generaron reacciones a nivel local y nacional. Quienes abrazaron el lenguaje socialista y comunista, al igual que el resto de políticos de esta orientación, enfrentaron estigmatizaciones por parte de miembros de las élites liberales y conservadoras. Mientras las primeras pronosticaron una inevitable lucha de clases, las segundas se encargaron de crear el apocalíptico escenario de que Colombia terminaría convertida en una “sucursal del soviets”⁵⁷³.

Los líderes negros y mulatos que abiertamente reclamaron la igualdad política para los habitantes negros sin apegarse al carácter mestizo de Colombia fueron acusados de promover lucha de razas. En la Intendencia del Chocó, tales acusaciones recayeron sobre Diego Luis Córdoba y sus simpatizantes. En 1935, desde el *ABC*, Reinaldo Valencia señaló que “en las elecciones del domingo pasado causa de aglutinamiento, fue la cuestión racial”. Agregó que “el doctor Córdoba enarboló la bandera racial, como lo demuestra el hecho de que la mayor parte de los conservadores de su raza sufragaron por él, y de que los gritos que se escuchaban no eran otros que de los de que aquí no se trataba sino de una cuestión de aristocracia y democracia”⁵⁷⁴. El cronista liberal Armando Solano, haciendo eco de estas acusaciones, desde las páginas de *El Tiempo* de Bogotá, señaló que en la Intendencia del Chocó, “sin necesidad y sin oportunidad, se estaba agitando la “complicación exótica” de la “lucha de razas”⁵⁷⁵.

En el Departamento de Bolívar, al igual que ocurrió durante la *República de los Blancos*, también emergieron acusaciones de lucha racial. En 1945, cuando tuvo lugar la manifestación de apoyo a Artel, circuló un panfleto a través del cual los organizadores de la manifestación supuestamente aclaraban que el objetivo de la misma era racial y no político. “No desviemos por

⁵⁷³ *Patria Nueva*, periódico que se auto-proclamaba anti-comunista y defensor de las ideas de Laureano Gómez y de la Falange española en Cartagena, sintetizaba las aspiraciones de los comunistas en esa frase. Al respecto ver “Un año”, *Patria Nueva*, Cartagena, 10 de diciembre de 1938.

⁵⁷⁴ “Comentando el debate”, *ABC*, Quibdó, 29 de mayo de 1935.

⁵⁷⁵ “La lucha de razas en el Chocó”, *ABC*, Quibdó, 8 de agosto de 1935.

los cauces de la política nuestro movimiento”, iniciaba el panfleto. El objetivo principal, expresaban, era defender a la “raza negra”. “Con motivo de los ataques de que ha sido víctima el glorioso poeta cartagenero Jorge Artel por parte de un grupo de jóvenes que por llamarse de la “sociedad” han querido agraviarlo”⁵⁷⁶.

Las acusaciones y rumores de lucha de razas, especialmente en la Intendencia del Chocó, también provinieron de algunos políticos de origen afrodescendiente. Uno de los primeros en acusar a Diego Luis Córdoba de promotor de lucha de razas fue Ramón Lozano Garcés, quien afirmó que era “extraño que sea el representante Córdoba el abanderado de esta campaña, cuando el socialismo científico tiene proscrita la lucha de razas”⁵⁷⁷. Las elecciones de 1935, según el líder obrero Camilo Mayo, “no fueron elecciones de partido como era de esperarse, sino de la lucha racial”⁵⁷⁸. En 1938, en el marco de una demanda instaurada por Diego Luis Córdoba por fraude electoral y favorecimiento de las autoridades de la intendencia a los políticos Adán Arriaga y Eliseo Arango, fue acusado de estar alimentando “la lucha de negros puros contra mestizos y blancos”. Peor aún: los discursos utilizados “por el señor Córdoba para fines electorales”, expresó Arriaga Andrade, estaban configurando algo que denominó como “social-racismo”, una “doctrina racista” innecesaria en un territorio mestizo⁵⁷⁹.

Tanto los temores de que Colombia se convirtiera en una “sucursal del soviet” como la posible lucha de negros contra blancos carecían de sustento. La percepción de un país dominado por las ideas socialistas era producto de la paranoia de las corrientes derechistas del liberalismo y el conservatismo. Los exponentes del liberalismo de izquierda, entre ellos el

⁵⁷⁶ “El partido conservador de Bolívar proclama la lucha de razas”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 7 de abril de 1945.

⁵⁷⁷ “Una breve charla con Lozano Garcés”, *ABC*, Quibdó, 28 de marzo de 1935.

⁵⁷⁸ “Las elecciones del domingo”, *ABC*, Quibdó, 31 de mayo de 1935.

⁵⁷⁹ “El curso de las audiencias en el consejo de Estado sobre el pleito de las credenciales sigue llamando la atención”, *ABC*, Quibdó, 15 de febrero de 1938.

socialista Diego Luis Córdoba, fueron presidencialista. “Los hombres de izquierda de Colombia tenemos el deber de llevar a la mansión de Nariño las ideas y los sistemas de gobierno de López,” señaló en 1941⁵⁸⁰. Ese mismo año, cuando López Pumarejo ambientaba su nueva candidatura a la presidencia, el Comité Liberal de Acción Democrática le expresó su decidido apoyo “para que su administración sea la continuación de la obra democrática que empezó a realizar desde el poder bajo su primera administración”⁵⁸¹.

El PCC, aunque fiel a los postulados de la Internacional Comunista, se caracterizó por poseer una representación política escasa a nivel nacional durante toda la República Liberal. En 1934, acatando la directriz del frente único, el PCC lanzó su candidato presidencial (el indígena Eutiquio Timoté), obteniendo un modesto –por no decir pobre- resultado: frente a los 938.608 votos que alcanzó López Pumarejo, Timoté apenas llegó a 1974⁵⁸². Posteriormente, acatando la estrategia del frente popular impulsado por el Comintern para enfrentar el ascenso del nazismo, el PCC desarrolló alianzas con los gobiernos liberales. Incluso, en 1945, frente a las candidaturas del líder izquierdista Jorge Eliecer Gaitán y de su copartidario Gabriel Turbay, el PCC, ahora llamado Partido Socialista Democrático, prefirió apoyar las aspiraciones del segundo candidato, afín al ala derechista del liberalismo⁵⁸³.

Las acusaciones de promover una lucha de negros contra blancos que recayeron sobre algunos líderes de origen afrodescendiente no pasaron de ser rumores y no se tradujeron en la anunciada guerra de razas. Pero, como bien lo sugiere Marixa Lasso en su análisis sobre la emergencia de discursos de este tipo a comienzos de la República en Colombia, es necesario

⁵⁸⁰ “Diego Luis Córdoba iría al debate de marzo en lista con Arriaga Andrade”, *ABC*, Quibdó, 8 de febrero de 1941.

⁵⁸¹ “El Comité Liberal de Acción Democrática saluda al futuro presidente de Colombia”, *ABC*, Quibdó, 30 de agosto de 1941.

⁵⁸² Archila, *Cultura*, 288.

⁵⁸³ Ese mismo año, en el marco de un intento de golpe de Estado al presidente López Pumarejo, el PSD a nivel nacional y regional le ratificó su apoyo. “Unidad nacional y departamental en torno al presidente López”, fue uno de los puntos incluidos por la seccional del PSD en Bolívar en el marco de esa coyuntura política

preguntarse en qué contexto emergieron y porqué fueron tan recurrentes este tipo de rumores⁵⁸⁴. Como en el pasado, las acusaciones de promover lucha de razas salieron a flote en momentos en que sectores negros y mulatos estaban exigiendo que se materializara la incumplida promesa de la igualdad. La autoría del panfleto que circuló en el marco de la protesta de desagravio que la Federación de Trabajadores de Bolívar organizó para protestar por los insultos raciales que sufrió Artel sirve para sustentar lo anotado. *El Diario de la Costa*, que reprodujo el panfleto, denunció que detrás de la circulación de la hoja “en la que se predica la lucha de razas y la violencia” se encontraban los dirigentes del Partido Conservador. Sustentaron su afirmación en el testimonio de Joaquín Herrera, la persona que se encargó de llevar el panfleto a una tipografía para su impresión. Tras ser capturado por la policía, Herrera declaró bajo juramento que “el contenido de la hoja y el valor de la impresión le habían sido entregado por el presidente del Directorio Conservador Municipal de Cartagena”⁵⁸⁵.

Los discursos pronunciados por los líderes obreros y el mismo Jorge Artel en la protesta de 1945 en Cartagena indican que el escenario de una lucha de razas promovida por la vanguardia negra y mulata era, si no imposible, inverosímil. El líder artesanal Rafael Redondo Mendoza, figura destacada del ala izquierdista del Partido Liberal y asiduo columnista del *Diario de la Costa*, centró su defensa en la trayectoria intelectual del poeta cartagenero “Artel aprestigia el nombre de Cartagena por la posición intelectual que ocupa en nuestro país y fuera de él”, afirmó. Alfonso Castro Bermúdez, quien trabajó posteriormente junto con Artel en un radio-periódico llamado *Síntesis*, hizo énfasis en la eliminación de los prejuicios raciales. “El

⁵⁸⁴ Marixa Lasso, “Guerra de razas y nación en el Caribe Gran Colombiano, 1810-1832”, en: Alberto Abello Vives y Francisco Javier Flórez Bolívar, Eds., *Los desterrados del paraíso: Raza, pobreza y cultura en Cartagena* (Barranquilla: Icultur/Editorial Maremágnum, 2015), 74.

⁵⁸⁵ “El partido conservador de Bolívar proclama la lucha de razas”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 7 de abril de 1945.

movimiento popular tenía por objeto rescatar la inteligencia cartagenera y lograr que la ciudad destruya tantos prejuicios que la agobian”. Artel, en medio de la ovación de los cerca de tres mil asistentes que acudieron a la manifestación, expresó que se trataba de una protesta por “las injurias que, en su persona, han sido irrogadas a las gentes negras de Cartagena y de Colombia”. Tales injurias, argumentaba, obedecían a la existencia en Cartagena de “individuos que se creen los guardianes de la pureza racial y los únicos que merecen dirigir el ambiente intelectual de la ciudad, sin tener más méritos que haber heredado fortunas o apellidos”. Hablar de la citada pureza, concluía, era una inconsecuencia en un contexto donde “nadie puede asegurar que no tiene un ancestro de indio o de la raza que hizo las murallas legendarias”⁵⁸⁶.

Tensiones políticas entre las distintas facciones del liberalismo explican también las acusaciones que algunos copartidarios, entre ellos negros y mulatos, les hicieron a Diego Luis Córdoba y sus simpatizantes como promotores de lucha de razas. Liberales oficialistas -como Reinaldo Valencia- temían que sus denuncias de desigualdad basadas en criterios raciales desdibujaran la ideología del Partido Liberal. “Los gritos de ese día, las predicas, las mismas hojas volantes, señalaban como réprobo, como traidor a la raza, al elemento que, pensando antes que en ella, en la doctrina liberal, se atreviera a mostrarse independiente”⁵⁸⁷, afirmó Valencia en 1935. Y sobre todo, a quienes en determinados momentos compitieron electoralmente con Diego Luis Córdoba, los inquietaba el apoyo popular que estaba alcanzado su proyecto político. “Explotación de una cuestión racial, que marxistas condenan y que aquí menos que en ninguna otra parte existe, fueron los señuelos de los tres mil liberales chocoanos que votaron por él”,

⁵⁸⁶ “Muy concurrida resultó la manifestación de simpatía a Jorge Artel”, *ABC*, Quibdó, 6 de abril de 1945.

⁵⁸⁷ “Comentando el debate”, *ABC*, Quibdó, 29 de mayo de 1935.

expresó Adán Arriaga Andrade refiriéndose a las elecciones de 1937 donde Córdoba nuevamente salió electo Representante a la Cámara⁵⁸⁸.

El arraigo que el centenario discurso de mestizaje tenía en la sociedad colombiana y el restablecimiento del mismo como discurso oficial de la nación durante la República Liberal hizo que cualquier alusión a la existencia de un conflicto racial fuera interpretada como una amenaza al proyecto de nación. El cronista Armando Solano, por ejemplo, señaló que Diego Luis Córdoba estaba incurriendo en un “error táctico” al movilizar a sus simpatizantes agitando odios y divisiones raciales en un “pueblo mestizo, esencialmente democrático, donde...somos iguales negros, amarillos y blancos”⁵⁸⁹. Igual percepción expresó el líder liberal, negro, Ramón Lozano Garcés, quien aseguraba que los chocoanos no eran una “unidad racial”. En contraste, aseguraba, eran una “superposición racial”, pues, “el 90 por ciento de la población chocoana es producto de una feliz y maravillosa mezcla de indígenas, blancos y negros”⁵⁹⁰.

El carácter multirracial que siempre tuvieron los movimientos de Diego Luis Córdoba también confirma que las acusaciones como promotor de lucha de razas buscaban desdibujar su proyecto político. Aunque integrado mayoritariamente por personas de origen afrodescendiente (Demetrio Valdés Ortiz, Primo Guerrero, Tomás de Aquino Moreno, José Laó Moreno, Julián Mayo, Francisco Córdoba), el Comité Liberal de Acción Democrática, por ejemplo, contó con la presencia de sirio-chocoanos (Armando Meluk), miembros de la élite blanca (Vicente Barrios Ferrer), e, incluso, integrantes que reivindicaban sus ancestros indígenas (Pragmacio Ayala)⁵⁹¹.

⁵⁸⁸ “El curso de las audiencias en el Consejo de Estado sobre el pleito de las credenciales sigue llamando la atención”, *ABC*, Quibdó, 15 de febrero de 1938.

⁵⁸⁹ “La lucha de razas en el Chocó”, *ABC*, Quibdó, 8 de agosto de 1935.

⁵⁹⁰ “Una breve charla con Lozano Garcés”, *ABC*, Quibdó, 28 de marzo de 1935.

⁵⁹¹ Pisano, *Liderazgo*, 156. Sobre orígenes raciales de Ayala ver “Por la raza indígena”, *ABC*, Quibdó, 15 de junio de 1940.

Este carácter multirracial hizo que los movimientos liderados por Córdoba también tuvieran como target a grupos distintos a los habitantes negros. Los integrantes del CLAD, por ejemplo, hicieron reclamos en nombre de la igualdad de las comunidades indígenas. La presencia de Pragmacio Ayala fue clave en la incorporación del tema indígena en la plataforma política de este movimiento. A finales de los años treinta, ad portas de que Córdoba anunciara su intención de formar un partido político, Ayala venía señalando que “el verdadero problema racial de esas comarcas los confrontaban los indígenas”. Él, agregaba de manera impetuosa, “desconocía toda actividad de Diego Luis Córdoba a favor de esa raza”⁵⁹². Una vez se vinculó al CLAD y varios de los miembros de este movimiento ingresaron al Consejo Administrativo de la Intendencia, se abrió una relativa preocupación por las condiciones de marginalidad en la que se encontraban los cerca de 7.000 indígenas con que contaba la intendencia. En el marco de una convención de municipios de la intendencia, poniendo como ejemplo las acciones que los gobiernos de México habían adelantado en favor de las comunidades indígenas, miembros del CLAD propusieron incorporar “a las actividades ciudadanas, a las tribus indígenas del Chocó, elevando su nivel moral, educándolos, cuidándolos”⁵⁹³.

Los términos que utilizó el mismo Diego Luis Córdoba para explicar los alcances de su proyecto político para nada guardaban relación con la pronosticada lucha de negros contra blancos que supuestamente estaba alentando. Inicialmente, ante lo problemático que se había convertido hablar de inferioridad racial en una sociedad auto-proclamada armónica racialmente hablando, Córdoba se aferró al respeto que profesaba por las ideas socialistas. Así se deduce de la respuesta que dio frente a las acusaciones que le hicieron en el marco de las elecciones de 1935. En ese debate, desde el Congreso de la República, expresó que “no había tratado de

⁵⁹² “Por la raza indígena”, *ABC*, Quibdó, 15 de junio de 1940.

⁵⁹³ “Por la raza indígena”, *ABC*, Quibdó, 15 de junio de 1940

explotar la cuestión racial y que en los discursos de su campaña política no tocó la palabra negro ni blanco”. Sus discursos, argumentó, habían estado enmarcados en el programa socialista que profesaba: “No hablé de lucha de razas, sino de lucha de clases, porque no necesitaba de traicionar mis ideas socialistas, ya que en el socialismo está vedado admitir como problema social la cuestión del pigmento”⁵⁹⁴. Y cuando abiertamente reconoció que si hablaba del estatus de inferioridad en el que se encontraban los habitantes negros y que aspiraba a “enaltecerlos”, expresó que el sentido de esa “EMOCION RACIAL” por defenderlos para nada implicaba “decretar la guerra del negro contra el blanco”. Debía leerse como un esfuerzo por “reclamar para el negro iguales oportunidades en la economía, en la educación, en la instrucción, en el aprecio social, en la regencia del Chocó”⁵⁹⁵.

Los discursos previamente citados, más que promocionar una lucha entre negros y blancos, reflejan, en primer lugar, la persistencia de algunos de los términos de inclusión (honor, educación, trabajo) a través de los cuales los habitantes de origen afrodescendiente venían cuestionando la existencia de los prejuicios raciales desde la instauración de la República. Ilustran, en segunda instancia, la búsqueda incesante de narrativas para superar las desigualdades raciales que enfrentaban los habitantes negros en sus regiones y allanar el camino a la igualdad. Indican, finalmente, que para algunos de estos líderes el ideal de democracia racial de la República Liberal precisaba de algunos ajustes. Era necesario, como aseguraba Diego Luis Córdoba, “un perfeccionamiento de la democracia, para hacerla más humana, más defensible, más firme, más justa”⁵⁹⁶. El radicalismo de la propuesta de Diego Luis Córdoba y varios de sus

⁵⁹⁴ “El doctor Córdoba sostiene que el no habló nunca de blancos y negros sino de aristocracia y democracia”, *ABC*, Quibdó, 8 de agosto de 1935.

⁵⁹⁵ “Córdoba declara que no se ha retirado a la vida privada, sino del Parlamento”, *ABC*, Quibdó, 10 de enero de 1939.

⁵⁹⁶ “Un socialista opina sobre la reforma constitucional”, *El Liberal*, Bogotá, 27 de diciembre de 1943.

simpatizantes buscaba, ante todo, materializar el ideal de igualdad. “Llevaremos a cabo la igualdad ante la vida; la igualdad de medios para luchar por ella, para minar de esta guisa por su base la feroz diversificación de capitalistas y proletarios, de patricios y plebeyos”, proclamó Córdoba⁵⁹⁷.

6.4 UNA GENUINA REPRESENTATIVIDAD POLÍTICA

Obreros, estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente demandaron de los gobiernos liberales el cumplimiento de su compromiso de brindarle una autentica participación y representación política al pueblo. Esta demanda no solo obedecía a que la República Liberal había iniciado con fuerzas conservadoras dominando los concejos, las asambleas y el congreso, sino que también varios de los directorios liberales, municipales y departamentales, eran controlados por círculos que se consideraban los llamados a ocupar los cargos directivos y los espacios de representación política.

Los problemas de representatividad política de los habitantes de algunos territorios colombianos, entre ellos los del Chocó, se agudizaban por el estatus administrativo en el que se encontraban. Al no ser departamento, por seguir careciendo de los habitantes y las rentas anuales requeridas por la ley, electoralmente seguía dependiendo de Antioquia, jurídicamente del Cauca y administrativamente de Bogotá⁵⁹⁸. Los ciudadanos colombianos, además, llegaron a la República Liberal sin poder elegir senadores por voto directo. Los diputados de las asambleas

⁵⁹⁷ “Un socialista opina sobre la reforma constitucional”, *El Liberal*, Bogotá, 27 de diciembre de 1943.

⁵⁹⁸ Juan Hernández, “La chocoanidad en el siglo XX: Representaciones sobre el Chocó en el proceso de departamentalización (1913-1944) y en los movimientos cívicos de 1954 y 1987” (Tesis de pregrado, Universidad Javeriana, 2010), 50-51.

departamentales continuaban con la atribución de nominar y seleccionar a los políticos que ocupaban la cámara de alta. Las mujeres, que representaban un porcentaje significativo de la población, seguían careciendo de los derechos de ciudadanía. Este conjunto de limitaciones en la representatividad política que experimentaban algunos habitantes colombianos, entre ellos negros y mulatos, llevó a que líderes como el mismo Córdoba consideraran que el Estado debía “dar autenticidad y responsabilidad a la representación del pueblo”, pues existía “un divorcio del pueblo y las directivas, del gobierno y los partidos”⁵⁹⁹.

Los gobiernos liberales, en sus dos primeros mandatos, hicieron movimientos en la dirección reclamada posteriormente por Córdoba. Enrique Olaya Herrera, al conformar su gabinete ministerial, tuvo en cuenta a dos políticos del Chocó (Eliseo Arango y Francisco José Chaux) para que ocuparan las carteras de educación e industrias respectivamente⁶⁰⁰. El mismo Olaya Herrera nombró a Adán Arriaga Andrade como Intendente Nacional del Chocó en 1933, convirtiéndose en el primer político de origen afrodescendiente en ocupar ese cargo desde la creación de la intendencia en 1907⁶⁰¹. El Departamento de Bolívar, que desde la designación de Manuel Francisco Obregón Flórez como gobernador encargado en 1913 no había contado con políticos negros ejerciendo esa posición, nuevamente tuvo uno. El mismo Obregón Flórez, ahora en propiedad, gobernó entre 1935 y 1936, y lo hizo también durante el mandato del presidente Eduardo Santos⁶⁰².

Esta vinculación de políticos pertenecientes a territorios y grupos sociales tradicionalmente marginados del poder, aunada al derecho que adquirieron las mujeres de ser

⁵⁹⁹ “Un socialista opina sobre la reforma constitucional”, *El Liberal*, Bogotá, 27 de diciembre de 1943.

⁶⁰⁰ “El sábado en la noche fue nombrado el ministerio”, *ABC*, Quibdó, 14 de abril de 1930.

⁶⁰¹ “El doctor Adán Arriaga Andrade fue nombrado intendente Nacional del Chocó”, *ABC*, Quibdó, 22 de diciembre de 1933.

⁶⁰² “Coalición en el gobierno de Bolívar”, *El Liberal*, Bogotá, 8 de febrero de 1941.

nombradas (no elegidas) para desempeñar empleos públicos y el ya mencionado restablecimiento de la ciudadanía universal masculina a través de la reforma constitucional de 1936, dieron la sensación de que los dirigentes liberales estaban cumpliendo la promesa de abrir los espacios de representación política. Pero para algunos de los líderes negros y mulatos, sobre todo aquellos que se identificaron con el ala izquierdista del liberalismo e integraron el Partido Comunista, lo determinante en el tema de la representación no sólo era contar con dirigentes de su territorio en espacios de poder. También era imperativo que esos dirigentes interpretaran las necesidades y expectativas de los ciudadanos, y ellos mismos, a su vez, deseaban ser protagonistas de las decisiones que se tomaban en los citados espacios políticos.

Los movimientos de Francisco de Paula Vargas Vélez y Diego Luis Córdoba no tardaron en lanzar sus propios candidatos a los comicios electorales y progresivamente fueron ganando representatividad en los concejos municipales. En 1931, Francisco de Paula Vargas era miembro del Directorio Liberal Departamental y su hermano Daniel era presidente del Directorio Liberal Municipal. Ese mismo año Vargas fue electo concejal de Cartagena para el periodo 1931-1933. Sus otros dos hermanos, Eusebio y Raúl, también varias veces fueron concejales, presidiendo esa entidad en 1933-1935 y 1947-1948 respectivamente⁶⁰³. En Quibdó, en las elecciones para concejales de 1933, la lista del Comité Liberal Democrático, encabezada por Diego Luis Córdoba, obtuvo 4.337 votos, seguido por los conservadores con 135 votos, y por los candidatos del Directorio Municipal escasamente votaron 32 personas⁶⁰⁴. Cuatro años más tarde, ahora a través de su movimiento Comité Liberal Pro-Chocó, Córdoba nuevamente obtuvo la mayor votación y siete de las once curules disponibles en ese cuerpo legislativo fueron para su

⁶⁰³ “No es cierto que el varguismo haya sido derrotado en el círculo electoral de Cartagena”, *El Mitin*, Cartagena, 6 de mayo de 1935; “El domingo fue elegido el Dr. Vargas Vélez presidente del concejo”, *La Patria*, Cartagena, 3 de Agosto de 1943.

⁶⁰⁴ “Estadísticas de las elecciones”, *ABC*, Quibdó, 31 de octubre de 1933.

movimiento⁶⁰⁵. La representatividad política alcanzada a nivel local se extendió a nivel regional. En Chocó, el Consejo Administrativo de la Intendencia, entidad que se encargaba de asesorar al intendente en la toma de decisiones, poco a poco fue siendo controlado por integrantes del movimiento de Córdoba⁶⁰⁶. En el Departamento de Bolívar, Francisco de Paula Vargas Vélez no sólo fue designado gobernador (1942), sino que fue electo diputado en varias oportunidades y, al hacerlo, él y varios integrantes de su movimiento fueron senadores durante la República Liberal⁶⁰⁷.

Diego Luis Córdoba y los otros políticos chocoanos, aunque por el estatus de intendencia de su territorio no podían aspirar directamente al Congreso, lograron cierta representatividad en el mismo. Esa representatividad la obtuvieron a partir del papel relevante que jugaba la intendencia en la circunscripción electoral de Antioquia. Mayoritariamente liberal, Chocó y sus dirigentes fueron visualizados por los liberales antioqueños y del país como un territorio y líderes claves para minar la tradicional hegemonía ejercida por conservatismo en ese departamento. El primer movimiento del Directorio Liberal de Antioquia, con miras a asegurar el apoyo de las masas liberales chocoanas, fue incluir a Adán Arriaga Andrade como miembro suplente del citado directorio en 1930⁶⁰⁸. Un año después, en la elección a representantes a la Cámara, inscribieron a Diego Luis Córdoba como candidato suplente, y en 1933 ocupó uno de los renglones principales como aspirante al mismo cuerpo legislativo⁶⁰⁹. El Directorio Conservador de Antioquia, ante los movimientos del liberalismo, también incluyó en su listado de candidatos

⁶⁰⁵ “Anoche concluyeron los escrutinios de los votos para nuevo concejo”, *ABC*, Quibdó, 16 de octubre de 1937.

⁶⁰⁶ Ramón Mosquera Rivas, Conrado Coutín, Tomás de Aquino Moreno, Pragmacio Ayala, nombres asociados al cordobismo, aparecen una y otra vez integrándolo.

⁶⁰⁷ “Cómo estará integrada la próxima Asamblea Departamental de Bolívar” y “La elección de senadores ayer”, *El Mitin*, Cartagena, 7 de mayo y 13 de junio de 1935, “Nuevos gobernadores para Bolívar y el Norte de Santander”, *El Liberal*, Bogotá, 21 de agosto de 1942

⁶⁰⁸ “En el nuevo Directorio Liberal de Antioquia quedó el Chocó con un representante”, *ABC*, Quibdó, 7 de marzo de 1930.

⁶⁰⁹ “El Directorio Liberal de Medellín lanzó la plancha de candidatos liberales”, *ABC*, Quibdó, 19 de abril de 1933.

a políticos negros. En 1933, cuando Diego Luis Córdoba participó por vez primera como candidato principal a la Cámara de Representantes, el conservatismo lanzó al político negro Osías Lozano Quintana y a Eliseo Arango. En el marco de estas disputas por el dominio político territorial, Córdoba y Lozano Quintana fueron electos por vez primera como miembros del congreso⁶¹⁰.

Figuras como Diego Luis Córdoba y Francisco de Paula Vargas Vélez, junto los artesanos y obreros mayoritariamente negros que integraban sus movimientos políticos, también fueron definitivos en el posicionamiento del proyecto político de Jorge Eliecer Gaitán y sus tesis al interior del liberalismo. En los comicios presidenciales de 1946, aunque triunfa la corriente conservadora de Laureano Gómez y cae la República Liberal, Jorge Eliecer Gaitán salió vencedor en los principales centros urbanos del país, gracias, entre otras cosas, al apoyo brindado por territorios de mayorías negras y mulatas como Cartagena y la Intendencia del Chocó. Un año más tarde, nuevamente con el apoyo de líderes como Córdoba y Vargas Vélez y de los movimientos que dirigían, su lista de candidatos al Congreso es la más votada del Partido Liberal y se convierte en jefe único de esa colectividad⁶¹¹.

El poder local y regional adquirido por algunos de estos líderes negros y mulatos y su relevancia en la vida política nacional fue determinante en la trayectoria que tomaron sus disputas por lograr una genuina representatividad política. La lucha por la departamentalización del Chocó ilustra lo anotado. Al igual que en las primeras décadas del siglo XX, como lo han reconstruido trabajos previos, la intendencia seguía enfrentando un escenario adverso para ser

⁶¹⁰ “Como quedó confeccionado el renglón de candidatos conservadores del Chocó”, *ABC*, Quibdó, 25 de abril de 1933.

⁶¹¹ Al respecto ver Green, *Gaitanismo*, 217, 280.

declarada departamento⁶¹². Las divisiones entre las provincias de San Juan y la del Atrato se habían agudizado. El Representante a la Cámara Sergio Abadía Arango, político liberal mulato, natural de la provincia de San Juan y hermano del poderoso comerciante y minero negro Antonio Asprilla Arango, presentó proyectos para que convirtieran la intendencia en dos comisarías⁶¹³. Habitantes de los territorios chocoanos que limitaban con Panamá, ante la poca presencia e inversión de las autoridades, nuevamente expresaron su intención de separarse de Colombia y anexarse al otrora territorio colombiano⁶¹⁴. Y, sobre todo, Chocó seguía sin contar con el número de habitantes y la renta anual exigidas por la ley.

Inquebrantables, sin embargo, continuaban las aspiraciones departamentales. Estudiantes y profesionales nuevamente utilizaron la prensa regional (*ABC*) y nacional (*El Herald de Antioquia* y *El Liberal* de Bogotá) para reclamar la consecución de ese propósito⁶¹⁵. Los comités pro-Chocó liderados por estudiantes, profesionales y obreros de origen afrodescendiente, que reclamaron mayor autonomía para la intendencia en la década del veinte, aparecieron en escena⁶¹⁶. Desde cada uno de estos espacios, como si se tratara de un inmodificable libreto, insistieron en que Chocó – por su posición estratégica, sus riquezas minerales, los aportes que hacía al fisco nacional, y ante una posible ocupación de su territorio por parte de Estados Unidos- debía ser departamento⁶¹⁷.

Lo que sí había variado era el estatus de algunos de los protagonistas que venían escribiendo ese libreto desde las primeras décadas del siglo XX. Ya no se trataba -como en los

⁶¹² Hernández, “La chocoanidad en el siglo XX”, 50-51.

⁶¹³ “El Departamento y las comisarías”, *ABC*, Quibdó, septiembre 9 de 1933.

⁶¹⁴ “Los habitantes de Juradó en la región del Chocó quieren formar parte del territorio chocoano”, *ABC*, Quibdó, 17 de febrero de 1934.

⁶¹⁵ “Antioquia y el Chocó”, *El Herald de Antioquia*, Medellín, 1 de agosto de 1935.

⁶¹⁶ “Comité permanente de acción chocoana”, *ABC*, Quibdó, 12 de diciembre de 1940.

⁶¹⁷ “El aporte del Chocó al fisco nacional”, *ABC*, Quibdó, 4 de mayo de 1934, “Bloqueo en el Chocó”, *El Liberal*, Bogotá, 29 de junio de 1944.

años veinte- de estudiantes que reclamaban autonomía desde Bogotá, Cali o Medellín; ahora, de regreso a su territorio y moviéndose en los círculos de poder local, regional y nacional, eran líderes políticos dispuestos a interpretar el papel de abanderados de la causa departamental⁶¹⁸. Sus acciones se desarrollaron en dos frentes. A nivel interno, defendieron la unidad territorial del Chocó. En 1933, en el marco del proyecto de convertir la intendencia en dos comisarías presentado por Arango, el periodista y político negro Andrés Fernando Villa, en calidad de presidente del Concejo Municipal de Quibdó, solicitó a la Cámara de Representantes abstenerse de “considerar un proyecto que va contra los intereses nacionales, porque atenta contra la autonomía del Chocó⁶¹⁹. Un año después, Adán Arriaga Andrade, en su condición de intendente, creó la Provincia del Pacífico, integrada por los municipios de Juradó, Baudó y Nuquí, evitando que se materializaran las pretensiones anexionistas de algunos de los habitantes de esos territorios a Panamá⁶²⁰.

En el contexto nacional, apenas llegaron a la Cámara de Representantes, presentaron proyectos para que Chocó pudiera ser Departamento sin llenar los requisitos exigidos por la ley⁶²¹. Junto a estas propuestas iniciales, que fueron rechazadas, presentaron otras que fueron allanando el camino hacia la departamentalización. Lozano Quintana y Córdoba, en su primer período como congresistas, lideraron un proyecto que le permitió a la Intendencia del Chocó contar con un distrito judicial autónomo que dirimiera las causas civiles y penales⁶²². Diez años más tarde, congresistas chocoanos, entre ellos Diego Luis Córdoba y Adán Arriaga Andrade,

⁶¹⁸ Algunos de estos profesionales, conocida como la Generación del Carrasquilla, es estudiada por Luis Fernando González, *Quibdó: Contexto histórico, desarrollo urbano y patrimonio arquitectónico* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2003), 183-184.

⁶¹⁹ “El concejo municipal de Quibdó protestó ayer en forma vehemente contra el doctor Abadía Arango”, *ABC*, Quibdó, 6 de septiembre de 1933.

⁶²⁰ “La nueva provincia del Pacífico”, *ABC*, Quibdó, 14 de septiembre de 1934.

⁶²¹ “Los representantes Córdoba y Lozano proponen la erección de la Intendencia en Departamento”, *ABC*, Quibdó, 9 de septiembre de 1933.

⁶²² “Proyecto de ley”, *ABC*, Quibdó, 24 de octubre de 1933.

consiguieron la aprobación de un acto legislativo a través del cual al Chocó se le permitió aspirar a la departamentalización sin tener el número de habitantes e ingresos requeridos⁶²³. En 1947, haciendo uso de este decreto ejecutivo, estas mismas dos figuras lograron que el Congreso finalmente aprobara la declaratoria del Chocó como Departamento, resolviendo el tema de la representatividad política nacional para este territorio de la costa Pacífica, y, al hacerlo, abrieron el camino para que otros territorios nacionales se ilusionaran y reclamaran su conversión en departamentos⁶²⁴.

De manera que, en el marco de la República Liberal, políticos negros y mulatos lograron contar con mayorías en los concejos municipales de Cartagena y Quibdó; obtuvieron una presencia significativa en la Asamblea Departamental de Bolívar y en el Concejo Administrativo de la Intendencia del Chocó; y se convirtieron en actores claves en la vida política regional y nacional. Desde estos espacios, lograron avanzar en la genuina representación y representatividad política que buscaban. Estos sectores, haciendo uso de su poder político y de otros medios de expresión ciudadana, fueron claves en la materialización de otra de las aspiraciones que defendieron sectores negros y mulatos para lograr el utópico, pero necesario, perfeccionamiento de la democracia: la justicia social.

⁶²³ “Aprobada la reforma constitucional para la erección del Chocó en Departamento en el senado”, *ABC*, Quibdó, 3 de diciembre de 1943.

⁶²⁴ “Hombres del Chocó”, *Semana*, Bogotá, 1 de noviembre de 1947.

6.5 HACIA UN NUEVO ORDEN SOCIO-RACIAL

Trabajadores, estudiantes y profesionales de origen afrodescendiente consideraron que para hablar de una verdadera democracia era necesario que el gobierno solucionara el problema de viviendas y de acceso a la educación enfrentado por los obreros y campesinos. Estas aspiraciones, centrales en las disputas que adelantaron a lo largo de las tres primeras décadas del siglo XX, se volvieron mucho más apremiantes para estos sectores durante los años treinta y cuarenta. El crecimiento a pasos agigantados de los principales centros urbanos aumentó los cánones de arrendamientos, y los pocos avances en la construcción de barrios obreros durante la Hegemonía Conservadora hicieron notable la ausencia de viviendas suficientes para quienes vivían y llegaron a ciudades como Bogotá, Medellín, Cali o Cartagena⁶²⁵. En materia educativa, los índices nacionales de analfabetismo seguían siendo altos, y las instituciones disponibles para superarlos eran insuficientes. El cuadro de falta de docentes y reducción del presupuesto para educación como producto de la crisis de 1929 aparece una y otra vez en los trabajos que han analizado el estado de la educación al iniciarse la República Liberal⁶²⁶.

Las realidades locales y regionales agudizaban los problemas que enfrentaban los habitantes colombianos, entre ellos negros y mulatos, en los temas de vivienda y educación. En Cartagena, la cada vez más clara vocación turística que las élites locales querían imprimirle a la ciudad hizo que se retomara el proyectado desalojo de los barrios de Pekín, Boquetillo y Pueblo

⁶²⁵ Entre 1918, año en que se expide la ley de viviendas para obreros, y 1930, cuando cae la Hegemonía Conservadora, en toda Colombia se construyeron únicamente 160 casas de este tipo; de las cuales 140 se construyeron en tres barrios obreros de Bogotá. “De la vivienda popular”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 12 de febrero de 1943.

⁶²⁶ Aline Helg, *La educación en Colombia, 1918-1975: Una historia social, económica y política* (Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2001), 134; Marta Cecilia Herrera, “Historia de la educación en Colombia: La República Liberal y la modernización de la educación, 1930-1946”, *Revista Colombiana de Educación* 26 (1993), 97-124.

Nuevo contemplado desde finales de la década del diez. Su cercanía a las murallas, visualizadas ahora como el principal activo de la apuesta turística y ad portas de ser declaradas patrimonio histórico de la nación, terminó signando el destino de los no menos de 3.000 habitantes mayoritariamente negros que en los años treinta residían en estos barrios. En 1936, en el marco de los preparativos que se harían para conmemorar el centenario de la muerte de Francisco de Paula Santander en mayo de 1940, el Concejo Municipal, con el objetivo de construir una avenida que llevara el nombre de este prócer independentista, declaró de utilidad pública el territorio donde se encontraban ubicados los mencionados barrios. Las autoridades municipales, rezaba el acuerdo, al tiempo que adelantarían la “desocupación, debían gestionar ante la nación una indemnización justa a los propietarios y “auxiliaría el cambio de habitación de los simples inquilinos”⁶²⁷. En 1939, cuando se hizo efectivo el decreto, la reubicación de los inquilinos aún era incierta porque el primer barrio obrero que se construyó (1934), como recordaría posteriormente la prensa, fue un rotundo fracaso al estar ubicado a seis kilómetros de la ciudad amurallada⁶²⁸. De modo que los problemas de vivienda que sufría la población pobre y negra de Cartagena, ya de por sí preocupantes, asumieron el carácter de alarmantes.

En Quibdó, con menor número de habitantes que Cartagena, el tema de la vivienda aún no escalaba a esos niveles. Más preocupante eran los altos índices de analfabetismo, la ausencia de colegios de bachilleratos públicos para las mujeres, y los prejuicios raciales que seguían estando presentes en algunas instituciones educativas de la intendencia. Al menos así lo indica el comportamiento de la directora del Colegio Intendencial de Itsmina en el marco de una visita realizada por estudiantes bogotanas a esa institución en 1935. La directora, según las denuncias

⁶²⁷ “Proyecto de acuerdo por el cual la ciudad de Cartagena rinde homenaje a la República de Colombia, con motivo del primer centenario de la muerte del general Francisco de Paula Santander”, *Gaceta Municipal*, Cartagena, junio 10 de 1936.

⁶²⁸ “Viviendas y arrendamientos”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 4 de abril de 1945.

de varios padres de familia, “no quiso recibir con alumnas de color humilde a las excursionistas”, sino que “las encargadas de hacer la recepción fueron alumnas de color blanco”⁶²⁹.

Los gobiernos liberales, frente a estas preocupantes realidades, implementaron programas de vivienda popular y campesinas, al tiempo que adelantaron campañas de alfabetización, invirtieron en la construcción de instituciones educativas, la formación de maestros, y el desarrollo de programas de becas a los mejores estudiantes del país⁶³⁰. Los prejuicios raciales en las instituciones educativas fueron prohibidos durante el primer mandato de Alfonso López Pumarejo. A través de la ley 32 de 1936, el gobierno estableció que ningún establecimiento de educación primaria, secundaria o profesional, podía negarse a admitir alumnos por motivos de nacimiento ilegítimo, diferencias sociales, raciales o religiosas. Los profesores, directivos y personal administrativo que incurrieran en este tipo de prácticas lo hacían so pena de ser retirados del ejercicio docente y de toda actividad educativa⁶³¹.

Líderes obreros, estudiantes y profesionales negros y mulatos, aparte de impulsar los barrios obreros, se sumaron a la cruzada gubernamental por mejorar los niveles de alfabetismo y acceso a la educación. Obreros de la Chocó-Pacífico, para “evitar ser explotados”, solicitaron la construcción de escuelas para alfabetizarse y ser más conscientes de sus derechos⁶³². En 1935, la Sociedad Obrera del Chocó instó al intendente de la época para que los secundara en un propósito similar⁶³³. Estudiantes chocoanos, pertenecientes a la seccional de la Federación

⁶²⁹ “La asamblea estudiantil en síntesis”, *ABC*, Quibdó, 10 de enero de 1935.

⁶³⁰ Sobre los programas de vivienda ver “Ley 61 de 1936”, *Gaceta Municipal*, Cartagena, 28 de marzo de 1936, y “Se fomenta la vivienda popular”, *El Liberal*, Bogotá, 13 de febrero de 1942. Y sobre reformas en materia educativa, Helg, *La educación*, 147-148.

⁶³¹ Helg, *La educación*, 166.

⁶³² “Lo que oí en Andagoya”, *ABC*, Quibdó, 22 de marzo de 1930.

⁶³³ “Los doctores Sofonías Yacup y Marino Abadía asisten a una reunión de la ‘Sociedad Obrera del Chocó’”, *ABC*, Quibdó, 16 de noviembre de 1935.

Nacional de Estudiantes en la Intendencia, denunciaron ante las autoridades el agravio racial que enfrentaron las estudiantes negras del colegio para señoritas de Itsmina⁶³⁴.

Los obreros y profesionales que se desempeñaron como concejales, diputados y congresistas llevaron a la práctica algunas de estas aspiraciones. Entre 1930 y 1945, el Concejo Municipal de Cartagena y la Asamblea Departamental de Bolívar, a través de proyectos presentados por políticos negros como Eusebio Vargas Vélez, Emiliano Blanco Pautt o José A. Antonio Caballero Lecrerc, entre otros, autorizó becas de estudios para la población pobre de Cartagena, envió artesanos al exterior a realizar cursos de capacitación y creó una escuela para obreros financiada por las empresas públicas municipales⁶³⁵. Similares esfuerzos hicieron los políticos negros y mulatos del Chocó. En 1934, bajo el impulso de Diego Luis Córdoba como presidente del Concejo de Quibdó y de Adán Arriaga Andrade como intendente, los habitantes del Chocó contaron con el colegio de señoritas que venían reclamando desde finales de los años veinte⁶³⁶. Dos años más tarde, a tono con la política de formación de maestros de López Pumarejo, impulsaron la Escuela Normal de Varones y el Instituto Pedagógico Femenino en Quibdó. El intendente Sofonías Yacup, atendiendo la solicitud de la Sociedad de Obreros del Chocó, creó una escuela nocturna para obreros⁶³⁷. Durante estos años, además, ampliaron el número de becas que la intendencia otorgaba a bachilleres para cursar estudios en Medellín, Bogotá, Cali o Popayán⁶³⁸.

⁶³⁴ “La asamblea estudiantil en síntesis”, *ABC*, Quibdó, 10 de enero de 1935.

⁶³⁵ “Acuerdo No 2 de 1934”, y “Acuerdo No 19 de 1934”, *Gaceta Municipal*, Cartagena, 30 de abril de 1934 y “Resolución número 3”, Cartagena, *Gaceta Departamental de Bolívar*, Cartagena, 15 de enero de 1941.

⁶³⁶ “La municipalidad de Quibdó secunda el proyecto de un colegio oficial para señoritas en Quibdó” y “Texto del decreto intencional por el cual se reglamenta el colegio de señoritas”, *ABC*, Quibdó, 27 de febrero y 7 de abril de 1934.

⁶³⁷ “Fue creada una escuela para obreros en Quibdó”, *ABC*, Quibdó, 7 de febrero de 1936.

⁶³⁸ “Las becas para el Chocó”, *ABC*, Quibdó, 12 de enero de 1934.

En el tema de vivienda, el balance, tras quince años de esfuerzos, fue bastante modesto. Problemas presupuestales y eternos debates sobre la compra de terrenos para los barrios obreros dilataron los proyectos impulsados por el municipio de Cartagena. “Apenas es ahora”, se lamentaba un columnista del *Diario de la Costa* en 1945, “cuando aquí va a recibirse el primer lote de casas para obreros”⁶³⁹. En materia de educación, aunque las reformas cumplieron con su objetivo de mejorar la infraestructura y aumentar el personal docente⁶⁴⁰, los niveles de alfabetización y los prejuicios raciales en las instituciones educativas seguían estando presentes. Por ejemplo, en 1947, la tasa de analfabetismo en Colombia, una de las más altas en Latinoamérica, era del 37%⁶⁴¹. Dos años más tarde, como lo demostró Aline Helg, dos profesores de Medellín abrieron una institución educativa (Instituto Jorge Robledo) con el propósito de “permitir a los no católicos y a los menos ‘blancos’ seguir la enseñanza secundaria”⁶⁴². A juzgar por la experiencia de estudiantes negros en la Universidad de Cartagena, a nivel universitario también enfrentaban barreras raciales. Médicos de este origen racial que se formaron en esta institución en los años cuarenta han relatado que ciertos profesores insistían en que la medicina era una profesión reservada para miembros de la élite de la ciudad. “¿Y ahora quien me va a llevar el carbón a la casa si todos ustedes se dedican a estudiar medicina?”, se preguntaba un docente del citado centro universitario⁶⁴³.

La experiencia del Chocó, sin embargo, permite afirmar que los esfuerzos realizados por obreros, estudiantes y profesionales negros contribuyeron a forjar un nuevo orden socio-racial a

⁶³⁹ “Viviendas y arrendamientos”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 4 de abril de 1945

⁶⁴⁰ Si en 1933, a nivel nacional, existían 9.500 escuelas primarias que proporcionaban educación a medio millón de estudiantes, en 1946 ya existían 16.650, con un total de 711.798 alumnos. Los maestros que impartían educación en el ramo pasaron de 8.708 en 1930 a 14.831 en 1945. Herrera, “Historia de la educación”, 105

⁶⁴¹ Argentina, Uruguay y Chile, para la misma época, manejaban porcentajes de 12, 14 y 21 % respectivamente. María Teresa Ramírez y Juana Patricia Téllez, “La educación primaria y secundaria en Colombia en el siglo XX”, Documento de Trabajo 379 (Bogotá: Banco de la República, 2006), 40.

⁶⁴² Helg, *La educación*, 166.

⁶⁴³ Horacio Zabaleta, *Réquiem por un viejo hospital* (Bogotá: Tercer Mundo, 1974), 14-16.

partir del acceso a la educación. Un informe de una comisión del Congreso en 1947, que paradójicamente criticaba las inversiones que realizaba la intendencia en materia de educación, permite sustentar lo anotado. El plan de becas, que a comienzos de la década del 30 cobijaba a 24 estudiantes, ahora financiaba un total de 154 para que 90 de ellos cursaran estudios fuera de la Intendencia y los restantes 64 en las instituciones de Chocó. Destacaba el citado informe, aunque de manera despectiva, que la intendencia se había convertido en una “fábrica” de maestros (217 para 8.514 alumnos), y que el incentivo a la formación femenina hacía cada vez más escasa la existencia “de mujeres útiles en la vida del hogar”. Según el historiador Pietro Pisano, quien recuperó y analizó en detalle este documento, la última expresión hacía alusión a los procesos de movilidad social que habían experimentado algunas mujeres chocoanas tras la creación del Instituto Pedagógico Femenino. Al formarse como maestras, asegura Pisano, no sólo reemplazaron a las maestras que tradicionalmente venían del Cauca, sino que abrieron otras expectativas laborales frente al oficio de “sirvientas” al que estuvieron condenadas buena parte de ellas por la falta de instituciones de este tipo durante las tres primeras décadas del siglo XX⁶⁴⁴.

6.6 NEGROS NACIONALISTAS Y ANTI-IMPERIALISTAS

Algunos de los líderes obreros, estudiantes y profesionales negros y mulatos consideraron que el establecimiento de condiciones laborales dignas y una mejor y mayor distribución de la tierra eran parte central del fortalecimiento de la democracia. Ambos temas, que hicieron parte de la

⁶⁴⁴ Pisano, *Liderazgo*, 162.

agenda de las organizaciones obreras que surgieron en las tres primeras décadas del siglo XX, continuaron ocupando un lugar central en las plataformas de las que emergieron en los años treinta. La expansión de la economía cafetera, la progresiva industrialización de los principales centros urbanos, la adecuación de los puertos a los ritmos del comercio exterior y la voracidad de empresarios nacionales y empresas transnacionales por la explotación de recursos naturales hizo que las regulaciones obreras y el establecimiento de leyes sobre la propiedad se volvieran aún más sensibles para los obreros y campesinos⁶⁴⁵.

El Partido Liberal, que desde la convención de Ibagué (1922) había incorporado estos temas en su plataforma ideológica, intentó resolver las exigencias de justicia económica de los obreros y campesinos durante sus dos primeros mandatos. Distanciándose del tono autoritario y de represión laboral con que finalizó la Hegemonía Conservadora, Enrique Olaya Herrera –a través de la ley 83 de 1931- autorizó que los trabajadores y, por primera vez, los campesinos organizaran sindicatos libremente⁶⁴⁶. Ampliando los alcances de ley 83 y siguiendo las normatividades de la Organización Internacional del Trabajo, López Pumarejo, en 1934, limitó la jornada laboral a ocho horas diarias⁶⁴⁷. Igualmente, acogiendo las tesis de Jorge Eliecer Gaitán sobre la necesidad de garantizarle tierras a los campesinos, aprobó la ley 200 de 1936 que estipuló la función social de la propiedad. A través de la llamada Ley de Tierras, el Estado impuso obligaciones a los poseedores y se reservó el derecho de adelantar expropiaciones bajo el principio de la utilidad pública⁶⁴⁸.

⁶⁴⁵ Sobre el contexto económico de Colombia durante este período ver Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia* (Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2003), 84-89.

⁶⁴⁶ Long, “The Dragon”, 208.

⁶⁴⁷ “Decreto 895 de 1934” y “Ley 110 de 1936”, *Gaceta Departamental de Bolívar*, Cartagena, 26 de julio de 1934 y 19 de septiembre de 1936.

⁶⁴⁸ Green, *Gaitanismo*, 161.

Tanto la implementación de las nuevas normatividades laborales como la mencionada Ley de Tierras enfrentaron resistencias. Algunos de esos límites nuevamente provinieron de los propios miembros del Partido Liberal. López Pumarejo, en un balance que realizó en 1945 sobre la República Liberal, identificó claramente los sectores que nacional y públicamente se opusieron a las reformas previamente descritas. Liberales y conservadores de derecha, agrupados en el movimiento político Acción Patriótica Económica Nacional, consideraron que el protagonismo que López Pumarejo le otorgó a los obreros era una muestra de “intemperancia demagógica, inspiradas en el maligno deseo de atizar la lucha de clases”. Este movimiento, concluía, interpretó la declaratoria de la función social de la propiedad como una reforma encaminada “a crear una atmosfera de desorden incompatible con el desarrollo de la riqueza nacional”⁶⁴⁹.

Élites regionales y empresarios extranjeros también contribuyeron a limitar los alcances e implementación de las normatividades laborales y la Ley de Tierras⁶⁵⁰. En la Intendencia, la Chocó-Pacífico continuó con sus acostumbradas prácticas de apoderarse de territorios que tenían sus legítimos dueños, y solicitando la adjudicación de minas en terrenos supuestamente baldíos que realmente estaban ocupados y siendo cultivados por colonos. Esta empresa, además, siguió violando el derecho que los mineros pobres de la región habían adquirido para hacer uso de la consuetudinaria práctica del mazamorreo, al tiempo que de manera deliberada optó por despedir a los obreros que decidieran ingresar a las organizaciones sindicales⁶⁵¹. En Cartagena, la Andean National Corporation, que venía controlando las actividades portuarias de la ciudad desde 1920 y

⁶⁴⁹ “Discurso pronunciado por el excelentísimo presidente de la República, doctor Alfonso López”, *Gaceta Departamental de Bolívar*, Cartagena, 12 de mayo de 1945.

⁶⁵⁰ Manuel Fernández, “Violencia y derechos de propiedad: El caso de La Violencia en Colombia”, *Ensayos sobre Política Económica* 30, 69 (2012), 111-147.

⁶⁵¹ “El sindicato de la Chocó-Pacífico, *ABC*, Quibdó, 30 de noviembre de 1934 y “Huelga general de la Chocó-Pacífico”, *ABC*, Quibdó, 5 de julio de 1941.

lo hizo hasta 1940, acudió a estratagemas similares⁶⁵². Y en las zonas rurales del departamento, pequeños propietarios y colonos, luego de “civilizar” y cultivar los terrenos, eran “lanzados” de los mismos sin recibir indemnización alguna⁶⁵³.

Obreros, campesinos, estudiantes y profesionales negros y mulatos jugaron un rol importante en el proceso de superar estas barreras e impulsar la materialización de las reformas laborales y la Ley de Tierras. En la Intendencia del Chocó, siguiendo el espíritu de la ley 83 de 1931, los obreros organizaron sus primeras agremiaciones para enfrentar los abusos laborales de la Chocó-Pacífico. El 11 de noviembre de 1934, bajo la orientación del comité ejecutivo de la seccional de la Federación Nacional de Estudiantes en la Intendencia del Chocó, un grupo de trabajadores de La Vuelta, corregimiento del municipio de Quibdó, creó el Sindicato de la Empresa Minera Chocó-Pacífico⁶⁵⁴. En enero de 1935, a partir de los estatutos del Sindicato Nacional de Plateros de Bogotá, los obreros de Quibdó organizaron la Sociedad Obrera del Chocó, mientras que los trabajadores de la sede principal de la Chocó-Pacífico en Andagoya (Provincia de San Juan) crearon el Sindicato Industrial de Trabajadores en 1941⁶⁵⁵.

Los obreros de Cartagena siguieron con la dinámica organizativa que los había distinguido a nivel nacional como pioneros de las luchas obreras en Colombia. A varias de las organizaciones que venían funcionando desde la década del veinte, se les sumaron el Sindicato de Trabajadores del Terminal Marítimo y la Sociedad de Artes Gráficas de Cartagena (1935), lideradas respectivamente por el bracero José Raquel Mercado y el tipógrafo, también negro, Emiliano Blanco Pautt. Bajo el impulso del incansable José de la O. Pernett, estas agremiaciones

⁶⁵² Al respecto ver Germán Molina Callejas, *Los monopolios de la Tropical Oil Company y la Andian National Corporation: Petróleos de Barrancabermeja y oleoducto a Mamonal* (Medellín: Tipografía Industria, 1934).

⁶⁵³ Gloria Isabel Ocampo, *La instauración de la ganadería en el Valle del Sinú: La hacienda Marta Magdalena, 1881-1956* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia/Universidad de Antioquia, 2007), 290-292.

⁶⁵⁴ “Quedó instalado el sindicato de la Chocó-Pacífico”, *ABC*, Quibdó, 15 de noviembre de 1934.

⁶⁵⁵ “El sindicato industrial de Andagoya”, *ABC*, Quibdó, 3 de abril de 1941.

se agruparon en la Federación de Trabajadores de Bolívar (FTB). Blanco Pautt, quien creó y dirigió el periódico *El Sindicalista* (1936), se convirtió en subsecretario de la FTB, mientras Mercado, tras liderar a los trabajadores Sindicato del Terminal Marítimo en 1943, asumió la secretaría general de esa organización de carácter departamental desde 1944⁶⁵⁶.

Este conjunto de organizaciones obreras adelantaron debates e impulsaron iniciativas para reclamar derechos laborales y garantizar el acceso y uso de la tierra. La defensa del derecho a la libre sindicalización y la necesidad de establecer alianzas entre las organizaciones obreras de las ciudades y las del campo fueron uno de los aspectos que ocuparon la atención de varios de los sindicatos. Tanto en 1934 como en 1941, años en los que se formaron los sindicatos de la Chocó-Pacífico en sus sedes de La Vuelta y Andagoya, los integrantes de los mismos denunciaron los despidos injustificados que sufrían los directivos sindicales⁶⁵⁷. En repetidas ocasiones, José Raquel Mercado, desde su posición como secretario general de la FTB, insistió en la necesidad de fortalecer y hacer más efectivas las alianzas entre las organizaciones del departamento “para culminar con los lanzamientos que colocan permanentemente a los campesinos en situación alarmante”⁶⁵⁸.

Las organizaciones obreras y campesinas, a través de manifestaciones y protestas, reclamaron nivelaciones salariales y exigieron el cumplimiento de las normatividades laborales. Presionaron, además, a las autoridades regionales y nacionales para que protegieran el derecho al mazamorreo en los lechos de los ríos, y detuvieran los frecuentes despojos que experimentaban

⁶⁵⁶ “Desplegamos la bandera”, *El Sindicalista*, Cartagena, 29 de agosto de 1936 y “Se encarga Emiliano Blanco P. de la presidencia de la Federación de Trabajadores de Bolívar”, *Diario de la Costa*, 11 de enero de 1945.

⁶⁵⁷ “El sindicato de la Chocó-Pacífico” y “Huelga general de la Chocó-Pacífico”, *ABC*, Quibdó, 30 de noviembre de 1934 y 5 de julio de 1941.

⁶⁵⁸ “La solidaridad obrera debe ser más efectiva”, *Diario de la Costa*, Cartagena, 30 de diciembre de 1934

los cultivadores pobres en las zonas rurales⁶⁵⁹. Las huelgas, declaradas legítimas siempre y cuando no afectaran la prestación de servicios públicos, se utilizaron para contrarrestar los despidos de los trabajadores sindicalizados y solicitar que los obreros fueran incorporados como empleados en sus respectivas empresas⁶⁶⁰. Líderes obreros y profesionales que ocuparon espacios de poder local y regional expidieron circulares exigiendo a los industriales y comerciantes que respetaran la jornada laboral de ocho horas diarias, impulsaron la compra de terrenos para ser distribuidos entre los campesinos, y establecieron decretos que buscaron evitar los “lanzamientos” que cotidianamente enfrentaban los colonos en las zonas rurales⁶⁶¹.

Estudiantes, profesionales y obreros negros fueron desarrollando sentimiento nacionalista ante la explotación de los recursos naturales de su territorio por parte de empresas extranjeras. En 1934, Toribio Guerrero Velásquez, uno de los estudiantes que orientó a los obreros de Quibdó para que crearan el sindicato de la Chocó-Pacífico, cuestionó los despidos injustificados que experimentaron los obreros que decidieron sindicalizarse. La actitud de los directivos de la Chocó-Pacífico, argumentaba Guerrero Vásquez, era una clara muestra de las proporciones que el imperialismo estaba tomando en el territorio chocoano. Las consecuencias ya no sólo se limitaban a la esfera económica, sino que a los trabajadores se les estaban violentando los derechos que habían conquistado. “El obrero es un paria dentro de su propia tierra; que no puede reclamar dentro de las normas legales y justicieras, los derechos a que está obligado”, concluía

⁶⁵⁹ “La clasificación de los obreros de Mamonal aprobada oficialmente”, “Huelga en Andagoya”, “La empresa de Sincerín dio respuesta al pliego”, *El Liberal*, Bogotá, 8 de febrero, 28 de febrero, y 4 de marzo de 1941.

⁶⁶⁰ “Habría huelga en el terminal cartagenero”, *Diario de la Costa*, Cartagena, junio 24 de 1944

⁶⁶¹ Cicerón Quejada, fundador del Comité Liberal Democrático en 1929 y quien en 1936 ocupaba la posición de Secretario (encargado) de la Oficina del Trabajo de la Intendencia, dirigió circulares a los comerciantes de Quibdó para que cumplieran la jornada de ocho horas y los descansos dominicales. Antonio Caballero Cabarcas, como diputado de la Asamblea, fue autor de un proyecto para la compra de terrenos en el Departamento de Bolívar. “La oficina del trabajo recuerda lo referente al descanso dominical y jornada máxima”, *ABC*, Quibdó, 28 de enero de 1937; “Ordenanza”, *Gaceta Departamental de Bolívar*, Cartagena, 7 de julio de 1944.

este integrante del Comité Liberal Cordobista⁶⁶². Este mismo año, Diego Luis Córdoba y Osías Lozano Quintana adelantaron un debate en la Cámara de Representantes sobre las condiciones laborales en la que se encontraban los obreros de la Chocó-Pacífico. En la misma línea anti-imperialista, según el periodista que cubrió el debate, Córdoba condenó “los atropellos y vejámenes que sufre la raza de ébano acosada por la codicia de los hombres rubios”⁶⁶³.

Algunas de las acciones adelantadas por estos obreros, estudiantes y profesionales negros y mulatos tuvieron implicaciones nacionales. En 1935, el gobierno colombiano, ante las constantes quejas de los mineros pobres de la Intendencia del Chocó por las trabas que la Chocó-Pacífico les imponía a sus labores de mazamorreo, expidió un decreto de aplicación nacional. El decreto, haciendo referencia a la operación manual de lavar las arenas superficiales de los lechos de los ríos para aprovecharse del oro que ellas contienen, ratificó que se trataba de un derecho tradicional, reconocido desde “tiempos inmemoriales” a los mineros pobres. Ese derecho adquirido, aseguraba el gobierno, no podía ser desconocido en virtud de títulos mineros expedidos en “épocas en que eran denunciables y adjudicables los lechos de los ríos”⁶⁶⁴. De esta forma le quitaron fuerza a la Chocó-Pacífico que se apoyaba en las concesiones que obtuvo a comienzos del siglo XX para legitimar la expansión de sus actividades mineras en la intendencia.

Las recurrentes manifestaciones, protestas y huelgas realizadas por obreros y campesinos, entre ellas las protagonizadas por negros y mulatos de los puertos de la costa Caribe y de los centros mineros de la Intendencia del Chocó, hicieron que Alfonso López Pumarejo en su segundo mandato (1942-1945) ambientara en el Congreso la discusión de un código de trabajo que reglamentara las relaciones entre obreros, empleados y empresarios. La discusión inicial de

⁶⁶² “El imperialismo y sus consecuencias fatales para el Chocó”, *ABC*, Quibdó, 28 de noviembre de 1934.

⁶⁶³ “Ayer volvió el R. Córdoba a atacar la explotación de las minas por la Chocó-Pacífico” y “Ecos del debate sobre la Chocó-Pacífico”, *ABC*, Quibdó, 13 y 17 de noviembre de 1934.

⁶⁶⁴ “El derecho de mazamorreo”, *ABC*, Quibdó, 13 de marzo de 1935.

ese código estuvo a cargo de Jorge Eliecer Gaitán, quien se desempeñó como Ministro de Trabajo, Higiene y Previsión Social entre octubre de 1943 y junio de 1944. Tras su renuncia, para aspirar por vez primera a la presidencia de la República, López Pumarejo designó en el ministerio a Adán Arriaga Andrade, quien venía impulsando leyes de seguros colectivos para los obreros y empleados⁶⁶⁵. El proyecto de código del trabajo, que se convirtió en ley de la República en 1945 y posteriormente se llamó Código Sustantivo del Trabajo, estableció el sistema de cesantías, el salario mínimo, seguros colectivos, pensiones y en general varias de las normatividades laborales que los obreros venían reclamando desde las primeras décadas del siglo XX⁶⁶⁶.

De manera que sectores negros y mulatos, columnas vertebrales de los movimientos obreros y líderes destacados en espacios de representación municipales, departamentales y nacionales, jugaron un rol determinante en las disputas y luchas por la materialización del ideal de igualdad entre 1930 y 1947. El cuadro que se obtiene, al analizar a este conjunto de obreros, estudiantes y profesionales moviéndose en espacios locales, regionales, nacionales, es uno caracterizado por el posicionamiento de narrativas y términos de inclusión útiles a la hora de reclamar la igualdad. Las desigualdades sociales, insistieron, había que explicarlas en términos de clase y también de raza. Haciendo uso de esa retórica, y apoyándose en ideas progresistas provenientes del liberalismo de izquierda, el comunismo y vertientes moderadas del conservatismo, irrumpieron en los partidos políticos, crearon organizaciones sindicales y centros culturales y accedieron a espacios de representación política. Su presencia en esos espacios y el

⁶⁶⁵ “Adán Arriaga Andrade nombrado ministro de trabajo, higiene y previsión social”, *ABC*, Quibdó, 15 de julio de 1944.

⁶⁶⁶ Sobre las disposiciones contenidas en ese código ver “Ley 6ª de 1945 por la cual se dictan algunas disposiciones sobre convenciones de trabajo, asociaciones profesionales, conflictos colectivos y jurisdicción especial del trabajo”, *Diario Oficial*, Bogotá, 14 de marzo de 1945.

uso de distintos mecanismos de participación ciudadana fueron determinantes no sólo para reclamar igualdad política y justicia social, económica y racial, sino también para hacer efectiva y, en algunos casos, crear e impulsar políticas económicas y sociales que contribuyeron a fortalecer y aspirar al “perfeccionamiento” de la democracia colombiana.

BIBLIOGRAFÍA

Archivos y bibliotecas consultadas

Archivo General de la Nación, Bogotá.
Archivo Histórico de Cartagena, Cartagena.
Biblioteca Bartolomé Calvo, Cartagena.
Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.
Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá.

Periódicos y revistas

Bogotá

Anales de la Cámara de Representantes, 1896, 1898.
Anales del Senado, 1922-1930.
Cromos, 1947.
Diario Oficial, 1914, 1945.
Diario Popular, 1945.
El Bolchevique, 1945.
El Liberal, 1940-1945.
El Tiempo, 1931, 1932, 1942, 1943, 1944, 1947.
El Unirismo, 1934.
La Unidad, 1932.
Sábado, 1941-1948.
Semana, 1947.

Cartagena

Boletín Historial, 1918.
Costa, 1937.
Diario de la Costa, 1920-1923, 1934, 1940-1945.
El Autonomista, 1912.
El Bodegón, 1936.
El Combate, 1924.
El Fígaro, 1940-1945.
El Humanitario, 1923.
El Imparcial, 1911.

El Liberal, 1910, 1918.
El Luchador, 1927.
El Mercurio, 1927-1929, 1932-1934.
El Mitin, 1935.
El Penitente, 1912, 1915.
El Porvenir, 1911-1928.
El Republicano, 1912.
El Símbolo, 1910.
El Sindicalista, 1936.
El Verbo, 1913.
Gaceta de Bolívar, 1881.
Gaceta Departamental de Bolívar, 1911.-1918, 1930-1945.
Gaceta Municipal, 1927-1929, 1936-1945.
La Discusión, 1915.
La Época, 1911-1913, 1920.
La Estrella, 1930.
La Patria, 1923-1929.
La Verdad, 1913.
Muros, 1940, 1943.
Patria Nueva, 1938.
Registro de Bolívar, 1895-1898, 1913.
Rojo y Negro, 1912.
Tribuna Liberal, 1923.
Voz del Pueblo, 1911.

La Habana (Cuba)

Bohemia, 1948.

Medellín

Unión y Trabajo, 1936.
El Heraldo de Antioquia, 1935.

Quibdó

ABC, 1914-1944.
Ecos Del Chocó, 1907.
El Chocó, 1907.
Gaceta de la Intendencia, 1920, 1926.

Reportes gubernamentales

Carreño, Pedro María. *Censo general de la República de Colombia de 1912*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1912.

República de Colombia. Contraloría General de la República. *Memoria y cuadros del censo de 1928*. Bogotá: Contraloría General de la República, 1930.

República de Colombia. Departamento General de Estadística. *Censo de población de la República de Colombia levantado el 14 de octubre de 1918 y aprobado el 19 de septiembre de 1921 por la Ley 8a. del mismo año*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1924.

Rodríguez, Elsa, Hernández, Astrid, A.L. *Colombia una nación multicultural: Su diversidad étnica*. Bogotá: DANE, 2007.

Libros, artículos y disertaciones

Acree, William G. y Borucki Alex, Eds. *Jacinto Ventura de Molina y los caminos de la escritura negra en el Río de la Plata*. Montevideo: Librería Linardi y Risso, 2008.

Aguilera, Mario. *Insurgencia urbana en Bogotá*. Bogotá: Colcultura, 1997.

Agudelo, Carlos. *Retos del multiculturalismo en Colombia: Política y poblaciones negras*. Medellín: La Carreta Social, 2005.

Alberto, Paulina. *Terms of Inclusion: Black Intellectuals in Twentieth-Century Brazil*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2011.

Álvarez, Jairo. “Las caras diversas de las guerras civiles en el Bolívar Grande (Colombia, siglo XIX)”. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 19, 2 (julio-diciembre 2014): 529-553.

Andrews, George Reid. *The Afro-Argentines of Buenos Aires, 1800-1900*. Madison: University of Wisconsin Press, 1980.

-----, *Afro-Latin America, 1800-2000*. New York: Oxford University Press, 2004.

-----, “Afro-Latin America: Five Questions”. *Latin American and Caribbean Ethnic Studies* 4, 2 (2009): 191-210.

-----, “Black Workers in the Export Years: Latin America, 1880-1930”. *International Labor and Working Class History* 51 (1997): 7-29.

-----, *Blackness in the White Nation: A History of Afro-Uruguay*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2010.

-----, *Blacks and Whites in São Paulo, Brazil, 1888-1988*. Madison: University of Wisconsin Press, 1991

Appelbaum, Nancy. *Muddied Waters: Race, Region, and Local History in Colombia*. Durham: Duke University Press, 2003.

- Archila, Mauricio. *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945*. Bogotá: CINEP, 1991.
- Arias, Julio. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano: Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2005.
- Arocha, Jaime. “La inclusión de los Afrocolombianos ¿Meta inalcanzable?”. En: Adriana Maya, Ed. *Los Afrocolombianos*, vol. 6 de *Geografía humana de Colombia*. Bogotá: Instituto de Cultura Hispánica, 333–395.
- y De Friedemann Nina, Eds. *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia*. Bogotá: Etno, 1984.
- Artel, Jorge. *Tambores en la noche*. Cartagena: Universidad de Cartagena, 2009 {1940}.
- Asher, Kiran. *Black and Green: Afro-Colombians, Development, and Nature in the Pacific Lowlands*. Durham: Duke University Press, 2009.
- Baldwin, Davarian y Makalani, Minkah, Eds. *Escape from New York: The New Negro Renaissance beyond Harlem*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2013.
- Bergquist, Charles. *Labor in Latin America: Comparative Essays on Chile, Argentina, Venezuela and Colombia*. Stanford: Stanford University Press, 1986.
- , *Café y conflicto en Colombia: La guerra de los Mil Días, sus antecedentes y sus consecuencias*. Medellín: FAES, 1981.
- Blanchard, Peter. *Under the Flags of Freedom: Slave Soldiers and the Wars of Independence in Spanish South America*. Pittsburgh: University of Pittsburgh, 2008.
- Bronfman, Alejandra. *Measures of Equality: Social Science, Citizenship and Race in Cuba, 1902-1940*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004.
- Buchelli, Marcelo. “Tras la visita del señor Herbert: United Fruit Company, élites locales y movimiento obrero en Colombia”. En: Carlos Dávila Ladrón de Guevara, Comp. *Empresas y empresarios en la historia de Colombia, siglos XIX-XX*. Bogotá: CEPAL/Norma, 2002, 737-770.
- Bulmer-Thomas, Victor. *An Economic History of Latin America since Independence*. Cambridge and New York: Cambridge University Press, 1995.
- Butler, Kim. *Freedoms Given, Freedoms Won: Afro-Brazilians in Post-Abolition São Paulo and Salvador*. New Brunswick: Rutgers University Press, 1998.
- Caro, Miguel A. *Obras*, tomo I. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1962.

- Colmenares, Germán. "El tránsito a sociedades campesinas de dos sociedades esclavistas en la Nueva Granada: Cartagena y Popayán, 1780-1850". *Revista Huellas* 29 (1990): 8-24.
- Conde, Jorge. *Buscando la nación: Ciudadanía, clase y tensión racial en el Caribe colombiano, 1821-1855*. Medellín: La Carreta Histórica/Universidad del Atlántico, 2009.
- Conniff, Michael. *Black Labor on a White Canal: Panamá, 1904-1981*. Pittsburgh: University of Pittsburgh, 1985.
- Crawford, Sharika. "'Under the Colombian Flag': Nation-Building on San Andres and Providence Islands, 1886-1930". Ph.D. Dissertation, Department of History, University of Pittsburgh, Pittsburgh, 2009.
- Cunin, Elisabeth. *Identidades a flor de piel: Lo negro entre apariencias y pertenencias. Categorías raciales y mestizaje en Cartagena*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2003.
- Deas, Malcolm. *Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literaturas colombianas*. Bogotá: Taurus, 2006.
- , "Miguel Antonio Caro and Friends: Grammar and Power in Colombia". *History Workshop Journal* 34 (1992): 47-70.
- De Friedemann, Nina y Arocha, Jaime. *De sol a sol: Génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia*. Bogotá: Planeta, 1986.
- De la Fuente, Alejandro. *A Nation for All: Race, Inequality and Politics in Twentieth Century Cuba*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2001.
- , "Myths of Racial Democracy: Cuba, 1900-1912". *Latin American Research Review* 34, 3 (1999): 39-73.
- Donadio, Alberto y Galvis, Silvia. *Colombia Nazi, 1939-1945: Espionaje alemán, la cacería del FBI, Santos, López y los pactos secretos*. Bogotá: Hombre Nuevo Editores, 2011.
- Echandía, Julián Devis. *La ciudad vencida: La Cartagena de ayer, la Cartagena de hoy*. Bucaramanga: Gómez y Páez, 1937.
- Edwards, Brent Hayes. *The Practice of Diaspora: Literature, Translation, and the Rise of Black Internationalism*. Cambridge: Harvard University Press, 2003.
- Escobar, Arturo. *Territories of Difference: Place, Movements, Life, Redes*. Durham: Duke University Press, 2008.
- Fals Borda, Orlando. *Historia doble de la costa*, tomo IV, *Retorno a la tierra*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia/Banco de la República/El Áncora Editores, 2002.

- Farnsworth-Alvear, Ann. *Dulcinea in the Factory: Myths, Morals, Men and Women in Colombia's Industrial Experiment, 1905-1960*. Durham: Duke University Press, 1999.
- Ferrer, Ada. *Insurgent Cuba: Race, Nation and Revolution, 1868-1898*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1999.
- Fernández, Manuel. "Violencia y derechos de propiedad: El caso de *La Violencia* en Colombia". *Ensayos sobre Política Económica* 30, 69 (2012): 111-147.
- Fischer, Brodwyn. *A Poverty of Rights: Citizenship and Inequality in Twentieth-Century Rio de Janeiro*. Stanford: Stanford University Press, 2008.
- Fleischer, Friederike. "La diáspora china: Un acercamiento a la migración China en Colombia". *Revista de Estudios Sociales* 42 (abril 2012): 75.
- Flórez Bolívar, Francisco Javier. "¿Hijos de la barbarie o de la ciudadanía?: Negros y mulatos en el marco del primer centenario de la Independencia de Cartagena, 1911-1941". En: Claudia Mosquera, Agustín Lao Montes y Cesar Mauricio Rodríguez, Eds. *Debates sobre ciudadanía y políticas raciales en las Américas negras*. Cali: Universidad del Valle, 2010, 529-555.
- , "Representaciones sobre el Caribe colombiano en los debates sobre la degeneración de las razas". *Historia y Espacio* 31 (2008): 35-59.
- Gaitán, Jorge Eliecer. *Las ideas socialistas en Colombia*. Bogotá, Colparticipar, 1984.
- Gates Jr., Henry Louis y Jarret, Gene Andrew, Eds. *The New Negro: Readings on Race, Representation, and African American Culture, 1892-1938*. Princeton: Princeton University Press, 2007.
- Geler, Lea. *Andares negros, caminos blancos: Afroporteños, estado y nación. Argentina a fines del siglo XIX*. Rosario: Prohistoria ediciones, 2010.
- Gómez, Laureano. *Interrogantes sobre el progreso de Colombia*. Bogotá: Editorial Revista Colombiana, 1970.
- Gómez Muller, Alfredo. "Imaginarios de la 'raza' y la 'nación' en Rafael Núñez". En: Leopoldo Múnera y Edwin Cruz, Eds. *La regeneración revisitada: Pluriverso y hegemonía en la construcción del Estado-nación en Colombia*. Medellín: La Carreta Editores/Universidad Nacional, 2011, 125-154.
- González, Luis Fernando. *Quibdó: Contexto histórico, desarrollo urbano y patrimonio arquitectónico*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2003.

- Graham, Richard, Ed. *The Idea of Race in Latin America, 1870-1940*. Austin: University of Texas Press, 1990.
- Green, John. *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*. Bogotá: Banco de la Republica/Universidad Eafit, 2013.
- Gutiérrez, Edgar. *Fiestas: once de noviembre en Cartagena de Indias*. Cartagena: Universidad de Cartagena, 2004.
- y Cunin, Elisabeth, Eds. *Fiestas y carnavales en Colombia*. Medellín: La Carreta Editores/Universidad de Cartagena, 2006.
- Guridy, Frank Andre. *Forging Diaspora: Afro-Cubans and African Americans in a World of Empire and Jim Crow*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2010.
- Hanchard, Michael. *Orpheus and Power: The Movimento Negro of Rio de Janeiro and Sao Paulo, Brazil, 1945-1988*. Princeton: Princeton University Press, 1994.
- Hall, Stuart. *Representation: Cultural Representations and Signifying Practices*. London: Sage Publications, 1997.
- Helg, Aline. *La educación en Colombia, 1918-1975: Una historia social, económica y política*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2001.
- , “Los intelectuales frente a la cuestión racial en el decenio de 1920: Colombia entre México y Argentina”. *Revista de Estudios Sociales* 4 (1989): 39-51.
- , *Liberty and Equality in Caribbean Colombia, 1770-1835*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004.
- , *Our Rightful Share: The Afro-Cuban Struggle for Equality 1866-1912*. Chapel Hill and London: University of North Carolina Press, 1995.
- Hernández, Juan. “La chocoanidad en el siglo XX: Representaciones sobre el Chocó en el proceso de departamentalización (1913-1944) y en los movimientos cívicos de 1954 y 1987”. Tesis de pregrado, Universidad Javeriana, Bogotá, 2010.
- Herrera, Marta Cecilia. “Historia de la educación en Colombia: la República Liberal y la modernización de la educación, 1930-1946”. *Revista Colombiana de Educación* 26 (1993): 97-124.
- Huggins, Nathan Irvin. *Harlem Renaissance*. New York: Oxford University Press, 1973.
- Hughes, Langston. “The Negro Artist and the Racial Mountain”. http://www.english.illinois.edu/maps/poets/g_l/hughes/mountain.htm.

- Jiménez, Miguel. *Nuestras razas decaen: Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares*. Bogotá: Imprenta y Litografía de Juan Casis, 1920.
- Kronus, Sidney y Solaún, Mauricio. *Discrimination without Violence: Miscegenation and Racial Conflict in Latin America*. New York: John Wiley and Sons, 1973.
- Lasso, Marixa. "Guerra de razas y nación en el Caribe Gran Colombiano, 1810-1832". En: Alberto Abello Vives y Francisco Javier Flórez Bolívar, Eds. *Los desterrados del paraíso: Raza, pobreza y cultura en Cartagena de Indias*. Barranquilla: Icultur/editorial Maremágnun, 2015.
- , "Haití como símbolo republicano popular en el Caribe colombiano: Provincia de Cartagena (1811-1828)". *Historia Caribe* 3, 8 (2003): 5-18.
- , *Myths of Harmony: Race and Republicanism during the Age of Revolution, Colombia 1795-1831*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2007.
- , "Nationalism and Immigrant Labor in a Tropical Enclave: the West Indians of Colon City, 1850-1936". *Citizenship Studies* 17, 5 (2013): 551-565.
- Leal, Claudia. "Black Forests: The Pacific Lowlands of Colombia, 1850-1930". Ph.D. Dissertation, University of California, Berkeley, 2004.
- , "La compañía minera Chocó-Pacífico y el auge del platino en Colombia, 1897-1930". *Historia Crítica*, edición especial (2009): 150-164.
- , "Usos del concepto 'raza' en Colombia". En: Claudia Mosquera, Agustín Lao Montes y Cesar Mauricio Rodríguez, Eds. *Debates sobre ciudadanía y políticas raciales en las Américas negras*. Cali: Universidad del Valle, 2010, 401-416.
- LeGrand, Catherine. *Colonización y protesta campesina en Colombia, 1850-1950*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1988.
- Lewis, Marvin. *Afro-Argentine Discourse: Another Dimension of the Black Diaspora*. Missouri: University of Missouri Press, 1995.
- , *Afro-Uruguayan Literature: Postcolonial Perspectives*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2003.
- Locke, Alain, Ed. *Introduction to the New Negro*. New York: Atheneum, 1968.
- Long, Gary. "The Dragon Finally Came: Industrial Capitalism, Radical Artisans and the Liberal Party in Colombia, 1910-1948". Ph.D. Dissertation, University of Pittsburgh, Pittsburgh, 1995.
- López de Mesa, Luis. *Disertación sociológica*. Bogotá: Editorial El Gráfico, 1939.

- , Ed. *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: El Espectador, 1920.
- Makalani, Minkah. *In the Cause of Freedom: Radical Black Internationalism from Harlem to London, 1917-1939*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2011.
- Malkun, Willían. “Educación y política en el Estado Soberano de Bolívar 1857-1885”. Tesis de maestría, Universidad de Cartagena, Cartagena de Indias, 2008.
- Martin, Tony. *Race First: The Ideological and Organizational Struggle of Marcus Garvey and the Universal Negro Improvement Association*. Connecticut: The Greenwood Press, 1976.
- Martínez, Frederic. “Apogeo y decadencia del ideal de la inmigración europea en Colombia siglo XIX. *Boletín Cultural y Bibliográfico* 34,44 (1997): 3-45.
- Martínez, Teresa. *Diego Luis Córdoba*. Bogotá: Fondo Rotatorio Policía Nacional, 1987.
- Meisel, Adolfo. “Cartagena 1900-1950: a remolque de la economía nacional”. *Cuadernos de Historia Económica y Empresarial* 4 (1999): 11-30.
- , “¿La isla que se repite? Cartagena en el censo de población de 2005”. *Documentos de Trabajo sobre Economía Regional* 109 (2009): 1-55.
- , “¿Por qué se disipó el dinamismo industrial de Barranquilla?”. *Lecturas de Economía* 23 (1987): 57-84.
- Mejía Arias, Hernando, Comp. *Armando Solano, Glosas y ensayos, 1923-1945*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1983.
- Melo, Jorge Orlando. *Colombia hoy*. Bogotá: Tercer Mundo, 1997.
- , “Etnia, región y nación: el fluctuante discurso de la identidad (notas para un debate)”. En: Myriam Jimeno, A.L. *Identidad: Memorias del simposio identidad étnica, identidad regional, identidad nacional*. Bogotá: ICANH/Colciencias/FAES, 1989.
- McCann, Bryan. *Hello, Hello Brazil: Popular Music in the Making of Modern Brazil*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004.
- McGraw, Jason. “Neither Slaves nor Tyrants: Race, Labor and Citizenship in Caribbean Colombia, 1850-1930”. Ph.D. Dissertation, University of Chicago, Chicago, 2006.
- , “Purificar la nación: eugenesia, higiene y renovación moral-racial de la periferia del Caribe colombiano, 1900-1930”. *Revista de Estudios Sociales* 27 (2007): 62-75.

- . *The Work of Recognition: Caribbean Colombia and the Postemancipation Struggle for Citizenship*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2014.
- Medina, Álvaro, Ed. *La Bachué de Rómulo Rozo: Un icono del arte colombiano*. Bogotá: Editorial Bachué, 2013.
- Miller, Marilyn Grace. *Rise and Fall of the Cosmic Race: The Cult of Mestizaje in Latin America*. Austin: University of Texas Press, 2004.
- Molina Callejas, Germán. *Los monopolios de la Tropical Oil Company y la Andian National Corporation: Petróleos de Barrancabermeja y oleoducto a Mamonal*. Medellín: Tipografía Industria, 1934.
- Moore, Robin. *Nationalizing Blackness: Afrocubanismo and Artistic Revolution in Havana*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1997.
- Múnera, Alfonso. *El fracaso de la nación: Región, clase y raza en el Caribe colombiano, 1717-1810*. Bogotá: Banco de la República, 1998.
- . *Fronteras imaginadas: La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*. Bogotá: Planeta, 2005.
- . "El Ilustrado". En: Roberto Burgos, Ed. *Rutas de libertad*. Bogotá: Ministerio de Cultura 2010.
- , Ed. *Manuel Zapata Olivella: por los senderos de mis ancestros*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2010.
- . *Tiempos difíciles: La ciudadanía incompleta en el siglo XIX colombiano*. Cartagena: Pluma de Mompox, 2011.
- Múnera Ruiz, Leopoldo y Cruz Rodríguez, Edwin, Eds. *La regeneración revisitada: Pluriverso y hegemonía en la construcción del Estado-nación en Colombia*. Medellín: La Carreta Editores/Universidad Nacional de Colombia, 2011.
- Muñoz, Enrique. *Adolfo Mejía: viajero de sí mismo*. Cartagena: ediciones Pluma de Mompox, 2011.
- . *Jazz en Colombia: Desde los alegres años 20 hasta nuestros días*. Barranquilla: La Iguana Ciega, 2007.
- Nieto, Juan José. *Yngermína o la hija de Calamar*. Bogotá: Editorial Magisterio, 1998.
- Núñez, Luz Ángela. *El obrero ilustrado: Prensa obrera y popular en Colombia 1909-1929*. Bogotá: Ediciones Uniandes/Ceso, 2006.

- Núñez, Rafael. *La reforma política*. Cartagena: Universidad de Cartagena, 1994.
- Ocampo, Gloria Isabel. *La instauración de la ganadería en el Valle del Sinú: La hacienda Marta Magdalena, 1881-1956*. Bogotá: Universidad de Antioquia/ICANH, 2007.
- Ocampo, José Antonio. *Colombia y la economía mundial, 1830-1910*. Bogotá: Siglo Veintiuno Editores, 1984.
- Ortiz, Lucía, Ed. *Chambacú, la historia la escribes tú: Ensayos sobre cultura afrocolombiana*. Madrid: Iberoamericana, 2007.
- Otero, Samuel. *Cien costeños meritorios*. Cartagena: Imprenta Departamental, 1918.
- Pacheco, Margarita. *La fiesta liberal en Cali*. Cali: Universidad del Valle, 1992.
- Palacios, George. "El motivo de los bogas en la imaginación literaria de Jorge Isaacs y Candelario Obeso". *Escritos* 18, 40 (enero-junio 2010): 156-184.
- Palacios, Marco. *Entre la legitimidad y la violencia*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2003.
- Pérez, Edgardo. *El diablo hecho barco: Corsarios, esclavos y revolución en Cartagena y el Gran Caribe. 1791-1817*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2012.
- Pineda Camacho, Roberto. "Cronistas contemporáneos: Historia de los institutos etnológicos de Colombia (1930-1952)". En: Carl Henrik Langebaek y Clara Isabel Botero, Eds. *Arqueología y etnología en Colombia: La creación de una tradición científica*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2009.
- Pisano, Pietro. *Liderazgo político "negro" en Colombia, 1943-1964*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012.
- Posada Carbó, Eduardo. "Limits of Power: Elections under the Conservative Hegemony in Colombia, 1886-1930". *Hispanic American Historical Review* 77, 2 (1997): 245-279.
- , "1910: La celebración del primer centenario en Colombia". *Revista de Indias* 73, 258 (2013): 579-590.
- Prescott, Laurence E. *Without Hatreds or Fears: Jorge Artel and the Struggle for Black Literary Expression in Colombia*. Detroit: Wayne State University Press, 2000.
- Putnam, Lara. "Provincializing Harlem: The 'Negro Metropolis' as Northern Frontier of a Connected Caribbean". *Modernism/modernity* 20, 3 (2013): 469-484.
- , *Radical Moves: Caribbean Migrants and the Politics of Race in the Jazz Age*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2013.

- Ramírez Botero, Isabel Cristina. “La Primera Feria de Arte de Cartagena de Indias en 1940. Fracturas del orden cultural centenarista y enunciación de una vanguardia artística local”. En: Alberto Abello Vives y Francisco Javier Flórez Bolívar, Eds. *Los desterrados del paraíso: Raza, pobreza y cultura en Cartagena* (Barranquilla: Icultur/editorial Maremágnum, 2015), 316-357.
- Ramírez, María Teresa y Téllez, Juana Patricia. “La educación primaria y secundaria en Colombia en el siglo XX”. Documento de trabajo 379, Banco de la República, Bogotá, 2006.
- Rappaport, Joanne. *The Politics of Memory: Native Historical Interpretation in the Colombian Andes*. New York: Cambridge University Press, 1990.
- Rausch, Jane. “Diego Luis Córdoba y el surgimiento de la identidad afrocolombiana a mediados del siglo XX”. *Historia y Sociedad* 9 (2003): 67-88.
- Redondo Mendoza, Rafael. *Daguerrotipos liberales*. Cartagena: Imprenta Departamental, 1936.
- Restrepo, Eduardo. “Imágenes del ‘negro’ y nociones de raza en Colombia a principios del siglo XX”. *Revista de Estudios Sociales* 27 (2007): 48-54.
- . *Poblaciones negras en Colombia (Compilación bibliográfica)*. Documento de trabajo 43, Cali: Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, 1999.
- Restrepo, Jorge y Rodríguez, Manuel. “La actividad comercial y el grupo de comerciantes de Cartagena a fines del siglo XIX”. *Revista de Estudios Sociales* 1,1 (1986): 43-109.
- Rhenals, Ana Milena. “Del ideal europeo a la realidad árabe: Inmigrantes sirio-libaneses en el circuito comercial entre Cartagena, el Sinú y el Atrato”. Disertación Doctoral, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, 2013.
- . “Tejiendo la red: circuitos comerciales, inmigrantes sirio-libaneses y empresarios nacionales en el Caribe colombiano y el Atrato (1880-1930)”. *Historia y Espacio* 2,37 (2011): 189-212.
- Ripoll, María Teresa. “El Central Colombia: Inicios de industrialización en el Caribe colombiano”. *Boletín Cultural y Bibliográfico* 34, 45 (1997-1998): 58-93.
- . *Empresarios centenaristas en Cartagena*. Cartagena: Universidad Tecnológica de Bolívar/Universidad de los Andes, 2008.
- . “La actividad empresarial de Diego Martínez Camargo, 1890-1937”. *Cuadernos de Historia Económica y Empresarial* 2 (1999): 1-75.

- Roberts, Brian. *Artistic Ambassadors: Literary and International Representation of the New Negro Era*. Charlottesville: University of Virginia Press, 2013.
- Robles, Luis Antonio. *Sombra y luz: Con la sombra en la epidermis y la luz en el alma*. Bogotá: Universidad del Rosario, 2010.
- Rodríguez, Eduardo. *Constitución y leyes usuales de Colombia*. Bogotá: Librería Colombiana, 1939.
- Rodríguez, Julia. *Civilizing Argentina: Science, Medicine, and the Modern State*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004.
- Rojas, Cristina. "La construcción de la ciudadanía en Colombia durante el gran siglo diecinueve 1810-1929". *Poligramas* 29 (2008): 295-333.
- Román, Raúl. *Celebraciones centenarias: La construcción de una memoria nacional*. Cartagena: IPCC/IEC/ Universidad de Cartagena/Alcaldía Mayor de Cartagena, 2011.
- Samper, Miguel. *Escritos político-económicos*. Bogotá: Cromos, 1924.
- Sanders, James E. "Atlantic Republicanism in Nineteenth-Century Colombia: Spanish America's Challenge to the Contours of Atlantic History". *Journal of World History* 20, 1 (2009): 131-150.
- . *Contentious Republicans: Popular Politics, Race, and Class in Nineteenth-Century Colombia*. Durham and London: Duke University Press, 2004.
- Scott, Rebecca. *Degrees of Freedom: Louisiana and Cuba after Slavery*. Cambridge: Harvard University Press, 2005.
- Seigel, Micol. *Uneven Encounters: Making Race and Nation in Brazil and the United States*. Durham: Duke University Press, 2009.
- Serje, Margarita. *El revés de la nación: Territorios salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2005.
- Sierra Mejía, Rubén, Ed. *República liberal: Sociedad y cultura*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009.
- Silva, Renán. *República liberal, intelectuales y cultura popular*. Bogotá: La Carreta Editores, 2005.
- Solano De las Aguas, Sergio Paolo. "Entre el código civil y el código de policía: Trabajo, orden doméstico y legislación laboral en el Caribe colombiano en el siglo XIX". *Gaceta Laboral* 16, 2 (mayo-agosto 2010): 156, 159.
- . "Imprentas, tipógrafos y estilos de vida en el Caribe colombiano". *Palobra* 9 (2008): 125-144.

- . “Política, religión e intelectuales en el Caribe colombiano durante la Regeneración”. *Historia Caribe* 2,4 (1999): 43-54.
- . *Puertos, sociedad y conflictos en el Caribe colombiano, 1880-1930*. Bogotá: Ministerio de Cultura/Observatorio del Caribe colombiano, 2002.
- y Roicer Flórez Bolívar, Eds. *Infancia de la nación: Colombia durante el primer siglo de la República*. Cartagena: Pluma de Mompox, 2011.
- Sowell, David. *The Early Colombian Labor Movement: Artisans and Politics in Bogotá, 1832-1919*. Philadelphia: Temple University Press, 1992.
- Stepan, Nancy Leys. *The Hour of Eugenics: Race, Gender and Nation in Latin America*. Ithaca: Cornell University Press, 1991.
- Telles, Edward. *Race in Another America: The Significance of Skin Color in Brazil*. Princeton: Princeton University Press, 2006.
- Uribe-Urán, Víctor. *Honorable Lives: Lawyers, Family and Politics in Colombia, 1750-1850*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2000.
- Valdelamar Sarabia, Lázaro y Ortiz Cassiani, Javier. “La actividad intelectual de Candelario Obeso: entre el reconocimiento y la exotización”. *Cuadernos de Literatura del Caribe e Hispanoamérica* 9 (2009): 9-34.
- Valdelamar, Juan y Gutiérrez, Juan. *Getsemaní: Oralidad en atrios y pretils*. Cartagena: Litografías del Mar, 2005.
- Vanegas Beltrán, Muriel. “Las facciones del liberalismo: rivalidades y conflictos por el poder, 1930-1945”. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 17, 2 (2012): 347-369.
- Varela, Daniel y Castillo, Ángela. “Afrodescendientes y la compañía minera Chocó-Pacífico durante el auge del platino en el río Condoto en Chocó (1916 – 1931)”. Ponencia presentada en el workshop “La esclavitud y sus legados en Colombia”, Bogotá, Universidad de los Andes, 18 y 19 de septiembre de 2015.
- Vargas, Pilar y Suaza, Luz Marina. *Árabes en Colombia: Del rechazo a la integración*. Bogotá: Planeta, 2007.
- Vega Cantor, Renán. *Gente muy rebelde: Protesta popular y modernización capitalista en Colombia, 1909-1929*. Bogotá: Pensamiento Crítico, 2002.
- Wade, Peter. “Afro-Latin American Studies: Reflections on the Field”. *Latin American and Caribbean Ethnic Studies* 1, 1 (2006): 105-24.

------. *Blackness and Race Mixture in Colombia: The Dynamics of Racial Identity in Colombia*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1993.

------. *Music, Race, and Nation: Música Tropical in Colombia*. Chicago: University of Chicago Press, 2000.

Zabaleta, Horacio. *Réquiem por un viejo hospital*. Bogotá: Tercer Mundo, 1974.

Zapata Olivella, Manuel. *He visto la noche*. Cuba: Imprenta Nacional de Cuba, 1962.

------. *Levántate mulato: Por mi raza hablará el espíritu*. Bogotá: Rei Andes, 1990.